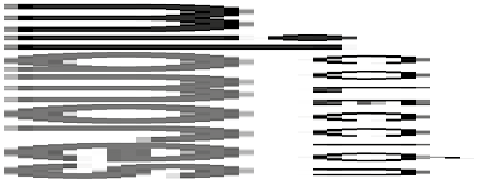
EVA M. SOLER
IDOIA AMO

Sin lluvia no hay arcoíris

Eva M. Soler,
Idoia Amo



Sin lluvia no hay arcoíris

ISBN: 9788418962011
ISBN ebook: 9788418962516

Derechos reservados © 2021, por:

© del texto: Eva M. Soler e Idoia Amo
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A esas lectoras que han decidido recorrer
este camino a nuestro lado.

Capítulo 1

La puerta golpeó la pared al abrirse con brusquedad, pero a ninguno de los dos le importó, ocupados como estaban en besarse apasionadamente.

Patrick la cerró con el pie, mientras guiaba a Brooke hacia el interior sujetándola por la cintura. La chica llevó las manos a sus hombros para bajarle la chaqueta y quitársela, dejándola caer al suelo. Empezó a desatar sus botones, mientras Patrick se arrancaba la corbata y la tiraba a un lado.

Cogió a Brooke y la sentó sobre una de las encimeras de la cocina, deslizando las manos por su espalda mientras buscaba una cremallera o unos botones, o lo que fuera que mantenía el maldito vestido en su sitio. Ella también tenía problemas con su camisa, porque Patrick notó un tirón y escuchó el sonido de varios botones caer al suelo. Se apartó unos segundos para deshacerse de la prenda, y sus miradas se cruzaron en la penumbra de la cocina, donde tantas veces se habían peleado por un trozo de encimera, un cuchillo o una cazuela en particular. Brooke se humedeció los labios y palpó los músculos de su pecho. Sabía que Patrick utilizaba el gimnasio y la piscina del hotel, porque ella también y pronto había aprendido sus horarios para no coincidir, aunque no imaginaba que le diera tan buen uso. Alargó las manos hacia el cinturón del pantalón y Patrick volvió a besarla, cogiéndola por la nuca para sostener su cabeza mientras introducía su lengua hasta tocar la suya, de una forma que la hizo gemir contra su boca.

Con la otra mano volvió a recorrer el vestido, sin éxito, y dejó aquellos labios con un juramento.

—¿Cómo demonios te quito esto? —gruñó.

—Es complicado, olvídate.

Se llevó las manos al cuello, y desató el nudo que ataba el vestido por arriba. Al comprarlo, le había encantado el estilo *pin up* que tenía, atado arriba y con vuelo por debajo; incluso tenía un ligero cancán de encaje para darle volumen. De saber lo que iba a pasar, habría buscado algo más sencillo: se ataba con una cremallera lateral, además del nudo, y no tenía paciencia en aquel momento para pegarse con ella. Y por lo que veía, Patrick tampoco,

porque cogió las tiras de tela y las bajó, dejando sus pechos al descubierto.

Brooke agradeció que hubiera poca luz, porque enrojeció al ver cómo la miraba. El vestido tenía la espalda muy baja; por eso se había decidido a no llevar sujetador, algo que no era habitual en ella.

Patrick estaba alucinado, jamás hubiera imaginado que Brooke no llevara nada debajo de aquel vestido, y eso que se había pasado buena parte de la noche con los ojos en ese escote como un idiota. Durante un segundo se preguntó si haría lo mismo en días de trabajo… No, seguro que no, o se habría dado cuenta. Claro que nunca le había mirado el escote hasta entonces, y el uniforme de trabajo tampoco tenía: pantalón y camisa con cierre de botones lateral, todo en blanco. Frunció el ceño al darse cuenta, pero desechó el pensamiento al instante; no era momento de pensar en nada.

Inclinó la cabeza para bajar los labios hasta uno de los pezones, lamiéndolo con ansiedad. Brooke le acarició el pelo, suspirando. Echó la cabeza hacia atrás mientras él la sujetaba por la espalda, reclinándola poco a poco sobre la mesa a la vez que pasaba sus labios al otro pezón. Cuando la tuvo tumbada, tuvo que pelearse con el vestido y el cancán para poder acceder a sus piernas. La acarició desde el tobillo hasta los muslos, pensando en lo sexi que estaba con aquellos zapatos *peep-toe* y ese *look* tan años treinta. Bajó la cabeza para besar la parte interna de los muslos, metiendo la mano hasta alcanzar la ropa interior y así quitársela, tirándola también al suelo. Se colocó sus piernas en los hombros para de ese modo poder acariciar con los labios y la lengua entre ellas.

Brooke se sujetó como pudo a la encimera, a punto de dar un bote al sentir lo que hacía. Su mente estaba nublada, apenas era capaz de pensar, solo de dejarse llevar mientras notaba cómo su cuerpo le pedía cada vez más. Se retorció bajo él, bajando las manos para cogerle por el pelo instándole a subir, pero Patrick no se movió, sino que la llevó al límite… y cuando paró, durante unos segundos tuvo deseos de matarlo, hasta que escuchó el sonido de la cremallera de su pantalón. Lo miró al ver que se quedaba quieto de pronto y se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—En mi bolso —se apresuró a decir—. El *pack* de regalo.

Patrick respiró aliviado; si hubieran tenido que parar en ese momento, le habría dado algo. Se agachó para recoger el bolso de Brooke del suelo, metió la mano sin apenas mirar y sacó el paquetito de plástico. Ella se agitó, impaciente, mientras Patrick rasgaba el envoltorio.

Una vez listo, la acarició con los dedos, comprobando que estaba preparada para él, y la sujetó por las caderas para penetrarla de un solo movimiento que casi hizo gritar a ambos. Brooke se arqueó sobre la encimera, perdiendo de nuevo la conciencia. Pensaba que no podía ir a mejor, hasta que Patrick

empezó a moverse contra ella, con una mano en la cintura y la otra en una de sus piernas, que aún tenía sobre los hombros de él.

Patrick apretó los dientes, intentando concentrarse, pero aquello era demasiado agradable, demasiado intenso como para poder mantener la cordura. La forma en que ella se movía contra él, cómo respondía a sus caricias y gemía, lo volvía loco. Miró su rostro; con los ojos verdes entrecerrados, los labios húmedos por sus besos… Era una visión de los más seductora. La necesitaba más cerca, así que le colocó las piernas en su cintura y la elevó para sentarla, besándola de nuevo. Brooke le rodeó el cuello con los brazos, pegándose a su cuerpo. El roce de su piel desnuda la enardeció aún más y Patrick aceleró sus movimientos, clavando los dedos en sus caderas sin poder evitarlo. A ella no le importó, estaba igual que él: al borde de estallar. Patrick besó su cuello, rozándolo con los dientes.

—¡Patrick!

Brooke no pudo evitar gritar su nombre, estremeciéndose de pies a cabeza, y aquello terminó con el poco control que a él le quedaba. La estrechó contra sí y se tensó al notar cómo su cuerpo se liberaba y lo dejaba exhausto.

Se quedaron abrazados mientras recuperaban la respiración. Brooke tenía los dedos enredados en su pelo y le acariciaba los mechones rubios de forma distraída. Aún debía asimilar lo que acababa de pasar, nunca había sentido nada tan fuerte ni intenso, ni siquiera estaba segura de que sus piernas la sujetaran si se apoyaba en el suelo. Y no quería soltarle; si lo miraba… si hablaban se rompería el momento, y quería alargar esa sensación lo más posible. Pero poco después, Patrick se movió. Se quedó quieta mientras él la besaba y se quedaron mirándose como si nunca se hubieran visto antes.

Patrick delineó su rostro con un dedo, desde las cejas bajando por la nariz, hasta rozar sus labios.

—Te he dejado sin maquillaje —murmuró.

Ella sonrió y le tocó la mejilla, que comenzaba a estar áspera por la barba incipiente.

—Creo que todo mi pintalabios lo tienes tú.

Patrick la cogió por la barbilla, dándole un beso.

—Brooke… —susurró.

Y entonces se encendió una luz en al otro lado de la puerta, que tenía dos ojos de buey en la parte superior. Patrick reaccionó con rapidez, bajándola de la encimera mientras se subía los pantalones velozmente. Se agacharon para ocultarse detrás de la encimera, parapetándose con los muebles.

Brooke miró de reojo a Patrick, que estaba con la vista fija en los ojos de

buey. Y entonces fue consciente de que su vestido estaba arrugado a la altura de su cintura, la parte superior seguía desatada… se apresuró a cubrirse rehaciendo el lazo del cuello, mientras alisaba a duras penas la falda. Su mirada se desvió hacia el suelo, donde su ropa interior yacía junto a la corbata de él. La visión la hizo enrojecer y alargó la mano para coger ambas prendas. También cogió su camisa y chaqueta, y le rozó el hombro desnudo para llamar su atención.

Patrick la miró y recuperó sus prendas sin decir nada. Se quedó con ellas en la mano, volviendo la atención al exterior. Una sombra pasó cerca de la puerta, pero siguió su camino y poco después las luces se apagaron de nuevo.

Los dos se incorporaron evitando mirarse. Brooke terminó de vestirse, mientras él se abotonaba la camisa en la medida de lo posible y se la metía por dentro del pantalón. Se colocó la corbata alrededor del cuello e hizo un gesto hacia la puerta, con la chaqueta en la mano.

—Quizá no debamos regresar juntos —comentó.

Brooke afirmó con la cabeza, apartando la vista de su pecho. ¿Sabía él lo atractivo que estaba con aquel aspecto desenfadado? El pelo rubio revuelto, la corbata sin atar y un par de botones desabrochados… Le daban ganas de volver a arrancarle la camisa. Pero parecía que él había recuperado el sentido más rápido que ella, porque levantó una ceja de forma interrogativa.

—¿Quieres que salga yo primero? —preguntó Patrick, al ver que la chica no se movía.

—No, ya voy.

Se quedó unos segundos más indecisa. ¿Qué se suponía que decía una en aquellas circunstancias? «¿Hasta luego?» «¿Gracias?»

—Feliz Año Nuevo, Patrick.

Él pareció sorprendido por aquella frase, pero inclinó la cabeza con media sonrisa y le contestó igual:

—Feliz Año Nuevo, Brooke.

Brooke pensó que aquella debía haber sido la frase más estúpida del universo… En fin, era lo único que se le había ocurrido y, al fin y al cabo, era Año Nuevo, ¿no? ¡Si todo había comenzado por culpa de la cuenta atrás dichosa de Nochevieja! Ni siquiera había visto a quién tenía a su lado en la fiesta de empleados en ese momento, hasta que la gente empezó a besarse como era costumbre y, al girarse, se lo encontró a él. Y algo había pasado, porque en lugar de darse la vuelta y marcharse cada uno por su lado como solían hacer, inexplicablemente se habían acercado para besarse. Y lo que había comenzado como un beso casto en los labios fue a más y, antes de darse cuenta, estaban en la cocina.

Se metió en el primer cuarto de baño femenino que vio para intentar recuperar la compostura. ¿Pero qué demonios le había pasado? ¡Si Patrick era su enemigo número uno! Llevaban meses compartiendo cocina, sin llevarse bien ni un solo día. Cada uno tenía una forma de cocinar, de organizarse… ¡de todo! Ya desde el primer día chocaron y nunca habían compartido un solo momento de ocio fuera de la cocina. ¿Sería por eso? ¿Había bajado la guardia porque estaban en un ambiente relajado? Maldita fiesta de fin de año…

Se miró en el espejo, y se asustó al ver el estado en que estaba su pelo, por no hablar del maquillaje inexistente, ni de las zonas rojas en su cuello, allí donde Patrick… Sacudió la cabeza para no pensar en eso. Se peinó con los dedos lo mejor que pudo y recompuso su maquillaje con el pulso algo tembloroso. Cuando estuvo satisfecha con el resultado, observó su reflejo, sin poder reprimir una expresión preocupada. ¿Qué iba a pasar cuando volvieran al trabajo?

Patrick esperó un par de minutos en la cocina, sin dejar de dar vueltas junto a la encimera donde… reprimió una maldición y colocó bien un par de espumaderas que ellos habían movido sin querer antes de salir y meterse en el primer cuarto de baño que vio. Se miró en el espejo, apoyando las manos en el lavabo. ¿Pero qué demonios le había pasado? ¡Si Brooke era su enemigo número uno!

Llevaban meses compartiendo cocina, sin llevarse bien ni un solo día. Cada uno tenía una forma de cocinar, de organizarse… ¡de todo! Ya desde el primer día chocaron, y no habían compartido nunca un solo momento de ocio fuera de la cocina. ¿Sería por eso? ¿Había bajado la guardia porque estaban en un ambiente relajado? Maldita fiesta de fin de año…

Aunque tampoco podía echar la culpa al alcohol, ya que solo se había tomado un par de copas de champán. Ni siquiera se había fijado en ella hasta que se deslizó a su lado bailando y tuvo que mirar dos veces para reconocerla. Entonces observó que llevaba su cabello moreno diferente, suelto con ondas, peinado de una forma que, junto con el vestido, le recordó a las chicas de los calendarios *pin up*. Ya no había podido evitar seguir observándola hasta encontrarse a su lado cuando había comenzado la cuenta atrás. Y cuando ella se giró, esos labios pintados de rojo pasión lo atrajeron como si de un imán se tratara. El mismo rojo que ahora estaba esparcido por toda su cara, así que se echó agua fría para quitárselo y de paso rebajar el calor que empezaba a sentir al pensar en ella. Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se secó el rostro, eliminando todos los restos del pintalabios. Terminó de abotonarse la camisa e hizo un nudo perfecto en la corbata. Se echó un poco de agua en el pelo para

alisárselo y, tras ponerse la chaqueta, se examinó en el espejo. Así no se le veía la parte de la camisa sin botones, su pelo volvía a estar arreglado… En la cocina siempre estaba impecable con su uniforme blanco; ponerse un traje para fin de año le había parecido adecuado, aunque ahora le diera demasiado calor. En fin, todo en orden, así que quizá debería volver a la fiesta. Si no fuera por la expresión preocupada que tenía en la cara, nadie diría que había ocurrido nada. Pero claro, ¿qué iba a pasar cuando volvieran al trabajo?

De vuelta en la fiesta, Brooke fue a la mesa donde había botellas y vasos para que cada uno se sirviera. Se llenó un vaso de champán, se lo tomó de un trago y volvió a llenarlo.

—¡Eh, garganta profunda! ¿Piensas acabar con todas las bebidas?

Levantó la vista para encontrarse a Denise, la subdirectora del hotel y su mejor amiga allí. Habían congeniado desde el principio y con ella pasaba su tiempo libre cuando coincidían ambas. Así como Brooke vestía con el uniforme de la cocina a diario y pocas veces se arreglaba como esa noche, Denise era todo lo contrario: siempre iba perfecta, con tacones y el pelo rubio perfectamente alisado, con una media melena y flequillo que enmarcaban su rostro angelical. Su puesto tenía mucho que ver en su estilo, obvio, aunque también formaba parte de su personalidad.

—Es mi intención —le contestó.

—¿Estás bien? Pareces acalorada. ¿Has bailado mucho o qué?

—No, no es eso.

—¿La gente te agobia? No lo entiendo, ya deberías estar acostumbrada.

Hizo un gesto que abarcaba al nutrido grupo que se había juntado allí, prácticamente todo el personal del hotel que vivía en los apartamentos para trabajadores. Como era una noche especial, se había contratado personal externo para entretener a los clientes esa noche y la empresa había dado libre a todos los departamentos. Denise había tenido mucho que ver en eso, ya que era la primera vez que se lograba algo así. Llevaba un año y medio allí, unos meses más que Brooke, y uno de sus objetivos era mejorar las condiciones laborables. Los empleados solo libraban un día a la semana, por ejemplo, otro tema que tenía pendiente.

El Paradise Lanikai Beach era un enorme complejo hotelero a pie de playa en la isla principal de Hawái, Oahu. Tenía dos bloques principales, cada uno con su correspondiente piscina, unidos por varios puentes de madera con antorchas decorativas que encendían por la noche. En el centro había un escenario donde se hacían actuaciones en ocasiones especiales o se colocaba

alguna orquesta itinerante. Detrás de todo ello, separado por vallas de bambú, se encontraban los apartamentos de los empleados. Todos tenían un *bungalow* de una habitación, con una pequeña cocina unida a un salón, y en el centro de los edificios había una piscina, con vestuario y gimnasio propio. Como tenían poco tiempo libre, la piscina no solía estar muy masificada. Además, el personal rotaba con bastante frecuencia y muchos preferían pasar ese tiempo descubriendo la isla y sus playas. El motivo del cambio de personal era, por un lado, que no todos se acostumbraban a trabajar en una isla, y, por el otro, que formaba parte del programa de intercambio de la cadena para que los empleados adquirieran experiencia en diferentes localizaciones y tipos de hotel. Era normal que los que empezaban se inscribieran en ese programa, daba muchas oportunidades para recorrer mundo, lo que era otro punto a su favor.

—Mejor te lo cuento —soltó.

Brooke cogió a una sorprendida Denise del brazo y la alejó de la música y la gente, detrás de una palmera.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Denise, sin entender nada.

—Me acabo de acostar con Patrick —espetó su amiga.

Denise se quedó con la boca abierta. Decir que se había quedado alucinada era poco, estaba a punto de pellizcarse por si soñaba, porque aquello no podía ser verdad. Tenía que haber oído mal.

—Repite eso —pidió.

—Digo que me acabo de acostar con él. Después de la cuenta atrás, hemos ido a la cocina y… En fin, eso.

Denise abrió de nuevo la boca. La cerró, volvió a abrirla y parpadeó varias veces.

—Espera a ver si me he enterado bien —dijo—. ¿Me estás diciendo que Patrick y tú habéis echado un polvo en la cocina? ¿Tú y el mismo Patrick que odias desde el día uno que entraste en este hotel, el mismo Patrick al que, y te recuerdo tus palabras exactas, llamaste «inútil aprendiz de cocinero»? ¿El mismo Patrick que te quita tu sartén favorita y tú a él su cuchillo de cortar preferido?

—Denise…

Pero su amiga estaba lanzada, con aquel brillo que se le ponía en los ojos azules cuando algo le resultaba divertido y sorprendente al mismo tiempo.

—¿El mismo Patrick que, dijiste, era un imbécil estirado que solo sabía mirarse el ombligo y que metiste en la lista de «no tocar ni con un palo» sobre el personal del hotel que hicimos en la fiesta de despedida de Karen?

—A ver, Denise, ¡que sí!

—¿Y en qué momento ha salido de la lista? Porque cuando todas estuvimos

de acuerdo en que el chico está muy bien, tú solo le sacaste defectos. A saber… —empezó a enumerar con los dedos—: va siempre repeinado, no sonríe nunca (algo que, debo decir, es falso), el uniforme de cocinero le queda fatal, tiene cara de alemán… lo cual sigo sin entender por qué es malo, ¡si encima su madre es alemana!

—Pues porque… porque sí. Y además es un borde…

—Contigo. Porque tú también lo eres con él. Pero no te me disperses, por favor. ¿Cómo fue?

—No lo sé.

—¿Estabas borracha y no te acuerdas? Porque te veo muy lúcida ahora mismo.

—No, ¿a qué te refieres?

—Al polvo, ¿a qué me voy a referir?

—Ah. —Enrojeció de nuevo—. Pensaba que te referías a cómo empezó la cosa.

—Bueno, eso también.

—No pienso darte detalles, ¿estás loca? Y empezó… no sé, estaba a mi lado cuando terminó la cuenta atrás de Año Nuevo… y una cosa llevó a la otra.

—Yo tenía al lado a Koa, el de mantenimiento. Y te puedo asegurar que ninguna cosa llevó a la otra.

—Bueno, tú es que no miras a ninguno con ojos de nada.

—¡Ni tú hasta ahora! Y ya estás cambiando de tema otra vez. —La señaló con el vaso—. Dime que esas horas que pasa en el gimnasio son para algo, que no va de postureo.

—No, no va de postureo —admitió a regañadientes. Denise levantó las cejas, instándola a seguir—. Vale, vale. Estuvo genial, ¿de acuerdo? Y eso es todo lo que voy a decir al respecto.

—No, no, que aquí hay tela que cortar. Esto merece un análisis profundo.

—Joder, Denise… Si lo sé, no te lo cuento.

—¿Qué habéis hablado?

—¿Hablar?

—Sí, ya sabes. Lo que estamos haciendo ahora: abrir la boca y emitir sonidos. —Brooke enrojeció—. ¡Por Dios, palabras, no quiero saber qué sonidos habéis emitido!

—Nada. Bueno, le he deseado feliz Año Nuevo.

Denise parpadeó. Tomó un sorbo de su bebida, y volvió a parpadear.

—Bien. A ver si lo he entendido —dijo—. Os habéis empotrado en la… ¿mesa?

—Encimera.

—Encimera. Vale, ordenaré que desinfecten toda la cocina a fondo.

—Qué graciosa.

—Después, cada uno por su lado.

—Tal cual.

—¿Y qué vas a hacer?

—¡Nada! Ha sido una cosa de esas que pasan en Nochevieja y ahí se quedan.

—Eso es en Las Vegas.

—Da igual. No hace falta ni que volvamos a hablar del tema, y seguro que él opina igual. Así que podemos volver a la fiesta y actuar como si nada.

Para enfatizar su idea, dio un paso para salir de detrás de la palmera y, al girarse, se topó de frente con Patrick. Los dos se quedaron mirándose, inmóviles, hasta que alguien se interpuso bailando entre ellos y, cuando Brooke volvió a mirar, él ya no estaba.

—Ya. Como si nada —repitió Denise, con tono burlón—. Dios, eres un cliché. El número uno, además.

—¿Qué?

—Amor y odio, ya sabes, el primer puesto en las pelis moñas que dan después de comer. Ahora que lo pienso, también es un recurso muy utilizado en la novela romántica.

—No sé de qué hablas. —Brooke se puso digna.

—Dos desconocidos que se caen mal a primera vista cuyo amor va surgiendo despacio, como la bullabesa. —Denise soltó una risita.

Brooke le pegó un manotazo más fuerte de lo que pretendía, tanto que el vaso que sujetaba la rubia no salió volando de milagro.

—Joder, pues menos mal que el sexo relaja… Casi has salido peor de lo que estabas.

—¡Porque me estás cabreando!

—¿Qué dices? ¡Si soy un angelito! Mira...

Denise hizo un amago de puchero que quedó a medias, ya que no tenía mucha costumbre de poner cara de pena por nada. Aunque fue suficiente para su amiga, que sonrió.

—O sea que al final os ha venido bien el *pack*-fiesta, ¿eh? —siguió la rubia —. *He mea iki*, Brooke. Sabía que coquetear con los proveedores sería un acierto.

La morena miró al techo. No le quedaba otro remedio que darle la razón… por más que había repetido por activa y por pasiva que no necesitaría condones para la fiesta, Denise era de lo más testaruda. Y como no tenía el menor reparo en utilizar su encanto para cualquier cosa que creyera útil, le sacó a un

proveedor de bebidas alcohólicas un *pack* «especial fiesta» que incluía un gorrito plateado, un *lei*, que era la corona de flores típica allí, y dos preservativos.

Al principio, cuando el personal abrió los sobres se miraron entre ellos, sorprendidos. Sin embargo, según el ambiente se animaba y la gente bailaba sin respetar el espacio personal entre ellos, la idea ya no parecía tan loca.

—*Luau*.

—¿Qué?

—Las fiestas. Siempre pasa algo en las fiestas. ¿Seguro que solo ha sido un polvo aislado y que no tienes intención de liarte con él?

—Ni loca, vamos. ¡Si es que no me cae bien!

—Tu clítoris parece pensar lo contrario…

Brooke fue a replicar, pero vio que se acercaba Cedric, el ayudante de Denise, y cerró la boca. El chico, de cabello tan rubio como Denise y similares ojos claros, llevaba casi seis meses allí y no tenía ninguna queja sobre su jefa, más bien al contrario. Se llevaban bien, congeniaban en el trabajo y, como ella decía, él se dejaba dirigir sin protestar a todo, lo cual ayudaba. También lo hacía el hecho de que el trabajo de Cedric era de todo menos estresante: se ocupaba de las excursiones y actividades de los clientes fuera del hotel. La mayoría de estos pasaban de los setenta años… por lo que no buscaban aventuras ni nada que implicara mucho esfuerzo físico, así que Cedric tenía una lista de contactos fijos que sabía que siempre funcionaban y tiraba de ella.

—Está genial la fiesta, subD —dijo.

—*Mahalo* —contestó Denise—. Y no me llames así.

Estaba cansada de repetirlo, aunque desde que el director se dirigiera a ella de ese modo en una reunión, se había vuelto viral y no había manera de que la llamaran de otra forma.

—Claro, subD. —Levantó la copa y la chocó con su vaso—. Feliz año, por cierto. A ver si es mejor que este.

—Algunos lo han empezado bien, sí.

Brooke le dio un codazo que casi hizo que tirara el vaso por segunda vez, aunque Denise lo sujetó a tiempo y reprimió una sonrisa.

—Jefa, cuidado con el alcohol —dijo Cedric, atribuyendo el gesto a la bebida.

—Sí, sí, claro.

—Deja de beber y vamos a bailar, esta noche mi deber es despeinarte.

—*Ahonui*… —murmuró Denise, dejándose llevar.

Mientras Cedric la arrastraba a un complicado baile que nadie seguía debido

al grado de alcoholismo de la fiesta, le señaló con un movimiento de cabeza hacia Patrick, que revoloteaba justo en el otro extremo del salón.

Brooke la fulminó con la mirada y se bebió su champán. Joder, ¿acaso a partir de entonces se iba a acalorar siempre que lo viera? ¡Pues mal iba, juntos en la cocina! Encima, ya no llevaba la chaqueta ni la corbata, que debía haber dejado por alguna silla, y se había desatado un par de botones de la camisa. Vale, hacía calor y era lo normal, pero la razón a ella le daba igual. Aunque, claro, antes llevaba todo puesto y aun así se había tirado encima suyo, así que…

Iba a tener que pensar alguna estrategia o algo, visto lo visto. En la cocina solían estar bastante cerca, sobre todo cuando iban a coger el mismo utensilio, por ejemplo. La solución se le ocurrió rápido al ver pasar a uno de los ayudantes de cocina, Manny. Se lo pediría a él y punto.

Entonces, Patrick empezó a remangarse la camisa y pensó que quizá debería echarse el champán por encima en lugar de beberlo; al parecer sus ojos tenían vida propia y no se apartaban de él. Estaba pensando cómo hacer para no parecer un búho ojiplático cuando, de pronto, la música se paró y se escuchó un carraspeo en los altavoces.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Me oís?

La gente se giró hacia la zona del DJ al reconocer la voz. El director del hotel, un hombre mayor que ya pasaba de los setenta, daba golpecitos al micrófono.

—¿Esto funciona?

Un intenso pitido hizo que todos se tuvieran que tapar los oídos. Libre del hechizo de Patrick, Brooke localizó la perfectísima melena rubia de su amiga y se metió entre la gente para llegar a su lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Ni idea, querrá felicitar la navidad.

—¿Suele hacerlo?

—El año pasado no apareció por la fiesta siquiera, y el anterior yo todavía no había llegado.

—A ver si anuncia una paga extra —comentó Cedric.

Denise lo miró y se echó a reír. Vamos, no daban ni un pavo de regalo en Acción de Gracias, como para dar un extra.

—Me dicen que sí se me oye —siguió el director—. Bien, pues solo quería deciros que hoy es mi último día. —Se escucharon murmullos de asombro—. ¡Me jubilo! —La gente empezó a aplaudir—. ¡Pero no porque yo quiera! —Al segundo, los aplausos cesaron—. Parezco más joven de lo que soy y, aun así, se ve que ya no me quieren por aquí.

—Sí, claro, parece que tiene setenta en lugar de ochenta —murmuró Denise.

—¿No tiene setenta? —dijo Brooke.

—Ah, pues entonces aparenta los que tiene.

—Así que a lo largo de la semana que viene llegará mi sustituto, el cual dudo que lo haga tan bien como yo. ¡Esta empresa trata fatal a la gente mayor, que quede claro!

—Ay, madre. —Denise vio que el DJ intentaba quitarle el micrófono, pero el director se aferraba a él como si le fuera la vida en ello—. ¿Ves al de seguridad cerca?

—¡La jubilación debería ser una opción! —siguió el hombre—. ¡Venga, coread conmigo!

Apuntó el micrófono hacia la gente, que no sabía ni qué hacer, y Denise agitó el brazo hacia uno de los que se ocupaban de la seguridad, que también estaba de fiesta, y se acercó a ella.

—Mejor le sacas de ahí, Kimo —sugirió.

—Pero si es el director…

—Ya no, parece.

—¡La jubilación es una opción! ¡Vamos, que se os oiga!

El DJ volvió a intentar quitarle el micrófono, el exdirector lo seguía sujetando y, como ya empezaban a empujarse, Kimo decidió obedecer a la subdirectora, no fuera aquello a degenerar. Por el camino avisó al de mantenimiento y, entre los dos, subieron a la plataforma para coger al hombre y llevárselo casi a rastras.

Los trabajadores dudaron entre aplaudir, cuchichear o brindar; al final, el DJ optó por poner música de nuevo y pronto la gente bailaba y bebía como si nada hubiera sucedido.

—Pues nada, lo de año nuevo, vida nueva, va a ser verdad para el hotel —dijo Denise.

A ver a quién le encasquetaban… No esperaba que se lo ofrecieran a ella; según el protocolo interno, necesitaba algún tiempo más de experiencia, pero tampoco hubiera estado mal, ya puestos. En fin, con que enviaran a alguien menos rancio que el señor Atkinson, le valía.

Madre mía. Brooke, acostándose con Patrick; el director, jubilado por obligación; y en unos días, uno nuevo aparecería por allí.

¿Se podía acabar el año con más sorpresas?

Capítulo 2

Denise daba vueltas por la recepción, nerviosa. El nuevo director ya tendría que haber llegado, según el *mail* informativo recibido el día anterior.

Desde que el señor Atkinson se había marchado, el ambiente estaba revuelto: todo el mundo corría como pollo sin cabeza porque se hallaban en una situación poco habitual. De pronto, Denise se encontró con que todos se dirigían a ella como figura de mando, algo que tenía sentido dado que era la subdirectora, con la única pega de que no estaba en el guion.

Por un lado, enterarse de la jubilación de Atkinson en la fiesta de nochevieja ya le parecía poco serio y, por otro, según el mensaje de los mandamases de arriba, el mismo día dos deberían haber tenido a su sustituto.

Sin embargo, el calendario marcaba el seis de enero y todavía no había aparecido nadie por allí. Eso, para Denise, a la que le gustaba tener todo controlado, era un desastre.

No era que no pudiera llevar el hotel unos días, no: estaba preparada de sobra. Era que ella era una de esas personas a las que, si le decían que a las 20:33 llamarían a su puerta, te esperaba a esa hora. Ni un minuto antes ni uno después. Y que el nuevo director llevara cuatro días de retraso mientras ella se tragaba la confusión y el desconcierto del personal… Eso no le parecía serio en absoluto.

Esa misma mañana, al abrir el correo en espera de alguna noticia que dejara claro que no los habían olvidado a pesar de estar en una isla remota, encontró al fin el *mail* que esperaba. Avisaba de la llegada del señor Hayden cerca de las 13:00 horas y, además, instaba al personal a presentarse a una reunión informativa a las 17:00 horas en el salón de actos.

Así que allí estaba Denise, a las trece y nueve minutos, yendo de un lado a otro bajo la atenta mirada de Kailani y Vaitiare, las dos recepcionistas que rezaban en silencio para que la subD no implosionara.

Al fin, el ruido de un motor lejano hizo que soltara un suspiro de alivio. ¡Al fin!

Salió a la entrada a tiempo de ver dos coches aproximarse. Normalmente,

cuando llegaban clientes los trabajadores salían con los *leis* para hacer el típico recibimiento hawaiano, pero en ese momento los tenía a todos ocupados. Además, al ser personal del hotel, había decidido dejarse de florituras, ya que suponía que no les interesaban demasiado los collares de flores.

Se cruzó de brazos mientras aguardaba a que el primer vehículo frenara y echó una mirada por encima, impaciente. ¡Tenía tantas cosas que hacer! Saludaría rápido y ya prestaría atención en la reunión con el resto del personal.

Entonces se dio cuenta de que faltaba alguien a su lado: ¡Kimo! Joder, si es que no podían andar tan cortos de personal, ¿quién iba a llevar las maletas del jefe hasta su *bungalow*?

Para su alivio, vio que del primer coche bajaba un chico joven vestido con unos vaqueros: perfecto, el jefe tenía ayudante propio.

Cruzó la entrada a toda prisa para llegar hasta él.

—Hola —saludó—. Soy Denise, la subdirectora.

—Ah, hola —contestó él, haciendo ademán de extender la mano—. Yo soy…

—El ayudante del director, imagino. —La rubia pasó por su lado sin prestarle atención y fue directa hasta el maletero—. Perdona, no tengo mucho tiempo. Hay que llevar las maletas del director a su *bungalow* y, como ves, andamos un poco escasos de personal.

El joven se quedó perplejo unos segundos, pero al ver que ella misma se dedicaba a descargar las tres maletas que contenía el maletero, se aproximó por el otro lado para coger dos. Denise abrió la puerta trasera y cargó la bolsa de mano.

—Una cosa, ¿haces esto muy a menudo? —preguntó él—. ¿Forma parte del trabajo de ser subdirectora?

Ella miró hacia el segundo coche, donde dos hombres trajeados charlaban entre ellos, al parecer sin la menor intención o interés por acercarse a saludarla. En fin, había cosas que no cambiaban, y tampoco comprendía bien el motivo de deshacerse de Atkinson, pues ninguno de esos dos andaba muy alejado de él respecto a la edad.

—Vamos —le ordenó al chico—. No tengo todo el día. Y contestando a tu pregunta, solo tenemos un empleado que hace las veces de botones, seguridad y lo que se tercie, así que sí; si tengo que llevar maletas, lo hago.

—Ya veo.

—Qué te voy a contar que no sepas… todos los jefes son iguales. Quieren todo perfecto y a la hora con seis gatos trabajando.

Cruzó la recepción, donde Kailani y Vaitiare se deshicieron en sonrisas hacia su acompañante, como hacían cada vez que veían algún chico guapo de fuera. La verdad, Denise se preguntaba si ahora ser atractivo era un requisito

importante para ser ayudante del pez gordo de turno; no recordaba ni uno solo de sus trabajadores con ese aspecto, y cuando había tenido algún becario, allá por el pleistoceno, tampoco tenía una cara que mereciera la pena recordar.

—Por la pasarela —le indicó, señalando una puerta de cristal.

—Muy bien —aceptó él.

Kailani y Vaitiare pusieron cara de pena al darse cuenta de que no iban a ser presentadas y lanzaron un resoplido hacia Denise. Estaban contentas con ella, pero cuando se ponía de aquella manera las sacaba de quicio, porque allí tenían una filosofía de vida más centrada en ser feliz y no tanto en trabajar como un esclavo.

Él se encogió de hombros y les dedicó una mirada que venía a decir «lo siento, chicas» mientras se encaminaba hacia la puerta de cristal que daba paso a la pasarela.

—¿Tanto trabajo tienes? —preguntó, una vez llegaron allí.

—¿Qué? —Denise frunció el ceño al ver interrumpidos sus cálculos mentales —. Ah, eso. Sí, tengo trabajo, sobre todo porque tu jefe debería haber llegado el día dos, no el seis.

—Sí, ya. Ha habido un problema con los billetes de avión.

—Y enviar un mensaje comentándolo, ¿para qué?

—¿Nadie te informó?

—No, nadie, igual que tampoco se me informó de la jubilación anticipada de Atkinson. Aquí ni Dios sabe qué pasa, algunos hasta creen que vamos a cerrar.

El chico lanzó un suspiro, de manera que Denise dedujo que aquella era una de sus tareas que no había hecho. En fin, no tenía sentido añadir leña al fuego en algo que no tenía remedio.

—No te preocupes, ya sé cómo es ser el ayudante. Tenerlo todo controlado es nuestro trabajo y apenas se agradece, pero, ¡ay cómo te despistes en algo!

—Eso parece, sí —comentó él, con un brillo divertido en sus ojos azules.

—Estoy de los jefes hasta el gorro. Ojalá alguna vez asomaran la cabeza fuera del despacho y vieran la realidad.

La rubia se encaminó fuera y él la siguió, acelerando el paso para no quedarse atrás.

La pasarela de madera que unía los dos edificios era uno de los encantos del hotel. De noche, con las antorchas encendidas, hacía las delicias de los turistas y volvía el ambiente mágico, algo que siempre aparecía reflejado en las encuestas.

Denise caminó hasta las vallas de bambú que separaban el hotel del alojamiento para empleados y se apartó para dejarlo pasar.

—Vaya —comentó el chico—. Qué chulo, ¿no?

Eso no podía negarlo la rubia. Los apartamentos no eran grandes, pero daban el pego simulando coquetos *bungalows*. La verdad era que por la noche se estaba de maravilla: solo tenías que abrir la puerta de la entrada y el aire cálido te acariciaba la cara, algo que no podías ni soñar si vivías en la ciudad.

—Está bien, son cómodos —comentó ella—. Tiene piscina, aunque, ¿quién quiere una con las playas que tiene Hawái? En fin, sígueme. El de tu jefe está al fondo, es el mejor.

Lo llevó hacia allí, atravesando el resto de *bungalows* hasta el final, donde se encontraba el que solía ocupar el director. Aquel era más grande que los demás, por descontado: tenía tres habitaciones, el salón y la cocina por separado, dos baños, y una terraza privada con *jacuzzi*.

Denise abrió la puerta y le tendió la llave.

—Toma, dásela tú —dijo—. Es un cabrón con suerte, yo mataría por ese *jacuzzi*.

Sin esperar, metió las maletas y las dejó en la entrada. El chico seguía con expresión desconcertada, incluso cuando dejó el equipaje que transportaba, y miró a su alrededor.

—El equipo de limpieza lo ha puesto a punto —informó ella, por si acaso buscaba defectos que criticar ante el nuevo director—. ¿Quieres que deshagamos sus maletas y le guardemos la ropa en el armario?

—No, no, esas cosas prefiere hacerlas él mismo.

—¿En serio? Pues será el primero —murmuró Denise con sarcasmo—. Bueno, entonces creo que no me olvido de nada. En la mesa del comedor tiene un plano del hotel y un recordatorio de la reunión informativa con el personal a las diecisiete horas. Ah, y los teléfonos que pueda necesitar: la recepción, uno para que le traigan la comida y el mío: para cualquier cosa estoy disponible.

—¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Koreander, Denise Koreander.

—Muchas gracias por tu ayuda, Denise. Muy instructiva.

—De nada, y *aloha*.

—Pensaba que *aloha* significaba «hola».

—*Aloha* tiene muchos significados aquí. Hola, adiós, incluso en algunas ocasiones es un «te quiero». Dile a tu jefe que vaya aprendiendo algún vocablo hawaiano, le será útil. —El chico asintió—. Y si alguna vez te despide y necesitas trabajar, pásate. Has estado rápido con el equipaje.

Denise no se entretuvo, tenía trabajo y allí no podía hacer más. Si el director se hubiera interesado en acercarse a conocerla podría haber sido distinto, claro que tampoco le sorprendía. Ninguno se molestaba en portarse como un ser humano y extender la mano para presentarse, no, ellos aparecían detrás de un

micrófono para informar de los cambios y después regresaban a encerrarse en su despacho. Y ya nunca volvías a verlos, excepto en los discursos de Nochevieja y poco más.

Al mirar el reloj vio que eran casi las dos, de forma que comer con Brooke quedaba descartado. Al trabajar en la cocina, sus horarios no eran demasiado compatibles, aunque algunas veces la rubia hacía un esfuerzo para que pudieran charlar. De ese modo, había días que Denise comía a las doce o a las cinco, dependiendo de su amiga.

Tampoco era que el cocinero jefe, Marshall, les pusiera las cosas fáciles a sus empleados. Denise conocía su fama, pero desde que Brooke irrumpió en el hotel y, de paso, en su vida, la conocía de primera mano. Marshall era un cocinero de la vieja escuela nacido en Londres y tenía tras de sí una dilatada carrera como chef en varios restaurantes famosos. Según Brooke, aunque estaba claro que dominaba la cocina, se había quedado completamente obsoleto.

Y ahí estaba la pega, ya que era uno de esos que no se dejaban aconsejar. Creía estar en posesión de la razón siempre, y su argumento para no innovar consistía en decir que lo tradicional funcionaba, pasaran los años que pasaran.

Como Brooke decía, no era que pensara que los platos típicos no podían tener buen resultado, solo que no veía la forma de llegar a la excelencia preparando compota de manzana día tras día, por mucho que Marshall insistiera en ponerle una barrita de canela como sello personal.

Además de sus limitaciones culinarias, también dejaba mucho que desear en su trato personal, y la palabra tirano se quedaba corta para definirlo. A Brooke, poco acostumbrada a recibir gritos, le había costado un gran esfuerzo aprender a tragarse aquello e ignorarlo. Patrick también se aguantaba, aunque un par de veces se había marchado de la cocina. Brooke suponía que para no soltar cualquier disparate.

Por suerte, el aire de Hawái contribuía a calmar los ánimos, como solía decir Denise. A veces, cuando tenían un mal día o estaban cabreadas por temas de trabajo, las dos se marchaban hasta su playa preferida cerca del hotel, Lanikai Beach, para absorber ese pequeño chute de felicidad que se respiraba en el ambiente. Lanikai no era una simple playa, no: estaba considerada como la mejor de los Estados Unidos. Su agua cristalina permitía avistar todo tipo de peces, además del increíble paisaje con las Nā Mokulua de fondo, dos islotes cercanos a la costa de Oahu.

Una de las cosas que más les gustaba era que apenas había gente. Un gran error, en opinión de ambas, pero la zona más masificada era Honolulu, también donde se encontraba la mayor oferta hostelera.

Por supuesto, en parte ese era el problema de que su *resort* estuviera en horas bajas. Sin embargo, a la hora de disfrutar aquel paraíso, resultaba una enorme ventaja. Lanikai era una playa pequeña, de unos ochocientos metros, y había que llegar caminando desde el aparcamiento de la playa más próxima, Kailua, algo que no molestaba a ninguna.

Por la noche, cuando el cielo se teñía de púrpura, las dos guardaban silencio y disfrutaban de un paisaje que sabían no duraría para siempre. Y cuando al fin se levantaban sacudiéndose aquella arena suave y blanca que apenas molestaba, era como si la energía negativa de su cuerpo hubiera desaparecido. No se podía negar que algo tenía el aire en Hawái, poca gente habían visto tan feliz como eran los nativos de allí. Incluso los que menos tenían, lo tenían todo.

Una cosa urgente para Denise era encontrar a Koa, de mantenimiento, para ver cómo llevaba la lista de cosas a arreglar, así que empezó a dar vueltas por el hotel. Después de veinte minutos se dio por vencida; únicamente se cruzó con Kimo, lo cual no tenía sentido, porque cuando buscaba a este último se cruzaba con Koa. Era como si ambos tuvieran una ley no escrita por la que se volvían intercambiables si la rubia buscaba a uno de los dos. ¡Bastante le había costado llamar a cada uno por su nombre!

Decidió que mejor paraba para comer y evadirse un rato de los problemas del hotel. Al igual que el director, ella también podía conseguir que le llevaran la comida con una llamada de teléfono, aunque rara vez lo hacía. Cuando no comía con Brooke a horas intempestivas, iba al comedor o directamente se llevaba algo a su *bungalow*. Esto último le parecía la mejor idea, ya que desconectar en el comedor era complicado, por no decir imposible, así que pasó por allí para coger comida y se marchó a su alojamiento.

Nada más abrir la puerta, escuchó la televisión a tantos decibelios que le sorprendió que los cristales aún estuvieran intactos. Echaba de menos los meses en que su *bungalow* era un remanso de paz y descanso: desde la llegaba de Delilah se le antojaba una cámara de tortura.

Dejó la bolsa de comida sobre la encimera de la cocina, acordándose de Brooke, Patrick y su encuentro esporádico. Dios. ¿Qué se le habría pasado a su amiga por la cabeza para hacer algo semejante? Hasta el momento no le había dado ninguna pista respecto a que pudiera encontrar atractivo a Patrick, solo hablaba de él para insultarlo y llamarlo caótico.

Desde la barra de la cocina miró a su hermana pequeña, que estaba tirada en el sofá cuan larga era. Con solo quince años ya medía como ella, así que seguro que no tardaría en dejarla atrás. A Denise no le parecía justo, pero así era la vida: los genes no entendían de justicia.

Al igual que ella, Delilah era rubia y de ojos azules, aunque ahí terminaban

los parecidos: la quinceañera tenía poco de angelical y se aseguraba de demostrarlo con un par de *piercings*, además de vestir de negro el noventa y nueve por ciento de las veces.

—¿Quieres bajar eso? —le ordenó.

—¿Qué?

—Que bajes la televisión.

Delilah hizo una mueca y la bajó de manera apenas perceptible. Al ver la cara de su hermana mayor, suspiró con gesto de drama y repitió la operación.

—No es para tanto.

—Aquí hay gente que trabaja en el turno de noche y tiene que dormir. No digo que no puedas ver la televisión, pero no hace falta que la escuche todo el personal.

—¿Ya me estás sermoneando? —Delilah miró al techo, enfurruñada.

—Oye. —Denise la miró fijamente—. Tengamos la fiesta en paz, ¿entendido?

Delilah se cruzó de brazos, con gesto desafiante, pero finalmente apretó los labios y guardó silencio. Malditas las ganas de acatar órdenes de Denise, pero llevaba dos semanas allí y ya le había tirado el móvil a la calle. No quería que el mando de la televisión corriera la misma suerte y quedarse sin su único entretenimiento.

Con lo del móvil había pillado un buen berrinche, incluso se había largado dando un portazo con la idea de desaparecer durante horas y que así su hermana se volviera loca de la preocupación. Bueno, también deseaba telefonear a casa para quejarse a sus padres, solo que la idea fue un fracaso: primero, no recordaba el número; y segundo, ellos eran quienes la habían enviado allí. De modo que dio vueltas y vueltas hasta que, al anochecer, agotada y muerta de hambre, se rindió y regresó al *bungalow*. Resultó que Denise ni se había enterado de su intento de huida, ya que seguía en el trabajo.

—Venga, ven a por un par de platos.

La comida era una de las pocas cosas que conseguían que Delilah se moviera del sofá. Tras dos semanas, Denise solo pensaba en el momento en que se marcharía.

No comprendía por qué sus padres habían insistido en que la acogiera una temporada, como si ella pudiera ser capaz de enderezarla cuando jamás se habían llevado bien. La diferencia de edad era un obstáculo enorme: sus padres la habían tenido siendo ya bastante mayores, y también contaba el hecho de que Denise se marchó del domicilio familiar más pronto que tarde, así que no habían pasado muchos años juntas, la verdad.

Según fue creciendo, Delilah se convirtió en una chica retraída y huraña. Pese a los intentos por parte de sus progenitores de ofrecerle diversas ayudas,

la adolescente era cada vez más díscola. La llamada de su tutora del colegio privado al que acudía fue el determinante de la decisión de enviarla lejos.

Y aunque Denise trató de hacerles comprender que ella trabajaba muchas horas y que no podría ocuparse de su hermana al nivel que pretendían, ambos le pidieron por favor un intento. Creían que un cambio de ambiente y de amistades podía beneficiarla, lo cual seguramente era verdad. Para Denise solo significaba añadir problemas a su ocupada vida, no podía evitar pensar que sus padres pretendían deshacerse de la chica y, aun así, era incapaz de negarles nada.

Prometió acogerla una temporada con la condición de mandarla de vuelta en el avión si le ocasionaba el menor problema en el trabajo. Ellos aceptaron y ahí estaban: con una Denise contando los días para que se largara de vuelta a casa, y una Delilah hosca y enfadada con el mundo que no hacía nada que implicara levantarse del sofá en el que dormía.

Descalza, la chica atravesó el salón y cogió los dos platos que Denise había colocado sobre la barra de la cocina.

—¿Otra vez el dichoso *poke*? —refunfuñó.

—Ya lo sabes, si quieres otra cosa tendrás que ir tú misma al comedor a buscarla.

Delilah llevó los platos hasta la mesita que había delante del televisor y los depositó encima sin dejar de gruñir por lo bajo frases ininteligibles.

—Podrías salir a que te diera el aire —sugirió Denise, sentándose a su lado en el sofá—. Yo qué sé, apúntate a unas clases de surf o algo.

—No quiero hacer surf.

—Pues ve a la playa un rato, te iría bien tomar un poco de sol. Estás en Hawái, no sé, intenta disfrutar de la experiencia.

—Estoy presa —anunció Delilah, volviendo de nuevo al dramatismo.

—No digas bobadas. Puedes salir, siempre y cuando obedezcas las normas.

—Eso de normas solo es una forma hipócrita de decir que tengo que volver aquí a una hora demasiado temprana. Ya tengo quince años, ¿sabes?

—Claro que lo sé, y créeme: si tuvieras más te habría puesto a trabajar de camarera de hotel. Verás cómo no te quedaba tiempo para quejarte por todo.

—Eso te gustaría, ¿verdad? Explotarme.

—La mejor manera de que alguien aprecie sus privilegios es perderlos, y tú ya sabes algo al respecto, ¿no es así?

Durante los tres primeros días, Delilah apenas se había separado del móvil. Tan absorbida estaba que ni respondía cuando su hermana le hablaba. Entonces, una noche durante la cena, Denise le hizo una pregunta y Delilah murmuró algo como «estoy ocupada, no me molestes». Lo siguiente que

recordaba era a su hermana arrebatándole el móvil de las manos y arrojándolo por la ventana con la precisión de un lanzador profesional.

Delilah recordaba el pánico atravesarla de arriba abajo y la forma en que salió a la carrera para ir a rescatar el aparato. Sin suerte, por descontado: el teléfono se encontraba hecho añicos en el suelo. Llorando de la rabia y sin poder creer aquello, regresó temblando al *bungalow* con los restos de su amado móvil para enfrentarse a Denise.

Esta, sin embargo, permaneció indiferente a sus lágrimas y furia, limitándose a decirle que de todos modos allí no lo iba a necesitar.

—¿Cómo que no? ¿Y qué voy a hacer sin móvil? ¡Estaré incomunicada!

—Mejor para ti. Por lo que me contó papá, tampoco hacías cosas buenas con el teléfono precisamente.

Aquel fue un golpe bajo al que Delilah no supo responder. Seguía teniendo quince años, a esa edad se podía tener mala leche —ella era la prueba—, pero no estaba lista para ganar un duelo dialéctico con Denise que, además, era una experta en ese terreno.

La llamada que había planeado hacer a su casa, una versión llorosa sobre lo incómodo que era dormir en un sofá, comer arroz con pescado a diario, estar sin móvil y con una hermana ausente, ya no tenía sentido. Era tan idiota que jamás se molestó en aprenderse el teléfono de sus padres, ni tan siquiera el de casa, era la típica cosa en la que no caías hasta que perdías el móvil.

O la chiflada de tu hermana lo arrojaba por la ventana.

Desde ese tercer día, se limitaba a vegetar en el sofá con la única ocupación de mirar la pantalla del televisor. Quería sacar de quicio a Denise para ver si así se hartaba y la mandaba de vuelta, y aunque lo de poner la tele a todo volumen funcionaba, no era suficiente. Y tampoco la veía tanto como para amargarle la existencia, porque se pasaba todo el maldito día en aquel hotel de las narices. Hotel que ni se había molestado en visitar, tal era su indiferencia, ni siquiera para ir al comedor a buscarse unos cereales o un bollo o a la estúpida fiesta de nochevieja. Llevaba quince días seguidos comiendo *poke* de arroz con dados de salmón y maíz, lo único que le traía Denise.

Desde luego, menudo cambio de aires. Buena milonga le habían contado sus padres al comentarle lo de esas minivacaciones para que «pensara en sus acciones».

Denise comió deprisa y se levantó para dejar recogido lo que había usado. Nunca pasaba demasiado tiempo quieta, y menos desde que tenía aquella okupa en su *bungalow*. Calculaba que en otro par de semanas pegaría una llamada a su casa para sugerir un regreso porque, siendo sincera, dudaba mucho de que Delilah fuera a sufrir el cambio que sus padres deseaban.

—Podrías darme una llave —comentó esta, jugueteando con el arroz—. Así tendría un poco de libertad.

—Te la daré cuando te la merezcas.

—No sabes las ganas que tengo de largarme de aquí. —Delilah se recostó en el sofá, con los brazos cruzados.

—En eso estamos de acuerdo las dos. ¿No piensas comer?

—¡No!

—Muy bien. —Denise le quitó el plato y lo tiró a la basura—. Arreglado.

—No hacía falta que lo tiraras, joder, ¿y si tengo hambre más tarde?

—Pues te levantas y vas al comedor.

Denise fue al baño, no sin escuchar a su hermana gritar un: «odio estar aquí» bien claro. Cerró la puerta y se miró en el espejo, consciente de que el rato que pensaba descansar no iba a ser posible con aquella adolescente huraña que acampaba en su salón. Mejor volvía a su despacho, que al menos era un entorno tranquilo. Necesitaba calma antes de la reunión de las cinco; si quería causar buena impresión al nuevo director debía estar relajada, algo que ahora mismo allí no era posible.

Comprobó que su traje estaba impecable, como siempre, al igual que el pelo. Ya se retocaría el maquillaje después, que en su mesa tenía de todo.

Dejó a Delilah en el sofá y regresó al hotel. Lo que denominaba su «despacho» era, en realidad, un cuarto pequeño que nadie utilizaba donde había colocado primero una mesa, después una silla, más tarde un portátil y, de ese modo, sin que nadie tuviera muy clara su existencia, se convirtió en su lugar de refugio en el trabajo.

Guardaba papeles, agendas y cualquier cosa que necesitara, además de meterse allí cuando necesitaba desconectar. En teoría, la subdirectora no tenía despacho como tal, así que, si alguien le preguntaba, respondía que era una especie de cuarto-almacén. Que no era mentira, ya puestos.

Los únicos que tenían claro que eso era un despacho con todas las letras eran Brooke y Cedric, y Denise esperaba que siguiera así. De hecho, el señor Atkinson jamás sospechó nada, lo cual maravillaba a Denise. ¿Dónde pensaba que guardaba el papeleo? Con la cantidad de burocracia que se comía, ¿cómo nadie caía en la cuenta de que necesitaba un sitio propio?

En fin, tal vez pudiera sugerírselo al nuevo director, si veía que hacían buenas migas.

Cedric fue a buscarla un rato antes de la reunión, con un café en las manos.

—Toma, subD, cafeína —dijo.

—*Mahalo*, ¿qué tal la excursión del mediodía?

—Muy bien, han visto delfines y han vuelto muy felices. ¿Preocupada por la

reunión?

—Un poco, sí. Los cambios me ponen nerviosa.

—Seguro que serán a mejor, seamos positivos. ¿Vamos a buscar a Brooke?

Denise afirmó y salió de su despacho ilegal para seguir a Cedric por la recepción hasta llegar a la zona de cocina. La cocina estaba abierta hasta las cuatro, aunque tardaban cerca de media hora en recoger, limpiar y dejar todo preparado para el turno de cenas.

Los huéspedes podían tomar aperitivos en el bar de la piscina, donde también se servían bocadillos, helados y cosas sencillas que los mismos camareros pudieran preparar.

Mientras Denise charlaba con Cedric y daba sorbos a su café, la puerta se abrió y apareció Patrick, que estuvo a punto de chocar con ellos.

—Ah, perdón —se disculpó—. ¿Esperando a Brooke?

—Sí, ¿le queda mucho?

—No, estará limpiando por encima de lo que he limpiado yo. —Patrick le guiñó un ojo con una sonrisa burlona—. Os veo en la reunión.

Los dos lo despidieron con un gesto de cabeza y Denise se asomó por la puerta entreabierta.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—¡Un minuto! Siempre se deja algo —se quejó ella, terminando de pasar una bayeta por la encimera para después escurrirla en el fregadero—. Lista, me cambio y voy.

Salió como una tromba directa al vestuario mientras se soltaba los botones del uniforme blanco y, poco después, regresaba vestida con vaqueros y camiseta de tirantes. Se reunió con los dos tras pedir un café en la cafetería y le dio un par de sorbos.

—¿Preocupada por la reunión? —preguntó mirando a Denise.

Cedric sonrió mientras la rubia resoplaba.

—A ver, ¿tan obvio es?

—Conociéndote… los cambios te ponen nerviosa.

—Lo que me pone nerviosa es enterarme la última. ¿A vosotros no os preocupa? —Los dos la miraron sin entender—. Bueno, por estadística, cuando hay un cambio de esta magnitud, parte de los empleados suelen terminar en la calle. No lo digo yo, que conste.

—Lo dudo. —Brooke se encogió de hombros—. El director rara vez se mete en la cocina, lo dejan todos en manos del chef. Aunque no estaría mal librarse de Marshall, cada vez está más insoportable.

—Las viejas glorias deberían saber cuándo retirarse —añadió Cedric.

Brooke terminó su café y arrojó el vaso de plástico a la papelera.

—Venga, vamos. Es casi la hora.

Fue al salón de actos, el mismo donde había tenido lugar la cena de Nochevieja, y se mezclaron con el resto del personal que se encontraba allí. Buscaron sitio lo más cerca posible de la tarima, ya que lo lógico era que la subdirectora se encontrara próxima, aunque, ¿quién iba a reconocerla? El director no había preguntado por ella en todo el día, ni la había llamado para presentarse o conocerla. ¡Menuda educación! Si ese era el interés que tenía en su personal, ya empezaban con mal pie.

Diez minutos después de las cinco, igual que un grupo de rock haciéndose esperar, aparecieron los dos hombres trajeados que Denise había visto en el segundo vehículo.

—Es uno de esos dos —comentó a Brooke—. Aunque no sé cuál.

—¿Y quién es el tercero? —preguntó Cedric.

Denise se fijó entonces en el ayudante que había conocido por la mañana, el que la había ayudado a transportar el equipaje. ¿Qué hacía en esa reunión y por qué llevaba un traje? ¿Ahora estaba de moda llevarse al ayudante personal a todos lados?

—Es mono —observó Brooke.

—El ayudante —comentó, sin entender nada—. Estará ahí para que no se les olvide el discurso.

Brooke y Cedric emitieron unas risitas en voz baja, sin dejar de mirar a la tarima. Denise hacía lo propio, con la mirada fija en el chico y ese traje gris oscuro con aspecto caro que llevaba… Vestido así no parecía el ayudante de nadie, la verdad. ¿Le había dicho su nombre? No, no lo creía, aunque era posible que no le hubiera dejado hablar.

—Buenas tardes a todo el equipo del Paradise Lanikai Beach —empezó uno de los hombres, con voz clara y amable—. Soy Andrew y él Malcolm, y formamos parte del directivo general de la cadena de *resorts* Paradise. Como sabéis, el antiguo director Atkinson se ha jubilado y el equipo directivo ha pensado que era el momento adecuado para dar un nuevo aire a nuestro emplazamiento en Hawái. Siempre hemos creído que este *resort* tenía grandes posibilidades y, aunque los cuatro últimos años ha estado en horas bajas, hemos decidido poner todo de nuestra parte para levantarlo.

Al escuchar aquello, todo el mundo comenzó a aplaudir con entusiasmo. Era verdad que el *resort* estaba en horas bajas y siempre existía el miedo de que decidieran cerrarlo, así que era una buenísima noticia que quisieran reflotarlo.

El alivio general relajó un poco el ambiente; ahora que nadie iba a quedarse

sin trabajo, todo el mundo escuchaba con mejor disposición.

—No vamos a engañaros: se avecinan cambios. Pero si todo el equipo Paradise rema en la dirección adecuada, estamos seguros de que el cambio será espectacular. —Andrew dirigió una sonrisa brillante a sus oyentes—. Esto depende de todos y cada uno de vosotros: sois nuestro equipo y os necesitamos unidos.

Más aplausos. Estaba claro que sabían cómo arengar a un público entregado.

—Y ahora, dejad que os presente a quien va a ser vuestro nuevo director en funciones, Archie Hayden.

Hubo un breve instante de confusión entre el equipo del *resort* al ver que el hombre trajeado número dos que permanecía a su lado sonriendo no era el elegido, pero pronto quedó solventado cuando el tercero, visiblemente más joven y agradable que los otros dos, se adelantó con una sonrisa.

Denise sintió como si el suelo se tambaleara bajo sus pies.

—No me jodas —susurró.

—¿Qué? —preguntó Brooke, preocupada al ver la cara de pánico de su amiga.

—¡Es el ayudante!

—No, SubD, es el nuevo director —corrigió Cedric con amabilidad.

—No, digo que es el ayudante.

Brooke y Cedric se miraron, confundidos. Se estaban perdiendo las primeras palabras del nuevo director, lo que era una mala señal para conocer un poco de qué rollo iba, pero es que no entendían para nada qué pretendía decir Denise.

—¿Qué dices? —murmuró Brooke, para que no se la oyera.

—Ese es el chico de esta mañana, el que me ayudó a llevar el equipaje del jefe —explicó Denise en el mismo tono.

—No entiendo nada —intervino Cedric—. ¿Cómo iba a ayudarte a llevar el equipaje del jefe si él es el jefe?

—¡Pues eso digo yo!

—¿Es que no te dijo que era el jefe? —quiso saber Brooke.

—¡No! Bueno, no sé.

—¿Cómo que no sabes?

—A ver, no iba vestido así… me imaginé que era su ayudante y le dije que se diera prisa en llevar el equipaje.

Por segunda vez, Brooke y Cedric se miraron, la primera ya con una idea más clara de lo que había ocurrido. Conociendo a su amiga, seguro que ni le había dejado presentarse, no. Maleta en la mano y rapidito, que no tenían todo el día. Reprimió las ganas de echarse a reír porque le estaba bien empleado; si no fuera así por la vida, no le pasarían cosas como esas.

—Vaya metida de pata, subD —comentó Cedric.

—Muchas gracias por tu consuelo. —Denise lo fulminó con la mirada y se frotó la frente—. Joder, y eso no es lo peor, sino todo lo que he soltado… Me va a despedir, seguro.

Hubo un carraspeo por parte de la fila trasera, así que los tres dejaron de susurrar para prestar atención al nuevo director, quien con sus treinta y pocos y ese aspecto moderno, contrastaba con los otros jefazos.

—Estoy convencido de que haremos un gran equipo —decía él—. Por supuesto, tenéis mi puerta abierta para cualquier cosa que necesitéis. Y no me olvido de la subdirectora del hotel, ¿dónde está?

La gente se giró hacia atrás, buscándola, y Denise soltó una maldición.

—Joder…

—Ah, ahí está —dijo Archie, al localizarla entre los oyentes—. Espero que hagamos un gran equipo, señorita Koreander.

Ella se limitó a asentir como si fuera un muñeco al que hubieran dado cuerda. ¿Cómo podía haber metido la pata a ese nivel? ¿Se podía ser más idiota?

Miró a su alrededor, donde no veía más que rostros felices. Que no fueran a cerrar era una noticia maravillosa, aunque no era solo eso: el nuevo director les gustaba. Su forma de hablar estaba muy alejada del tono rimbombante habitual que solían utilizar los jefes. Y, pese al traje, parecía desenfadado: su corte de pelo era informal y sonreía mucho, todo el tiempo.

Parecía accesible, como si pudieras charlar con él de tú a tú. Bueno, ella lo sabía mejor que nadie, que hasta le había dicho que era un cabrón con suerte.

Quería morirse allí mismo y no entendía por qué no la había sacado de su error, o incluso despedido.

¿Qué iba a pasar ahora?

Capítulo 3

Después del bombazo del nuevo director, Brooke no pudo quedarse a cotillear con Denise como le hubiera gustado porque ya había terminado su tiempo «libre» con aquella reunión y tenía que volver a las cocinas. Además, desde Nochevieja iba cinco minutos antes de su hora para poder coger sitio y que fuera Patrick quien la esquivara y ocupara el otro lado de la cocina. Su otra estrategia consistía en pillar a Manny en cuanto llegaba, asegurarse de que se quedaba en algún puesto justo a su lado y utilizarlo como mensajero. Así ella no tenía que acercarse a Patrick para coger algún cuchillo, sartén o ingrediente.

Por el momento, funcionaba, porque no había estado a menos de un metro de él, ni a solas. Tampoco Patrick había hecho ningún gesto o algo que le indicara que quería hablar de lo ocurrido, así que decidió que lo mejor era hacer como si nada, seguir a lo suyo y, con el tiempo, seguro que a los dos se les olvidaba.

Solo que, claro, era complicado cuando sus ojos tenían vida propia y se iban detrás de Patrick en cuanto tenían oportunidad. ¡Si es que hasta se había sorprendido mirando cómo se agachaba para coger una puñetera cazuela, cuando el uniforme era lo más soso del mundo! Y que no debería resultar atractivo para nada, pero el chico debía usar algún detergente nuevo o algo porque le parecía que lo veía más blanco de lo normal… y que le hacía un culo que hasta entonces no había visto.

Notando que se acaloraba ella sola de nuevo, se tomó un vaso de agua y vio que se abría la puerta para dar paso a Manny. A toda prisa, lo enganchó del brazo y lo llevó a su lado.

—Tú quédate aquí y pela patatas —le ordenó.

Él resopló fastidiado.

—Joder, Brooke, que me tienes esclavizado.

—Vigila mis cuchillos, y ya te diré si me hace falta algo de aquel lado.

—Como los últimos días… ¿No prefieres que haga la crema de vainilla? A ti te aburre.

—No, no, tú aquí quieto.

El puesto de postres estaba al otro lado y no lo tendría como escudo, así que

eso descartado.

—¿Es algo nuevo del programa de formación?

—¿El qué?

—El tenerme aquí contigo todo el tiempo yendo a buscarte cosas.

—Eh… algo así. —Carraspeó y le dio una palmadita en el hombro—. Lo haces muy bien, pronto dejarás de ser pinche en prácticas, seguro.

Pasaron un par de empleados más y, tras ellos, Patrick. Al verlo, Brooke se tensó al momento, pero él solo echó un vistazo hacia su zona y se dirigió a la parte sin ocupar. Cinco minutos después, ya estaba todo el personal de cocina allí y se escuchaba el ruido de platos y cacerolas chocando entre sí.

Marshall entró en aquel momento, se dirigió al corcho que había en la pared y miró la planificación de comidas. En ese restaurante del hotel, a diferencia del principal, no cocinaban para un bufé, sino a la carta, aunque no por ello la complicación era mayor. Marshall era un clásico, se centraba en lo que gustaba a los clientes mayoritarios y no cambiaba el menú semanal si no era necesario por cambio de temporada o a menos que faltara algún ingrediente fresco, por ejemplo.

—De primero, Brooke: verduras hervidas, sopa de fideos con *dumplings* aparte, ensalada tropical. De segundo, Patrick: *poke* de arroz y salmón, *spam* a la plancha, puré de patatas, patatas hervidas. Y de postre crema de vainilla, fruta, helados. Vamos, espabilad.

Dio un par de palmadas sin que nadie realmente le hiciera caso: el menú semanal no cambiaba desde hacía meses y se lo sabían todos de memoria. Además, la complicación era mínima: Brooke ya se había llevado alguna bronca por aderezar unas verduras con soja y echar picatostes de hierbas caseros a las ensaladas. Igual que le había ocurrido a Patrick alguna vez que había querido hacer cerdo *kalua* y casi acabó a golpes con Marshall, que lo consideraba una pérdida de tiempo por muy típico que fuera de Hawái. La única innovación era cuando Marshall decidía que Patrick hiciera los primeros y Brooke los segundos. Los postres ni se molestaba, porque los helados y la fruta era solo emplatar, prácticamente, y se repartían ellos o el resto del equipo según hiciera falta, y las cremas dulces o lo que tocara las hacía Manny o algún otro.

—Voy a buscar brócoli, sigue pelando y vigila a Patrick —le ordenó Brooke a Manny.

—¿Que le vigile? ¿Por qué?

—Por lo de siempre, que no me robe la sartén. ¡Y que esté en su lado!

Lo dijo en susurros para que nadie más la oyera, ante la mirada atónita de Manny. ¿Cómo iba a vigilar que no se moviera de su sitio? Ni que fuera su superior y no al revés. Cada día entendía menos a Brooke; a ver si le estaba

afectando el aire tropical…

La chica se metió por el pasillo que había detrás de los armarios con menaje, pasó la cámara frigorífica y llegó a la despensa donde guardaban las verduras y frutas. Era bastante grande, con muchas baldas y armarios, y fue al fondo a coger varios ramilletes de brócoli. Se giró con ellos en la mano y se quedó inmóvil al ver a Patrick en la puerta, mirándola de una forma que le recordó a Nochevieja.

Y no se equivocaba, porque el chico llevaba un minuto allí sin decir nada, ya que al abrir la puerta se había encontrado con Brooke agachada revolviendo las verduras y solo había podido fijarse en cómo el pantalón blanco del uniforme, en teoría aburrido, le marcaba la curva del trasero. Llevaba seis días esquivándola, manteniéndose en su lado de la cocina y sin dirigirle la palabra para evitar sacar el tema de aquella noche, como parecía que ella también quería, y ahora se la encontraba ahí a solas. Y, lo peor, se la imaginaba de mil formas menos cogiendo brócoli, ¿qué demonios le pasaba?

Carraspeó y avanzó un paso, señalando tras ella.

—Aguacates —dijo.

Brooke se movió hacia un lado para dejarle pasar, maldiciendo la estrechez del lugar. Para una persona era más que suficiente y uno se podía mover con facilidad, incluso había estado ahí con Manny sin problemas, pero por alguna razón la presencia de Patrick hacía parecer al sitio mucho más pequeño.

—Brócoli —replicó ella, como si no fuera obvio.

Joder, parecía que estaban jugando a las adivinanzas. Se quedó quieta hasta que llegó a su altura y tragó saliva, con la vista al frente para no mirarle a la cara. Sus ojos quedaron a la altura de los botones laterales y su cabeza decidió preguntarse si aquellos también saltarían como los de la camisa si tiraba fuerte de ellos…

Cogió aire al ver que alargaba el brazo por encima de ella y lo soltó al ver que era para coger los aguacates, en una balda sobre su cabeza. Solo que, cuando vio la mano bajar de nuevo, estaba vacía.

—Escucha, Brooke —dijo él, sin apartarse—. Sobre lo del otro día…

—Sí, ejem, eso, ejem, el otro día.

—No esperaba… bueno, no sé cómo…

—No, si yo tampoco, en fin, eso.

Y entonces levantó la vista.

Craso error, pensó, porque al momento todo su cuerpo se estremeció como si recordara cada segundo de lo sucedido. Se mordió el labio, cambiando el peso de pie y vio cómo los ojos de Patrick se oscurecían antes de inclinarse y besarla con ansiedad.

Brooke tiró el brócoli, levantó los brazos para rodearle el cuello y gimió cuando sus lenguas se tocaron. Joder, joder, qué bien besaba, por Dios, lo de Nochevieja no había sido un espejismo. Notó que él la cogía por la cintura, metiendo las manos por debajo de la camisa hasta rozar con los pulgares la piel desnuda de debajo, y ella bajó las manos para coger aquel culo que llevaba mirando seis días como una idiota. Patrick le cogió la cara con una mano para inclinársela hacia un lado, dejando de besarla para llevar sus labios al lóbulo de la oreja y lamérselo, mientras con la otra mano había llegado al sujetador y la acariciaba por encima.

—¡Que sí, que ya cojo más!

El grito de Manny les llegó a los dos como a través de una niebla y se apartaron el uno del otro justo cuando la puerta se abría y entraba el pinche.

—Marshall quiere patatas fritas también, así que me ha mandado a por más —dijo.

Levantó una ceja al ver a los dos cocineros uno frente a otro, respirando como si acabaran de correr una maratón, y sacudió la cabeza. Seguro que habían estado discutiendo por alguna tontería como el tamaño del brócoli a hervir y los había interrumpido.

—Como que no estoy —dijo, mientras se acercaba para coger un saco de patatas—. Ya me voy.

Ya había aprendido que mejor no meterse en el medio cuando se ponían a discutir, así que se acomodó el saco en los brazos y se dirigió a la puerta, justo para ver pasar a Brooke como una exhalación hacia la salida.

—¡Jefa! ¡El brócoli!

¿No había ido a por eso? Pero ella ya estaba bien lejos, porque no lo oyó. Manny dudó entre cogerlo o hacer otro viaje, cuando un Patrick muy serio le dejó unos cuantos ramilletes encima del saco de patatas.

—Gracias —le dijo.

El cocinero solo afirmó con la cabeza y Manny se marchó haciendo equilibrios con la comida.

Patrick se apoyó contra una de las baldas y se pasó la mano por el pelo con un suspiro, maldiciéndose porque estaba seguro de que, de no haber aparecido el pinche, habrían acabado como en Nochevieja. No entendía lo que había pasado entonces ni por qué no podía dejar de pensar en ella, cuando llevaban meses trabajando juntos sin llegar siquiera a congeniar. No era que no la hubiera encontrado atractiva antes, porque que la chica era mona era algo innegable, pero como no se habían llevado nunca bien, eso superaba a lo demás. Y él tampoco era de congeniar mucho, ya puestos. Su tiempo libre lo pasaba en el gimnasio, en la piscina o estudiando libros de cocina; por no salir,

no había ni recorrido la isla en plan turista. Consideraba el sitio como una parada más en su periplo por los hoteles de la cadena y no había sido su mejor elección, visto lo poco que estaba aprendiendo en aquella cocina anticuada con Marshall al mando. Comía o cenaba con otros compañeros en zonas comunes y acudía a las fiestas a las que le invitaban si había algún cumpleaños, pero no había llegado a hacer ninguna amistad en aquellos meses: la mayoría de su edad eran nativos que vivían fuera del hotel y tenían sus propias vidas, y los que se acercaban a la suya eran de otros departamentos y apenas si habían cruzado algunas palabras.

Se acomodó el uniforme, echando un vistazo a la balda donde habían estado apoyados y recordó que necesitaba aguacates para el *poke*, así que cogió una bandeja sin saber qué hacer. ¿Debería intentar hablar con ella? ¿Ir a su *bungalow* y continuar donde se habían quedado? ¿O se lo tomaría a mal? Porque Brooke parecía tan atraída como él, de eso no tenía mucha duda, pero sí de lo que la chica pensaba al respecto. Si quisiera repetirlo, o hablar de ello, ¿no le habría buscado? Aunque claro, tampoco lo había hecho él…

Joder, con lo tranquilo que estaba él con sus libros aburridos, y ahora no podía ni concentrarse en un *poke*.

Salió con la bandeja de aguacates y se fue a su puesto sin mirar a los lados, no fuera a distraerse y acabara cortándose o algo.

Brooke, por su parte, se concentró también en sus tareas y, cuando por fin acabó el servicio, se alegró de poder salir de allí al no ser su turno de limpieza. Se apresuró para no coincidir con él en el camino a los vestuarios y fue a toda prisa a los *bungalows*, mirando la hora.

Ya era medianoche y quizá Denise estaría dormida… No perdía nada por comprobarlo, así que se acercó y vio luz en las ventanas, de modo que llamó a la puerta con suavidad. No se oía la televisión, por lo que suponía que Delilah estaría dormida o castigada sin el aparato, que también era posible.

—¡Soy Brooke! —susurró.

Denise abrió la puerta. Llevaba el pijama puesto, de tirantes y pantalón corto, pero su pelo liso estaba intacto, así que no debía haberse acostado aún.

—¿Cuál es la emergencia? —preguntó, temiendo un incendio en la cocina.

—Yo.

—¡Luego me dices que me duerma pronto, y tú tienes visitas a las tantas! —gruñó Delilah desde el interior.

—¡Duérmete!

Apagó la luz, cogió las llaves y salió cerrando tras ellas.

—¿Qué te pasa? —preguntó, fijándose entonces en la cara de susto de su amiga.

Brooke la cogió del brazo, miró a todos lados y se la llevó detrás de una palmera. Entonces vio pasar a uno de los camareros, así que al final tiró de ella y se la llevó a su *bungalow*.

—Madre mía, que me arrancas el brazo —protestó Denise.

—Casi me acuesto con Patrick.

Denise abrió mucho los ojos, sorprendida, porque no esperaba aquello en absoluto, e hizo cálculos mentales con rapidez.

—¿Cuándo? Si no has tenido tiempo libre hoy…

—Antes, en el turno de cena, eso da igual. Joder, Denise, ¿qué hago?

—¿No follártelo?

—¡Es que estoy viendo que no es algo que pueda evitar! ¡No es culpa mía!

—No, si quieres es mía, no te digo. A ver, pues lleva encima siempre un *pack* de Navidad, chica, ¿qué quieres que te diga?

—No me animes, encima.

—¡A ver, decídete! O te disuado o te animo. Y si dices que no lo puedes evitar, pues te ofrezco soluciones.

—Estoy loca, ¿no?

—Mejor no respondo a eso.

—Es como si… No sé, como si necesitara acostarme con él otra vez para comprobar que lo de Nochevieja no fue mi imaginación.

—El chupón del cuello que te duró cuatro días dejaba claro que no lo era.

—¡Así no me ayudas! —Le dio un manotazo, enrojeciendo—. Mira, he estado pensando.

—¿Cuándo?

—Antes, con el brócoli.

—Momento de introspección donde los haya, sí, cocinar brócoli.

—¡¿Quieres escucharme?!

—Perdón. —Hizo el gesto de cerrarse la boca con cremallera, aunque lo arruinó al continuar hablando—: Adelante.

—Si me acuesto con él y veo que no es para tanto, pues ya está. Seguro que así dejo de mirar su culo, ¡es un plan perfecto!

—Eh… no. ¿Qué pasa si es igual o mejor que en Nochevieja?

Brooke frunció el ceño, fastidiada.

—Pues que se me pasará también porque me quitaré el chincho.

—Ya. ¿Y lo de hablar con él lo has considerado? Digo, como opción. ¿O en ese casi acostarte con él de hoy habéis tenido alguna conversación?

—Sí. —Frunció el ceño—. Bueno, palabras ha habido. —Denise le hizo un gesto, animándola a seguir—. Bueno, él ha dicho aguacates y yo brócoli.

La rubia se quedó mirándola unos segundos, esperando alguna explicación

más, sin recibir ninguna.

—¿Es algo de cocineros? —preguntó—. Porque no lo pillo.

—No, no, es que yo necesitaba brócoli y él aguacates…

—Ya, «brócoli» y «aguacates». —Hizo comillas con los dedos—. Llámalo como quieras. —Se acercó y le dio unas palmaditas con una sonrisa burlona—. Pásate por mi despacho, que tengo *packs* de la fiesta. Mejor que te sobren que no que te falten. Y ahora, me voy a dormir, que mañana me ha citado el nuevo jefe a las nueve en punto.

Brooke la miró comprensiva, olvidando durante un segundo su problema con Patrick al pensar en la metedura de pata de su amiga.

—Suerte con eso —deseó.

—Ya te contaré. —Le guiñó un ojo—. Que duermas bien, Brootick.

Brooke le tiró un cojín del sofá mientras salía por la puerta, y Denise se echó a reír de camino a su habitación, aunque dejó de hacerlo al pensar en el día siguiente.

A ver qué tal le iba…

Puntual a las nueve, Denise se presentó en el despacho del director. Aún no tenía la placa nueva colocada, y en la puerta, que estaba abierta, quedaba la marca donde había estado el nombre del señor Atkinson. Llamó con los nudillos y se asomó.

Archie estaba de pie al otro lado de la mesa, con unos papeles sobre la misma y varios en la mano. Levantó la vista al escuchar el sonido y sonrió.

—Buenos días, pasa. ¿Te puedo llamar Denise o prefieres que nos tratemos de usted?

—Denise está bien.

Pasó y se aclaró la garganta, preguntándose si debía hacer algún comentario al respecto sobre lo ocurrido el primer día o esperar a que lo hiciera él. Al rancio ya le tenía cogido el tranquillo, sobre todo porque apenas lo veía, pero con alguien tan joven y nuevo… no sabía por dónde iban a ir los tiros.

—He estado mirando los planos del hotel y revisando los informes de ingresos y gastos de los últimos seis meses.

—Ajá.

—Hubiera preferido que estuviera el antiguo director para hacer solape, pero lo de su jubilación ha sido un poco… rápido.

«Menudo eufemismo para decir que lo han echado».

—Sí, algo así nos contó cuando se despidió —replicó.

—De todas formas, lo que me ha llegado es que tú, como subdirectora, haces muchas tareas. —Sus ojos brillaron divertidos al decirlo—. Incluso llevar

maletas, así que doy por hecho que podrás ponerme al día de todo.

—Sí, claro. —Se acercó a la mesa y agarró la silla, pero él negó con la cabeza—. ¿No quieres una reunión?

—Sí, pero en movimiento.

Ella se quedó muda, pensando en qué demonios significaría aquello, y desde luego lo que le venía a la mente…

—Vamos a recorrer el hotel y así me explicas.

—Ah, moviéndonos por el hotel. Claro, claro. Un segundo que cojo algo para tomar notas en mi… Ahora vengo.

Salió del despacho preguntándose a qué venía aquel aturullamiento tonto, aunque rápidamente pensó que era normal: cambiar de un director rancio y viejuno a un joven atractivo, que encima parecía simpático… pues eso. A cualquiera se le iban los ojos.

Se metió en su cuartucho, cogió una libreta y un bolígrafo y, al salir, se encontró con él justo detrás, mirando con cara de curiosidad su «despacho».

—¿Qué es esto? —preguntó Archie.

—Ah, pues… un sitio que no se usaba para nada y lo he acondicionado un poco para mí.

—¿No tienes despacho ni mesa en ninguna parte?

—No.

Él parpadeó. Llevaba también un cuaderno donde tenía varias cosas apuntadas, y Denise lo observó mientras escribía algo con rapidez.

—Tienes un ayudante, ¿verdad?

—Sí, Cedric. Se encarga sobre todo de las excursiones y actividades; él sí tiene una mesa cerca de recepción para que los clientes se informen y apunten a lo que quieran.

Archie volvió a apuntar y la miró.

—Bien, te sigo —indicó—. Empecemos por recepción, luego tu ayudante, después las zonas comunes, las habitaciones y, por último, las cocinas. Son dos, ¿verdad?

—Sí, una para el bufé y otra para la carta.

Empezó a andar y Archie se puso a su altura. No dejaba de mirar a todas partes, incluso sacó el móvil para hacer alguna foto y, cuando llegaron a recepción, vio que incluso grababa un video corto.

—Todos los flamencos fuera —soltó él, de pronto.

—¿Qué?

—Vamos a darle un aire nuevo a esto, más moderno. Los flamencos de color rosa, los pájaros y ese azul tan… En fin, parece un hotel de retiro en Florida

más que un *resort* de Hawái.

—A los clientes les gusta…

—Ya, ese es otro tema que ya hablaremos.

Miró hacia la recepción, donde estaban Vaitiare y Kailani, todo sonrisas, y ladeó la cabeza.

—Fuera también esas decoraciones de piñas incrustadas. Cambiaremos los mostradores para que estén a una altura más cómoda. ¿Cómo funciona el sistema de turnos?

—De noche siempre están las mismas personas, bien porque lo prefieren, bien porque les llama el incentivo económico. Libran tres días en lugar de dos. Los turnos de mañana y de tarde van rotando, aunque también hay gente que prefiere siempre de mañana y otros de tarde, no hay mucho problema con eso. Los uniformes se dejan aquí y se lavan en la lavandería, tanto para el personal que vive aquí en los *bungalows* de la empresa como los que viven fuera. —Archie se movía hacia las chicas, así que lo siguió sin dejar de hablar—. Tienen que llevar el pelo recogido, como dictan las normas, y el calzado el que quieran mientras sea cómodo. Todos llevan también unos pines con los idiomas que hablan y su nombre.

Pasó a enumerar el personal que había, en qué turnos y si vivían en la isla, en el hotel o pertenecían a los programas de rotación. Él escuchaba sin decir nada y, cuando ella paró a coger aire, señaló a las chicas:

—¿Me presentas?

—Sí, sí, claro.

Las dos seguían sonriendo tanto que parecía que les iba a estallar la cara, y en cuanto Archie estuvo cerca, se apresuraron a medio lanzarse sobre el mostrador para estrecharle la mano.

—Encantada, soy Vaitiare —dijo esta, con un guiño—. Para lo que necesite, señor director.

—Yo soy Kailani, tengo un montón de comentarios positivos. —Le sujetó la mano un poco más de tiempo del necesario—. Tenemos marcación directa desde los *bungalows*, puede llamar cuando quiera.

—Estamos encantadas de que esté aquí, un director tan joven y guapo…

—¿Podemos tutearte? Es que es tan raro hablar de usted a alguien tan simpático…

—Sí, sin problema —contestó él—. Tengo una pregunta que haceros. ¿Qué opináis de los uniformes?

Las dos miraron a Denise, que se encogió de hombros. Ni que ella tuviera algo que ver con el tema, eso venía desde la central.

—Es incómodo —contestó Vaitiare.

—Da mucho calor —replicó Kailani.

—Buscaré una solución, es otra de las cosas que quiero cambiar. Gracias, chicas, habéis sido de mucha ayuda.

Les sonrió mientras se alejaba y ellas se despidieron con unas risitas. Denise aceleró el paso para alcanzarlo.

—¿Vas a cambiar los uniformes? —preguntó, sorprendida.

—Sí, no van con la temática de Hawái. Parecen azafatas de Pan Am en los setenta… —Hizo un gesto hacia la recepción—. Como todo, en general.

—Pero, ¿puedes hacerlo?

—Para eso estoy aquí.

Ella no daba crédito. Siempre que había preguntado por el tema o sugerido algún cambio mínimo, la contestación era que no, que era todo corporativo y debían seguir las normas. Sin embargo, el chico parecía tan convencido que debía ser así. Quizá lo de «jubilar» al rancio era el primer paso hacia la modernidad.

—¿Aquel es tu ayudante?

Señaló hacia una mesa donde estaba Cedric con una pareja mayor, y Denise afirmó.

—Sí, vende excursiones y actividades.

—Ya miraremos eso también, ahora no quiero interrumpirlo. ¿Seguimos con el recorrido?

—Sí, claro. Por aquí —señaló una puerta— se llega a la sala de ocio.

Atravesaron las puertas de cristal y llegaron a una sala llena de mesas de madera, butacas cómodas y un escenario al fondo, vacío en aquel momento.

—Aquí haremos un bar con pista de baile —dijo Archie, con rostro pensativo —. Sí, hay que ampliar el escenario y ahí…

—No, no, no podemos.

—¿Por qué?

—¿Dónde jugarán los clientes a las cartas?

Archie echó un vistazo a las mesas, donde varios ancianos estaban, efectivamente, jugando a las cartas. Uno se estaba moviendo hacia un lugar vacío con un andador, y sacudió la cabeza.

—No necesitan tanto sitio, he visto que hay zonas del otro bloque sin utilizar, así que ahí se puede poner un club para la mediana… para los más mayores, y dejar aquí el infantil y el de adolescentes.

—Si no hay.

—¿Cómo?

—Que no hay.

—Según los planos, hay una zona junto a la piscina.

—Ah… —Hizo memoria—. Sí, ya sé lo que dices. Debía haber hace algunos años, pero ya no. Una se usa para almacenar hamacas y otra como centro de primeros auxilios.

—¿Y la zona del vigilante que se supone que es para eso?

—Es que los ancianos necesitan más espacio: hay dos camillas porque a veces se acumulan los golpes de calor y no cabían en la otra. Así que los chicos guardan sus cosas ahí y ya.

—¿Y el almacén normal de hamacas?

—Con los corchos y las colchonetas, los de actividades necesitan el sitio porque, claro, cada vez que organizan algo, cada cliente necesita dos corchos por lo menos, y los manguitos, no podemos arriesgarnos a…

Archie suspiró. Había leído los informes, y de ahí deducía por qué los beneficios estaban estancados y a la baja desde hacía años, con tanto jubilado. Aunque había pensado que el dato de que la media de edad de sesenta y cinco era erróneo, quizá más bien de cincuenta y cinco, pero… ahora veía que parecía ser incluso bajo, cuando pasó otro hombre en una silla eléctrica y los saludó con su arrugada mano.

—Voy a hacer una pregunta más fácil —dijo—. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha venido una familia con niños o alguien de luna de miel?

Denise hizo memoria de nuevo, casi podía sentir el humo saliendo de su cabeza, y acabó sacudiéndola de forma negativa.

—Desde que estoy yo aquí, nunca.

—Pues eso exactamente es lo que vamos a cambiar. La gente mayor no gasta, viene, se pone morada en el bufé y poco más.

—Pero son nuestra clientela.

—Hay espacio para todos. Como he dicho, en el otro bloque hay sitios sin utilizar. Hay que renovar todo e ir atrayendo a más público, del que gasta en los restaurantes a la carta, en excursiones caras y actividades extras.

Denise lo miraba como si hablara en chino. Una cosa era dar una mano de pintura y jubilar a los flamencos, pero aquello era un cambio radical. Implicaría a todo el personal, porque los trabajadores estaban acostumbrados al ritmo de los clientes habituales, a sus gustos; y abrirse a nuevos mercados…

—Primero haremos reformas en el edificio, después al personal. Habrá que reciclar y hacer formaciones. Bien, ¿vamos a ver la zona de la piscina?

Denise afirmó y lo siguió, dando vueltas a lo que acababa de decir. Madre mía, la que se venía encima…

En el exterior, los clientes ocupaban casi todas las hamacas, con muy pocos

en el agua y ninguno en la zona profunda de la piscina. Denise le explicó que una de ellas era climatizada y otra tenía un sistema de olas artificiales que solo había visto encendido una vez. Al ponerlo en marcha, hubo que sacar a toda prisa a los ancianos que había dentro, con taquicardias y ataques de angustia por el susto, convencidos de que era un terremoto. Así que el señor Atkinson había prohibido encenderlo.

Archie la escuchaba, aunque también contaba los flamencos que había desperdigados por todas partes, que parecía que los habían comprado al por mayor.

Tras recorrer toda la zona exterior, volvieron al interior y Denise lo llevó al restaurante bufé, que acababa de abrir. Archie recorrió las diferentes estaciones con ella a su lado contándole lo que solía haber, y después lo llevó a las cocinas para que conociera al personal. Cuando salieron, él miró la hora.

—Enséñame el gimnasio y después vamos a comer al de carta —le dijo.

—¿El gimnasio?

—No me digas que no hay gimnasio.

—Eh… sí.

Existir, existía, pero no había ido en meses, porque apenas se le daba uso y temía que los aparatos estuvieran hasta oxidados. Pero él era el jefe, así que lo llevó hasta allí, convencida de que lo querría renovar entero.

Marshall entró en la cocina y miró el menú que tocaba, aunque como siempre, todo el mundo estaba trabajando a lo suyo.

—Hay ahora mismo dos mesas ocupadas —dijo—. Así que no os estreséis.

Brooke frunció el ceño, porque ella estaba estresada y no por eso. La novedad sería que hubiera veinte mesas a la vez, cosa que no ocurría nunca. Los servicios eran tranquilos en general, entre la sencillez de la comida y la forma en que llegaban los pedidos, escalonadamente.

No, a ella le estresaba otra cosa, y era que había esquivado la puñetera despensa desde que llegara, enviando a Manny si necesitaba algo. Y parecía que Patrick hacía lo mismo, porque no le había visto moverse de su sitio. Lo peor era que sentía como si su bolsillo le quemara, ya que había hecho caso a Denise y se pasó por su despacho para coger lo que necesitaba de unos cuantos *packs*. Su amiga no estaba por allí, aunque tenía su permiso y entró directa, suponiendo que estaría reunida con el nuevo director.

Y en aquel momento se preguntaba para qué se había surtido, realmente. ¿No sería mejor dejarlo pasar, a ver si la atracción esa desaparecía sola?

—Solo queda una mesa —anunció Marshall.

Ella levantó la vista, sorprendida. ¿Ya había pasado el tiempo? Claro, estaba tan concentrada que… Entonces, se quedó quieta al ver que Patrick la miraba también. Le pareció que todo iba más despacio de pronto y él miró hacia el pasillo que llevaba a la despensa. ¿Sería una señal?

—Voy a por brócoli —murmuró.

—Pero si no hace falta —contestó Manny, extrañado.

—Pues canela para *pudding* de arroz.

Que también había de sobra, pero él se encogió de hombros al ver que la chica se alejaba y siguió con su trabajo, no fuera a quemársele algo.

Brooke abrió la puerta de la despensa y no le dio tiempo a pensar: Patrick tiró de ella hacia dentro, cerró la puerta y la apoyó contra la misma, mirándola a los ojos.

—Escucha, no puedo dejar de pensar en Nochevieja —le dijo, con voz ronca —. No sé si quieres hacer algo al respecto, pero…

Brooke le cogió por la camisa del uniforme, tiró de ella y le obligó a bajar la cabeza para besarlo. Abrió la boca con ansiedad para tocarle con su lengua, a lo que él no tardó en responder con la suya, como si quisiera devorarla. Con esfuerzo, sin dejar de besarlo, Brooke metió la mano, cogió un paquetito y se lo pasó. Él se detuvo un segundo, comprobó lo que era y sus ojos se oscurecieron al momento, porque aquello era una respuesta directa a sus dudas. Tenía más, claro, como si aquello era solo algo físico, si pasaría pronto, si con ese momento en la despensa bastaría… Porque tras la interrupción del día anterior, solo había podido pensar en cómo volver a encontrarse con ella allí. La cogió por las caderas para levantarla y llevarla hasta una balda casi vacía, de la que cayeron rodando unas cuantas naranjas cuando la apoyó contra ella. La besó de nuevo y le soltó el botón del pantalón para meter la mano entre sus piernas. En cuanto la tocó, ella gimió contra su boca y Patrick creyó que iba a entrar en combustión espontánea. Con gestos rápidos y ansiosos, le bajó la ropa interior y el pantalón, que ella se sacudió de una pierna para deshacerse de él y poder rodearlo con ella. Patrick la levantó para sentarla en la balda, pasando la mano por la piel desnuda de la pierna, y le mordisqueó el labio inferior mientras ella le desabrochaba el pantalón. Volvió a tocarla entre los muslos y, como Brooke se movía contra él pidiendo más, decidió que ninguno podía esperar y la cogió por las caderas para penetrarla.

Brooke le besó para no gritar, porque la sensación fue tan intensa o más que la primera vez. Lo abrazó con fuerza para no caer y para que acelerara el ritmo, quería más y más rápido, y él no se hizo de rogar. Metió una mano por debajo de la camisa del uniforme y la acarició por encima de la tela del sujetador. A ella le sobraba todo, pero claro, las circunstancias eran las que eran, así que

siguió con la camisa puesta mientras notaba cómo el calor la inundaba. Se estremeció, notando que él se tensaba, y escuchó un ruido extraño que hizo que dejara de besarlo y mirara a la puerta, temiendo que alguien hubiera entrado, aunque no, permanecía cerrada.

Patrick, sin aliento, tragó saliva y siguió la dirección de su mirada.

—¿Has visto algo? —le preguntó.

—No, no, nada.

Entonces, fue consciente de que seguía dentro de ella, mientras la sujetaba encima de la balda. Con un carraspeo, bajó la pierna que tenía alrededor de su cintura y él la soltó poco a poco para que se pusiera de pie.

Sin decir nada, se recolocaron la ropa y se miraron cuando estuvieron listos.

—Ha estado… —empezó Brooke.

—Ha sido… —dijo él.

Sonrieron, ambos sacudiendo la cabeza, y ella sintió que su móvil vibraba. Lo sacó para mirarlo, como excusa mientras pensaba qué decir, y se encontró un mensaje de Denise.

«Sal a la cocina, estoy con el director. Y saca también a Patrick».

Brooke se preguntó cómo sabría que estaba ahí con él, pensó en el ruido… y no, no podía ser, Denise habría dicho algo, ¿no?

—¿Pasa algo? —preguntó Patrick.

—El nuevo director está fuera.

—Será mejor que vayamos.

—Sí.

Se guardó el móvil y se acercó a la puerta, pero cuando iban a salir, Patrick le cogió la cara y le dio un beso, fuerte e intenso, que la dejó aturullada. Igual que la forma en que la miró, con los ojos brillantes.

—¿Continuará? —preguntó.

Ella afirmó, sin dudar, aunque no sabía cómo ni cuándo; sabía que quería, necesitaba repetir aquello. Y si era en algún lugar más cómodo, mejor.

Pensamiento que, sin saberlo, compartía con Patrick, que después de aquello pensaba que necesitaba unas cuantas horas con ella, sin prisa, para poder saborearla bien y… se dio una colleja mental para concentrarse, que solo le faltaba salir con un bulto en el pantalón delante del nuevo director. Salió y Brooke esperó un minuto, para que no los vieran juntos, pensando en que tenía que hablar con su amiga para asegurarse de si había visto algo, por un lado, y ponerla al día, por el otro.

Lo cierto era que Denise, tras comer con Archie más bien poco, porque la carta, desde luego, apetecible no era, habían ido a ver las cocinas. Y claro, eso incluía la cámara frigorífica y la despensa. Al abrir la puerta, habían salido

rodando un par de naranjas y cuando miró hacia dentro… En fin, cerró a toda prisa porque lo que menos esperaba era encontrarse el culo de Patrick y a su amiga medio desnuda. La madre que la parió, ¿no tenían otro sitio o momento? Ya hablaría de eso luego, obviamente, Brooke no se iba a librar.

—¿No entramos? —preguntó Archie.

—Eh… otro día.

—¿Qué hay, ratas?

Lo dijo en tono de broma y ella se quedó callada. Joder, a ver si iba a insistir… y tampoco quería que pensara que había ratas o cucarachas y se lo estaba ocultando. Como se metiera en un lío por eso, los mataba a los dos.

—No, hombre, qué va a haber ratas… El inventario —improvisó—. Mejor lo ves antes de un servicio, ahora está… desordenado.

—Sí, ya veo.

Miró las naranjas del suelo y Denise lo cogió del brazo para llevarlo de regreso a la cocina.

—Vamos, seguro que quieres hablar con Marshall.

—Sí, eso es.

Una vez en la cocina, lo soltó y le envió un mensaje a Brooke, a ver si lo leía la muy… ¿descuidada? ¿cabeza loca? Luego recordó que ella misma la había animado a coger condones, por lo que tampoco era que pudiera echarle en cara no seguir sus consejos.

Por suerte, vio que leía el mensaje y que, poco después, aparecían los dos con un par de minutos de diferencia. Acalorados y algo despeinados, eso sí, aunque al menos la ropa iba intacta.

—Buenas tardes a todos —saludó Archie—. No soy de andarme con rodeos, así que iré al grano. Acabo de comer en el restaurante y lamento decir que estoy decepcionado en todos los sentidos.

—Nunca nadie se ha quejado —saltó Marshall, al momento.

—¿Crema de verduras como primer plato?

—A los clientes les gusta.

—¿Huevos escalfados como segundo, sin nada más que sal?

—Lo simple y fácil de comer funciona.

«Con tanta dentadura postiza…», pensó Denise.

—Eso se acabó —sentenció Archie—. Hay que modernizar la carta. Esperaba encontrar cosas típicas de Hawái, pero lo único que había es el *poke*. ¿Por qué no hay cerdo *kalua*, ni *laulau*, ni…?

—Esas cosas llevan tiempo —gruñó el chef.

—Pues se toma ese tiempo. Quiero que reorganices los menús semanales,

quiero platos típicos y fusiones con otros, es lo que…

—Ni hablar.

Archie se giró hacia el chef, elevando una ceja ante su tono cortante, y fue la primera vez desde que lo conocía que Denise lo vio alterar su expresión amable.

—¿Perdona? —preguntó.

—Que la carta se queda como está. Es mi última palabra, soy el chef y soy el jefe de esta cocina.

—Y yo soy el tuyo.

—Eso lo dirás tú, solo eres un jovenzuelo que viene aquí con ideas raras y que lo único que va a conseguir es hundir el negocio. —Los empleados los miraban, como en un partido de tenis—. Lo que cocinamos gusta, y punto.

—La clientela va a cambiar, así que la cocina también. Y puedo cambiar más cosas.

—¿Es una amenaza?

—No, es un hecho: la carta se va a cambiar, punto. ¿Vas a hacerlo?

—No.

—Bien, pues entonces ya sabes dónde está la puerta.

Se oyeron varias exclamaciones ahogadas. El chef se acercó a Archie apretando los puños, y este le sostuvo la mirada. Por el rabillo del ojo vio que uno de los cocineros, rubio, daba un paso hacia ellos y parecía preparado para saltar.

—No puedes echarme —escupió Marshall.

—Te estoy jubilando. —Sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó—. Llama a este número y te explicarán las condiciones. Gracias por tus servicios.

Marshal estrujó la tarjeta, levantó la mano y Denise se puso delante de Archie, a la vez que Patrick se adelantaba también.

—Marshall, vete o llamo a Koa —avisó ella.

—¿No era Kimo el de seguridad? —le susurró Archie.

—Eso, Kimo.

Marshall miró a su alrededor, se metió la tarjeta estrujada en el bolsillo y salió de allí gritando lo mal que iba a ir todo y que el hotel cerraría por su culpa. Una vez dejaron de escucharlo, Archie se giró hacia los empleados.

—¿Quién es el o la subchef? —preguntó.

Brooke y Patrick levantaron la mano.

—Yo —dijeron, a la vez.

Se miraron, ambos frunciendo el ceño.

—Vaya, pensaba que habría una persona… Bien, no importa. Así habrá más opciones. Quiero que hagáis nuevos platos, nuevos menús. Os vais turnando

por días o menús o como veáis, me vais informando y, según lo que preparéis, en unas semanas decidiré quién será el nuevo chef. ¿Alguna pregunta?

Ellos negaron, porque las preguntas que tenían no eran sobre el trabajo. Los dos querían ese puesto, los dos se esforzarían al máximo, así que… ¿qué pasaría con lo «suyo», si es que era algo?

Capítulo 4

El sol daba de lleno a Brooke y Denise, ambas tiradas sobre la arena de la playa Lanikai. Entre las dos, una nevera portátil con hielo y latas de cerveza, aunque ya estaban en ese punto en que había más recipientes vacíos que llenos. Uno de sus pasatiempos favoritos cuando tenían un día libre era precisamente ese: sencillo, barato y muy reconfortante. No se podía menospreciar la idea de achisparse en una playa de arena blanca y agua cristalina; y si la cerveza se subía demasiado a la cabeza, bastaba darse un baño para despejarse.

Unos días charlaban hasta que se les secaba la garganta, mientras que otros se limitaban a contemplar el cielo en un cómodo silencio. Las dos habían llegado a un punto en su relación donde podían estar calladas sin que fuera tedioso o raro.

Al conocerse, ninguna buscaba amistad. No era que llevaran un escudo para evitar hacer migas con los demás, pero tampoco pensaban que encontrarían alguien con quien congeniar de verdad.

Brooke no compartía la idea generalizada del resto del mundo que deseaba un trabajo estable para echar raíces lo antes posible. Ella vivía su vida justo al revés, apuntándose a cualquier plan que le reportara experiencia. Lo de establecerse de forma definitiva no era algo que le preocupara en un plazo de tiempo corto.

Prefería aprender mucho y rápido, cuando aún era joven y con energía; el resto llegaría solo, de eso estaba segura. Así que, al entrar en la cadena Paradise, enseguida se apuntó a todos los programas disponibles de intercambio, a sabiendas de que eso la tendría viviendo en un lugar nuevo cada año.

Sus padres habían torcido un poco el morro ante la idea de que su única hija rebotara de un lugar a otro como en una partida de billar; sin embargo, Brooke siempre había sabido convencerlos de que era lo mejor para ella. Y esa vez no fue diferente: prometió llamarlos todas las semanas, mandar una caja con *souvenirs* de manera regular y reiteró su promesa de que a los cuarenta volvería para quedarse.

Dado que en ese momento tenía treinta y tres, por el momento no le

preocupaba el tema. Gracias al programa había conocido un montón de países que de otra forma no hubiera sido posible, y eso la ayudaba a aprender distintas técnicas de cocina, además de una gran diversidad de platos.

Al menos hasta llegar a Hawái y conocer a Marshall, el chef reconocido más insoportable del mundo. Vivía de su antigua fama, pensaba que era imprescindible y que sus palabras sentaban cátedra porque era la única eminencia presente en la cocina.

Brooke jamás lo admitiría en voz alta, pero el incidente en la cocina entre el nuevo jefe y Marshall, que se había saldado con el despido de este último, le había producido una enorme satisfacción. No solo por la oportunidad que se abría ante ella de poder convertirse en la nueva chef, sino porque ese hombre rancio y pagado de sí mismo necesitaba que alguien le bajara los humos.

Hasta ese día, lo único que le quedaba era desahogarse con Denise. Al principio, solo se saludaban al cruzarse mientras una iba de camino a la cocina y la otra a sus cosas. Denise llevaba allí más tiempo que ella y a Brooke le producía un cierto respeto, así que rara vez se le pasaba por la cabeza charlar si coincidían en alguna parte.

Para ella, tan amiga de llevar el cabello en una coleta informal, tan acostumbrada a los uniformes estándar, a los gorros de cocina y a la ausencia de maquillaje, la subdirectora le recordaba a las típicas secretarias en las películas de 007.

La observaba ir y venir, siempre impecable con sus trajes o vestidos negros, el cabello en su sitio y el maquillaje impoluto, y se decía que era imposible que tuvieran algo en común.

Lo descubrieron en la playa, un día que se encontraron allí de casualidad tomando el sol con las hamacas relativamente cerca. El nexo de unión fue simple: Jason Momoa.

Mientras disfrutaban del sol, un joven alto, musculoso y de cabello largo pasó por delante de las dos con una tabla de surf entre las manos. Ambas lo recorrieron con la mirada y se miraron de reojo al mismo tiempo.

—Jason Momoa —murmuró Brooke.

Obvio, sabía que el tipo no era Jason Momoa. De hecho, Brooke pensaba que el mundo debería eliminar la idea generalizada de que todos los hombres hawaianos se parecían al actor, cosa que no era cierta en absoluto.

Denise ladeó la cabeza desde su sitio y la observó, divertida.

—Dicen que tiene una casa en Honolulu y que viene de vez en cuando, por si eres fan.

—No me refería a eso, sino que este sería como el Jason Momoa de aquí.

—Seguro que le gustaría saberlo. Pasa por aquí todos los días —comentó

Denise—. Yo solo vengo cuando me toca librar, pero él siempre está.

Brooke soltó una risita. Ese día no hablaron mucho más; sin embargo, la siguiente vez que se cruzaron por el hotel, las dos sonrieron al recordar a su surfista hawaiano.

Unos días después, Brooke regresó a la playa y encontró a la rubia de nuevo, así que colocó su toalla al lado sin preguntar.

No hablaron mucho al principio, ya que ninguna era de coger confianza tan temprano.

Al igual que Brooke, Denise había abandonado la casa de sus padres pronto, en cuanto se marchó a la universidad. Siempre creyó que al acabar sus estudios de gestión hotelera y turística volvería con ellos, se tomaría un par de años para decidir sobre su futuro y después iniciaría su vida de adulta, mas no fue así.

Denise ponía el corazón en todo lo que hacía, era una persona de todo o nada, así que terminó la carrera siendo una de las mejores. Eso hizo que tuviera su primera oferta de trabajo semanas antes de graduarse, oferta que aceptó sin dudar.

Ese fue el motivo de que Denise, con tan solo veintidós años, comenzara a vivir esa vida de adulta cuesta abajo y sin frenos. Su primer trabajo en una oficina de turismo no le reportó nada demasiado bueno, excepto otra oferta, esta vez para dirigir una cocina en un hotel de Canadá.

Tras un año soportando la nieve y el frío, y pese a la amabilidad del país, Denise aceptó una nueva oferta en Los Ángeles como directora de restauración y eventos para la empresa más solicitada de la ciudad. Y allí fue cuando su vida se volvió una auténtica locura.

Literalmente, no tenía suficientes horas en su día para hacer todo el trabajo. El ritmo era frenético, la lista interminable. Odiaba el clima y la ciudad, el no tener tiempo para tomarse un café o una copa con una amiga, por no hablar de las citas.

Su última relación más o menos seria la había tenido en la universidad, y la rompió para poder dedicarse a su trabajo con libertad, pero ahí ni siquiera le quedaba tiempo para un simple escarceo con un ligue de una noche.

Cuando el nivel de estrés se hizo insoportable, un cliente satisfecho apareció de la nada y le tendió las llaves del paraíso: subdirección de un hotel en Hawái.

Denise aceptó sin pensárselo y abandonó Los Ángeles sin el menor remordimiento. Al comunicar el nuevo destino a sus padres, estos se mostraron preocupados por lo lejos que se marchaba en esa ocasión. Y aunque Denise prometió que sería temporal, tras un año y medio allí, esperaba que no lo fuera.

Ella era una persona muy activa, que no paraba, y en Hawái había encontrado la manera de equilibrar eso. Tenía mucho trabajo en el hotel, pero también momentos libres. El ritmo de todas formas era distinto en aquel paraíso, así que tenía claro que no pensaba regresar por el momento… y quién sabía si se quedaría allí a vivir.

Le preocupaba un poco el desapego que sentía por su familia, el hecho obvio de que no le costara dejarla atrás, lo mismo que ser consciente de que tenía treinta y un años: se había pasado los últimos nueve trabajando como una máquina y su vida sentimental se encontraba en el cubo de la basura, a excepción de alguna aventura ocasional.

De modo que congeniar con Brooke fue como el primer paso, la evidencia de que iba por el buen camino.

No tardaron en verse para comer, si el horario lo permitía. Una lección que Brooke aprendió pronto: con Marshall, si querías algo, debías pedir justo lo contrario. Lo pilló tras un primer intento de ser amable y, a partir de ahí, si quería librar por la mañana, solicitaba la tarde y, de ese modo, lograba su objetivo.

Así que Brooke y Denise iban a la playa juntas, comían si el horario de la primera lo permitía, salían de compras en sus tardes libres… y de copas de cuando en cuando.

Poco a poco se hicieron inseparables, hasta que llegó un momento en que se conocían la una a la otra más de lo que conocían a otras personas con las que habían trabajado más años. Brooke sabía que la imagen de ejecutiva repipi de su amiga no la definía en absoluto, mientras que Denise sabía que la inaccesibilidad de la morena era solo una coraza.

Una coraza que, al parecer, comenzaba a resquebrajarse. O esa era la impresión que recibía Denise, sorprendida por el comportamiento de su amiga desde Nochevieja.

—Su culo no está mal —comentó, abriendo otra lata de cerveza.

—¿Que no está mal? —protestó Brooke, haciendo un gesto con el brazo y casi perdiendo las gafas de sol—. Perdona, tiene un culo muy bonito.

—Vale, vale. Chica, fue un visto y no visto, lamento no poder dar mejor puntuación.

—¿Qué me está pasando? —preguntó Brooke, quedándose quieta con la cerveza en la mano—. ¿Por qué me comporto así? Esto no es propio de mí.

—Eres un ciervo sexual.

La morena arrugó el ceño y la miró.

—¿Qué?

—Eres un ciervo, estás deslumbrada sexualmente.

—Oh.

Bueno, eso tenía sentido. Decidió omitir que a ella le resultaba muy fácil deslumbrarse sexualmente, ya que sus anteriores novios quedaban a la altura del betún. Cierto que tampoco tenía la mejor puntería escogiendo hombres: sentía predilección por tipos trajeados que se dedicaban a cosas aburridas como contabilidad o abogacía. Por lo tanto, no era tan raro que Brooke descubriera que en la cama eran igual de aburridos que en el terreno laboral.

Lo de que alguien la subiera en una encimera… Vamos, eso no le había sucedido en la vida, por lo que estaba sorprendida de sí misma y de su participación en el tema. Nunca se había considerado una persona fogosa, así que estaba muy confusa.

—Eso sí, tengo que decírtelo —continuó Denise—, ¿la despensa? Por Dios, no.

—¡Lo sé! De verdad que no estaba planeado, solo… ocurrió. ¿Crees que el jefe se dio cuenta?

—Bueno, no tiene ni un pelo de idiota, así que yo diría que sí.

—Joder. —Brooke se frotó la frente—. Pensará que somos poco serios. No es esa la imagen que quería transmitir.

—Entonces será mejor que dejes de acostarte con Patrick por todas partes. Sé práctica: hazlo en un solo lugar, y mejor donde no os pueda pillar cualquiera.

—Espera, espera un segundo… no pensaba hacerlo más.

—¿Y eso por qué? ¿No dices que es sexo del bueno?

Brooke asintió, mordiéndose la uña del menique.

—Además, cuando te sugerí que no lo hicieras, reaccionaste mal —continuó la rubia—. O sea, que no sé a qué viene este discursito de monja, cuando está muy claro que quieres seguir.

—Es que es raro, ¿no? Muy raro. Ambos queremos el puesto y sé que Patrick está dispuesto a todo para conseguirlo, como yo, lo que incluye juego sucio si es necesario.

—Hmmm.

—Aunque eso solo sería trabajo, no tendría por qué interceder en lo otro.

—Bueno, ya conoces el dicho de que mezclar trabajo y placer no es recomendable, aunque supongo que quien lo dijo tenía una jornada de seis horas con mucho tiempo libre, y dinero para vivir romances clásicos al aire libre.

Brooke sonrió. Las teorías de su amiga no podían faltar, y una cosa tenía clara: Denise nunca daba los típicos consejos que una esperaba recibir. No era un paño de lágrimas al uso, claro que tampoco la propia Brooke lo era.

—Seamos sinceras, si no ligamos en el trabajo, ¿dónde? Tengo jornadas de doce horas, explícame tú a mí cómo me lo monto.

—Y yo horarios diferentes al resto del mundo, además. Quiero decir, si alguien me invita a cenar, ¿qué le digo? ¿Que vamos a cenar a las cuatro porque a las cinco tengo que ir a preparar las cenas de otros?

—Está claro que tu novio tiene que ser un compañero de trabajo. Así se simplifica tu vida, tenlo en cuenta en el futuro.

—Aun así, no sé… lo del puesto lo cambia todo. Supongo que él pensará lo mismo.

—Odio repetirme, pero tengo que sacar de nuevo a colación el hecho de que no habléis de esto. Y no me cuentes lo de los aguacates y el brócoli, porque enumerar verduras no creo que se pueda catalogar como charla.

La morena iba a replicar cuando por delante pasó su surfista predilecto, todo músculos, bronceado y melena salvaje. Las saludó con una sonrisa.

—*Aloha, kaikamahine* —dijo con un gesto de cabeza.

—*Aloha* —respondieron las dos a la vez, siguiéndolo con la mirada.

Tal vez porque eran compañeros de playa, o porque allí había poca gente, el caso era que el muchacho todos los días les dedicaba una sonrisa radiante, además del paseo con poca ropa.

—Tan educado —comentó Denise, dando un sorbo y arrugando la lata vacía, que echó a la bolsa que llevaban—. ¿A qué hora entras?

—Directa al turno de cenas.

—¿Hay mucho caos en la cocina?

—La verdad es que no. Puede sonar extraño, pero creo que era Marshall quien generaba el mal ambiente; ahora está todo muy tranquilo… Me refiero a que, total, para colocar una rama de canela sobre la compota sirve cualquiera.

—¿Has empezado a pensar en los platos que vas a ofrecer en tu carta?

—Le estoy dando vueltas aún. —Brooke la miró—. ¿Serás mi conejillo de indias?

—Solo si puedo incluir en el *pack* a Delilah. Así la tendré entretenida un rato, dejará de molestar a todas horas y, si hay peligro de indigestión, me aseguraré de que no se lo pierda.

—¿Por qué no le das algo que hacer?

—¿Y permitir que me deje en mal lugar, con lo cría que es? No, gracias, como mucho la pondría a trabajar en algún sitio fuera del hotel. —Denise se quedó pensativa—. Voy a darle vueltas a ver si conozco a alguien a quien cargarle el mochuelo.

Brooke miró el cielo azul, sin un solo atisbo de nubes. Comprendía que la hermana pequeña de Denise había trastornado su vida, pero veía que su amiga

tampoco movía un dedo para saber el motivo del comportamiento que la había llevado allí. No hacía el menor esfuerzo por conectar con ella o por tratar de ayudarla; de hecho, excepto romperle el móvil y dejarla dormir en el sofá, no recordaba mucho más.

Claro que ella no conocía la historia, de modo que no sabía si Denise estaba siendo muy dura o no merecía menos. Y mejor no meterse.

—Oye, ¿y tú qué tal con el jefe nuevo? —preguntó.

—Ha venido con mucha energía.

—Lo que significa…

—Pues que miedo me da cuando lo veo venir, porque eso significa que tiene doscientas mil anotaciones sobre los cambios y mejoras del hotel.

—¿No se supone que se dedica a esto?

Denise afirmó.

—Ahora llevo un par de días que apenas lo he visto, no sé si tramará algo. No termino de fiarme de tanta simpatía y accesibilidad.

—¿Por qué?

—¿Tú has conocido muchos jefes-jefes, jefazos, que te trataran por tu nombre, o que incluso lo recordaran? —Vio que Brooke permanecía pensativa —. ¿Que te dejaran tutearlos, que te comentaran sus impresiones, que les importara tu opinión, etc.?

Brooke se encogió de hombros.

—Admito que no es muy habitual, así que a lo mejor hemos tenido suerte. Además, ya sabemos cómo se las gasta cuando algo no le gusta —replicó, en alusión al despido de Marshall.

—Vaitiare y Kailani están encantadas con su presencia. Giran tanto el cuello cuando lo ven pasar que parecen un par de hurones.

La morena soltó una carcajada al visualizar a las recepcionistas de esa guisa y se terminó su propia cerveza. Metió la mano en la nevera, comprobando que solo quedaba una lata disponible.

—¿Ya nos hemos pulido todas las cervezas?

—Tranquila, hay tiempo de que se nos pase el medio pedo antes de volver.

—Será mejor que nos demos un baño.

Brooke se incorporó, comprobando que tenía el bikini en su sitio, y estiró de la mano de Denise para lograr sacarla de su hamaca.

—Tú no tienes que volver hasta mañana, ¿no?

—No, pero iré un rato a adelantar papeleo. Lo que sea necesario por no aguantar a Delilah; con suerte volveré cuando ya esté dormida.

—Es patético trabajar en tu día libre. —Brooke le dedicó una mueca.

—Ya, la cosa es que nadie va a hacer esa burocracia por mí, por desgracia. Tengo unas movidas de prevención de riesgos que todo el personal tiene que firmar y una revisión de mantenimiento con Koa pendiente.

—¿No era Kimo?

—Pues… —Denise pareció dudar—. Yo qué sé, con uno de los dos.

—¿Nos vemos a las ocho y media y picamos algo?

Denise asintió antes de adelantarla y meterse en el agua. Brooke observó a su amiga unos segundos antes de seguirla y sumergirse en aquellas aguas cristalinas que eran capaces de hacer que perdieran la noción del tiempo.

Regresaron un rato después y cada una se marchó a su *bungalow*, Denise a darse una ducha y descansar un rato, mientras que Brooke debía prepararse para ir a trabajar en un par de horas.

No había mentido a Denise respecto al caos en la cocina: en principio, todo estaba en calma. Aparte de Manny, en la cocina había otros dos cocineros nativos: Kalani y Lilo. Tanto él como ella respondían al canon estándar hawaiano, sonreían muy a menudo y no solían enfadarse con facilidad, una cualidad que Brooke había advertido en todos ellos.

Claro, ¿por qué iban a enfadarse con esa calidad de vida?

Se abrochó la camisa del uniforme justo en el momento en que llegaba Patrick.

—Hola —saludó él—. ¿Qué tal la mañana libre?

—Bien —murmuró la chica, acercándose a su mostrador.

Manny miró a uno y otro, arqueando una ceja. Primero, la escenita del otro día en la despensa, y ahora ese comportamiento raro entre ellos; parecía que la tensión podía cortarse con un cuchillo.

—¿Qué vas a cocinar? —preguntó Patrick, tratando de ignorar el ambiente —. ¿Quieres que me ocupe yo de los primeros y así cambiamos?

Brooke entrecerró los ojos. No recordaba que Patrick hubiera propuesto nunca algo semejante, y lo de la amabilidad no era una opción, de modo que, ¿qué pretendía? ¿Sería algún tipo de estrategia relacionada con conseguir el puesto de chef?

—No, mejor seguimos como hasta ahora —dijo, dispuesta a desbaratar sus planes.

—Como quieras.

Patrick le dio la espalda y se concentró en su zona, que manejaba con la ayuda de Lilo. Él, que se lo había preguntado con buena intención, y recibía esa respuesta seca…

—Bien, Lilo. Cerdo *kalua*, *lau*, salmón *lomi-lomi* y quiero intentar el *loco*

moco. ¿Lo has preparado muchas veces?

—*Ae*. Es sencillo, mira.

Ante aquello, Brooke decidió espabilarse ella también y pensar nuevas opciones que pudieran impresionar a Archie.

—Bien, Kalani, ¿alguna propuesta de algo nuevo que podamos preparar?

—¿Qué te parece unos pinchos de *spam* como entrante ligero o en sándwiches? Y un arroz largo con pollo, por ejemplo. Unos rollitos de *musubi* y…

—*Saimin,* pero bien hecho, no ese caldo asqueroso que nos mandaba hacer Marshall —terminó ella, asintiendo—. Perfecto, vamos allá. Manny, trae todo lo que nos vaya a hacer falta. Quiero esos platos apuntados en la libreta y que los probéis antes para ver qué puntuación les damos; de ese modo decidiré si van incluidos en la propuesta final.

Ambos asintieron y comenzaron a trabajar. Patrick no se dio la vuelta, aunque la idea de Brooke de tomar notas para ver qué platos cuajaban y cuáles quedaban por el camino le pareció un acierto.

—Nosotros haremos lo mismo —susurró a Lilo, que asintió con una sonrisa —. ¡Manny, cuando acabes con sus ingredientes recuerda los míos!

Manny miró a ambos con el ceño fruncido. ¿Qué pretendían, marearlo? ¡Dios, qué ganas de que se decidieran por uno! Eso traería calma, seguro.

Trajo todo lo que necesitaba Brooke para preparar los primeros, y después repitió el proceso para los segundos de Patrick. Por algún motivo que no acertaba a comprender, se sentía como si estuviera en medio de una bronca entre mamá y papá.

Según la comida para la cena se preparaba, Brooke apartaba una porción de cada cosa que hacía en una enorme bandeja aparte.

—¿Y eso? —preguntó Patrick, al verla.

—Quiero que Denise lo pruebe y me dé su opinión. Ya sabes, para ver si finalmente incluyo estos platos en mi propuesta. ¿Cómo vas a decidir tú?

Patrick se quedó sin saber qué decir. Escoger él podía sonar muy presuntuoso…. Por otro lado, no tenía amigos allí que pudieran darle su opinión, excepto los propios cocineros. Y no le veía el menor sentido a que Lilo probara su propia comida y emitiera un juicio.

—Mmmm —murmuró, regresando a sus fogones.

Sin tener muy claro lo que hacía, la imitó y apartó un poco de comida de cada cosa también. Nadie había dicho nada de robarle a los amigos para que testearan, ¿verdad?

La rubia cabecita de Denise se asomó a las ocho y media en punto.

—Hola —saludó.

—Hombre —se apresuró a decir Manny, todo sonrisas—. Ya era hora de que te acercaras por aquí.

—¿No vamos al comedor? —preguntó ella, mirando a Brooke.

—Pasa —dijo esta—. ¿Y Cedric?

—Ya viene.

Manny le sujetó la puerta a Denise, que entró en la cocina y observó a los presentes, cuyas caras se veían muy dignas. Denise ignoró al latino, famoso por tirarle los tejos a cualquier fémina que se acercara a unos diez metros, y se aproximó a Brooke.

—¿Qué pasa?

—He decidido que podíamos hacer aquí una cena informal y así opinamos de la comida —comentó, mirando a Patrick—. Él también aporta sus platos. No se trata de ver cuál es mejor de los dos, solo si esto que hemos cocinado hoy está rico o a la altura.

—Vale —aceptó ella.

—¿Al final no has traído a Delilah?

—No he pasado por el *bungalow*. Da igual, nos apañamos.

Cedric apareció en aquel momento, con un resoplido.

—Perdón, el jefe me ha entretenido —se excusó—. Madre mía, me va a volver loco con el tema de las excursiones. ¿Cenamos o qué?

—Cambio de planes, hoy haremos de catadores —explicó la rubia—. Venga, explicadnos.

Manny carraspeó y se puso en medio de la cocina.

—En este lado tenemos a Brooke, creadora de la primera tanda oficial de primeros. Hay que elegir el plato que más os guste. —El chico se giró hacia Patrick—. A la derecha, tenemos a Patrick, con una excelente selección de segundos. También quiere un ganador entre sus opciones.

—Qué ceremonioso todo. —Denise se acercó hacia la zona de Brooke—. Tiene muy buena pinta.

Patrick alzó una ceja ante su manera jovial de hablarle a Brooke, mas no hizo ningún comentario. Cedric se había colocado a su lado y examinaba sus platos.

—La verdad, nada que ver con la cocina de Marshall. Esto es algo que sí apetece probar.

—Gracias.

—Tampoco os preocupéis demasiado —siguió el muchacho—. Sois jóvenes dentro de lo que cabe, por ahora van cayendo los mayores de setenta, ¿no?

—Marshall tenía sesenta, si no recuerdo mal —comentó Lilo, pensativa.

—A lo mejor tiene orden de liquidar a partir de cierta edad. —Kalani se

echó a reír—. Lo que se escucha por ahí es que quieren darle un lavado de cara total al hotel. Y no lo veo mal, si he de ser sincero, que esto parece un oasis para abuelos.

—Si os contara lo de los flamencos… —empezó Denise, mientras probaba un rollito de *musubi*.

—¿Qué flamencos? —preguntó Patrick—. ¿Los flamencos-flamencos, los que decoran todo el complejo? ¿Qué les pasa?

—Que no le gustan. Ya ha quitado los del ala B y esta semana creo que empezará con los del edificio principal, entrada y demás… Creo que los está transportando a la zona verde que hay sin usar detrás de la piscina. Un cementerio de flamencos.

—Pues a mí me parece buena idea —comentó Cedric, que pinchaba trocitos de cerdo *kalua* con un tenedor—. Sinceramente, son horribles. Esto está buenísimo, Patrick.

—Los rollitos también. Voto por ellos, son ligeros y con mucho sabor —comentó Denise—. Venga, Cedric, cambiemos.

Los dos se cruzaron para ir al lado contrario, para de ese modo poder probar la cocina del adversario. Denise no era una gran comedora, en parte gracias a la comida insípida de ese reconocido chef de mal perder, pero tuvo que admitir que Patrick tenía tan buena mano como su amiga. Con lo cual, la cosa iba estar muy, muy reñida y ya dependería del gusto personal de Archie.

—Patrick, esto está muy rico —comentó—. Nunca he sido muy fan del salmón desde que en una boda comí unos canapés gomosos, pero esto no tiene nada que ver.

—¿Votas por el salmón *lomi-lomi*?

—Totalmente.

—Tengo que perfeccionar el *loco moco*, es verdad, era la primera vez que lo hacía. Venga, los demás, a probar todo.

Kalani y Lilo se intercambiaron para picar de los platos que no habían cocinado, igual que Manny. Brooke se notaba rara con aquel ambiente tan distendido en la cocina, y es que no recordaba que sus amigos se mezclaran con Patrick hasta ese día. No le parecía mal de todo, era hasta…

«Basta, Brooke, es tu competidor», se recordó.

Y procedió a anotar en su libreta las impresiones sobre los platos antes de apuntar los rollitos de *musubi* como primera opción.

Al día siguiente, cuando Denise abrió la puerta de su falso despacho, se encontró con que el lugar estaba vacío. La mesa, la silla, el armarito que hacía las veces de archivo y hasta su portátil habían desaparecido.

Permaneció unos segundos estupefacta, sin comprender lo ocurrido. Nadie entraba allí, nunca, solo Cedric y Brooke conocían su existencia y estaba segura de que el chico no tenía nada que ver con aquello. Y entonces se acordó de que Archie había descubierto su escondrijo, de modo que solo podía ser cosa suya.

Pero ¿qué les pasaba a los jefes en general? ¿Tanto le molestaba que tuviera un despacho, aunque este fuera una mierda? En algún sitio tendría que guardar sus cosas, vamos, ¡ni que fuera un capricho! ¿Y con qué derecho le cogía el portátil?

En ese momento, le llegó un aviso al busca. Lo miró, descubriendo que precisamente era un mensaje suyo para que subiera a su despacho.

Después de tres días sin saber nada de él, le vaciaba el cuartucho y ahora le pedía tan tranquilo que fuera a verlo.

Denise pulsó el botón del ascensor y esperó, murmurando entre dientes. El despacho del director se hallaba en la última planta, aunque Denise no había paseado mucho por la zona en el pasado. El señor Atkinson no era muy amigo de reuniones, y si las hacía, solía utilizar una sala designada para eso que estaba en la planta baja, cerca del *lobby*, así que para Denise subir allí era como si entrara en una casa desconocida.

Tardó tres minutos en llegar y cruzó el pasillo, observando un par de escaleras apoyadas contra la pared, además de unas cajas de herramientas.

Encontró a Archie fuera, hablando con dos hombres uniformados. Era la primera vez que Denise veía a un hombre combinar una chaqueta y unos vaqueros con buen resultado, lo que la dejó perpleja unos instantes.

—Ah, hola, Denise —saludó, al verla—. Ven, acércate. Estos son…

—¿Y mis cosas? —preguntó, decidida a no distraerse.

—¿Qué?

—La mesa, el portátil, han desaparecido de mi cueva y tú eres el único que sabía que estoy allí de forma ilegal, ¿qué has hecho con ellas? Necesito el portátil para trabajar, ¿sabes?

Archie miró a los dos hombres, que pusieron cara de circunstancias y se retiraron con discreción. La rubia observó cómo recogían las escaleras y demás, sin entender.

—¿Quieres entrar? —preguntó él, con cara de paciencia.

—¿Estás de obras?

El chico empujó la puerta y se hizo a un lado, así que Denise entró. Si pensaba que se le iba a olvidar el robo de sus cosas lo llevaba claro, porque…

Cerró la boca al ver el cambio del interior. Recordaba la zona como algo gris y anodino, sin ninguna personalidad, justo como imaginaba el despacho de

alguien que llevaba mil años trabajando sin cambios.

Ahora ya no parecía el mismo lugar. La cantidad de muebles enormes que ocupaban tanto sitio habían desaparecido, y la zona parecía el triple de grande. Los colores eran claros y lo volvían luminoso, hasta cálido, al igual que la austeridad en cuanto a piezas: la mesa, la silla y un par de armarios con buena cabida eran más que suficientes.

—¿Cuándo has hecho esto? —preguntó, boquiabierta.

—¿Qué te parece? Lo veía un poco lúgubre, así que le he dado un cambio. No tiene mucho misterio: una mano de pintura y muebles nuevos.

Denise abrió la boca, contrariada, pero antes de poder decir nada, Archie la empujó fuera del cuarto, hacia una zona justo enfrente. No se había fijado mucho al entrar porque al estar todo pintado de color crema no se distinguía, pero entonces vio que allí había una especie de placa de pladur de arriba abajo, con una puerta en una esquina y una ventana de cristal pequeña.

—¿Qué es eso?

—Tu despacho.

—¿Me has puesto un despacho?

—No iba a dejar que siguieras encerrada en esa cueva, eres la subdirectora del hotel.

Incrédula, Denise se encaminó hacia allí y abrió la puerta. Entonces se dio cuenta de que, en efecto, Archie había sacrificado una buena parte de su espacio para que ella tuviera su lugar allí. Dentro no encontró ninguno de los muebles viejos, eran nuevos al igual que los de su jefe, aunque sí su portátil sobre la mesa. Se sentó en la silla, comprobando que la ventana de cristal daba justo fuera, al pasillo.

—¿Y esto para qué es? —preguntó.

—Por si sube alguien, para que puedas hacerte cargo si no es nada importante.

—¿Como si fuera tu secretaria?

—No eres mi secretaria, aunque llamarte Moneypenny te pegaría mucho, la verdad.

—¿Me estás llamando cursi? Porque esa secretaria obsoleta vestida con trajes ajustados, poco funcional y absurdamente enamorada de su jefe no tiene nada que ver conmigo en absoluto.

—Seguro que no —se burló Archie—. Por cierto, no me gustan las puertas cerradas, así que mi despacho suele estar abierto. Puede ser que me veas, tengo la manía de pasear de un lado a otro cuando hablo por teléfono.

Denise parpadeó, confundida. Pues seguro que eso no ayudaba nada a la hora de concentrarse, con aquella maldita ventana de cristal por la que se veía todo.

Volvió a recorrer el despacho, comprendiendo que debía dar las gracias. Y una disculpa no estaría de más, por haber entrado como un ñu pensando mal sobre él.

—Sabes que lo necesitaba —dijo, en cambio.

—Otra cosa, ¿cómo tienes la semana que viene?

—Como todas, ¿por qué?

—Es posible que te necesite. He hablado con Cedric y voy a dar una vuelta al tema de las excursiones, así que quiero conocerlas de primera mano.

Denise permaneció en silencio, asimilando sus palabras.

—Y me necesitas exactamente para…

—Que me acompañes. Haz una lista de todas las actividades, absolutamente todas, que se pueden hacer en la isla —explicó Archie—. Cuando las haya probado todas, decidiré cuáles incluyo y cuáles descarto del catálogo que trabajamos.

—¿Y quieres que vaya contigo?

—Claro, eres la subdirectora. ¿Quién mejor que tú? —Archie le dio una palmadita—. Tranquila, Moneypenny, será divertido.

Dicho aquello, Archie la dejó sola en su nuevo despacho, y ella frunció el ceño. De verdad, como se le quedara aquel mote, pintaría la ventana de negro y no atendería a nadie que osara subir hasta el último piso, por mucho que le hubiera caído esa tarea digna de secretaria.

Capítulo 5

A diez minutos de las ocho de la mañana, después de un buen desayuno energético con el que coger fuerzas para el día que le esperaba, Denise se presentó en la recepción del hotel, tal y como le había indicado Cedric. El día anterior había revisado con él las ofertas de excursiones que había por la isla, casi infinitas, y al final decidieron que, si el jefe quería ver lo más posible para escoger, lo mejor era realizar una excursión de día completo para que se hiciera una idea de las distancias, la isla y sus posibilidades, así como de sus playas y aguas cristalinas, puesto que también incluía *snorkel* con tortugas verdes hawaianas.

No era una excursión que Cedric ofreciera, puesto que sus clientes siempre buscaban algo en lo que no hubiera que andar mucho, que durara como máximo un par de horas y ya lo de *snorkel* ni mencionarlo: era extremadamente raro que alguien lo pidiera. No, lo normal era ir como mucho a ver Diamond Head o la plantación de piñas Dole, cuyo laberinto se sabía de memoria de todas las veces que había tenido que entrar a buscar algún jubilado perdido.

Aunque Archie lo había vuelto medio loco haciéndole buscar nuevas excursiones que ofrecer, también agradecía el cambio para salir de la rutina. Incluso sacó unos folletos de tirolinas y parapente que no habían hecho más que acumular polvo en su cajón, pero a esos Denise se negó en rotundo.

—Vamos a empezar por lo suave y si quiere probar a tirarse por un barranco, pues lo acompañas tú —le había dicho.

Que una cosa era recorrer la isla y nadar un rato, y otra acabar colgada de una cuerda o volando por los aires.

—Buenos días, subD —la saludó Cedric.

Denise lo miró con el ceño fruncido y se recolocó la mochila. Ella, que siempre iba de punta en blanco, no acostumbraba a ponerse vaqueros cortos, zapatillas y recogerse el pelo en una coleta como aquel día, pero si iba a estar tantas horas fuera, no le quedaba otra que ir cómoda. El chico le tendió una pequeña carpeta, que ella abrió. Dentro había varios papeles.

—Folletos informativos y billetes —explicó él—. Te veo muy informal, creo que nunca te había visto sin tacones.

—Sí, eso, encima cachondeo. No sé muy bien por qué tengo que acompañarle yo…

—Tengo excursiones, no puedo dejar tirados a los pobres ancianitos. ¿Llevas todo?

—Toalla, bikini, agua, móvil —enumeró—. No era complicado.

—Si supieras las veces que tengo que recordar las cosas…

—Cuando tenga cuarenta años más quizá me falle la memoria, ahora de momento me va bien.

—Ahí empiezan a venir los míos —suspiró Cedric, al ver una pareja apoyada en bastones que atravesaba las puertas de cristal—. Pásatelo bien, subD.

A la velocidad que iban tenía tiempo de sobra para llegar a su mesa en la esquina, así que se sacó un café de la máquina que había en la entrada, saludó a Vaitiare y a Kailani y, cuando por fin fue a sentarse, aún les quedaban unos metros para llegar.

Denise miró su reloj, que justo marcaba las ocho, y entonces vio que llegaba Archie. Y así se quedó, mirándolo. Llevaba gafas de sol, ropa informal como el primer día que le viera y el pelo algo despeinado. Vamos, todo lo contrario de lo que uno imaginaba en un director de hotel. Tampoco era que hubiera esperado verlo aparecer en traje —sería de locos irse de excursión así, con el calor que hacía—, pero aún no se acostumbraba a tener a alguien tan joven al mando. Tenía que ser eso, claro; el que encima fuera atractivo, tuviera unos ojos azules preciosos y le quedara genial el pelo alborotado no tenía nada que ver en absoluto.

—Buenos días, Moneypenny.

—Oye…

—Lo sé, lo sé, era una broma. —Se quitó las gafas y le sonrió—. Además, hoy no lo pareces, te veo muy diferente.

—No iba a ponerme tacones y falda lápiz para ir de excursión, claro.

—No, claro. Cedric me pasó un mensaje con lo que tenía que llevar y dijo que estaríamos fuera todo el día. —Se giró un poco para que viera que llevaba una mochila—. Pero no me ha dicho exactamente qué íbamos a hacer.

Echó un vistazo hacia la mesa del chico, cuya cola de ancianos había aumentado y estaba ocupado atendiendo a una disputa entre dos, ya que parecía que el bastón de uno se había quedado enredado en la rueda de la silla eléctrica de otro y estaban echándose la culpa mutuamente.

—Tranquilo, tengo todo —contestó ella.

Le mostró la carpeta. La abrió, sacó un folleto para entregárselo y señaló hacia la entrada para que la siguiera.

—El microbús llega a y cuarto —explicó, mientras él ojeaba el folleto—. Es

una excursión de máximo diez personas, así que no nos perderemos nada de lo que expliquen por exceso de gente ni habrá agobios. Haremos un circuito guiado por la isla, pausa para comer en la costa norte, *snorkel* con tortugas…

—«Este *tour* le hará decir *Mahalo* como un local, mientras absorbe el agua salada y saborea la cocina local que ofrecen las auténticas furgonetas autóctonas» —leyó, y la miró—. ¿Furgonetas?

—Sí, es típico comer en los puestos de camarones de la costa norte, así que eso tocará. —Dudó al pensar en que eso implicaba comer con las manos—. ¿Demasiado informal?

—No, me parece genial. Quiero probar la comida de aquí, así también podré ser más objetivo en lo que respecta al nuevo menú del restaurante. ¿Incluye cena?

—Sí, acabaremos en un *luau*.

—Estupendo. También me interesa, para ver si podríamos hacer algo así en el hotel. Veo que Cedric me ha hecho caso y habéis organizado algo muy completo.

—Sí, a ver si te gusta.

—Seguro.

Le guiñó un ojo y Denise lo siguió hasta la entrada del hotel, saludando a las chicas al pasar por delante de la recepción, aunque ellas no parecieron darse cuenta, ocupadas en dedicar sus atenciones al nuevo jefe.

Ya en el exterior, no tuvieron que esperar mucho para que llegara el microbús de la excursión, con carteles en el frontal y en los lados de la agencia que lo organizaba. Denise le entregó las reservas al guía local que descendió del vehículo.

—Buenos días —saludó él—. Me llamo Liko y seré vuestro guía hoy. ¿Viaje de novios?

—¿Qué? —Denise negó con energía—. No, no, nada de eso.

—Viaje de placer sin más, entonces.

—Nosotros no…

—Ven, cariño, sube. —Archie le dio un empujoncito hacia las escaleras—. Gracias, Liko. Seguro que lo pasamos muy bien.

En cuanto estuvieron sentados, Denise le lanzó una mirada furibunda.

—Oye, no sé a qué ha venido eso, pero…

—¿Sabes que eres muy dada a saltar rápido y hablar antes de tiempo?

Al momento, Denise abrió la boca para replicar; se dio cuenta de que iba a hacer justo eso y la cerró, cruzándose de brazos.

—Tú dirás —replicó, al fin.

—Como espero cambiar nuestra clientela a gente más joven, incluyendo

parejas como él ha dicho en viaje de novios, quiero que seamos clientes normales y no un director y su subdirectora tomando notas. Será todo más natural.

—Ah. —Se relajó un poco, porque aquello tenía sentido—. Claro, vale.

Era como cuando llegaba al hotel algún cliente que sabían que era de alguna revista o agencia; al final, aunque el trato debería ser igual para todos, no lo era.

—«Visitará sitios como Diamond Head, Hanauma Bay, Halona BlowHole, Makapuu Pt. Macadamia Nut Farm, ChinaMan's Hat, Sunset Beach, Dole Pineapple Plantation». Lo de las piñas y las nueces me suena haberlo visto en lo que ofrece Cedric.

—Sí, a los clientes… digamos mayores les gustan las plantaciones. Ya sean de nueces de macadamia, de piñas o de cañas de azúcar. Será por las muestras gratis que dan, ya sabes.

—Sí, eso les encanta. Ya me han informado desde el equipo de limpieza que arrasan con todas las *amenities* que se dejan en los baños, todos los días, para que se repongan… y vuelven a desaparecer esa noche.

—Sí, tenemos la teoría de que vienen con las maletas medio vacías. Alguna vez ha habido problemas también en el bufé, porque se meten comida en los bolsillos o en los bolsos, y se lía parda cuando les decimos que está prohibido sacarla. Su excusa es que, si está incluida, lo está toda la que sea y punto.

—Me lo apunto.

Movió la cabeza, imaginando a Kimo —¿o era Koa?— ocupándose de ese tipo de asuntos de seguridad: ancianitas con los bolsos llenos de panecillos. No, eso era algo que esperaba que cambiara al rejuvenecer la media. Volvió a leer el folleto y miró por la ventana, decidido a absorber todo lo que pudiera y disfrutar del paisaje, cosa nada complicada con todo aquel follaje verde, el cielo azul y las aguas transparentes y brillantes que veía a lo lejos. Estaba deseando bañarse en ella, la verdad, y disfrutar también un poco de la isla, que desde que había llegado lo único que había hecho era trabajar. Y aquello también lo era, solo que diferente. En aquel microbús, con guía, turistas, y aquella chica tan guapa al lado… bien podía imaginarse que estaba de vacaciones. Al momento, apartó aquel pensamiento tan inadecuado: Denise era la subdirectora, trabajaba con él y estaba a sus órdenes, no tenía ni que plantearse mirarla de una forma que no fuera profesional. Debía centrarse en el trabajo, las tareas que le habían encomendado desde la central y punto.

Claro que eso era más fácil de decir que de hacer, sobre todo cuando su primer encuentro había sido tan divertido y ella seguía dándole muestras de

tener carácter, además de unas preciosas piernas que…

No, ya estaba otra vez. Se concentró en el volcán que veía cada vez más cerca y del cual Liko estaba dando una descripción completa.

En el hotel, Brooke fue pronto a trabajar a probar unas recetas que había visto de unas tortitas con piña fresca. Si le salían bien, las podía ofrecer como postre, y como no era algo que hubiera hecho antes, quería probar varias cantidades distintas de ingredientes para que le quedaran bien.

Se cambió en el vestuario y se fue a la despensa, evitando mirar ciertas baldas, para coger los ingredientes. Salió cargada con ellos y, según los dejaba sobre la encimera, vio que la puerta se abría y entraba Patrick. Se quedó quieta al verlo y a él le pasó lo mismo. A la hora que era, el chico no había esperado encontrar a nadie ahí, y menos a ella.

—Hola —saludó, aún en la puerta.

—Hola.

Entonces, notó que la puerta le golpeaba y se apartó un poco, para encontrarse con Manny, que entró y los miró alternativamente.

—Qué pronto estáis por aquí —comentó.

—Lo mismo digo —replicó Patrick, molesto con él sin saber muy bien por qué.

Brooke volvió a mirar al rubio, carraspeó y enrojeció al pensar lo que iba a decir.

—Esto… voy a por brócoli —soltó.

Al momento vio cómo le brillaban los ojos a Patrick, que medio sonrió y dijo:

—Yo necesito aguacates.

—Pues no hay ninguna de las dos cosas —replicó Manny, avanzando hacia la despensa y sin ver sus expresiones desconcertadas—. Ayer me dijisteis que hiciera inventario, ¿no os acordáis? Y no hay nada de eso. Así que ya podéis pensar otros platos.

Siguió hasta la despensa y los dos escucharon cómo cerraba la puerta. Sin decir nada, Patrick avanzó hasta Brooke y directamente la besó. Era lo último que tenía planeado, sobre todo después de los últimos días en los que se limitaban a cocinar cada uno lo suyo y apenas hablarse. Desde que Archie les lanzara aquella bomba del puesto tras despedir a Marshall, era como si lo que había pasado entre ellos no hubiera ocurrido nunca, así que cuando Brooke soltó aquello del brócoli… en fin, había sido como una señal.

Lo malo fue que los ruidos de Manny trasteando en la despensa les recordaron que no estaban solos, así que se separaron un poco.

—Deberíamos buscar otro sitio —murmuró Patrick.

—Sí, y la despensa… bueno, aunque no estuviera Manny deberíamos descartarla. —Él la miró de forma interrogativa—. Digamos que la última vez tuvimos testigos.

—¿Qué? —Miró a todos lados, como si alguien pudiera verlos por alguna cámara secreta—. ¿En serio?

—Cuando Denise y el nuevo director llegaron, ella… bueno, se asomó. No sé si Archie se dio cuenta, pero…

—¡Ya, no me digas más!

Madre mía, mejor ni pensarlo. Menos mal que la subdirectora era amiga de Brooke, porque en otras circunstancias seguro que se habrían metido en un buen lío.

—No podemos meternos ahí, y menos cuando hay gente cerca —continuó Brooke.

—Está claro, ni siquiera hay cerrojo. —La miró, pensativo—. En nuestro vestuario hay, y nadie debería venir al menos en otra hora.

—Lo mismo en el nuestro.

Patrick la cogió de la mano y tiró de ella para salir de la cocina, justo cuando Manny salía con un ramillete de brócoli en la mano y un aguacate en la otra, que había encontrado tras rebuscar, para quedarse pasmado al ver que los dos habían desaparecido.

Con Brooke pegada a su espalda, Patrick escaneó el pasillo. No había nadie por allí, bien. Se asomó al vestuario por si acaso: también vacío, así que, sin pensárselo más, la metió dentro y cerró tras ellos.

Entonces Brooke lo empujó hacia uno de los bancos para que se sentara, cosa que él hizo sin decir nada, solo mirándola.

—Escucha —dijo Brooke, mientras se desabrochaba la camisa blanca del uniforme—. He estado pensando… bueno, no mucho en realidad, porque parece que últimamente mi cabeza va por un lado y mi cuerpo por el otro.

—Te entiendo.

Sobre todo, en aquel momento, que intentaba escucharla, pero su cuerpo solo reaccionaba a lo que ella hacía. Brooke se quitó la camisa y la lanzó al banco, desabrochándose los pantalones a continuación.

—Está claro que debemos competir por el puesto y eso no va a cambiar —siguió ella.

—Ajá.

—No pienses que voy a dejar de querer ganar por muchos orgasmos que me des.

—Obviamente.

Joder, ¿cómo podía estar hablándole tan tranquila mientras él estaba a punto de combustionar? No ayudaba que ya estuviera sin pantalón, ni que se acercara a él mordiéndose el labio.

—Pero también veo claro que esto es algo que queremos los dos.

—Sí.

Debía parecer idiota en aquel momento, pero su cerebro no daba para mucho más, ya que debía llegarle poca sangre: estaba toda entre sus piernas.

Brooke se agachó para desabotonarle la camisa y se la bajó por los hombros, pasando las manos por ellos. Palpó los músculos de sus brazos y ladeó la cabeza.

—Así que podemos organizarnos para tener encuentros en sitios menos… improvisados, si te parece bien.

¿Que si le parecía bien? ¿En serio? Y él que creía que lo ignoraba, que quería pasar del tema… cuando intentó ser amable aquella semana buscando un acercamiento, se encontró con poca o nula respuesta por su parte, lo cual le frustraba mucho. ¿Y ahora le venía con esas?

Alargó el brazo para cogerla por la nuca y acercarla a sus labios, rozando los suyos.

—Me parece la mejor idea que has tenido nunca.

Ella se preguntó si aquello iba con segundas, referido a su forma de cocinar o trabajar… Como él ya jugueteaba con su labio inferior atrapándolo con sus dientes, le dio igual. Suspiró y enredó las manos en su pelo para que la besara, pero, en lugar de eso, Patrick bajó sus labios hacia su cuello, echándole la cabeza hacia atrás. Siguió hasta llegar a la zona entre sus pechos, por donde pasó su lengua mientras la inclinaba para poder seguir hasta el ombligo. Después, volvió a subir para besarla y tiró de sus bragas para quitárselas, aunque no controló lo que hacía y de pronto escuchó que algo se rasgaba. Aturdido, miró su mano y vio la tela rota.

—Perdón —dijo.

—Da igual, no eran de La Perla.

Bajó las manos para llegar a su pantalón y soltárselo, así como la cremallera, algo que le costó entre sus dedos temblorosos y que él la acariciaba entre las piernas y ya no veía ni lo que hacía.

Por fin, logró hacerlo y los dos se movieron para que ella pudiera colocarse bien, sentándose sobre él para rodearle con sus piernas, apoyando las rodillas en el banco, y bajar hasta tenerlo dentro. Lo abrazó con fuerza, igual que Patrick a ella, para no caer y también para poder controlar sus movimientos. Quería ir despacio, pero pronto el ritmo se aceleró en ambos, como siempre les

pasaba. Brooke le clavó las uñas en los hombros, besándole para no gritar y que alguien la oyera desde fuera. Como bien le había dicho a Denise, no se reconocía cuando estaba así con él, era como si otra persona tomara posesión de su cuerpo y se olvidara de cualquier inhibición, centrada solo en disfrutar y en tener todos aquellos orgasmos de los que le había hablado.

Su cuerpo se sacudió, retenido entre los brazos de Patrick, y poco a poco fue consciente de que él le lamía el lóbulo de la oreja de forma lenta y perezosa.

—La cocina, la despensa, el vestuario —murmuró él—. Nos vamos quedando sin sitios por probar por esta zona.

Brooke creía que no podía enrojecer más, aunque volvió a hacerlo y lo besó, acariciándole el pelo.

—¿Qué tal si quedamos antes de trabajar mañana? —le sugirió.

Primero había pensado en aquella noche, pero supuso que estarían cansados y, también que, si iba a su *bungalow* o al revés, en la oscuridad, era algo más íntimo. Era un pensamiento algo absurdo, teniendo en cuenta que aún lo tenía dentro, pero si aquello iba a ser solo sexo, como ambos querían, mejor evitar situaciones que dieran lugar a error.

—¿No desayunas con Denise? —preguntó él.

—No siempre, ella suele madrugar más… Te mando un mensaje según me despierte y vea el plan, ¿te parece?

—Vale.

Así no se pasaría el servicio mirándola y deseando que acabara para llevársela a alguna parte. Si tenían sexo antes de trabajar, mejor para los dos, ¿no? No quería pensar en nada más allá que eso; como Brooke había dicho, debían competir por el mismo puesto e involucrarse de alguna manera más personal sería un problema. Mientras los dos lo tuvieran claro, todo saldría bien.

Seguro.

La observó mientras ella se apartaba y se vestía, sin las bragas destrozadas que se guardó en un bolsillo, y se preguntó si funcionaría. Sacudió la cabeza y se vistió también, regañándose a sí mismo. ¿Por qué no iba a funcionar, si los dos pensaban igual?

«Porque te gusta más de lo que admites», le dijo una vocecita.

Frunció el ceño a aquella voz, que obviamente no sabía lo que hablaba, y suspiró al mirar a Brooke, ya vestida.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, en un intento de mirarse el culo—. ¿Se nota que no llevo nada?

—No, pero no sé cómo demonios voy a cocinar sabiéndolo.

Sonriendo con picardía, Brooke se acercó para darle un beso antes de salir del vestuario. Ir sin ropa interior era lo más descarado que había hecho en su vida y esperaba que nadie se diera cuenta, pero solo de pensar en cómo le afectaba a él, decidió no perder el tiempo en ir a su *bungalow* a cambiarse.

Nada, que sufriera… solo que no contó con que, con las miradas que le lanzó Patrick durante todo el servicio, ella compartió aquel sufrimiento.

Tras haber recorrido Diamond Head y disfrutar de las maravillosas vistas del volcán y del sur de la isla, la excursión había continuado por el lado este de la isla, mientras recorrían la costa por Hanauma Bay, un lugar paradisíaco que Archie se apuntó mentalmente para regresar y poder disfrutar como era debido, no solo con una parada para sacar fotos. En realidad, la sensación que daba la isla era que toda ella era un paraíso y que merecía ser recorrida con calma, que tenía muchísimas cosas que ofrecer y no solo a los turistas.

De camino a la costa norte se detuvieron en la plantación de piñas, donde, tras la explicación del guía, les dejaron media hora libre para recorrerla, laberinto incluido.

Denise y Archie se quedaron en la entrada, sin quitar la vista de las paredes verdes de seto que lo formaban.

—No sé yo, aquí pone que fue declarado el más grande del mundo en 2008 —comentó Archie, leyendo el cartel.

—Cedric siempre dice que tiene que entrar a rescatar a gente.

—¿Y si tomamos un café, mejor? Dejemos los laberintos para otro día.

—Vale.

Se dirigieron a la cafetería de la plantación, donde había unos cuantos turistas, y se sentaron con un café cada uno. Archie sacó de la mochila un cuaderno que llevaba para tomar notas y escribió unas cuantas líneas para no olvidarse.

—¿Qué te está pareciendo Ohau? —preguntó Denise, observándole escribir.

—Un paraíso —contestó, sin dudarlo—. Había visto fotos, pero la realidad supera la ficción. —Volvió a guardar el cuaderno—. ¿Cuánto llevas aquí?

Ella dio un sorbo a su café y ladeó la cabeza.

—¿No te has leído nuestros currículums? Me extraña.

—Vale, pillado. —Sonrió—. Año y medio, ¿verdad?

—Exacto.

—Por lo general, la gente cambia de sitio en seis meses, máximo un año. ¿Tienes pensado irte pronto?

—¿Temes perder a la empleada del año? —bromeó, y negó con la cabeza—.

Tranquilo, no entra en mis planes marcharme en los próximos meses. —Rio—. Y menos ahora que tengo despacho.

—Te gusta esto, entonces.

—Lo difícil sería encontrar a alguien que no. Como has dicho, muchos de los empleados que están en el programa de intercambio llegan para unos meses y se van, solo que con ganas de haberse quedado más tiempo. Se pasa muy rápido, aquí la gente lleva otro ritmo de vida, otra forma de ver las cosas. Eso se pega, ¿sabes?

—El lugar más feliz en la Tierra. —Sonrió—. Lo he leído en el folleto.

—Exacto. Yo pensaba quedarme menos, pero cambié de idea en pocas semanas. Y no sé, ya me he hecho a la vida aquí, tengo mis amigos, me gusta mi trabajo… ¿Para qué cambiar?

—Claro.

—Por no hablar del clima.

—Bueno, estuviste antes en Los Ángeles, ¿no? Ahí también hace bueno.

—Pero no es lo mismo. Aquello es agobiante, con tanta gente por todas partes y la contaminación. Para ir a cualquier sitio tienes que calcular el doble del tiempo del normal, con las caravanas y atascos que hay. Aquí es al revés: si el GPS te dice que media hora, en veinte minutos estás.

Sí, eso lo había podido comprobar él aquella mañana. Las carreteras tenían coches, pero nada de atascos, aglomeraciones ni prisas.

—Y las playas no están como en Santa Mónica, llenas de gente. Hay días que estamos Brooke y yo solas a la que solemos ir.

Bueno, y su Momoa particular, pero no venía a cuento hablar de él, claro.

—En temporada alta se nota que aumenta la gente, pero muchos turistas vienen pocos días y hacen como nosotros hoy: excursiones para ver lo máximo en el menor tiempo, van a las otras islas…

—Entiendo. Te has enamorado de Hawái.

Denise consideró aquello unos segundos, preguntándose si eso sería cierto. La verdad era que muchas veces pensaba en cómo sería volver al continente y no lograba imaginarlo sin sentir un pellizco en su interior al pensar en la isla.

—Quizá sí —contestó, pensativa.

Liko pasó a su lado con una sonrisa y les avisó de que debían regresar al microbús, así que terminaron los cafés y salieron para unirse al resto.

La excursión continuó con la parada en la plantación de nueces de macadamia, que al menos no tenía laberinto, y ya en la siguiente que se detuvieron fue para comer. Archie esperaba alguna zona tipo aparcamiento acondicionada para las furgonetas de comida, pero lo que se encontró fue que,

a lo largo de la costa, había zonas para dejar los coches paralelos a la carretera y las *food trucks* estaban desperdigadas aquí y allá, sin ningún orden aparente.

—¡Una hora para comer! —anunció Liko.

La gente se desperdigó por la carretera y Denise miró a Archie divertida.

—¿Esperabas algo diferente? —le preguntó.

—Más organizado, al menos.

—Vamos, tú sígueme a mí. Aquella es la mejor para comer gambas, esa para los zumos y después tenemos que andar un poco para ir detrás de esa curva, que tienen tartas y café.

Archie miró la furgoneta que había señalado para las gambas. Pintada de tantos colores que mareaba con solo verla, un toldo que había conocido mejores años y una bandera con una enorme gamba roja sobre el tejado, el aspecto general era de todo menos atrayente.

—¿Estás segura? —le preguntó, por primera vez dudando de sus consejos.

—Cuanta peor pinta tenga, mejor la comida. Es una normal local, ya aprenderás.

Avanzó hasta la furgoneta y Archie la siguió, aún no muy convencido. Según se acercaban, le llegó el aroma de la comida y, al ver el interior, se tranquilizó porque al menos parecía limpio.

—Dos de gambas con mantequilla de ajo —pidió Denise—. Y una ensalada de macarrones.

Menos de cinco minutos después, les entregaron el pedido. Denise le pasó a Archie un plato de papel colorido con gambas, dos bolas de arroz blanco y un trozo de limón. Ella llevaba el otro, un cuenco de papel también con la ensalada y cubiertos que parecían de plástico, pero que cuando Archie los tocó, comprobó que el tacto era diferente.

—Son reciclables —explicó Denise, al ver su curiosidad—. Los plásticos son un problema en la isla, así que se utilizan lo mínimo posible.

Le guio hasta la parte trasera de la furgoneta, donde había unas pocas mesas, y dejó los platos.

—Voy a por las bebidas, ¿de qué te apetece el zumo?

—Sorpréndeme.

Denise se fue hasta la furgoneta, pidió dos diferentes para que tuviera opciones y regresó con ellos. Sonrió al verlo examinar el plato con gesto crítico, casi como si temiera meter el tenedor.

—Te van a encantar —lo animó—. Giovanni's es un clásico en la isla.

—Tiene pintadas en la furgoneta, eso mucha confianza no da.

—No borra nada, va acumulando. ¿Quieres que vaya a por tabasco? Por si te

gustan picantes.

—No, así bien.

«Supongo», pensó. Al menos olía bien, así que decidió no postergarlo más y cogió el limón. Lo estrujó para echar un poco por encima del plato y miró a Denise, que había cogido una gamba con la mano. La imitó e hizo el gesto de brindar, como si fuera un vaso lo que tenía en la mano, antes de metérsela en la boca… y notar una explosión de sabores. Sorprendido, masticó despacio para saborearla bien, y miró a Denise al tragar.

—Esto está buenísimo —dijo, sin ocultar la sorpresa en su voz.

—Te lo dije. Para chuparse los dedos, y lo digo literal.

Como para demostrárselo, se metió los suyos en la boca y él carraspeó, regresando su atención al plato y cogiendo otra gamba.

—Le diré a Brooke y a Patrick que lo hagan un día —comentó, tras probar también la ensalada de macarrones—. Estas cosas son las que quiero ver en la carta.

—Bueno, la receta de Giovanni es secreta, así que tendrán que usar la imaginación.

—De eso creo que no les falta, no han tardado ni un día en ponerse a probar cosas nuevas. Se ve que el anterior chef los tenía… ¿coartados?

Denise no era de las que criticaban el trabajo de nadie delante de un jefe a no ser que fuera un gran problema, pero como Marshall ya estaba «jubilado», consideró que esa norma no era aplicable.

—Sí, esa sería la palabra —replicó—. No les dejaba hacer nada mínimamente original o moderno. Tampoco la clientela ayudaba mucho, que se conforman con sopas y compotas y, claro, pues estaban estancados. Brooke se quejaba mucho.

—Sois muy amigas, ¿verdad?

Ella parpadeó al darse cuenta de lo que había dicho; aunque fuera cierto, no quería influir en la decisión de Archie en la cocina. Aquello era algo que debían ganarse Brooke y Patrick por méritos propios.

—Sí —contestó—, pero eso no tiene nada que ver. Patrick también se quejaba, y los dos son buenos cocineros.

—¿No prefieres a ninguno?

Denise negó con la cabeza.

—Aunque así fuera, no te lo diría —contestó—. No quiero que pienses que me influye mi amistad con ella; prefiero que lo decidas tú.

Archie no contestó, satisfecho con aquella respuesta. Le decía mucho sobre el tipo de persona que era Denise: profesional, pero también sincera y con principios; no iba a defender ni a perjudicar a nadie solo por preferencia

personal. Ya se había encontrado en otros hoteles ese tipo de situación en la que había gente en puestos solo por amistad, y aquello solo causaba problemas.

—Lo voy a tener complicado —contestó él—. Por lo que he visto hasta ahora, tienes razón: los dos son buenos. Y también competitivos, cada vez que entro en la cocina se nota la tensión en el ambiente.

Denise casi se atragantó con el zumo al escuchar aquello, y Archie acabó dándole unas palmadas en la espalda, preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, se me ha ido por mal sitio. —Carraspeó—. Sí, hay tensión, ejem.

—No se llevan bien, entonces.

Bueno, eso era algo a lo que Denise no sabía ni cómo contestar, así que se encogió de hombros.

—Algo así —dijo—. ¿Te has encontrado mucha gente problemática en otros hoteles?

Él elevó una ceja y sonrió.

—¿Tú también has mirado mi currículum?

Denise se encogió de hombros, cogiendo otra gamba.

—Está en la intranet de la empresa, no ha sido difícil. El nuestro es el cuarto hotel por el que pasas para… ¿solucionar problemas?

—Sí, ese es más o menos mi trabajo. Llego, veo qué ocurre, hago los cambios necesarios y, cuando ya todo funciona bien, pues me voy al siguiente.

—¿Y no lo echas de menos?

—¿El qué?

—El hotel que hayas cambiado. Después de todo el esfuerzo que inviertes, tiene que ser complicado dejarlo atrás como si nada. ¿No te encariñas con los sitios?

Archie masticó pensativo, sopesando aquella pregunta. Recordaba sobre todo su primer proyecto, más por lo que había significado para su carrera que por el lugar en sí. Lo que más le costaba era dejar en manos de otros la planificación a largo plazo, porque, aunque recibía informes sobre los sitios que dejaba, no era lo mismo que llevarlo él.

—Un poco —admitió—. Aunque lo dejo todo encarrilado para el nuevo director y me informan, imagino que llegará el día en que me quede en alguno de forma definitiva.

—¿Ese es tu objetivo?

—Uno de ellos. Y, después, hacer de ese hotel el primero de la cadena. Cuando encuentre el candidato perfecto, lo pediré como destino.

—¿Y a tu familia no le importa que pases tanto tiempo fuera?

—Mis padres trabajan los dos y soy el pequeño de cinco, y aparte tienen ya ocho nietos, así que no me echan mucho de menos. —Rio—. Mientras participe en las videollamadas familiares, no hay problema.

Denise esperaba que las conversaciones con él fueran todas profesionales, que hablarían del hotel y sus reformas, para nada que hablara de su familia. Sin embargo, con él todo parecía surgir de forma natural y fluida, y se descubrió contestando de la misma forma, hablándole sobre su familia y su relación con ellos.

Tan enfrascados estaban en su conversación, que cuando Liko fue a buscarlos para que continuara la excursión, ni se habían dado cuenta del tiempo transcurrido, olvidando el postre y el café, algo que Archie prometió hacer otro día, puesto que después de la sorpresa de las gambas, no quería quedarse sin probar lo demás que Denise había sugerido.

El microbús siguió su recorrido establecido hacia la playa norte, con Liko hablándoles sobre las tortugas y los programas de protección que había en la isla, no solo para ellas, sino para toda la fauna y flora autóctona. Lo última decisión del gobierno había sido prohibir en todo el archipiélago las cremas de sol con oxibenzona y octilmetoxicinamato, sustancias químicas perjudiciales para el medio ambiente. Era un proyecto que ya estaba en marcha y, a partir de 2021, implicarían multas a quien las introdujera en la isla. De eso modo, los ya dañados corales se recuperarían poco a poco. La medida había sido impopular al principio entre las empresas locales, que se veían abocadas a cambiar todo su *stock* de productos y limitarse a los permitidos. También tenían que adecuar las aduanas para controlar lo que metían los turistas en ese sentido, una tarea extra que tampoco fue bienvenida. Pero el sentido común y el amor a sus islas estaba por encima de todo, por lo que era algo que todo el mundo tenía asumido y defendía.

Denise le comentó al respecto que en la tienda del hotel ya se habían adaptado a la ley y solo vendían productos permitidos, así que él sacó su cuaderno para apuntarlo como algo a mantener y punto a favor del hotel.

Ya en la playa, Liko los dejó con un instructor de buceo que entregó a cada uno gafas y tubo de *snorkel*. Dio unas instrucciones básicas y después dejó tiempo para que fueran a cambiarse a unas casetas habilitadas para ello.

Cuando Archie salió con su bañador y las gafas en la mano, Denise tuvo que parpadear un par de veces y la palabra «cierva deslumbrada» resonó en su mente.

Porque la ropa informal y los trajes no habían ocultado ni un puñetero michelín, no, sino al contrario. Joder, ¿por qué el tío no iba empeorando a sus

ojos, sino mejorando, y no solo por el físico? ¡Es que encima le caía cada vez mejor!

Aquello no podía ser, tenía que empezar a pensar en líneas rojas o algo, que veía que se le iban los ojos a esos brazos, a esos hombros, y…

—¿Vamos? —Los ojos de Archie brillaron con excitación—. Estoy deseando meterme en el agua, tiene que ser una maravilla. Ojalá veamos tortugas, aunque sea sin tocarlas, claro; hay que respetarlas.

Genial, encima había absorbido todo lo que Liko había dicho, así como el instructor de buceo, y no sería uno de esos imbéciles que de todas formas las tocaban o intentaban cogerlas para hacerse fotos. Así, mal iban.

Afirmó colocándose las gafas y se unieron al grupo en la orilla de la playa, donde esperaba el instructor. Este, de nuevo, recordó las normas antes de que todos se metieran en el agua, y poco después nadaban al mismo tiempo que admiraban el fondo marino. Denise ya había buceado más de una vez y se bañaba cada vez que podía; aun así, la gama de colores de los corales y los peces siempre le deslumbraban. Al poco, notó que le cogían una mano y vio que era Archie, quien le señalaba a un lado con la otra. Allí, acercándose con calma, había dos enormes tortugas. Sin soltarse, los dos se quedaron quietos, esperando que pasaran por su lado. Las tortugas los rodearon, moviendo sus patas con parsimonia y sin inmutarse por su presencia, antes de continuar su camino. Denise miró a Archie y, a pesar de los tubos, su sonrisa era visible.

Pensó que aquello cada vez parecía menos una excursión de trabajo, algo que se repitió cuando, una hora después, se sentaron en una mesa con el resto del grupo para disfrutar del *luau*. Al menos no estaban solos en una, lo cual habría sido el colmo de la intimidad, pero sí que estaban en un lado y, como Liko había creído, podían pasar por cualquier pareja que iba allí a disfrutar de una estupenda cena, un precioso anochecer y un deslumbrante espectáculo de fuego y baile.

—¡Vaya colores! —murmuró Archie, mientras el sol se ocultaba—. Solo he visto algo parecido en Santorini, ¿has estado alguna vez?

—No, mi experiencia en Europa es nula. Tengo pendiente ir de vacaciones.

—Apúntalo, para comparar. Es una de las mejores puestas del sol del mundo.

Aunque aquella no quedaba lejos, y se quedó callado al pensar si la compañía influiría. En Santorini estuvo solo, descansando una semana después de trabajar durante varios meses seguidos en un hotel de Atenas, y ahí… bueno, ahí estaba con su Moneypenny particular, en lo que parecía cualquier cosa menos una cena de empresa.

De nuevo, no debería pensar en nada de eso, pero no podía evitarlo. Las

sombras doradas y rojizas del anochecer jugaban sobre el delicado rostro de la chica, cuyo pelo estaba recogido en una coleta perfecta a pesar de haber nadado entre tortugas. Entonces, ella lo miró.

—Cuando me paguéis una buena extra —bromeó.

Algo en la forma en que la miraba la descolocó, pero fue solo un segundo y Denise pensó que se lo había imaginado. Seguro que era ella reflejando sus propias sensaciones, que llevaba desde que se habían sentado allí intentando no rozarle, acercarse o mirarlo demasiado; en resumen, mantenía esas distancias que habían desaparecido mientras nadaban con las tortugas. Habían seguido de la mano, para no perderse el uno del otro, en teoría, pero…

Joder, ¿por qué tenía la sensación de que habían conectado? ¡No era eso lo que debía pasar! No, seguro que era Hawái, que hacía que todo pareciera mejor y al día siguiente solo vería en él al nuevo director que quería cambiar todo.

Y que le había hecho un nuevo despacho, aunque eso era otro tema.

Capítulo 6

Denise tecleó algo en su portátil y pulsó en «buscar». Unos segundos después, apareció la información y la leyó por encima:

«Si sueñas que tienes relaciones íntimas con tu jefe, eso indica tu deseo de poder, control y autoridad».

—Bueno, eso no es tan malo —murmuró, yendo arriba y abajo en la pantalla por si había alguna otra información útil—. Quiero poder, no tirármelo.

Clicó en otro enlace, solo para corroborar que aquello era todo, y encontró algo nuevo.

«Si sueñas que te acuestas con tu jefe, puede deberse a la necesidad de emoción y entusiasmo en tu propia vida».

—Vale. Vale. —La rubia frunció el ceño—. También lo paso.

Eso la hacía sentir mejor, ya que también excluía cualquier…

«Aunque también puede que, simplemente, te quieras acostar con tu jefe porque te sientas atraída hacia él».

—Mierda —refunfuñó.

Sabía que no tenía que haber buscado más: con la primera opción se hubiera quedado tranquila, ya que querer poder era una cosa… y que te gustara tu jefe, otra.

Además, recordaba que Freud había dicho que la mayoría de los sueños eróticos surgían de la necesidad de satisfacer impulsos inconscientes… aunque, claro, como llevaba tanto tiempo sin sexo, no podía decirse que fueran inconscientes.

Muchos psicoanalistas creían que esos sueños no se daban porque sí, sino que eran el resultado de los deseos experimentados durante el día y de querer satisfacerlos. Y eso, aunque no quisiera admitirlo, estaba más cercano a su idea que el tema de querer poder.

La excursión de marras le había afectado. Esa actitud jovial, la humildad con la que se comportaba, que hacía que cualquiera olvidara que estaba con el jefe, lo abierto que era hablando sobre sí mismo y, claro, su aspecto. Denise no tenía un tipo de hombre, pero de haberlo tenido, se ajustaría mucho a él.

Se recostó en su silla, buscando la manera de recolocar sus emociones para racionalizarlo y que no le afectara en el trabajo. No podía ir así por la vida, teniendo sueños a lo loco durante la noche, y menos cuando no era habitual en absoluto.

Recordaba a sus amigas de instituto y la facilidad con que tenían ese tipo de sueños; ella siempre era la nota discordante. No era imposible, pero sí poco habitual, y las veces que le ocurría, después apenas recordaba nada.

Lo que pasaba era que, de esa noche, se acordaba. Y bastante bien, con detalles, lo que no ayudaba a eliminarlo de su mente y actuar como si no hubiera sucedido.

A Denise le fascinaban esos estudios que contemplaban la posibilidad de controlar los sueños hasta encaminarlos hacia donde uno quería. Le parecía difícil, por no decir imposible, porque ella soñaba poco y, si lo hacía, solía ser un galimatías sin sentido que se disipaba en cuanto parpadeaba dos veces.

Y la noche pasada no había sido diferente, al menos la primera parte. Le venía a la mente una mezcla de imágenes extrañas, con ella y Brooke sentadas en la zona donde estaba el cementerio de flamencos, aunque el ambiente era extraño, ya que a su amiga le faltaba una pierna y en su lugar llevaba una pata de madera en forma de flamenco.

Tras un rato de charla sobre algo que no recordaba, Brooke la mandaba a por un *mai thai* a la piscina del hotel y, sin saber bien cómo, Denise iba a buscarlo a su despacho. O eso deducía ella, porque el sueño tampoco llevaba subtítulos: simplemente, lo siguiente de lo que se acordaba era de que estaba en su despacho.

Solo que, por alguna razón que no entendía, era Archie quien lo ocupaba. ¡Qué absurdo, si era más pequeño que el suyo! ¿Por qué querría él su despacho?

Denise sacudió la cabeza para sacar el tema de su mente. Pensar en ello una y otra vez no ayudaría a olvidarlo.

—Buenos días, madrugadora —escuchó, junto a la puerta.

Alzó la mirada y ahí estaba él, tan tranquilo, con su habitual buen humor mañanero. ¿Qué clase de persona estaba tan despejado y animado a las ocho? Algo raro había ahí, fijo. Un lado perverso que no mostraba.

Denise notó que se ruborizaba al tenerlo delante suyo. El sueño había sido tan real que no podía evitar que cruzaran imágenes por su cabeza: por ejemplo, la manera en que le había soltado los botones de la camisa, de uno en uno. Vale que en el sueño Denise llevaba un sujetador rojo que no tenía la menor idea de quién era, pero eso no era lo importante, sino que aún se le erizaba la piel al acordarse del roce de sus manos.

«¡Para ya!», se dijo. No existía tal roce, excepto en su mente.

—¿Estás bien? —oyó que preguntaba Archie—. ¿Qué te pasa, Moneypenny?

—¿Quieres no llamarme así? —refunfuñó ella, dispuesta a recuperar el control—. Y antes de que vuelvas a decir que es broma, te recuerdo que detrás de la broma la verdad asoma.

—¿Qué? —Archie la miró, estupefacto.

—Lo que acabas de oír. Y que será broma, pero se volverá una costumbre, y al final todo el mundo acabará llamándome así. Sé de lo que hablo: el antiguo director me llamó SubD una vez, una sola vez, y ahí quedó el mote.

—SubD es una basura de mote, Moneypenny es muchísimo mejor. Eso tienes que admitirlo.

Denise sabía que él bromeaba, solo que no estaba de humor. Se sentía incómoda en su presencia porque así era complicado resetear… Después de los botones y el sostén rojo, había notado con total claridad cómo se endurecían sus pezones bajo la tela. Y esa sensación de desesperación si no la tocaba ahí al momento…

No era adecuado, no estaba bien que tuviera esos pensamientos con su jefe. No quería pasar de un sueño erótico a tener fantasías más elaboradas, se crearía un ambiente turbador y ella necesitaba tranquilidad en su trabajo. No como en ese momento, que estaba acalorada, confusa y un poco rabiosa.

—Vale, ya veo que hoy estás de mal humor —comentó él—. No volveré a hablarte hasta dentro de un par de horas, cuando te haya hecho efecto el café.

Le guiñó un ojo y se marchó hacia su despacho. Denise lo siguió con la mirada sin perder detalle. Gracias al *snorkel*, ahora ya sabía qué ocultaba esa ropa, y joder… no era un hombre muy corpulento, pero qué hombros. Qué ojos, qué culo, y qué todo. ¿Cómo iba a trabajar así?

Conectó el ventilador pequeño que tenía sobre la mesa y se lo acercó para que le diera en la cara, a ver si se refrescaba. Porque, si se concentraba, hasta podía oír el elástico de la ropa interior al romperse. En el sueño, claro, en ese momento sus bragas estaban en su sitio correspondiente.

¡Basta! Debía cambiar de tema para olvidar aquello, así que cogió el móvil y buscó a Brooke para enviarle algún mensajito tonto con el que distraerse. Aguardó, esperanzada, hasta que se rindió a la evidencia: Brooke ni de broma estaría despierta a las ocho.

Bien, revisaría aquellos formularios sobre prevención de riesgos para asegurarse de que todo el personal había rellenado los apartados por completo. Si aquello no acababa con su deseo sexual, nada lo haría, ¿no?

Durante media hora, funcionó y logró calmarse. Su rostro recuperó el tono

normal, su cerebro se centró en las salidas de emergencia y los extintores, y el corazón abandonó la boca de estómago para regresar a su sitio.

Entonces, cometió el error de mirar por su maldita ventana y vio a Archie andar de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Cuando la había avisado de esa costumbre, no le prestó demasiada atención. Sin embargo, lo hacía y mucho: era ese tipo de hombre que no se estaba quieto y, de hecho, aún no lo había visto sentado en su escritorio. Siempre lo encontraba de pie con papeles entre las manos —esas manos tan hábiles en su sueño al desabrocharle el sujetador—, hablando por el móvil o en cualquier parte del hotel haciendo cosas.

Lo miró ir y venir sin perder ni un detalle hasta que fue consciente y se dio un coscorrón mental para dejarlo. No, así no iba a ninguna parte.

Seguro que Archie se partiría de risa si se enteraba de las cosas que le pasaban por la mente, no la tomaría en serio al igual que no tomaba en serio a las recepcionistas. Que era muy amable con ellas, pero a Denise le parecía detectar cierta condescendencia, como si fuera demasiado importante para fijarse en una de ellas.

Claro que eso era una sensación, sin más. Fijo que se confundía, porque tampoco veía indicios de clasismo en Archie, para ser sincera. Y después de trabajar con el señor Atkinson, Denise se los conocía todos.

La rubia apartó la mirada y la fijó sobre la mesa de color blanco. Al igual que en una película, ahí era donde había terminado sentada en su sueño y, de pronto, sus bragas ya no estaban, y su incómoda falda lápiz se había convertido en un vestido corto de lo más cómodo para montárselo con alguien.

Eso era lo bueno de los sueños: no tenían sentido alguno y, sin embargo, todo encajaba en ese mundo de la inconsciencia.

De manera nítida, se vio a sí misma sacándole la camisa por la cabeza a Archie y dándole mordisquitos en el cuello, como solía hacer ella en la vida real. Lo siguiente era que lo rodeaba con las piernas (no tenía la menor idea de cuándo había perdido él los pantalones) y de ahí, esas maravillosas e intensas contracciones que anunciaban la presencia del orgasmo.

El placer la despertó, aunque aún medio dormida le fastidió la interrupción del sueño. ¿Qué era aquello, por qué tenía que haber explotado tan pronto? ¡Si no había llegado a lo mejor!

Mientras el placer se difuminaba y desaparecía poco a poco, se despejó del todo y fue consciente del protagonista de ese sueño erótico. Ya no dejó de darle vueltas, ni mientras se duchaba, ni al tomar el café, ni al vestirse o pelearse con Delilah como todas las mañanas por el desorden del salón. El sueño no se iba de su cabeza y, claro, ver a Archie no ayudaba.

Su móvil vibró y Denise lo cogió como quien agarraba un salvavidas en medio de un océano.

«Son las ocho y veinte, perra. ¿Qué pretendes?»

«Nada, me aburría».

Brooke le mandó una serie de emoticonos con cara de sorpresa, como si no comprendiera a qué venía aquello. Primero, Denise nunca se aburría: no tenía tiempo.

Segundo, jamás le escribía tan temprano porque conocía sus horarios.

«¿Todo bien?», insistió Brooke.

«¿Tenéis el extintor de la cocina en buenas condiciones?»

«¿Qué? ¿Para esto me despiertas? Te mato, ¿eh?»

Denise se frotó la frente. Oyó la puerta al otro lado y supo, aliviada, que Archie se había sentado en el escritorio.

Volvió a encender el ventilador, pensando que iba a ser un día muy largo si estaba así cada dos por tres; a ese paso no haría nada de su trabajo. Revisó su agenda y tecleó:

«A las nueve voy a hacer una inspección sorpresa en la cocina, ya sé que no estás en el turno de los desayunos, pero te lo comento».

«¿Ya toca otra vez?»

«Estoy reorganizando la agenda y me viene mejor hoy que el viernes».

«Vale, lo que prefieras. ¿Desayunamos juntas?»

«Pensaba que no lo dirías, ¡sí!»

La rubia guardó el móvil en el bolso, aliviada, y apagó el portátil. Dejó una nota con celo sobre la ventanilla que avisaba de que estaría por el hotel haciendo «gestiones», por si Archie la necesitaba para algo y se apresuró a abandonar el despacho. Le iría bien el aire, el café con su amiga y estar con la mente ocupada.

De ese modo, hiló la inspección de la cocina con un desayuno tardío con Brooke, seguido de arreglar varias reclamaciones de clientes, la comida, la supervisión del arreglo de uno de los lavabos y la redistribución de un grupo de huéspedes a los que no les gustaba su habitación. Archie no la molestó durante el día, así que pudo salir a su hora sin tener que verlo por segunda vez, lo que la alivió. Seguro que al día siguiente el asunto estaba olvidado.

Entró en su *bungalow*, donde Delilah ocupaba el lugar habitual: frente a la televisión. Aunque en esa ocasión había una novedad en la ecuación, y era que la adolescente tenía unos folletos entre las piernas.

—Hola —saludó Denise, sin prestarle mucha atención.

—¿Cena de *poke*? —preguntó ella con ironía.

—Hoy estás de suerte, no quedaban. He traído otra cosa.

La rubia dejó los dos recipientes de plástico sobre la mesita del salón y se deshizo del bolso y la chaqueta. Acercó un par de tenedores y los vasos con granizado hawaiano, bebida que le encantaba, aunque no siempre la encontraba en el comedor.

—Dios mío, ensalada de macarrones y gambas. No me puedo creer que no haya arroz por un día, voy a llorar.

—Lo tendrías fácil si decidieras ponerte algo de ropa e ir al comedor.

—¿Ya empezamos?

—Llevas aquí encerrada desde que llegaste, no estaría mal que vinieras algún día a la playa con nosotras. Está incluido en lo que se considera ocio, ¿lo sabías?

Delilah hizo una mueca. Estaba emocionada ante la perspectiva de una comida que no fuera *poke*, así que no replicó a eso. En cambio, mientras masticaba la ensalada, señaló los folletos con la cabeza.

—He estado leyendo eso —comentó.

—También se consigue con un libro. ¿Conoces el formato?

—Muy graciosa. ¿Estás buscando piso?

Denise miró de reojo los folletos. Cuando Archie había llegado a la deducción de su amor por Hawái, fue un acierto de pleno. Su tiempo límite antes de decidirse del todo era de dos años, y le quedaban seis meses para cumplirlo; si pasado ese tiempo seguía decidida a quedarse a vivir allí, se compraría un piso.

No iba a quedarse eternamente en el *bungalow,* resultaba pequeño y no estaría siempre a su disposición, ya que eran lugares para el personal que estaba de paso.

—Puede —respondió, sin querer dar muchos detalles.

—¿Lo saben mamá y papá?

—No veo por qué, no es asunto suyo.

—Lo sé, pero ellos creen que en un par de años volverás.

—¿Y por qué piensan eso? Cuando me marché no dije si pensaba volver o no.

Denise la miró, sorprendida en parte porque Delilah hablara de otro tema que no fueran quejas y de lo incomprendida que se sentía.

—Supongo que piensan que esto es una etapa y que, en algún momento, querrías regresar a casa para estar cerca.

—Ya sé cómo suena esto que voy a decir, pero… quiero vivir mi vida a mi manera, no a la suya o a la que ellos consideran correcta. Me gusta viajar, y ahora me gusta esto. No puedo hablar de aquí a unos años, nunca se sabe. Si siento que tengo que volver a moverme, lo haré.

Delilah masticó, pensativa.

—En cambio, a mí me insisten en que tengo que hacer esto y lo otro.

—¿Qué quieres decir?

—Ese colegio horrible donde me obligaban a ir, por ejemplo. Y las carreras que debo estudiar, todo estudiado.

—¿Qué carreras?

—Informática o electricidad.

—¿Qué?

—Una carrera del futuro o una de provecho, dicen.

—¿Mamá y papá te obligan a estudiar esas dos cosas? ¿No te han preguntado siquiera qué te podría gustar?

—Como mis notas han bajado, no, no preguntan. Y eso no es todo. —Denise la miró de manera interrogante—. Para ambos casos, ya saben dónde voy a trabajar. El tío Connor tiene una empresa de electricistas y allí tengo sitio; para lo otro también hay un conocido.

La rubia frunció el ceño. ¿Qué historia era aquella? Sus padres jamás le habían puesto semejantes límites. Claro que ella nunca había dado problemas, ni en el colegio, con las notas o lo que fuera. Quizá fuera un castigo hacia Delilah para recuperar autoridad.

—¿Tratas de darme pena o algo así?

—¿Qué? No, solo te contaba…

—Tú te acuerdas de por qué estás aquí, ¿verdad?

Delilah la miró de mala gana.

—Déjalo. Solo intentaba hablar contigo, eso es todo.

—Si mamá y papá son duros contigo, habrá una buena razón. Y no me hagas recordarte ese video que colgaste en internet, por favor.

La muchacha apretó los labios y fijó su mirada en su plato a medio comer.

—No estoy orgullosa —murmuró, con voz apenas audible.

—No es para estarlo, desde luego. No comprendo qué le pasa a alguien por la cabeza para acosar a una compañera y destrozarle la vida… ¿No lees las estadísticas sobre la cantidad de adolescentes que piensan en suicidarse porque el acoso los martiriza?

—Yo…

Delilah abrió la boca para protestar, aunque la cerró al momento.

—Da igual —dijo al final.

—De todas maneras, con las notas que tienes, cualquiera de esas dos carreras será una buena opción. Además, si tienes trabajo podrás irte de casa y vivir tu vida, que imagino que es a lo que aspiras si tan mal estás con nuestros

padres.

—Es complicado cumplir sus expectativas cuando las tienen tan altas contigo, ¿no crees?

—¿Así que tu actitud es culpa mía?

—¡No quería decir eso! —Delilah parecía frustrada por no lograr explicarse —. Es igual, déjalo, no me apetece seguir hablando.

—Muy bien. —Denise cogió los folletos—. Intenta no tocar mis cosas, ¿vale?

Recogió su recipiente de plástico, lo tiró a la basura y se metió en su cuarto sin añadir más. Delilah permaneció cruzada de brazos y fastidiada, le daba rabia no lograr verbalizar sus sentimientos a veces, no poder explicar lo que de verdad quería. Sí, había grabado un video de una compañera y lo había subido a internet, cierto. Pero ¿por qué nadie recordaba que ella misma llevaba meses sufriendo burlas de esa misma chica? Después de leer e informarse sobre el tema, y llegar a la conclusión de que había que hacer frente a los abusones, cuando al fin lo hizo, le cayó encima el peso de la ley. ¡Era totalmente injusto!

Puede, solo puede, que la manera no fuera la correcta, ya que era un video de la chica enrollándose con un compañero en la sala de profesores, con lo cual el castigo resultó doble: uno por ser menor, y otro por hacerlo en las dependencias del colegio que, para más inri, era católico.

No había encontrado otro modo. Mary Rawlings era una alumna adinerada y con poder, las ocasiones de vengarse no se presentaban a menudo, así que cuando la vio, no dudó en grabarla y subir el video a las redes sociales. Y las consecuencias no tardaron en llegar, claro.

Apartó el recipiente de comida y se acomodó en el sofá, manipulando el mando para ver si encontraba algo que le gustara. Echaba de menos los canales de pago; por lo visto, Denise no paraba mucho por allí y no tenía tiempo de ver la televisión, solo había canales locales y poco más.

Llevaba un rato semi dormida cuando escuchó una serie de ruidos que la despejaron. Frotándose los ojos, se aproximó hasta la terraza y abrió la puerta del balcón para echar un vistazo, sintiendo la suave y cálida brisa nocturna. No podía culpar a Denise, el clima allí era perfecto, la verdad.

Se asomó un poco y descubrió que había alguien en la piscina, de modo que consultó el reloj para comprobar la hora: las once y media, muy tarde.

Se sentó en el suelo de la terraza sin hacer ruido, sin quitar la mirada. Aquel tío era mayor para ella, rondaría los treinta y cinco, pero mirar no estaba prohibido, ¿no? Vio cómo se desvestía hasta quedarse en bañador, para después meterse en el agua y nadar de un lado a otro. No podía ver bien su cara, aunque no tenía mala pinta con ese cabello castaño y una buena forma física.

—¿Qué haces?

Delilah pegó un bote al oír a su hermana detrás.

—Joder, qué susto. Nada, he escuchado ruidos en la piscina y estaba mirando a ver, ¿no se supone que el horario es hasta las diez?

—Ajá. —Denise se acercó con una botella de agua entre las manos y se asomó.

—¿No le vas a llamar la atención?

—No puedo. Es el director, puede hacer lo que le quiera.

—¿Ese es el director? —preguntó Delilah, sorprendida—. No se parece en nada al director de mi colegio. No sé, lo imaginaba más viejo y feo.

«Dímelo a mí», pensó Denise, fastidiada.

Había conseguido evitarlo durante todo el día y ahora lo tenía allí, en la piscina, con poca ropa, como si los astros se alinearan para darle material y, de ese modo, alimentar sus sueños. ¡Qué poca seriedad por su parte! No era nada profesional.

—Y tú eres su secretaria —comentó Delilah.

—De secretaria nada, guapa. Soy subdirectora.

—Trabajas para él y haces lo que te manda, ¿cuál es la diferencia?

Denise no tenía ganas de ponerse a explicarle la diferencia, resultaba más cómodo seguir observando a Archie nadar. A ver si salía del agua y así tenía una mejor vista.

Antes de darse cuenta, se había sentado al lado de su hermana, que parecía regocijada e incrédula a partes iguales.

—¿Y ese quién es? —preguntó de pronto, al ver a otro hombre aproximarse con una toalla en el hombro.

Patrick se acercó hasta el borde, sorprendido de ver a alguien en la piscina a esas horas. Iba cuatro noches por semana y nunca había coincidido con nadie más.

No tardó en darse cuenta de que era el jefazo, pero antes de que pudiera escabullirse, este lo vio y dejó de nadar para acercarse hasta el borde.

—Eh, hola —saludó—. Patrick, ¿verdad?

—Sí, sí, soy yo —carraspeó él—. Perdón, sé que no se puede usar después de las diez, pero…

—Tranquilo, por la tarde hay mucha gente y es complicado nadar. Además, sería incongruente reñirte por algo que yo mismo estoy haciendo, así que adelante.

Patrick dejó la toalla en el suelo y se encaminó hacia la escalerilla. Durante un rato, los dos nadaron en silencio y sin molestarse, hasta que Archie tuvo suficiente e hizo amago de salir.

—¿Te vas? —preguntó Patrick, al verlo.

—Sí, es suficiente por hoy. ¿Sueles venir a menudo?

—Cuatro noches por semana. Nadie se entera. —Patrick emergió del agua y cogió impulso para sentarse sobre el bordillo—. ¿Quieres que nos turnemos para no coincidir?

—No pasa nada, siempre he usado piscinas compartidas. —Archie se sentó a su lado—. Si a ti no te molesta, a mí tampoco.

Patrick se apresuró a negar con la cabeza. ¿Molestarle la presencia del jefe? ¿Cómo se le ocurría semejante idea?

—Deja que adivine cuánto llevas aquí —siguió Archie.

—Adelante.

—Lo suficiente para tener conocidos, pero no tanto como para tener amigos, ¿seis meses?

—Vaya. —Patrick lo miró con cara de sorpresa—. Siete meses.

—Por uno…

—Un talento impresionante, casi aciertas.

—Rompe el hielo —dijo Archie, y ambos sonrieron—. No, bueno, he estado en muchos hoteles y la gente tiende a comportarse de un modo similar, por eso me resulta sencillo. ¿Te gusta esto o has venido para engordar tu currículo?

—Las dos cosas. Soy cocinero, intento no limitar mi registro, ya sabes. Me gusta aprender un poco de todo y después hacer mis propias mezclas.

—Sí, yo haría lo mismo. Es bueno expandir horizontes.

—Es el tercer año que me apunto al intercambio, antes estuve en Italia y Tailandia. Todo lo que sea comida exótica me interesa.

—Y las playas y el buen tiempo ayudan.

—También. —Patrick se echó a reír.

—Los programas duran un año, ¿verdad?

—Eso creo, aunque tengo entendido que se pueden prorrogar.

—¿Te interesa?

—Te seré sincero —comentó Patrick, mirando el agua de la piscina—. Los primeros siete meses no han sido ninguna maravilla, porque Marshall era… en fin, no me gusta hablar mal de la gente, así que digamos que no he aprendido nada de él.

—No vamos a ninguna parte con viejas glorias encorsetadas en sus diez platos.

—Lo mismo creo yo. La humildad es importante en la vida, hoy estás arriba y mañana abajo, así que siempre hay que tener claro quién eres y de dónde vienes.

Archie lo miró, sorprendido ante aquella reflexión.

—Oye, si no te parece raro… —empezó.

—¿Qué?

—Estoy estudiando las excursiones que ofrecemos en el hotel porque, en fin, necesitan un cambio.

—En eso coincido, alguna vez he mirado por si me apuntaba alguna, pero… ¿plantaciones de piñas?

—Es una de las cosas que quiero cambiar —asintió Archie—. El otro día hice una con Denise que estuvo muy bien y es ideal para parejas, pero también quiero tener en la recámara alguna para grupos de amigos.

—¿Tenemos de eso en el hotel? —se burló Patrick.

—Todavía no, aunque la cosa va a cambiar. Es sencillo, quiero excursiones para cuatro grupos: parejas, familias con críos, gente mayor y grupos de amigos. Cedric tiene un par de salidas interesantes que incluyen parapente y cosas así, solo que Denise se niega a practicarlas. ¿Vendrías tú?

Patrick se quedó confuso. Esperaba que le pidiera su opinión, no directamente que fuera con él como si fueran un par de amigos. Eso de que el director se portara como uno más le sorprendía y, al mismo tiempo, le parecía un peligro: uno tendía a olvidar que estaba con el mando. Por muy majo que fuera, seguía siendo el jefe.

Aunque, en fin, podía controlarlo, igual que el trato con Brooke: ya era mayorcito y no tenía ningún amigo allí, un par de excursiones para hacer algo emocionante y con testosterona seguro que le venía de perlas. Le apetecía, de hecho, porque Archie parecía simpático.

—Claro, sí. Suena divertido —replicó—. No es peligroso, ¿no?

—Bueno, estas cosas siempre tienen un tanto por ciento de peligro, pero es tan bajo que no creo que debamos tenerlo en cuenta. ¿Te apuntas entonces?

—Cuenta conmigo. —Le chocó la mano casi sin darse cuenta de lo que hacía.

—Genial.

Brooke se movió desde su balcón, incómoda porque se le empezaban a dormir las piernas del rato que llevaba allí. Denise le había enviado un mensajito para avisarla de que Patrick estaba en la piscina y que así pudiera echarle un vistazo, aunque «ya lo tuviera visto», como se permitió añadir.

La morena se revolvió en la cama unos minutos, negándose a salir, hasta que al final se encontró caminando hacia allí. Lo vio nadar por la piscina junto a Archie, y después a ambos sentados en el borde, charlando como si nada.

¿Le estaría haciendo la pelota al jefe? Porque nunca lo había visto comportarse de manera muy amistosa con nadie; de hecho, pese a que comía con compañeros, solía leer mientras lo hacía. Y el resto del tiempo iba al

gimnasio y poco más, que no recordaba haberlo visto jamás en la playa o dando una vuelta por la isla. Estaba centrado en el trabajo y las relaciones sociales las tenía de lo más abandonadas, así que era una sorpresa ver esa sonrisa y aquella actitud distendida mientras charlaba con el nuevo director.

Menuda pareja hacían, por otro lado. Dios los criaba y Hawái los unía en una piscina, a media noche y con poca ropa. Como Denise diría, parecía un cliché sacado de una novela romántica.

Lo peor era que no podía dejar de mirar a Patrick, ni de pensar en él todo el tiempo. Y espiarlo desde su balcón no tenía pinta de ser el mejor remedio, no.

Agarró el móvil y le escribió a Denise.

«¿Te das cuenta de que este comportamiento es de adolescente hormonada?»

«Oye, lo he hecho por ti, por si querías ver a tu chico. ¿Por qué te enfadas?»

«Somos mayorcitas para andar espiando desde un balcón, Denise».

«Pues vete a la cama».

«Eso voy a hacer. ¿Vamos a la playa por la mañana?»

«Yo llevo las cervezas y tú, la comida».

Denise esperó a recibir el «ok» de su amiga y dejó el móvil con una sonrisa, suponiendo por qué Brooke se sentía molesta. Ya le había explicado el trato del «solo sexo» con Patrick y no lo veía muy claro, le recordaba a la típica película romántica donde los protagonistas hacían una estupidez tras otra en un intento de evitar la realidad: que se sentían atraídos el uno por el otro. En fin, ella no era nadie para meterse en los jueguecitos de Brooke y Patrick; eran mayores para decidir cómo llevar su relación.

—Pues yo me liaba con los dos —dijo Delilah—. A la vez, si fuera necesario.

—Vaya quince años. —Le pegó en el brazo—. Con esa edad yo ni pensaba en chicos.

—Y así estás de revenida.

—Vete a dormir. —La empujó hacia el salón—. Se acabó el espectáculo.

Delilah se levantó con un resoplido de fastidio.

—¿Tú no vienes? ¿O quieres quedarte y así tener material para alguna oscura fantasía erótica?

Por un segundo, Denise pensó que su hermana se había enterado de algo la noche anterior. Luego se dio cuenta de que se reía y que solo estaba bromeando.

—Chica, en serio, relájate —le dijo, divertida—. No pongas esa cara de susto.

—Vendrás con nosotras mañana a la playa.

—¿Qué? No, no me apetece.

—Me da igual lo que te apetezca o no. Ya es hora de que salgas de casa y

empieces a integrarte, a lo mejor si estás ocupada durante el día no te queda tiempo de hacer tantas bromitas.

—¡Solo era una broma!

—Estate preparada a las diez —dijo Denise, con tono inflexible.

Delilah se metió en el salón, murmurando algo sobre hermanas nazis que parecían empeñadas en fastidiar, pero la rubia la ignoró. En la piscina, Patrick y Archie se estaban poniendo las camisetas para abandonar el recinto, así que decidió entrar ella también.

Solo esperaba que el bañito nocturno no tuviera repercusiones en su subconsciente por segunda vez.

Capítulo 7

—*Aloha, kaikamahine.*

—*Aloha.*

Denise le pasó un botellín de agua a su hermana, que acababa de tener el breve y acostumbrado intercambio de saludos con el surfista desconocido.

—Anda, refréscate —le dijo.

El primer día, Delilah las había acompañado a regañadientes, refunfuñando todo el rato y con el morro torcido. Expresión que había cambiado en cuanto había aparecido el Momoa local, al cual sonrió con la cara de tonta obnubilada que se suele tener a los quince años cuando te encuentras con un espécimen así. Y desde ese momento, casi diez días antes, no dejó de bajar a la playa, ya fuera sola o con ellas, y estaba algo más animada y menos protestona. Que el cambio se debiera a un elemento externo, a Denise le daba lo mismo: por lo menos ya no discutían todo el tiempo, solo a ratos.

—Jolín, no me has dado tiempo —protestó Delilah.

—¿A qué?

—A decir nada más, que llevo toda la semana leyendo esos libros tuyos para aprender hawaiano y quería practicar con él.

—Tú no vas a practicar nada con él, y como te vuelva a oír algo así, no bajas más a la playa.

Brooke las miraba divertida, sin intervenir porque, cuando se ponían a discutir, no había forma de meter baza y tampoco quería pagar los platos rotos.

—¡Si no hacías más que decir que saliera del *bungalow*!

—¡Pero no para que le echaras el ojo a un tipo desconocido que encima es muy mayor para ti!

—¡No hay quien te entienda! Si no salgo, mal; si salgo, peor. ¡Decídete!

Denise se pasó la mano por la cara y echó mano de la nevera portátil para sacar un sándwich y lanzárselo.

—Anda, come y calla.

Su hermana lo cogió, le sacó la lengua y le dio la espalda. Con un suspiro, Denise cogió otros dos y le dio uno a Brooke.

—Va a volverme loca.

—Pobre, encima de que está aprendiendo idiomas.

—Sí, pero solo me faltaba que fuera de un extremo a otro y se volviera demasiado «abierta», ya sabes a lo que me refiero. —Movió la cabeza—. En fin, a ver si logramos un término medio. ¿Qué vas a hacer esta tarde? ¿Tienes meneo?

—No, no he quedado con Patrick.

—Me refería a trabajo, aunque ya veo por dónde va tu cabeza.

Brooke le dio un manotazo y negó.

—No, hoy no voy a ensayar nada nuevo en la cocina. Me voy al mercado de agricultores de Kailua. Seguro que al ver lo que tienen me inspiro, ya sabes que me gusta pasearme por los puestos de vez en cuando. ¿Y tú? ¿Día libre completo o harás algo?

—Nada, no iré hoy por el despacho.

A ver si así se desintoxicaba un poco. No había vuelto a tener ningún sueño extraño ni nada parecido, pero seguía sintiéndose rara cuando veía a Archie pasearse por delante de su ventana. Tampoco ayudaba el que las noches de piscina se repitieran, Delilah hubiera añadido palomitas a la ecuación y se quedaran como tontas las tres, cada una en su *bungalow*, mirando a los dos chicos bañarse más de una vez y de dos.

Cogió una cerveza con el ceño fruncido, dándose cuenta de que ella y Brooke parecían estar tan atontadas como Delilah o más, y eso que la adolescencia la tenían bien atrás.

Brooke terminó su sándwich, recogió sus cosas y dejó a las hermanas solas, esperando que no se tiraran la nevera a la cabeza. Últimamente parecía que se llevaban mejor, pero bastaba una chispa como la del falso Momoa para que saltara el fuego.

Fue a su *bungalow* y se metió en la ducha para quitarse la arena y el salitre antes de vestirse, se dejó el pelo suelto y pasó por recepción para que le dejaran las llaves de uno de los coches que facilitaba la empresa a los trabajadores. Si no quedaba ninguno, cogería el autobús, aunque era raro que todos coincidieran a la vez.

La mayoría de los mercados de agricultores eran por las tardes y rotaban por diferentes localizaciones en la isla, así que iba a un sitio u otro según coincidiera su día libre. El lugar donde se celebraba el mercado en Kailua tenía un amplio aparcamiento, así que no tuvo problema para dejar el coche.

El mercado era una mezcla de puestos de productos locales y de comida preparada, con música en vivo según se entraba. A Brooke le gustaba porque también había más gente autóctona que turistas, atraídos por los mercados de

Honolulu.

Pasó por un par de puestos de frutas y verduras y se detuvo en el tercero, que tenía unas papayas de muy buen tamaño. Cogió una para palparla y se la acercó a la nariz. No tenía muy claro aún qué cocinar, pero llevaba días pensando en hacer algo con frutas, así que escogió otra y se las pasó al empleado para que le cobrara. Las metió en la bolsa de tela que llevaba y, al girarse, se encontró de frente con Patrick, que venía de la otra dirección.

Los dos se quedaron parados, puesto que ninguno había esperado encontrarse con el otro allí, y al final fue Patrick el que avanzó. Brooke lo miraba con el cerebro funcionando a mil por hora. ¿Qué hacía? ¿Lo saludaba sin más? ¿Le daba la mano? ¿Un beso en la mejilla? Joder, joder, con lo fácil que era antes de… bueno, de la encimera y de todo lo demás, que se habrían saludado sin más.

—Hola —saludó él, cuando llegó a su altura. Echó un vistazo por encima de ella—. ¿Has venido sola?

—Sí, a Denise no le van mucho los mercados. —Carraspeó—. Acabo de llegar, ¿y tú?

—También. ¿Qué has comprado?

—Papayas.

Qué civilizado todo, por Dios. Le sonaba hasta artificial.

Patrick cambió el peso de pie, dudando si seguir su camino como si nada o preguntarle si quería que pasearan juntos, cosa que, acababa de descubrir, era lo que le apetecía hacer.

—Quería mirar aguacates —le dijo, y ella rio. Al darse cuenta de por qué, movió la cabeza con una sonrisa—. Ya, a lo mejor hay que cambiar de palabra clave.

—Los de este puesto tienen buena pinta —le indicó, pensando que era mejor cambiar de tema.

El chico se acercó para mirar los expuestos y Brooke se colocó a su lado señalando un par para que los cogiera. Patrick comprobó el color, la textura y los palpó antes de escoger unos pocos y comprarlos. Sin decir nada, avanzaron juntos hasta el segundo, que tenía sobre todo piñas.

—Me llevaré una también —comentó Brooke, pasando la mirada por ellas.

—¿Vas a hacer algo con frutas?

—¿Y tú? —Le sonrió—. ¿Intentas sonsacar mis planes para adelantarte?

—No, era solo… —Ladeó la cabeza—. Bueno, sí, curiosidad.

—¿Qué vas a hacer tú con los aguacates?

—No lo tengo claro tampoco.

Brooke cogió una piña y un mango, y siguieron caminando. El siguiente puesto era de sushi con venta de arroz especial y alga wakame, y Patrick cogió de ambas cosas.

—Con eso me das pistas —bromeó ella.

—No creas, ya sabes que el sushi no es uno de mis platos estrella.

Y era verdad, no le gustaba mucho porque le costaba horrores conseguir el buen punto del arroz y por eso no solía incluirlo en sus menús, pero necesitaba innovar y, para lograr eso, practicar. Brooke no negó aquello, aunque le sorprendió que comentara unos de sus puntos débiles con ella como si nada.

—Ya, es lo que me pasa a mí con las crepes. Aburrida me tienen.

Le salían muy dulces o demasiado poco, o se pasaba echando la cantidad y parecían tortitas en lugar de crepes. Eran su kriptonita.

—Mira, ahí hay un puesto —señaló él—. ¿Cogemos para que te inspires?

Y entonces, de forma instintiva, le cogió la mano para tirar de ella hacia allí. Durante un segundo de sorpresa, Brooke no supo cómo reaccionar y acabó cerrando los dedos para avanzar con él y llegar hasta el puesto. Pidieron un par de crepes de chocolate y frutas y se sentaron en una mesa de madera con bancos, uno al lado del otro en lugar de enfrentados.

Antes de probarla, Brooke la olió, la abrió para examinar la textura, el color y el grosor.

—¿No te parece que la pastelería es más bien un experimento químico que cocinar? —suspiró—. En un *poke*, puedes echar más arroz, más cilantro, cambiar la proteína o lo que sea, pero a un bizcocho le añades demasiada harina y te sale un ladrillo.

—Sí, quizá también por eso tiene su punto, ¿no? Cuando consigues la perfección, hay que cambiar poco a poco para lograr algo diferente.

—No sé, supongo que también tiene que ver que no me he centrado en ello en ninguno de mis anteriores trabajos.

—Yo pedí ir a Japón para perfeccionar, pero me mandaron aquí, que era mi segunda opción.

—Entonces, ¿irás a Japón después?

—Depende.

—¿De qué?

—Si consigo el puesto, prefiero quedarme e ir allí solo a hacer algún curso.

Brooke se metió un trozo de crepe con chocolate y trozos de fresa en la boca, suspirando de lo deliciosa que estaba.

—Bueno, puedes estar tranquilo —le dijo—. Porque voy a ganarte.

Él rio y, sin decir nada, le pasó el dedo por la comisura del labio para

llevárselo a la boca.

—Tenías chocolate —le dijo, con un guiño.

Brooke apartó la vista al momento, porque veía que se empezaba a distraer y aquello no podía ser. Mejor hablar del trabajo, mantener las distancias…

—¿Qué opinas el nuevo director? —preguntó Patrick.

—Eso dímelo tú, que parece que os habéis hecho amigos.

Se calló al momento y se metió otro trozo en la boca, porque vio cómo él la miraba, extrañado.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó.

Porras, a ver cómo salía de aquello… Carraspeó, se comió una fresa, y como él aún esperaba, suspiró.

—Nada, bueno, os he visto algún día en la piscina. —Carraspeó—. De casualidad, ejem, ya sabes.

—Ya. —Ladeó la cabeza, sopesando aquello—. Bueno, amigos tampoco. Parece un tío decente, al menos más normal que Atkinson es. Y me ha pedido que vaya con él a hacer parapente porque Denise no quiere y Cedric está ocupado con los clientes.

—Parapente. —Lo miró, sorprendida—. ¿Te gustas esas cosas?

—Parapente no he hecho, así que no te sé decir, pero tiene que ser una pasada hacerlo aquí, con estos paisajes. He visto las tirolinas que hay en costa norte y son flipantes. Le diré para ir, porque también te digo que no se disfruta igual solo que acompañado. ¿Has estado?

—No, yo soy más de playas.

Eso de recorrer la isla solo… pensaba que su rutina de gimnasio, piscina y trabajo se limitaba a eso y ya, nunca se había preguntado qué más hacía y ahora descubría que tenía un lado aventurero. Pero lo que más le llamaba la atención era que no hubiera intentado hacer amistad con nadie en el hotel como para no tener que ir solo.

—Tengo pendiente bucear también —comentó él—. Algún día de estos que tenga libre.

La miró, pensando en sugerirle ir juntos, pero se lo impidió el recordar el acuerdo al que habían llegado. Si le decía que quedaran para nadar, ir a las tirolinas o lo que fuera que recordara a una cita, sería pasar la línea que se habían impuesto. Aquello, se dio cuenta, le fastidiaba.

—Yo he ido a muchos sitios con Denise —dijo Brooke—. Coincidimos un día en la playa y ahora es nuestra favorita. —Titubeó—. ¿No echas de menos tener algo así?

—¿El qué?

—No sé, como en tu casa. Supongo que ahí tendrás tu grupo de amigos, tu círculo.

—Sí, y los echo de menos de vez en cuando. Pero en los hoteles… No sé, me he centrado siempre en trabajar y aprender, y pasar al siguiente. En uno de los primeros trabajos que tuve, un compañero me dijo que lo que se tenían en el programa eran «pequeamistades», que conoces gente a la que después no volverás a ver en la vida y, muchas veces, no merece la pena ni perder el tiempo en eso. Supongo que algo se me quedó, ya te digo que no me relaciono mucho… Bueno, ya lo has visto tú misma. Creo que esta es la conversación más larga que hemos tenido tú y yo que no tuviera que ver con el menú o con las compras de comida. —Se acercó y se quedó a un centímetro de su boca para susurrar—: o con dónde quedar.

Brooke se humedeció los labios y él retrocedió, dejándola con las ganas. Vale que el día anterior habían tenido un encuentro de lo más placentero en su sofá, y el anterior a ese, en el de él, pero parecía que su cuerpo notaba la falta de sexo aquel día o algo similar. Habían ido turnándose en los *bungalows*, sin llegar a meterse en ninguno de los dormitorios. No era algo de lo que hubieran hablado directamente, aunque suponía que él pensaba lo mismo: eran zonas privadas que mejor no tocar.

—No sé si lo de Archie será ese caso o, si me quedo yo con el puesto, irá a más, pero me cae bien —continuó él.

Brooke se mordió el labio, porque no quería pensar en la competición, no en aquel momento cuando estaban tan bien comiendo una crepe en el mercado, como si fueran… Apartó el plato ya vacío y lo miró, apoyando una mano en la pierna para llamar su atención.

—¿Qué te parece si no hablamos de la competición? —le dijo.

Él, que miraba su mano sorprendido, dejó su plato también y cambió de postura para coger sus manos.

—Vale, ¿qué hacemos ahora?

—¿Un par de zumos y miramos hortalizas?

Si Denise hubiera escuchado aquello, seguro que pondría los ojos en blanco y diría: «¡Hortalizas! ¿Otra palabra de cocineros como los aguacates?». Y en ese caso no andaba tan descaminada, porque para Brooke era importante no solo cómo Patrick cocinaba, sino cómo escogía esa comida. Se sabía mucho de una persona por la forma en que examinaba los productos, las preguntas que hacía o si le preocupaba el origen, cosa que, para su desgracia, Patrick fue aprobando según miraban los puestos. Casi hubiera preferido que metiera la pata con alguna cosa, que escogiera los puerros más baratos o algo así, pero no. Encima resultó que estaban de acuerdo en cómo buscar los productos, solo tenían ideas

diferentes sobre la manera de cocinarlos y en eso no entraron demasiado, porque sería volver al tema de la competición. Recorrieron todos los puestos hasta que se acercó la hora de cerrar.

—¿Vas a coger cena? —preguntó Patrick, mirando la hora—. Yo no voy a cocinar nada de esto hoy, iré un rato antes mañana, y la del bufé no es mi favorita.

—No, la mía tampoco. Pensaba coger algo y tomármelo en la playa, llevo una toalla en el coche. —Titubeó—. ¿Quieres acompañarme?

Patrick sonrió y afirmó.

—Iba a invitarte a cenar, pero tu idea me parece mejor.

Sus ojos brillaban y se acercó para darle un beso que la dejó descolocada. Era la primera vez que hacía algo así en público; vale, no les conocía nadie, pero aun así…

—¿Hamburguesas? —sugirió él, señalando un puesto—. ¿Has probado las de Hon? Tiene una salsa que no consigo adivinar qué lleva.

Ella sonrió.

—Reto aceptado.

Lo siguió hasta allí, cogieron comida y bebida para llevar y después se fueron hasta el aparcamiento, donde quedaron en que Patrick la seguiría. Él también había ido en uno de los coches del hotel, y durante todo el trayecto se preguntó qué estaba haciendo. O estaban, porque aquello le sonaba a algo que no deberían hacer. Si no estuviera el sexo por el medio, bien podría pasar como una tarde entre compañeros y punto, pero lo estaba. Y mucho, porque si ella no hubiera comentado lo de la cena en la playa, él le habría propuesto ir a alguno de los *bungalows*. Aún lo tenía en mente, porque no quería acabar el día aún; encontrarse con ella había sido una sorpresa de lo más agradable y había pasado toda la tarde con el deseo de alargar aquello. Después de sus encontronazos en la cocina las primeras semanas después de que ella llegara, ninguno había intentado congeniar ni hacer ningún acercamiento… hasta la Nochevieja. Y le había gustado descubrir que podían hablar y pasear sin tensiones, ni discusiones, sino todo lo contrario.

Solo que eso mismo también era malo, porque significaba que Brooke le gustaba más de lo que pensaba.

Frunció el ceño mientras seguía el desvío que ella había tomado. No quería pensar en eso, ni en el puesto, ni en nada más que el futuro inmediato, porque, de lo contrario, todo se complicaría y ninguno de los dos quería eso, ¿verdad?

Brooke aparcó y, mientras esperaba a que Patrick hiciera lo propio, abrió el maletero para sacar la toalla. No había parado de pensar durante el trayecto si había hecho bien en sugerir aquello: era salirse de las normas impuestas, y que

él le hubiera contestado con que pensaba invitarla a cenar… Tendría que haber pensado antes de hacer nada, o llamado a Denise para que le quitara la idea de la cabeza.

Con rapidez, sacó el móvil y la buscó, atenta al coche de Patrick.

—Hola, ¿qué tal las hortalizas? —contestó su amiga.

—Escucha, me he encontrado con Patrick.

—Mira, como me digas que os lo habéis montado detrás de un puesto y tengo que ir a sacarte de la cárcel por escándalo público…

—¿Qué? No, mujer, qué cosas se te ocurren.

—Yo qué sé, como os van los sitios raros…

—Estamos en la playa.

—No, si ya decía yo.

—¡La playa no es un sitio raro!

—No sé, con la arena que se mete por todas partes y tal…

—Además, hemos venido a cenar. —Se hizo el silencio—. ¿Denise?

—A cenar.

—Que sí.

—¿Y lo de solo sexo?

—Bueno, pues hoy va a incluir cena. Es malo, ¿verdad?

—No sé, eso es cosa vuestra. Cenar es algo normal, la gente necesita alimentarse.

—Así no me ayudas.

—Si ya estás ahí con él, no puedo decirte que no vayas. Es como cuando te lo tiraste en la cocina, ¡ya lo habías hecho cuando me lo contaste! Así que chica, pues disfruta y relájate, ¿no?

—Te dejo, que viene.

Escuchó que decía algo más, a pesar de ello, colgó. Patrick se acercaba con la bolsa de comida y la vio guardar el móvil.

—¿Alguna emergencia?

—No, nada, todo bien. Es por ahí.

Le señaló el camino para bajar hasta la playa. No había mucha gente. Brooke estiró la toalla sobre la arena de forma horizontal, para que pudieran sentarse ambos mirando hacia el mar.

Entre los dos colocaron la cena y empezaron a comer, sin dejar de mirar cómo el sol descendía poco a poco hasta encontrarse con el mar. La luna le sustituyó, aunque estaba creciente y no iluminaba mucho, por lo que pronto estaban en penumbras y vieron que la gente que quedaba dejaba la playa poco a poco, alumbrándose con sus móviles. Empezaron a recoger los restos de comida, metiéndolo todo en una bolsa para tirar al marcharse, y cuando la

última luz de móvil desapareció, se miraron en la penumbra.

Brooke pensó en decir que debían irse, pero, en lugar de eso, se acercó a él.

—Parece que estamos solos —murmuró.

Patrick la cogió por la nuca, en un gesto al que ella ya se había acostumbrado y que le encantaba. Sus dedos acariciaban la zona justo bajo su cabeza, antes de presionar para acercarla a él y poder besarla. Le asustaba pensar que empezaba a habituarse a él, a cómo la tocaba, y que no parecía cansarse de aquellos encuentros, sino al contrario.

—¿Aquí sueles venir a bañarte? —le preguntó él.

—A veces, normalmente vamos a Lanikai. —Sonrió—. Aunque nunca me he metido en el mar de noche.

Él, acariciando aún su nuca, sonrió divertido.

—¿Es una proposición?

Brooke no lo había pensado, y al escucharlo le vino a la cabeza lo que Denise había dicho sobre escándalo público. En fin, estaban solos, ¿no? Sin dar más vueltas para no arrepentirse, se puso de pie y se quitó la camiseta, lanzándosela a Patrick.

—Puede —le contestó.

Él se quedó quieto mientras observaba, entre sorprendido y excitado, cómo le iban cayendo prendas encima. Apretó el sujetador entre las manos y entrecerró los ojos para verla alejarse a saltitos hacia el agua. Sin perder tiempo, se desnudó también y corrió para alcanzarla en la orilla, cazándola al vuelo en uno de aquellos saltos. Ella ahogó un grito riendo y ambos cayeron al agua. No cubría mucho y acabaron rodando para quedar en el borde enredados en un abrazo mientras una ola suave los salpicaba. Brooke lo cogió por las nalgas, acercándole para que la penetrara, y gimió a la vez que el agua los cubría de nuevo, aunque sin refrescarles en realidad.

Se besaron, sin notar ni el agua, ni la arena, ni nada a su alrededor, solo sus cuerpos moviéndose como uno solo y, al terminar, se echaron a reír cuando el agua los cubrió por completo.

—No sé yo si esto es muy seguro —dijo Patrick, retrocediendo un poco sobre la arena y sin dejar de abrazarla.

—Al menos no…

Y, entonces, una luz les dio en la cara.

—A ver, amantes de *De aquí a la eternidad* —dijo una voz de hombre—. Poneos algo encima y despejad la zona antes de que os pongamos una multa.

Brooke ahogo un gritó, aunque al menos seguía bajo Patrick y no se le veía nada. Al levantar la vista, vieron a una pareja de policías con cara divertida.

—De verdad, turistas —comentó el otro.

Evitaban mirarlos directamente, y el primero hizo un gesto con la linterna hacia la arena.

—Vuestra toalla está por ahí, venga, que no os miramos.

Se dieron la vuelta con una risita y Patrick le dio la mano a Brooke para ayudarla a levantarse. Mejor que pensaran que eran turistas, sí, y que nadie se enterara de aquello jamás. Que él no había tenido ni una multa de tráfico en su vida. Corrieron hasta la toalla, se secaron como pudieron y tal cual se pusieron la ropa; Brooke estaba segura de que llevaba las bragas y la camiseta del revés, pero no era cuestión de perder tiempo, así que en cuento estuvieron ambos tapados, se fueron rápido al camino. En el aparcamiento solo quedaban sus coches y el de la patrulla de la Policía.

—Menudo momento —dijo Brooke, sacudiendo la cabeza.

—Sí, ha sido intenso. —La miró, dándose cuenta del doble sentido, y no pudo resistirse a acercarse para darle un beso—. ¿Nos vemos mañana, antes del servicio?

—Sí.

Lo miró mientras se subía a su coche y se alejaba, como si estuviera hipnotizada. Sacudió la cabeza y se metió en el suyo, diciéndose que aquello no podía ser, tenía que centrarse en lo de «solo sexo», en los nuevos platos y en conseguir el puesto. Se estaba ablandando y al final perdería de vista el objetivo principal.

Tras cenar en el comedor de empleados, Denise cogía comida para llevarle a Delilah cuando vio que Archie se acercaba a ella.

—Hola —saludó él—. ¿Qué tal tu día libre?

—Bien.

—Quería enseñarte una cosa, ¿tienes un segundo?

Había sacado su móvil, y Denise terminó de llenar el táper antes de contestar.

—Dime.

Archie manipuló la pantalla y se la enseñó. Era una crítica en una conocida web de opiniones de hoteles, pero lo que le llamó la atención fue la foto que lo acompañaba: un montón de flamencos.

—¿Eso es el cementerio de flamencos? —preguntó sorprendida.

—Bueno, aquí lo definen como «jardín y laberinto espectacular que otorga gran originalidad al hotel».

Denise volvió a mirar la foto, y después a él.

—¿Es una broma?

—Que no, lo he visto antes. Cuando ordené que quitaran los flamencos y los guardaran, no sabía qué estaban haciendo con ellos exactamente. Pensaba que estaban en algún almacén, en espera de que consiga averiguar si se pueden reciclar o no.

—Pues los han estado dejando en el jardín de atrás.

—Ya lo veo, ya. ¿Y son tantos como parece?

—O más. —Rio—. ¿Qué pensabas, que eran tres o cuatro?

—Algo así. ¿Dónde es, exactamente? Quiero ir a echar un vistazo, no vaya a ser peligroso para los clientes y nos metamos en algún lío.

—Te acompaño si quieres, le llevo esto a Delilah y no tardo nada.

—¿Tu hermana no sale nunca del *bungalow*?

—Poco, estamos en ello. Tiene una adolescencia complicada.

Archie no insistió en el tema y la acompañó hasta la zona de trabajadores. Denise le llevó la comida a Delilah, que refunfuñó para no variar la costumbre.

—Vengo enseguida —informó.

—¿Encima te marchas? ¿No es tu día libre?

—Un tema urgente, no tardo. Y si no te gusta la comida…

—Lo sé, lo sé. —Hizo un gesto con la mano como si hablara a través de ella —. «Mueve tu culo y vete al comedor».

Denise miró al techo y regresó junto a Archie.

—Está cerca —comentó.

La verdad, ella tampoco había prestado mucha atención al tema. Sabía que Mantenimiento se estaba encargando de quitarlos todos y, aunque suponía que había muchos, tampoco había esperado tantos como parecía en la foto.

Sin embargo, aún eran muchos más, como pudieron comprobar en unos minutos. Al llegar al jardín, los dos se quedaron parados, mirando el lugar con asombro. Había flamencos, sí, y a montones: rosas, fucsias, pequeños que no levantaban un palmo y enormes que llegaban a los dos metros, altos como ellos y de patas finas y otros que parecían vallas sólidas; de madera, de plástico, de metal… estaban por todas partes y ocupaban toda la hierba visible. Algunos se sostenían solos, y otros tenían estacas detrás o vallas de madera sujetándolos y formando caminos. Y no solo eso: alguien había colocado luces solares aquí y allá, iluminando levemente la zona y, sí, dotándola de cierto encanto.

—Esto parece una manifestación de flamencos —bromeó Archie, acercándose a los dos primeros, que estaban colocados con sus cabezas formando un arco en forma de corazón—. ¿Quién se encarga? ¿Kimo? ¿Koa?

—Sí —contestó ella, sin especificar—. Pero no pensaba que estaba haciendo nada más que recogerlos, no colocarlos… así.

—¿Entramos?

Denise todavía dudaba de si todo aquello le daba mal rollo o le gustaba, porque tanto bicho junto, en fin.

—Vale, vamos a ver qué es esto.

Hasta allí no llegaban las luces del hotel, así que las que había colocadas sin ningún orden aparente eran de mucha ayuda. Pasaron por debajo de los dos flamencos que formaban la entrada y vieron que el camino se dividía en dos, con dos aves señalando cada una a un lado.

—¿Nos dividimos? Tiene pinta de ser divertido —sugirió Archie.

—¿Tú crees?

—Esto tendrá un final, el que llegue antes, gana.

Le guiñó un ojo y se metió por el camino de la derecha, así que Denise se dirigió al de la izquierda. Más valía que aquello tuviera salida, porque como acabara dando vueltas a lo tonto…

Entonces, al girar, se encontró de frente con Archie. Unos cuantos flamencos pequeños marcaban el camino, y él sonrió.

—Hola, adversaria.

Algo en su tono o en su forma de mirarla le trajo de pronto el recuerdo del sueño erótico que había tenido con él, y tragó saliva. Joder, ¿por qué tenía aquellos ojos tan… tan?

Con una sonrisa, Archie desapareció detrás de otro flamenco y Denise corrió para pasar unos cuantos que eran más altos que ella, tanto para evitar pensar en el puñetero sueño como para intentar ganarle; ella era competitiva, qué se le iba a hacer, ya fuera en el trabajo o en un absurdo laberinto *flamenquil*.

Al girar de nuevo, se encontró con uno enorme y, de pronto, le tocaron el hombro.

—Creo que voy ganando —bromeó Archie.

Denise se giró justo para ver su cabeza desapareciendo sobre unas estacas de madera, por encima de las cuales supuso que había pasado el brazo para poder tocarla.

Maldito fuera…

Corrió, giró de nuevo, retrocedió al encontrar una zona sin salida y se metió por otro camino, justo a tiempo de ver la espalda de Archie al otro lado de unos pequeños que apenas le llegaban a la rodilla. Corrió para darle un toque en el brazo, sacarle la lengua cuando la miró y volver a su recorrido riendo. Lo que había comenzado como una tontería, al final estaba resultado divertido y todo.

—Voy a por ti, que lo sepas —escuchó que le decía Archie.

Y excitante, como le recordó su cuerpo al estremecerse de pronto con el sonido de su voz. Si él supiera lo que le pasaba por la cabeza… No, no quería

ni imaginárselo, que su mente calenturienta enviaba de nuevo aquellos *flashes* del sueño que solo conseguían que notara calor por todas partes.

—¡Eso lo veremos! —le contestó—. ¡Primero tienes que encontrarme!

Le salió un tono más juguetón de lo que había planeado. Sacudió la cabeza, seguro que era todo cosa suya y de su imaginación y no había sonado raro.

Ya no sabía si iba a la derecha, izquierda o si avanzaba. Al pasar por un grupo de flamencos que le sonaba haber visto antes, se encontraron ambos de frente y sus miradas se cruzaron. Denise pensó que sus ojos se habían oscurecido, notó un escalofrío de anticipación y apartó la vista con rapidez para correr hacia un lado, parpadeando para intentar quitarse esa intensa mirada de la cabeza.

Y entonces, de pronto, el sendero por el que andaba se amplió y vio un par de flamencos de madera enormes, que supuso marcaban el centro del laberinto. Aceleró para llegar hasta allí, solo para verse detenida por un par de brazos que la cogieron por detrás.

—¡Te pillé!

Ella ahogó una exclamación, tanto por la sorpresa como por la sensación de notar su voz ronca tan cerca de su oído. Algo cambió de pronto, el ambiente divertido se volvió tenso, mientras la respiración suave de Archie le hacía cosquillas en la oreja. Instintivamente, había cogido los brazos que rodeaban su cintura con las manos, pero no para apartarlos. Tenía las manos sobre sus antebrazos, y más bien parecía que lo sujetaba para que no la soltara.

Despacio, Archie la giró para que lo mirara, sin soltarla. Estaban tan pegados que ella se preguntó si podría notar lo rápido que le iba el corazón, que parecía que se le iba a salir del pecho. Incluso notaba cómo la sangre bombeaba por todo su cuerpo, como preparándose para lo que venía.

Pero no podía ser, tenía que estar imaginándolo o soñando de nuevo. Él era su jefe, apenas lo conocía, y…

—Esto no es buena idea —susurró Archie, mirando sus labios.

Ella negó con la cabeza.

—A veces las malas ideas son las mejores —contestó, sin saber de dónde le había salido eso.

Archie curvó sus labios en una sonrisa apenas visible en la semioscuridad, allí solo había una de aquellas pequeñas luces entre los enormes flamencos, y bajó la cabeza tan despacio que Denise acabó cogiéndole por el cuello para que la besara. Seguro que lo hacía para darle tiempo a separarse y salir de allí antes de hacer ninguna tontería, pero eso era lo último que ella tenía en la cabeza. El roce de sus labios, calientes al tacto, fue aún más eléctrico de lo que había

imaginado. Ni siquiera en su sueño los recordaba tan suaves y tan ardientes al mismo tiempo. Abrió los suyos en una invitación muda que él aceptó introduciendo su lengua para tocar la suya. Encima besaba mejor que bien, el muy…

Su mente dejó de pensar en el sueño, en el lugar donde estaban y en todo, en realidad, mientras sus manos se metían por debajo de la camiseta para palpar su pecho. Archie la empujó un poco sin dejar de besarla, hasta que Denise notó que su espalda tocaba la madera de uno de aquellos flamencos gigantes. Deseó que estuvieran bien sujetos mientras dejaba todo su peso sobre él, ya que Archie estaba levantando su camiseta para meter la mano por dentro del sujetador. Liberó uno de sus pechos para llevárselo a la boca y ella enredó los dedos en su pelo, suspirando al notar esa lengua caliente jugar con su pezón hasta conseguir ponerlo duro. Después, pasó al otro, sin darle tregua, ya que utilizó la otra mano para soltar el botón del pantalón y meterla dentro. Denise estaba tan excitada que solo necesitó un par de caricias para sentir que llegaba al límite, y decidió hacer algo al respecto. Tiró de su pelo para subiera la cabeza y la besara, mientras movía las caderas para que sus pantalones y bragas cayeran al suelo. Por suerte, eran *shorts* flojos y no se le quedaron enredados en las zapatillas.

Una vez liberada, cogió la cintura de los vaqueros de Archie para tirar hacia ella, casi arrancando el botón, y sonrió al bajar la cremallera y escuchar cómo él aspiraba de pronto ante su roce. No era la única que estaba como una moto, no. Ni solo Brooke iba a aprovechar los *packs* de Navidad, que justo había hecho limpieza de su antiguo cubículo esa tarde —eso no contaba como trabajo, en su mente inquieta—, e iba bien surtida.

No tenía mucho donde agarrarse, mientras Archie la cogía por la cintura para levantarla. Le rodeó con sus piernas, se sujetó con una mano a su hombro y con la otra buscó un punto de apoyo en la madera, encontrando lo que supuso sería el pico del flamenco.

Ahogó un grito cuando Archie la bajó y entró en ella. Apretó los dedos para no caer y, aunque él la sujetaba con fuerza, sentía sus extremidades como si fueran de gelatina. Se mordió el labio gimiendo y, cuando él la besó para intentar que no hiciera ruido, hizo lo mismo con él, cogiendo su labio con los dientes y logrando así que fuera él quien emitiera sonidos más altos de lo deseable.

El flamenco se tambaleó mientras Archie la empujaba contra él, una y otra vez, cada vez más rápido y fuerte hasta que le clavó los dedos en la piel y Denise le mordió en el hombro para no gritar.

Dios, aquello había sido mejor que el sueño, con diferencia.

Y ese mismo pensamiento le hizo darse cuenta de la realidad: acababa de acostarse con su jefe, en medio de un cementerio-laberinto de flamencos, uno de los cuales se tambaleaba a su espalda.

Archie debió de notar el movimiento, porque la apartó del apoyo y la deslizó hasta que sus pies tocaron suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, yo…

El flamenco de madera cayó de pronto, sobresaltando a ambos, que se miraron después con cierta culpabilidad en el rostro.

—Kimo o Koa se preguntará qué ha pasado —comentó Archie.

—Ya, mejor que no lo sepa. Bueno, ni él ni nadie, claro.

Carraspeó y se separó para buscar su ropa, evitando mirarlo. Madre mía, madre mía, ¿qué acababa de pasar? Bueno, el «qué» estaba claro, el «por qué» era lo más preocupante.

Se vistió a toda prisa mientras él se acomodaba la ropa y, entonces, se dio cuenta de que no podía salir corriendo de allí y esfumarse, porque el sitio seguía siendo un condenado laberinto.

—Habrá que buscar la salida —carraspeó Archie.

—Podemos saltar las vallas bajas, no creo que a nadie le importe si hacemos trampas.

Y así saldrían antes de allí. Comenzó a andar con él a su lado, que permaneció en silencio mientras atravesaban postes pequeños o flamencos enanos.

Por fin, llegaron al final y se miraron. Denise se pasó la mano por el pelo, como alisándolo, y Archie le sonrió, con una mirada traviesa.

—Tranquila —le dijo—. No te has despeinado, algo que, por otra parte, me parece increíble.

Denise se quedó quieta, dejó de atusarse el pelo y enrojeció hasta la raíz del mismo.

—Buenas noches —le contestó, antes de echar a correr.

Huir no era una buena opción, aunque era la única que se le ocurría. Entró en el *bungalow* como una tromba y Delilah, que estaba con el mando de la televisión en la mano como siempre, la miró sorprendida.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. ¡Apaga eso y duérmete, es tarde!

La forma en que lo dijo debió confirmar a su hermana que estaba bien, acostumbrada a su tono de bronca, porque Delilah no insistió.

Ya en dormitorio, Denise cerró la puerta y se dejó caer bocabajo en la cama, ocultando la cabeza en la almohada. Joder, y ella diciéndole a Brooke que era

una cierva.

¡Ja!

Capítulo 8

La reunión extra convocada por Archie la tarde del viernes tenía pinta de ser importante, aunque no tan formal como el día de su presentación oficial. Denise retrasó su aparición todo lo posible para evitar tener cualquier tipo de charla con él y se presentó exactamente un minuto antes de empezar. Era una faena tratar de evitar a tu jefe cuando en teoría debías trabajar a su lado una gran parte del tiempo… Por otro lado, sabía que estaba siendo inmadura y poco coherente. Vale, había sido un error, pero lo había cometido con ganas, que aún se recordaba a sí misma diciendo algo sobre que las malas ideas eran las mejores.

O cualquier otra gilipollez, no podía responsabilizarlo a él cuando se había quitado la ropa interior más deprisa de lo que Delilah tardaba en apropiarse del mando de la televisión.

La cosa era que no quería tener un lío con su jefe, por muy guapo, simpático y sexi que fuera. Esas cosas nunca, jamás, salían bien. Además, si alguien se enteraba sería un desastre, y el equipo pensaría lo típico en situaciones como esas: que le estaba dando un trato de favor, que podían pedirle lo que fuera porque tenía poder para conseguirlo… y demás.

Y con lo que ella trabajaba, se negaba a que un lío con el jefe definiera su vida y su carrera. No, puede que el error estuviera cometido, pero no iba a propiciar que pasara por segunda vez.

El salón de actos aparecía bastante lleno con casi todo el personal, a excepción de las chicas de recepción, a las que ya informaría después. Archie se encontraba junto a la tarima, aunque no sobre ella, y charlaba de algo con Patrick y Kimo.

Denise se deslizó con discreción hasta donde Brooke aguardaba.

—Eh, hola —saludó esta al verla—. Llegas un poco justa para ser la mano derecha del jefe. ¿No deberías estar a su lado o algo así?

—Qué va, no me necesita. Además, tampoco sé mucho sobre de qué va esto, algo referente a una boda, poco más.

Brooke frunció el ceño. Notaba algo raro en el comportamiento de Denise, que solía ser muy profesional y, por lo general, siempre acompañaba a

Atkinson en sus reuniones, aunque fuera como simple apoyo. Claro que este a menudo necesitaba que le recordaran el tema de la charla, y con Archie no parecía ser el caso, así que quizá la actitud de Denise era la más lógica.

—Bueno, vamos a empezar. —Archie cortó las minicharlas que se habían organizado entre el personal—. No tardaré mucho.

Recorrió el salón con la mirada y Denise imaginó que la buscaba a ella, porque no se había enterado de su presencia. Claro, con tanta discreción llevaba un par de días que parecía un fantasma. La encontró segundos después y alzó la ceja, como si le sorprendiera que no estuviera a su lado. No obstante, no hizo ningún comentario al respecto y miró al personal.

—Vale, os cuento —empezó—. Resulta que nos quieren traspasar una boda desde el Paradise de Honolulu.

Hubo una exclamación general de asombro porque, por increíble que pareciera, nunca se había celebrado allí ninguna boda. Y, como acontecimiento, desde luego una celebración de ese tipo ayudaba mucho a modernizar la imagen del hotel.

—Podéis sonreír, es una buena noticia —añadió Archie, y todos comenzaron a aplaudir—. Mucho mejor, ahora viene la parte mala.

El personal dejó de hacer ruido.

—Tendríamos una semana para prepararla. —Gemido general—. Ya lo sé, lo sé, viene de sorpresa y lo siento. Dad las gracias a K… nuestro estupendo encargado de mantenimiento.

Todas las caras se giraron hacia Koa —o Kimo—, sorprendidos.

—Sí, gracias a él, que tuvo la idea de crear el laberinto de flamencos. Los novios lo han visto en internet y quieren casarse ahí.

Denise arqueó una ceja. ¿Casarse allí? ¡Por Dios!

—¿Y esa cara? —siseó Brooke.

—¿Has estado?

—No, pero veo que tú sí.

—Sí, el otro día fuimos a verlo. —Denise decidió ofrecer la versión corta y obviar el resto—. ¡Es un laberinto de verdad!

—Tiene luces, ¿no? Seguro que es bonito.

—A ver, bonito es, no te digo que no, sobre todo de noche. Eso no quita que siga siendo un laberinto, no imagino a los invitados buscando la salida para ir al banquete.

Brooke soltó una risita y se apresuró a convertirla en carraspeo.

—Mira, mejor, así vamos sobrados de tiempo en la cocina. Suena muy divertido.

Denise soltó un resoplido. Por amor de Dios, una pareja iba a casarse justo

en el mismo sitio donde ella había tenido un lío, ¿no era rarísimo?

Dos camareros que estaban junto a las dos chistaron para que dejaran de hablar, de modo que ambas se callaron al momento.

—Las fotos del laberinto de flamencos están dando vueltas por internet —decía Archie—. Ya sabéis que una boda no se organiza con tan poco tiempo, pero los novios ya tenían la fecha, los billetes y todo reservado en el Paradise de Honolulu, así que me llamaron para ver si podíamos hacerlo aquí.

Archie se acercó a los que estaban en primera fila y los miró, más como si fuera un compañero que el jefe. Denise estaba fascinada por lo inteligente que era y la forma de comportarse con el equipo, tan cercano que parecía uno de ellos. Ya suponía que era una estrategia, y obvio que funcionaba.

—A ver, todavía no les he dado el ok, antes quería hablarlo con todos para conocer vuestra opinión. Sé que es mucho trabajo y que vamos a estar muy liados la próxima semana —resumió él—. Hay que acondicionar todo el hotel, las habitaciones de invitados, la *suite* nupcial, preparar los menús y toda la parafernalia de una boda…

Los suspiros de la gente le dieron la razón. Instintivamente, Brooke buscó a Patrick con la mirada. Una boda significa muchísimo trabajo y seguro que ellos dos iban a tener que pensar el menú… Por otro lado, era una magnífica oportunidad para destacar sobre él.

—No hace que os diga lo que ese evento significaría para el hotel, ¿verdad? —siguió Archie, en el mismo tono—. Sería como pasar una prueba de fuego. Una boda bien organizada significa muchas fotos y comentarios positivos, todo eso se traduce en nuevos clientes. A más clientes, más beneficio para el hotel y para todos nosotros.

El equipo comenzó a hablar en voz baja, como si no creyeran sus palabras.

—Estaríamos en el camino correcto para relanzar el Lanikai y que sea un éxito. Si lo hacemos, os prometo que estaré trabajando con vosotros mano a mano, y también contrataré personal extra para ese día. ¿Qué me decís? ¿Aceptamos?

El personal no tenía mucho que decir, ya que Archie había resuelto las dos dudas fundamentales que todos tenían, que eran cómo gestionar ese trabajo de más. El hecho de que él se implicara personalmente era un añadido, por no hablar de ese extra que había insinuado de forma sutil. Además, era innegable que una boda les traería prestigio y clientes y, al final, todos allí deseaban que el hotel funcionara porque vivían de ello.

—¡A por ello! —exclamó Manny, aplaudiendo—. ¡Por la boda flamenca!

Al romper el hielo, la gran mayoría de los trabajadores aplaudieron con él. Denise los miró con los labios fruncidos… Pues vaya, al parecer no era la única

a la que le costaba negarle algo a Archie, ¡con qué facilidad se los había metido en el bolsillo!

—Genial —dijo Archie, con una sonrisa.

—Una cosa. —Koa carraspeó y se puso a su lado para hablar—. Ya que estamos todos aquí, aprovecho para deciros que el laberinto no es para jugar. El otro día había un flamenco en el suelo y eso no me gusta nada de nada.

—Por Dios —murmuró Denise.

La gente comenzaba a dispersarse y la rubia se dio cuenta de que Archie se aproximaba hacia ellas acompañado de Patrick.

—Iré con Koa para asegurarme de que ese flamenco queda bien sujeto, ejem —dijo a toda prisa, abandonando a su amiga.

Brooke abrió la boca al verla marchar tan de repente, pero no pudo seguirla porque Patrick y el director ya estaban a su lado.

—Brooke —saludó Archie—. ¿Es buen momento para hablar sobre el menú de la boda?

—Sí, sí, por supuesto. —La joven sonrió—. Soy toda oídos.

—Como tenemos tan poco tiempo, no pediré cosas imposibles; me basta con que presentéis un menú cada uno y que los novios escojan entre uno de los dos. ¿Cómo lo veis?

—Bien —afirmó ella—. ¿Qué día quieres hacer la prueba?

—El miércoles como muy tarde. Hay que darles al menos un par de días para que se decidan; de ese modo, el viernes podéis adelantar en la medida de lo posible.

Brooke lo meditó unos segundos. Era lunes, lo que le dejaba únicamente un par de días para pensar en un menú completo a la atura de una boda, y apenas podría practicar los platos porque claro, tampoco podía dedicarse al cien por cien, sino en el tiempo que no trabajara. Lo veía demasiado ajustado…

—Sin problema —dijo entonces Patrick.

¿Cómo? ¿Que a Patrick le parecía bien? Pues ella no podía ser menos, desde luego que no.

—Claro, claro, sin problema. Dos días, tiempo de sobra.

Archie miró a uno y a otro, con expresión de no estar del todo convencido. Sin embargo, si los dos decían que se veían capaces, ¿quién era él para ponerlo en duda?

—Bien, sois cinco en la cocina —comentó—. ¿Os apañáis?

—Claro —asintió Patrick.

—Desde luego —añadió Brooke—. Supongo que para la boda también habrá personal extra en la cocina, ¿verdad? ¿Cuántos invitados?

—No es una boda muy grande, son unos ochenta si no me falla la memoria. Pero sí, voy a contratar gente para ese fin de semana.

Ella suspiró, aliviada en parte. No sería la primera vez que se veía en apuros por tener que cocinar para demasiada gente, así no sería imposible ofrecer la calidad necesaria.

—Entonces quedamos así, el miércoles me paso a ver qué se os ha ocurrido.

—Por cierto, Archie —dijo Patrick, yendo tras él—. He mirado lo que me comentaste el otro día.

—¿Sí? ¿Y?

Ambos se alejaron y Brooke los miró, pensativa. Apenas se dio cuenta de que Manny se había colocado a su lado, frotándose la barbilla.

—¿Tienes alguna idea en mente, jefa?

—Ah, Manny, hola. —Se encogió de hombros—. Voy a repasar mi libreta donde voy apuntando los posibles platos para la carta, quizá alguno pueda ser lo bastante elegante para una boda.

—Más vale que te pongas las pilas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que él ya lo hace. —Señaló a Patrick con la cabeza.

Brooke miró en la dirección que indicaba Manny, aunque solo veía a Patrick y Archie charlando tan tranquilos, como un par de amigos sin más.

—Ya vas por detrás. —Manny le dio una palmadita—. Patrick tiene preferencia porque se llevan bien, que los he visto fuera del hotel juntos.

—¿En serio?

¿Por qué Denise no le había dicho nada? Si jugaba en desventaja, quería saberlo. Recordaba que Patrick le había mencionado lo de hacer actividades con Archie, pero si estaba utilizando el hecho de llevarse bien con él para meterlo en su terreno… Bien, eso era éticamente cuestionable. Allí se jugaban la calidad de la comida, los otros temas no deberían interferir.

—Yo creo que ambos son profesionales —murmuró.

—Seguro que sí. —Manny sacudió la cabeza—. Bah, no me hagas caso, sabes que soy muy torpe en general. Por eso no tengo novia. —Le guiñó un ojo.

Brooke le lanzó una mirada poco amistosa y fue hasta su taquilla para coger su libreta; de ese modo podría repasar todo lo que había anotado en sus múltiples pruebas. Seguro que la observación de Manny era una tontería, pero, por si acaso, más le valía espabilarse y ofrecer algo currado. Patrick y Archie eran, en efecto, profesionales… o lo parecían. Solo que, en ocasiones, las preferencias se manifestaban sin que la gente se diera cuenta. No era algo premeditado, sino que salía sin más.

Además, ¿era necesario que Patrick se pusiera a charlar con Archie después

de la reunión? ¿No tenía otro momento? ¿O solo estaba afianzando su puesto?

Tampoco debería extrañarle. Ambos habían acordado que el trabajo era una cosa y el sexo otra, de modo que si él le ponía la zancadilla en la cocina era profesional, no personal.

«Pues yo también puedo poner zancadillas», pensó Brooke, enfurruñada.

Esa noche, tumbada en la cama de su *bungalow*, se dedicó a investigar en Google por posibles recetas y la manera de fusionarlas. No se durmió hasta la madrugada, pero lo hizo satisfecha, porque ya tenía apuntadas unas cuantas posibilidades.

Si la boda era una prueba de fuego para el hotel, también lo era para ella. Y no tenía intención de perderla.

El martes, el personal comenzó a trabajar para acondicionar el hotel. Tras dar el ok a la boda, Archie recibió por *mail* una serie de indicaciones de cómo quería la pareja las cosas.

—Una lista más larga de lo que parecía en principio —comentó a Denise, que permanecía semi oculta tras su ordenador.

La rubia, en su ingenuidad, había pensado que permanecer alejada o escondida en su despacho haría que Archie desapareciera, pero pronto descubrió que no era así. Si ella no iba a su despacho, pues él iba al suyo sin problema, como comprobó cinco minutos después de recibir el *mail*.

Le dio un golpecito a primera hora de la mañana en la ventanilla para avisarla de su presencia y después entró con el *mail* impreso entre las manos.

—¿Nos repartimos el trabajo? —preguntó.

—Claro, espera que saco una copia yo también.

Denise le dio al botón de imprimir, y aquellos fueron los tres minutos más largos de su vida. Mientras la impresora traqueteaba, se dio cuenta del silencio incómodo que se había creado entre ambos. Tampoco se le ocurría algo que decir que pudiera relajar el ambiente.

«Y por esto, queridos niños, no es buena idea acostarte con tu jefe».

Arrancó el folio antes de tiempo y se puso a leerlo, aliviada por tener algo que hacer, además de pasear la vista por su despacho para evitar mirar a Archie.

—Vale, lo de las habitaciones de invitados y la *suite* me encargo yo —dijo la rubia—. Pensaba estar con el grupo de camareras de habitación dentro de una hora, les diré la decoración exacta.

—Necesitamos un cura, ¿conoces alguno o dónde podemos conseguirlo?

—*Kahuna*.

—¿Qué?

—Aquí no es cura, sino *kahuna*. Son los sacerdotes, maestros o consejeros… y si es un sacerdote supremo, *Kahuna nui*.

Archie permaneció en silencio un segundo, sin alzar la vista del papel.

—No me he parado mucho en pensar en la ceremonia, ¿es muy distinta de la habitual?

—Son diferentes, sí, tienen sus pequeños rituales —contestó ella—. Bueno, por lo general se suelen hacer en la playa, no en un cementerio de…

—Laberinto.

—Eso, laberinto. —Ella carraspeó—. En fin, hace falta un *kahuna*. Y si queremos que la ceremonia sea fiel, tiene que cantar un *mele* mientras el novio llega. Es un canto.

Él asintió.

—¿Qué hay de la música?

—La música va en varias secuencias, por así decirlo. La canción oficial de las bodas hawaianas es *Ke Kali Nei Au*, se suele usar cuando los novios van a recitar sus votos —explicó Denise—. Además, cuando sale la novia, se usan unas caracolas para anunciar su llegada.

—¿Caracolas?

—Se supone que se utilizan para llamar a la tierra, mar, aire y fuego como testigos.

Archie alzó la mirada del folio y alzó la ceja.

—No lo he inventado yo. —Ella se encogió de hombros.

—¿Qué más?

—Sí, en el banquete suelen sonar ukeleles y demás música tradicional hawaiana.

Por primera vez, Archie pareció exasperado y agitó la hoja.

—¿De dónde vamos a sacar todo esto?

—No te preocupes, conozco a un grupo de música que hace bodas. Por ese lado no te preocupes, lo que tendremos que buscar es al *kahuna*, en temas religiosos estoy un poco más perdida.

El chico relajó su expresión al ver que el tema de la música estaba controlado y se apoyó en el escritorio de Denise, que lo miró de reojo.

—Está bien, yo me ocupo del sacerdote… a ver si se me da mejor que encontrarte a ti.

Denise miró el papel, obviando el último comentario.

—Hacen falta *leis* —dijo—. Esto podemos pedírselo a nuestro proveedor habitual. En las bodas hawaianas hay un intercambio de *leis*, pero también

llevan los padrinos. Tienen un nombre diferente que ahora no recuerdo. No importa, Liko seguro que sabe, le diré que nos traiga.

—Una cosa menos. —Archie apoyó el papel en la mesa para tachar.

—También hay que pedir un *Haku Lei*.

—Y eso es…

—Una corona de flores hecha de *pikake*, una flor hawaiana. Viene a ser como el velo de esta cultura, ya sabes. Le preguntaré a Kale si puede hacer una, saldrá más barato que encargarla en un sitio oficial.

—¿Quedan más rituales? —preguntó él.

—Hay varios más, sí. El ritual de la arena, la vestimenta de los novios… De lo primero se ocupa el *kahuna*, y la ropa de los novios es cosa suya, así que podemos pasar a la decoración.

Archie asintió.

—La ceremonia se hará en el cem… laberinto de flamencos, ¿y el banquete?

—En el salón de actos, ¿cómo lo ves?

—Bien, pero… ¿no te planteas hacerlo al aire libre? Con la temperatura que hace y unas cuantas luces bien puestas, podemos hacer que sea mágico.

—Sí, ya sabemos que las luces funcionan.

Lo dijo en tono completamente neutral e inexpresivo, pero Denise lo tomó como una indirecta.

—¿Quieres un café? —preguntó, levantándose.

—No, gracias. Montar el banquete fuera sería demasiado complicado, aunque quizá la barra libre no —comentó él, pensativo—. El jardín trasero se puede usar, está conectado al laberinto y se sale desde el comedor. Así no andarían desperdigados por la recepción ni molestarían al resto de clientes.

—Conectar la barra libre y el laberinto de flamencos puede ser un peligro —dijo Denise, sin poder evitar una risita.

—Seguro que durante los próximos días iremos encontrando invitados extraviados —replicó Archie, divertido.

—«¿Y cómo se perdió? Intentando volver a mi habitación, agente».

Denise se dio cuenta de que le estaba sonriendo y se dio una colleja mental.

«¡No! ¡Así no, idiota, vas por mal camino!»

—Se divertirán mucho —asintió Archie—. Iré a mirar bien la zona para asegurarme de que hay espacio suficiente para montarlo.

Denise pensó en ofrecerse a acompañarlo, pero desistió casi al momento. No era una buena idea con lo ocurrido la última vez que habían ido a explorar un sitio en el hotel.

—Yo voy a buscar fotos para la decoración; de ese modo los novios podrán

decidir cuál les gusta más. Luego te enseño opciones.

El chico asintió.

—Sobre la comida, el miércoles tendremos dos menús como propuesta, uno de Patrick y otro de Brooke. Hay que elegir uno, así que vendrás conmigo para ayudarme.

—¿Seguro?

—¿Por qué? ¿No te ves capaz de ser objetiva?

Denise le dio un sorbo a su café, encogiéndose de hombros.

—Bien, allí estaré.

—El personal extra, ¿te ocupas de contratarlo? —Ella asintió—. Vale, pues creo que por ahora es todo, aunque no dudo de que recibiré otros veinte *mails* de los novios antes del viernes.

Archie se levantó del escritorio y la miró.

—¿Todo va bien, Denise?

—Sí, sí, claro. Bien —se apresuró a replicar ella.

Archie le dedicó una mirada que la rubia no supo interpretar bien y salió de su despacho sin añadir nada más. Denise regresó a su silla y se apoyó en el respaldo, soltando el aire que tenía retenido.

Bueno, él no parecía enfadado, eso era buena señal. Y excepto un par de indirectas que quizá no lo eran, se había limitado a hablar de trabajo, que también era algo positivo. Si ambos seguían por ese camino, lo ocurrido quedaría como una simple anécdota y no daría problemas.

Al menos eso le susurraba la parte racional de su cerebro, que era a la que debía hacer caso. El problema era que la otra parte, la que controlaba el deseo, no susurraba, no. Esa gritaba con todas sus fuerzas, le recordaba que una no encontraba tan fácil a alguien que hacía que la ropa interior se cayera sola y cosas por el estilo que no ayudaban a Denise a mantenerse fría.

Después estaba el subconsciente, que se aliaba y la atacaba en sueños. Normal que la pobre parte racional solo emitiera susurros: estaba siendo machacada.

Con un resoplido, Denise se metió en Google para buscar decoraciones hawaianas y así olvidarse de esa sonrisa de su jefe que no debía mirar.

Guardó unas cuantas antes de marcharse a hablar con las camareras de habitación. Esa reunión le llevó menos de una hora, la hacía todos los meses para ver qué problemas persistían y, de paso, escuchar sus quejas por si podía solucionar alguna. Ese día les comentó las habitaciones que debían tener listas: al ser una boda, todos los invitados tendrían varios detalles personalizados que les recordaran su estancia allí. La *suite* nupcial era otro tema; por suerte, la mayoría de las camareras eran de la isla, así que sabían de sobra cómo decorar

una *suite* y qué cosas poner en ella.

Cuando acabó con las chicas, casi eran las once y Brooke le había enviado un par de mensajes para ver si se reunía con ella en el comedor. Denise se encaminó hacia allí, dispuesta como siempre a comer un par de horas antes que el resto del mundo.

Encontró a su amiga sentada en una mesa, así que se unió a ella después de coger una ensalada.

—¿Qué haces tan concentrada? —preguntó, al verla con la libreta.

—Pensar más ideas para el menú que tengo que presentar mañana.

—Ah, eso. Sí, Archie ya me ha contado, iré con él para ayudarlo a decidirse.

—Al menos tendré una cara amiga —sonrió Brooke.

—¿Por qué dices eso? Archie no es tu enemigo.

—No, pero prefiere a Patrick.

Denise la miró, sin comprender, y le tocó en el brazo.

—¿Eso a qué viene?

—A que se han hecho amigos o, si no, algo parecido. Ya verás cómo repercute en mi contra, aunque sea sin intención.

—Déjame ver qué tienes.

Denise cogió la libreta para examinar la lista de opciones. Dudaba mucho que Archie se dejara llevar por su simpatía personal hacia Patrick, pero ante la duda, si la propuesta de Brooke era espectacular no existiría siquiera la posibilidad.

—Elimina el *opihi* —aconsejó—. Es demasiado exótico y a mucha gente no le van los moluscos.

—Bien, era por adentrarme un poco en la auténtica gastronomía hawaiana más allá del cerdo *kalua*…

—Rollitos vietnamitas de gambas, eso sí. Y los rollitos de *musubi*, yo los añadiría. Te salieron genial, eran muy ligeros.

Brooke asintió, tachando y añadiendo mientras su amiga y ella compartían sugerencias. Se quedó algo más tranquila después de charlar con Denise, aunque sus dudas regresaron cuando entró en la cocina para el turno de comidas.

Patrick ya estaba allí, trasteando y de buen humor, mientras Lilo y Kalani preparaban los entrantes con ayuda de Manny.

—Habéis venido pronto —comentó ella, abrochándose el delantal.

—Sí, quería practicar unos platos y he venido hace un par de horas —respondió Patrick, sin dejar de sonreír—. ¡Me siento muy creativo hoy!

Lilo soltó una risita y sacudió la cabeza en dirección a Brooke.

—Lleva así desde que ha llegado, parece que está de mejor humor.

—Ya veo. —Brooke lo miró con suspicacia—. ¿Por qué estás tan contento?

—¿Por qué no? No voy a quejarme —respondió él, moviendo la sartén arriba y abajo—. Nos dejan ser creativos en la cocina, tenemos una boda y la semana que viene me voy de excursión a lanzarme en tirolina. No tengo motivos para ser infeliz, ¿no?

Podía haber añadido que ella estaba en la ecuación, solo que no le pareció oportuno hacerlo delante de todos y dio por hecho que Brooke lo sabría. Además, ya tenía su lista para el menú de la boda, que le había costado menos de lo que esperaba y, en fin, pese a que deseaba ganar, tampoco se enfadaría de no ser así.

Brooke se fue a su puesto sin replicar a su comentario. Claro, seguía estrechando lazos con el jefe, seguro que lo de tirarse por ahí a lo loco unía mucho. ¿Cómo había sido tan tonta dejándose despistar por su relación mientras él daba puntadas precisas?

En ese momento, lo de «solo sexo» tuvo más fuerza que nunca para Brooke y se prometió no volver a dejarse despistar por escenas románticas sobre la arena. No eran más que cantos de sirena; por debajo de todo eso, Patrick luchaba por el puesto de chef jefe, así que ella no podía ser menos.

Una vez acabó el turno de comidas, Patrick terminó de limpiar su zona y se deshizo del delantal, acercándose a la morena.

—¿Te apetece que comamos juntos? —preguntó—. Podemos pasarnos por mi *bungalow* después.

Por muy tentador que le resultara, Brooke negó.

—No, voy a quedarme un rato.

—¿Y eso?

—Tú has venido hace un par de horas a practicar, y yo voy a quedarme ahora para hacer lo mismo —contestó ella, en tono neutral.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que necesito prepararme, nada más; ya nos veremos mañana.

Aquello era una invitación a largarse en toda regla y, por si las palabras no habían sido suficientes, Brooke le dio la espalda para ir hacia la nevera. Patrick se dio cuenta de que no tenía nada que hacer y abandonó la cocina, sin comprender por qué ella de pronto actuaba de forma extraña.

¿Le había molestado de verdad que fuera antes para practicar? ¿A lo mejor debería habérselo dicho? Sinceramente, no pensaba que eso le pudiera sentar mal, los cocineros tenían que practicar sus recetas, ¿no?

Tal vez pensara que lo había hecho por tomarle la delantera… que no era verdad, ¡si ni siquiera lo había pensado! Joder, quizá tendrían que haberlo

hablado primero, llevar la competición comentando las reglas y en igualdad de condiciones… Ni se le había ocurrido.

En teoría una cosa era el trabajo y otra su relación, y Patrick no quería estropearlo ahora que al fin parecía que iban más allá de los revolcones, pero…

El resto del día, la sensación de que algo iba mal se quedó con él y, durante la cena, Brooke no le prestó demasiada atención. Por su cara cansada, dedujo que al final había pasado toda la tarde cocinando sin parar, de modo que decidió no tentar a la suerte provocándola esa noche con robo de sartenes o demás.

Tampoco se atrevió a proponerle que se vieran: visto el plan no parecía lo más inteligente. Si Brooke quería centrarse en el menú de la boda, él haría lo propio, listo. Cuando pasara el trago de la elección, ya vería cómo capear el ambiente.

El miércoles, Brooke no durmió hasta tarde, como acostumbraba a hacer. Quería disponer de la cocina para perfeccionar sus platos, así que madrugó y fue a desayunar al comedor después de quedar con Denise. Al llegar, puso cara de sorpresa al encontrar a Delilah junto a su amiga.

—Vaya, ¡has salido del *bungalow* y has venido al comedor! —soltó.

—Sí, tenía ganas de comer algo que no fuera un dichoso bol de fruta con cereales. Mi hermana me tortura con la misma comida una y otra vez. —Le sacó la lengua a Denise.

—Lo hago para que salgas —dijo Denise, sin parecer arrepentida lo más mínimo.

—Ya salgo, voy a la playa con vosotras.

—Digo más allá de las vistas del surfista. —Denise la miró—. ¿Sabes? Te voy a contratar para que trabajes de camarera en la boda. ¿Qué opinas?

—¡Que estás chalada! ¿Eso es legal?

—Claro, si tienes autorización de tus padres o tu tutor, yo en este caso.

—¿Y por qué puñetas querría yo trabajar?

—Dinero —resumió Denise—. Móvil nuevo. Piénsalo.

Delilah permaneció pensativa, rumiando la propuesta mientras se metía un trozo de *pao bao* en la boca.

Brooke sonrió al ver que la chica le daba vueltas, y miró a Denise, asombrada con su facilidad para ser un sargento. A ese paso, la metería en vereda deprisa, lo veía venir.

—¿Nerviosa por la prueba? —le preguntó la rubia.

—Un poco, sí. Ayer estuve toda la tarde perfeccionando los platos y ahora

voy para allá, quiero tener tiempo de sobra.

—¿A qué hora es?

—Después de comer y antes de cenar. ¿No te lo ha dicho Archie?

—No sé, ayer no le vi mucho.

—¿Te pasa algo con él? Parece que trates de evitarlo.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—No sé, por eso pregunto.

—Hace bien en ponerlo en su sitio —intervino Delilah—. El otro día la llamó a última hora para no sé qué y la entretuvo hasta bien tarde. ¿Es que aquí no se respeta el horario laboral? Porque si es así, rechazo la oferta de trabajo.

Brooke miró a su amiga, que puso cara de despistada.

—¿De verdad?

—Sí, pero no era nada, una tontería. —Se giró hacia su hermana—. Y tú, decidido, trabajarás en la boda y punto. Me da igual que quieras o no; ya que no contribuyes a ningún gasto, por lo menos vas a dejar de estar tumbada todo el día.

—Esto es explotación infantil —protestó ella.

—Si te niegas, te meto en un avión de vuelta a casa. Tú decides.

Por su tono de voz inflexible, Delilah supo que la amenaza era real. Y aunque al principio soñaba con volver a casa, de repente ya no tenía tanta prisa. Empezaba a gustarle ir a aquella playa tan preciosa con su hermana y la amiga de esta… Al menos, Denise era otra cuando estaba tirada en la arena con las cervezas. Y el monumento que veía todos los días era un plus, claro, aunque no el único: dormía mejor desde que estaba allí, el clima era una gozada y no sentía ningún estrés… Claro que en algún momento tendría que plantearse volver a sus estudios. O trabajar, como al parecer era el caso.

—¡Vale! Trabajaré de camarera en la boda —aceptó, con un gruñido.

—Así me gusta —sonrió Denise, dándole una palmadita—. Oye, a lo mejor te gusta y todo.

—No cuentes con ello —refunfuñó Delilah, regresando a su bollo.

La mañana transcurrió más deprisa de lo que Brooke hubiera querido y, antes de darse cuenta, pasó el turno de comidas. A partir de ahí, tanto Patrick como ella sacaron de la despensa lo que iban a necesitar, ambos echándose un vistazo mutuamente, y después se pusieron manos a la obra.

Manny y Lilo estaban para echarles una mano, aunque en cuanto el primero fue a la nevera a coger lo que Brooke necesitaba para preparar los rollitos, Patrick se adelantó y le quitó la sartén. Cuando la morena fue a cogerla, se dio cuenta de que la estaba usando él y se giró hacia Manny, irritada.

—¡Estate atento!

—Perdona, jefa. He ido a buscar ingredientes.

Brooke miró por encima de su hombro para ver qué preparaba Patrick. Había dispuesto unas cucharitas que parecían contener salmón con piña, aguacate y una salsa por encima, que podía ser mostaza o mayonesa, no sabía. Tenía buena pinta y se preguntó si sus rollitos podrían superar eso.

«No tengas un ataque de inseguridad ahora, Brooke. Tú eres tan buena como él».

Se centró en pasar la brocha por las costillas. Lo primero era una ensalada de pollo, aguacate y piña que no tenía mucha complicación, pero la carne debía hacerse bien, con tiempo, para quedar jugosa. Nada había peor que unas costillas resecas, de modo que encendió el horno.

Patrick tenía un bol con trozos de kiwi y piña cortados, y estaba hidratando unas hojas de gelatina en agua, así que aquello era el postre, seguro. Agregó nata y la crema de queso, y fue hasta la nevera a rebuscar algo en su interior.

En ese momento, Brooke sintió con total claridad cómo el diablo de su hombro crecía hasta volverse de su tamaño. Y fue ese diablo el que abrió el salero, cogió un puñadito y lo espolvoreó sobre la mezcla.

La morena regresó a su sitio, sin terminar de creer lo que acababa de hacer. Seguramente él se daría cuenta al probarlo, pero si con eso lo retrasaba, sería suficiente. Por no hablar de que muchos cocineros estaban tan confiados que ya ni probaban sus platos, o lo hacían cuando era tarde.

Patrick regresó y continuó a lo suyo, sin percatarse de nada, así que Brooke terminó de pintar las costillas. Comprobó que el horno estaba caliente y las metió dentro para que se fueran haciendo mientras ella se dedicaba a la ensalada. Su postre era piña glaseada con enebro y ginebra; sabía que no era muy sofisticado, pero a veces, tras una comilona, la gente no quería nada muy empalagoso. Seguro que después de probar el postre de Patrick, el suyo mejoraba.

Se centró en preparar el pollo para la ensalada, poniéndose de espaldas para ocultar su sonrisa… por lo que no vio cómo Patrick se acercaba al horno y, con total disimulo, manipulaba la rueda para subir la potencia.

Capítulo 9

—No es por meter prisa, pero hace cinco minutos que tendríamos que haber empezado a sacar cosas —comentó Manny.

Patrick y Brooke, por una vez de acuerdo en algo en la cocina, le lanzaron a la vez la misma mirada furibunda. Ambos se habían esforzado tanto en hacer unos platos perfectos y con aspecto elegante, que estaban tardando más de lo previsto. Brooke había cambiado sus ensaladas tres veces de plato hasta quedar contenta con el contraste de colores, y aún tenía que sacar las costillas del horno; Patrick había tenido problemas con el sifón para la nata de su postre y no había llegado a probar el conjunto, aunque esperaba que estuviera bien.

Por el rabillo del ojo, Brooke vio que el chico cogía de nuevo su sartén y resopló, porque aquello no podía ser más que una provocación.

—Vigila el caramelo, Manny —dijo Patrick—. Voy a por flores comestibles.

El ayudante corrió hacia la sartén, así que Brooke, movida de nuevo por el demonio gigante y el pique por la sartén, cogió el wasabi que había utilizado para darle un toque a su ensalada y, con rapidez, echó en las cucharitas de salmón de Patrick.

Al ver que volvía, fue a terminar las ensaladas para Denise y Archie, sacó los rollitos y lo dejó todo en la zona de salida.

Patrick cogió sus cucharitas y unas tostas de mango con cebollino y cacahuetes, fastidiado porque la chica se le hubiera adelantado, y dudó un poco antes de ocultar un bote de cúrcuma. Tampoco quería fastidiarla mucho, aún ni se había dado cuenta de lo del horno, pero con una pizca en la ensalada bastaría… Con lo que no había contado era con que, con las prisas, el bote se le abriera y cayera más de la mitad de golpe en una de ellas.

—Joder —murmuró.

Denise se asomó justo en aquel momento a la cocina, con una sonrisa.

—¿Sacáis ya lo que tengáis de entrante o primero?

Brooke apagó el horno y se acercó con rapidez para coger sus ensaladas.

—Lista.

—Sí, yo también —dijo Patrick.

La siguieron al comedor, donde Archie esperaba en una mesa, y dejaron los

platos mientras Denise se sentaba.

—Entrante tropical de salmón, aguacate y salsa especial —informó Patrick —. El primero serían las tostas.

—Mi entrante son rollitos de gambas y de *musubi* —dijo Brooke—. Y mi primero, ensalada de pollo con aguacate y piña.

—Todo tiene muy buena pinta —comentó Archie—. Gracias, podéis ir a terminar los segundos mientras probamos esto.

Esperó a que se marcharan y miró a Denise, señalando el rollo de *musubi* con el tenedor.

—¿Qué es eso?

—Es muy popular en Hawái, lleva una rodaja de *spam* sobre un trozo de arroz y una hoja de alga de nori y se enrolla.

—Sushi con *spam*.

—Exacto.

—No entiendo la fascinación por el *spam*, la verdad.

Cogió uno para echárselo en el plato y lo probó.

—Y ahora que lo he comido, tampoco.

Denise rio y movió la cabeza, partiendo el rollito de gambas por la mitad para que lo probara.

—Pues es típico. Prueba eso, a ver.

A ella le gustaron las dos opciones, pero entendía que el *spam* no era para todo el mundo y quizá tampoco lo bastante chic para una boda. Cogió una de las cucharitas de Patrick, se la metió en la boca… y corrió a coger un vaso de agua para bebérselo de un trago.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, alarmado.

—Pica… mucho.

Archie cogió una, la olió y probó un poco. Aun así, el intenso picante del wasabi le hizo soltarlo al momento y coger el agua igual que ella.

—Joder, se ha pasado.

—Mucho. Espero que las tostas estén mejor.

No se fiaba mucho, pero cogió un trozo con cuidado para comerlo. Lo malo era que tenía aún la lengua medio adormilada por el picante y no notó nada del otro mundo. Más bien, era todo insípido. Y a Archie le ocurrió parecido.

Apartaron los restos con desilusión y cada uno cogió una ensalada. Denise revolvió la suya, y al primer trozo la apartó tosiendo. Sorprendido, Archie tragó lo que se había llevado a la boca y le dio unos golpecitos en la espalda.

—¿También pica? —bromeó—. La mía está perfecta.

—No. —Tosió—. Algo, no sé qué es.

Con el ceño fruncido, Archie pinchó de su plato y probó, para ponerse a

toser al segundo siguiente. ¿Qué les pasaba a aquellos dos con los aliños? ¡No era normal!

Manny salió de la cocina y se acercó a ellos.

—¿Sacamos los segundos?

—Sí, diles que traigan ya —contestó Archie—. No te lleves nada, déjalo en esa mesa para hablar con ellos al terminar.

Sorprendido, Manny obedeció y retiró los platos a la mesa contigua. Volvió a la cocina y vio que aún no había nada en la zona de salida.

—Quieren los segundos —informó—. Y el resto lo he dejado allí, Archie dice que luego os comenta.

Brooke ni lo miró, concentrada como estaba en pincelar las costillas. Le parecía que estaban demasiado tostadas, así que añadió más de lo normal por si acaso, aunque confiaba en que estuvieran jugosas por dentro. Vio que Patrick llevaba un ceviche de atún, así que pasó el pincel una vez más, cambió las costillas a un plato y corrió a alcanzarle. Al intentar salir a la vez que él, se tropezaron en la puerta, y el plato que Patrick portaba salió volando y cayó frente a la mesa de Archie y Denise, que los observaron boquiabiertos.

—Perdón —dijo Brooke, mirando a Patrick—. De verdad, no ha sido a propósito, perdona.

Él no dijo nada y fue a la cocina a buscar un cubo y trapos para recoger. No había esperado que ella lo empujara así, ¿le habría visto manipular el horno? ¿O lo de la cúrcuma? Si era así, entendía que quisiera vengarse; si no… bueno, él tampoco estaba jugando limpio y en ese momento se sentía culpable. Fastidiado también, porque su ceviche se hubiera echado a perder, pero pensó que probablemente era cosa del karma.

—¿Qué era? —preguntó Archie.

—Ceviche de atún, ya da igual —contestó él, limpiando.

Brooke volvió a disculparse mientras se acercaba y dejaba su plato en la mesa. Ojalá creyera que había sido sin querer, no quería… ¿qué? ¿Estropearle la prueba? Porque bien que había echado cosas a otros platos, así que lo de tirarle el ceviche también podría haber sido cosa del estúpido demonio aquel.

—Costillas dulces hawaianas.

Patrick había vuelto a la cocina, así que ella hizo lo propio para terminar el postre.

Archie cogió un cuchillo para partir el costillar, y de nuevo frunció el ceño. Estaba duro, mucho. Comprobó que estaba clavando bien en la zona entre huesos, y apretó con fuerza. Por fin, la carne se separó, aunque algo de la salsa los salpicó.

—Estupendo —murmuró—. Es mi camisa favorita.

—Se quita fácil, fijo.

O no, que aquello llevaba a saber cuántas cosas y tenía pinta de manchar mucho. Le extrañaba lo que le había costado partirlas e intentó separar una, algo que consiguió con mucho esfuerzo. Qué raro, si deberían deshacerse en las manos…

Y cuando se la llevó a la boca, le dio la sensación de estar masticando cartón y no carne.

—¿Está seco o es cosa mía? —preguntó Archie—. ¿Es normal aquí?

A su pesar, porque afectaba a su amiga, Denise negó con la cabeza dejando la costilla en el plato.

—No, no es normal. Debería estar tierna. Es raro…

Archie dejó el plato junto con los demás, mosqueado. Aquel no era el nivel que esperaba, ni de lejos. No se parecía siquiera al de un día normal, sabía que Patrick y Brooke cocinaban mejor que eso, ¿qué estaba pasando? ¿Se habrían agobiado por el tema de la boda? ¿Les vendría grande?

En la cocina, Brooke había desestimado la piña al enebro y quemaba el azúcar que iba sobre su *créme brulée*, sin quitar ojo a Patrick, que colocaba las flores comestibles sobre su postre. Se arrepentía de haberle echado la sal e intentó recordar cuánta había dejado caer. Quizá era menos de lo que recordaba, o… ¿y si lo avisaba?

—Patrick… —empezó.

—Ha sido un accidente —replicó él, sin mirarla—. Olvídate.

—Es que…

Notó calor en la mano y emitió un quejido, apartándola. Joder, por distraerse había quemado demasiado el azúcar y hasta los recipientes estaban calientes. Con rapidez, cogió un trapo para no achicharrarse y los sacó a una bandeja.

Para evitar accidentes de nuevo, Manny sujetó la puerta y los dos salieron con cuidado.

—Copa especial de las islas —dijo Patrick.

—*Créme brulée* a la hawaiana —dijo Brooke.

Regresaron a la cocina. Archie fue a coger uno de los recipientes de Brooke, y apartó la mano con una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Denise, sin tocar por si acaso.

—Que está demasiado caliente. Vamos a probar lo de Patrick primero.

—Vale.

Le dio un vaso a ella, cogió el otro y hundió la cuchara. Al menos la textura era buena, los colores atraían, y olía muy bien, así que… y entonces se lo metió en la boca. La explosión dulce de sabores que esperaba fue todo lo contrario:

sal, sal y más sal.

—¿Qué demonios…?

Miró el vaso y vio que Denise hacía lo mismo.

—¿Lleva caramelo salado? —preguntó ella.

—¿Soy yo o nada de esto es normal?

Denise negó con la cabeza. No, no era normal, ni Patrick y Brooke cocinaban tan… ¿raro? ¿Mal? No entendía lo que podía haber pasado, ¿querrían innovar y habrían equivocado cantidades o algo?

—Avísales para que vengan —dijo Archie, apartando los vasos de postre.

Denise lo miró y lo vio serio, incluso mosqueado. No le extrañaba, porque ella también había esperado otra cosa, aquello era una boda y se jugaban mucho… Nunca habían cocinado así, no cometían errores de principiante o a saber qué, porque eran mezclas muy extrañas.

A ver qué explicación tenían, seguro que algo había ocurrido, porque no podía entender que hubieran sacado esos platos sin más.

Se levantó para ir hasta la puerta de la cocina y se asomó. Todos, incluidos Patrick y Brooke, estaban recogiendo y limpiando, y al verla se detuvieron.

—Salid, Archie quiere hablar con vosotros —comentó.

Patrick y Brooke se miraron y la siguieron sin decir nada. Se quedaron de pie frente a la mesa donde seguía sentado Archie, mientras Denise volvía a ocupar la silla.

Archie estaba cruzado de brazos, muy serio, y señaló con la cabeza la mesa contigua, donde estaban todos los platos que solo habían llegado a probar.

—¿Me podéis explicar qué es eso?

De nuevo, ellos se miraron, aunque ninguno llegó a contestar porque Archie continuó hablando, subiendo el tono ligeramente.

—No hay nada salvable, ¡nada! ¿No fui claro cuando expliqué que se trata de una boda y que debemos darlo todo? Nos jugamos la reputación del hotel y recibir futuros encargos. Os pedí innovación, seriedad, ¿y qué me encuentro? Platos incomibles. Tu entrante, Patrick, picaba tanto que Denise y yo casi morimos ardiendo. Tu ensalada, Brooke, casi nos ahoga con no sé qué especia.

—Pero si mi entrante no llevaba picante —replicó Patrick, mosqueado.

—¿Especias? —dijo Brooke, a su vez—. No le he echado.

Los dos corrieron a la mesa y cogió cada uno un tenedor para probar. Automáticamente, lo tuvieron que escupir en sendas servilletas.

—Esto lleva wasabi —observó Patrick, moviendo la cabeza—. Es imposible, no le eché wasabi a la mezcla, ni siquiera lo tenía cerca, así que no puede ser que lo echara por error.

—Y lo que hay en mi ensalada es cúrcuma —añadió Brooke—. Tampoco la he utilizado, ni la tenía.

—¿Me estáis diciendo que sois los únicos cocineros en el mundo que no prueban su comida antes de sacarla? —replicó Archie.

—No, yo lo probé, estaba perfecto —contestó Patrick—. Lo terminé y lo dejé a un lado, no sé…

Vio que Brooke había enrojecido, y frunció el ceño.

—Yo igual —añadió ella.

—O sea, que por arte de magia esos ingredientes han aparecido en vuestra comida. Y supongo que tus costillas se quedaron tiesas solas, también.

Ahí fue Patrick quien notó que sus mejillas se calentaban.

—Y la sal del postre de Patrick también fue obra divina —continuó Archie —. ¿Hay duendes en esa cocina o qué?

Los dos cocineros se miraron de reojo, y Patrick carraspeó, apartando la vista de la chica, lleno de remordimientos.

—Bueno, yo… quizá haya subido un poco… ejem, la temperatura del horno donde estaban las costillas —confesó.

Brooke abrió mucho los ojos, sorprendida, pero cuando iba a recriminarle su actitud, se calló porque ella había hecho algo parecido. Y él lo había confesado, así que…

—Esto… —empezó, tragando saliva—. Quizá algo de wasabi se me cayera… o lo echara yo en su entrante.

—Algo así me pasó con la cúrcuma y su ensalada —añadió él.

—Y bueno, quién no ha confundido sal con azúcar, y… cosas que pasan.

Archie pasaba la vista de uno a otro sin dar crédito, igual que Denise, que no sabía ni qué decir. No veía defensa alguna para su amiga, la verdad.

—Vamos a ver si lo entiendo. —Archie se pellizcó el puente de la nariz, cogiendo aire—. ¿Me estáis diciendo que os habéis boicoteado mutuamente?

Con la vista fija en el suelo, ambos afirmaron de forma imperceptible con la cabeza.

—Eso parece —musitó Brooke.

La conciencia le remordía, porque ella lo había empezado… Quizá Patrick la había visto y por eso había estropeado la suya.

—No sé en qué estaba pensando —murmuró él.

O había actuado como ella, por cuenta propia y buscando ganar. Fuera como fuera, no podía echárselo en cara: los dos habían actuado mal.

—Eso te lo puedo decir yo —espetó Archie, a todas luces enfadado—. ¡En nada! Ninguno de los dos estabais pensando en nada. O sí, en ganar, pero con trampas, y eso sí que no me lo esperaba de vosotros. Buscaba que tuvierais una

competición sana, ¿qué ha pasado para que no sea así? Porque hasta ahora estabais haciendo un buen trabajo con los menús diarios. ¿Os ha podido la ambición? ¿De verdad pensáis que haciendo trampas es como se consiguen las cosas? ¿Qué tenéis, quince años? Me siento como un profesor echando la bronca a unos niños que han copiado en el examen, y no me gusta nada. Me habéis decepcionado. —Los señaló con el dedo alternativamente—. Los dos.

—No volverá a ocurrir —prometió Brooke.

—Es la primera vez que… —empezó Patrick.

—¡Silencio los dos! No necesito más excusas ni promesas, porque es obvio que no va a volver a pasar.

Automáticamente, los dos lo miraron, asustados ante la amenaza. Aquello sonaba mal, pero que muy mal.

—Archie… —intentó intervenir Denise, temiendo que los echara.

Él levantó una mano para que no se metiera, y ella tragó saliva.

—No son así —volvió a intentarlo.

—Pues para no serlo, es lo que me han demostrado —replicó, y volvió su atención a los dos cocineros—. Lo que ha pasado hoy es intolerable y no volverá a ocurrir, porque soy de las personas que piensan que todo el mundo merece una segunda oportunidad. —Ellos respiraron, aliviados—. Pero no una tercera. Así que os pasaré el menú que vamos a ofrecer a los novios, de lo que yo decida entre vuestros platos o lo que fuera eso. Ninguno os llevaréis el mérito por la boda y seguiréis a prueba para el puesto de chef, aunque ahora mismo no creo que ninguno de los dos deis la talla. Si en unas semanas no me hacéis cambiar de idea o la boda es un desastre, cogeré a uno externo y se acabó. ¿Entendido? —Los dos afirmaron—. Pues id a recoger este desastre y pensad en cómo os vais a comportar a partir de ahora.

Se levantó para marcharse y Denise se apresuró a seguirlo, aliviada porque, al menos, no había despedido a ninguno. Ya hablaría con Brooke a ver de dónde le había salido aquel arranque de adolescencia, porque jamás la había visto actuar de forma tan poco profesional. Y menos a Patrick. Parecía que sus rencillas por una sartén o una espátula no habían terminado, a pesar del sexo.

Al ir a coger sus platos, Brooke rozó la mano de Patrick y se mordió el labio, quedándose quieta, al igual que él.

—Perdona —le dijo—. No pensé echar tanto… Bueno, no pensé.

—Tranquila, se ve que yo tampoco pensé. —Aprovechó el roce para mover un dedo y acariciarle el dorso de la mano—. No quería quemar tus costillas, pensaba que te darías cuenta y solo quería retrasarte, que dejaras alguna otra cosa a medias por ocuparte de las costillas.

—Y yo creí que lo probarías y tendrías que cambiarlo.

—Vaya par. —Suspiró—. Archie se ha mosqueado y con razón.

Y el director no había hecho distinciones, pensó Brooke, así que lo de que Patrick le cayera mejor o peor no influía de ninguna manera. No, los dos estaban igual de jodidos. Menudo par estaban hechos.

—Tendremos que esforzarnos para la boda —continuó él.

—Sin competir.

—No, eso habrá que dejarlo para después, cuando volvamos a la normalidad. Si jodemos el banquete…

—Nos echa a los dos, fijo.

—Eso es.

No se dejaba engañar por el hecho de que fuera con Archie a una tirolina, la tontería que había hecho aquel día empañaba lo demás. Desde luego, las neuronas no le funcionaban nada bien. El hecho de que Brooke también le hubiera boicoteado ni siquiera le mosqueaba, porque estaban a la par. Y se arrepentía de haber estropeado su comida, mucho, porque si ella no hubiera hecho lo mismo, ¿en qué lugar hubiera quedado? En el del imbécil que le ofrecía sexo y luego la jodía, pero en el mal sentido.

—¿Trabajamos en equipo? —ofreció, aunque temía que ella estuviera enfadada y se negara a tener nada que ver con él.

—Sí, será lo mejor.

Lo miró, dudando en si hablar también sobre su otro trato o aquel boicoteo cambiaba todo. No se había parado a pensar tampoco en las consecuencias sobre el sexo, si se acabaría todo ahí o… Sus ojos se encontraron, y cuando ya se inclinaba hacia ella, escucharon que se abría la puerta de la cocina.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Manny, acercándose a ellos con gestos nerviosos—. ¡Que estamos en ascuas ahí dentro! ¿Qué ha dicho Archie? ¿Qué menú ha ganado?

Con un carraspeo, ellos se separaron y cogieron varios platos de la mesa, evitando mirarse o tocarse de nuevo.

—Empate —resumió Patrick.

—Sí, eso es —corroboró Brooke—. Archie dirá qué menú quiere y presentaremos eso a los novios.

Mejor que no supiera nadie la que habían liado… Solo esperaba que el director no lo contara al resto del equipo, porque entonces también perderían el respeto que se habían ganado con el tiempo.

Si es que… ¿dónde había tenido la cabeza para hacer aquello?

Taconeando con rapidez tras Archie, que parecía que tenía prisa o que lo

persiguiera alguien, Denise se esforzaba por mantener su ritmo. Ya estaba sin aliento, así que intentar hablar con él sobre lo que había pasado era imposible, al menos hasta que estuvieran en el despacho.

No estaban muy lejos, lo cual era una ventaja, porque ya pensaba en quitarse los zapatos para no quedarse atrás, y en cuanto entraron a la oficina del director, Archie cerró la puerta tras ellos.

—¿Eso ha pasado antes? —le preguntó, sin preámbulos.

Se había detenido de pronto y ella casi chocó con su espalda. Retrocedió un paso al momento, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? No, no, jamás.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a mentirte? —Él elevó una ceja—. No, ni se te ocurra decir que porque Brooke es mi amiga, eso no tiene nada que ver. No entiendo lo que ha pasado hoy, y lo hablaré con ella, claro. Tú también te llevas bien con Patrick, ¿no? Así que…

—Sí, me llevo bien con él, pero no me esperaba esto, desde luego.

—Bueno, pues estoy tan sorprendida como tú. Siempre han tenido sus más y sus menos en la cocina, pero nunca se habían boicoteado así.

Archie la observó unos segundos, como sopesando si creerla o no, y al final se apoyó en su mesa con un suspiro.

—Si no se comportan y estropean la boda… Es muy difícil remontar un hotel, y un evento así supone mucho.

—Estoy segura de que lo saben. No tendrás que echar a ninguno, verás.

—Me han puesto en una situación muy difícil. No me gusta tener que echar broncas, no es mi estilo.

—Pues lo has hecho muy bien. —Sonrió—. Me has impresionado hasta a mí, ya pensaba que los ibas a castigar de cara a la pared.

A su pesar, Archie sonrió. Seguía mosqueado, porque la decepción era grande y tenía sus reservas sobre confiar en ellos para la boda. Pero, como había dicho, siempre daba segundas oportunidades, aunque supusieran un riesgo.

El teléfono del despacho sonó y lo cogió haciéndole un gesto a Denise para que esperara y no se marchara aún.

—¿Sí? Bien, vale, luego me paso. Gracias. K… imokoa.

Colgó y carraspeó antes de mirarla.

—Era Koa o Kimo, ya sabes que me lío —le explicó—. Ya está el flamenco del laberinto de nuevo en pie, y ha añadido más luces y vallas para ponerlo más decente. —La miró, con ojos brillantes—. Quiere que vaya a verlo, ¿me acompañas?

—Ah, ejem, bueno, pues no creo que… o sea, puedes verlo tú solo.

Retrocedió hacia la puerta, y él se separó de la mesa, sin dejar de mirarla.

—¿Te vas? —preguntó.

—Huy, sí, tengo muchas cosas que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Eh…

Denise se quedó en blanco. Y eso que no tenía muchas cosas que hacer, no, sino muchísimas. Miles, seguro. Siempre tenía algo en su lista, así que, ¿por qué no se le ocurría ninguna? Demonios, si dejara de mirarla con esa cara y esa sonrisa pícara… Solo podía pensar en flamencos, en luces y... ¡Menudo momento había escogido Koa —o Kimo— para llamar!

Su espalda chocó contra la puerta, pero antes de que pudiera girarse para abrirla, él ya estaba a su altura. Archie apoyó las manos en la madera, a ambos lados de su cabeza, y bajó la vista a sus labios.

—Supongo que puedo ir solo a ver los flamencos—dijo—. Aunque no será lo mismo.

—No, ejem, seguro que encuentras la salida rápido.

Archie bajó una mano para pasarle el pulgar por el labio inferior y ella notó cómo se volvía a quedar sin aliento, aunque esa vez la caminata no tuviera nada que ver.

—Tengo que… tengo que irme —murmuró.

—¿Seguro?

Le hubiera contestado si no fuera porque él había hecho aquella última pregunta con su boca a solo un centímetro de la suya, y así era imposible poder emitir ningún sonido. Así que Denise decidió que mejor dejar la conversación para después. La culpa era de los flamencos, algo tendrían. Le cogió por la nuca para que la distancia desapareciera y lo besó con ansia, como si hubiera estado sedienta y él fuera el agua que necesitaba.

Archie la agarró del pelo, moviéndole la cabeza para facilitar la posición y abrirle la boca con la lengua. Denise no se quejó; aunque temía despeinarse con aquel gesto, le daba igual. Lo agarró por la cintura para pegar sus cuerpos, maldiciendo su falda lápiz, y entonces su mente hizo clic y recordó el sueño, el maldito sueño que la había metido en todo aquel lío.

Y, al hacerlo, una ola de calor recorrió su cuerpo desde la raíz del pelo hasta la punta de los dedos de los pies.

Entonces, notó que él hacía algún movimiento extraño con el brazo, y a duras penas consiguió separarse para mirar. Archie trataba de bajar la persiana que daba al pasillo, y en uno de los tirones consiguió cerrarla. Había otra más, que recibió el mismo trato, y, sin querer, Denise desvió la mirada a su mesa,

llena de papeles y con su portátil encima.

Archie siguió la dirección de su mirada, pero la cogió de la mano y no la llevó hacia allí, sino hasta uno de los sofás que había enfrente, junto a una pequeña mesa de reuniones.

—No creas que no lo he pensado —comentó él, mientras la tumbaba y le sacaba la blusa de la falda—. Pero aprecio mi portátil y no quiero pensar en tener que ordenar después.

Denise no protestó. Al contrario, elevó las caderas para que pudiera subirle la falda, que se quedó enrollada en su cintura. Archie no tardó ni un segundo en meter la mano en su ropa interior, moviendo los dedos entre sus piernas, y la miró.

—Vaya, veo que no soy el único que llevaba pensando en esto un buen rato.

Como para confesarle que más que un rato, unos días antes incluso de los flamencos. Se sentía en desventaja, porque no tenía ni idea en qué momento se habría fijado en ella de esa manera; tenía que haber sido antes de los flamencos, ¿no?

En lugar de decir nada, imitó su gesto y le desabrochó el pantalón, introduciendo la mano por la tela del bóxer y comprobando que, efectivamente, estaba tan excitado como ella. Archie le había levantado la blusa hasta dejar su sujetador expuesto, pero al notar su mano, abandonó la idea y bajó las manos a sus caderas para colocarse entre ellas. Dejó una sujetándola y con la otra le sacó la que tenía en los pantalones para entrelazar los dedos y ponérsela por encima de la cabeza. Besándola, la penetró con un movimiento que la hizo gemir.

Denise le clavó los talones en las nalgas, moviéndose bajo él casi con desesperación. Pensaba que el momento del laberinto había sido suficiente para quitarse la duda tras el sueño, que ya no necesitaba más, pero ahora veía que se había estado engañando a sí misma.

Archie bajó la cabeza a su cuello, pasando la lengua, y descendió hasta el sujetador. Cómo le apartó la tela con los dientes fue algo que Denise no se explicó, pero a los dos segundos notó cómo le lamía el pezón y se agitó bajo él. Apenas podía moverse porque solo tenía una mano libre y estaba atrapada en aquel sofá, lo cual la excitaba más de lo que imaginaba. Metió la mano por su camisa, arañando su espalda, y apretó los muslos cuando un intenso orgasmo la sacudió.

Lo notó estremecerse y gemir en su pecho, y cogió aire para intentar recuperar la respiración. La próxima vez se iba a enterar, sería ella la que se pusiera encima, y…

No, no, ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué pensaba en una próxima vez?

Aquello tenía que parar, por Dios, que no era profesional.

Notó que se movía y abrió los ojos. Archie le acariciaba la cara y el pelo, y depositó un beso en sus labios.

—De verdad, me parece increíble que tengas el pelo perfecto —dijo él.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

Archie rio y pasó los pulgares por sus mejillas, ruborizadas.

—Diría muchas cosas, pero no sé si es el momento. Quizá deberíamos buscar algún sitio mejor que un laberinto de flamencos y un sofá enano de despacho, ¿no crees?

La miró con intensidad y, aunque su tono sonaba despreocupado, Denise se dio cuenta de que se había tensado ligeramente.

Pensó que era la oportunidad perfecta: ahí mismo podía decirle que aquello —lo que fuera— se había acabado, que no habría más encuentros pasionales y punto. Solo que su cabeza seguía aún sin mucha sangre o sus neuronas preferían que las hormonas hicieran su trabajo, porque le llegaron imágenes del *jacuzzi* de su habitación. O de la cama que tenía, el doble que la suya. O…

—Algo apañaremos, sí —se sorprendió contestando.

Le rodeó el cuello para besarlo y, entonces, volvió a sonar el teléfono. Con un resoplido, Archie se apartó y fue a contestar, arreglándose la ropa por el camino. Con rapidez, Denise se recolocó la falda y la blusa, y se pasó las manos por el pelo. Ya estaba en la puerta cuando él la llamó, así que se giró tragando saliva. Archie cubrió el teléfono para que no le oyera quien fuera que había llamado.

—¿Hablamos luego?

—Vale.

—¿En mi *bungalow*?

¿Ahora le leía la mente? Ella afirmó, cogiendo el pomo de la puerta.

—Ya veré cuándo, cenaré con Delilah y… bueno, ya veré.

Y escapó de allí antes de decir alguna tontería. Una vez en su despacho, evitó mirar la ventana de marras que los separaba y comprobó el estado de su pelo en un espejo. No necesitó más que un par de cepilladas para que volviera a su liso perfecto, y encendió el ordenador, aunque sin ver lo que tenía que hacer.

Definitivamente, se había liado con su jefe, ya no tenía más excusas que inventarse.

Capítulo 10

—¿Queríais verme?

Brooke y Patrick se giraron al mismo tiempo al escuchar la voz de Archie desde la puerta de la cocina. Los dos se miraron, aún con la culpabilidad rondando en sus cabezas.

Desde el día de la prueba de menú, Archie apenas se había pasado por allí, y aunque los dos querían pensar que era porque estaba ocupado con su trabajo, también temían que fuera por la decepción. De modo que, tras cuatro días de duro trabajo, habían pedido a Vaitiare que lo avisara, por favor, que los dos querían hablar con él, y la entregada recepcionista lo hizo ir hasta el mostrador para darle el mensaje en persona.

—Pasa, por favor —pidió Patrick, con un carraspeo.

Archie los miró, impaciente.

—Sabéis que estoy hasta el cuello de trabajo, ¿verdad?

—Serán diez minutos. Venga, pasa.

El hotel estaba más caótico que nunca con la inminente llegada de la boda. Archie intercalaba llamadas con trabajar donde hiciera falta y todo el mundo se sentía alborotado, además de sobrecargado de curro, pero lo bueno era que lo hacían de buen grado. Sobre todo, porque cuando veían al propio director del hotel implicado, resultaba más fácil ese sobreesfuerzo.

—Bien, ya estoy dentro. ¿Qué pasa?

—Queremos disculparnos otra vez por lo sucedido el otro día —continuó Patrick—. Sabemos que fue una decepción, y también para nosotros. Hemos hablado y arreglado el problema, no se repetirá.

—Vale, genial.

—Hemos pensado el menú entre los dos y hemos hecho una muestra. Si tienes tiempo de probar esto, creemos que estará a la altura.

Archie los miró, ligeramente irritado. No era el momento, pero al ver las expresiones de aquel par de caras contritas, se acercó con un resoplido.

—Bien, bien, de acuerdo. Diez minutos —replicó, mientras se acercaba al mostrador—. Venga, contadme.

Brooke y Patrick intercambiaron una mirada esperanzada, porque si aquello

salía bien, estaban convencidos de que recuperarían la confianza de Archie. Por supuesto habían probado todo, llevaban días trabajando juntos como un equipo para llegar a ese punto y, desde luego, para Brooke había sido de lo más satisfactorio hacerlo, así que no andaban rabiando todo el tiempo.

—Como entrantes, nos hemos decidido por el tropical de salmón y los rollitos de gambas, aunque podríamos añadir un tercero extra si es necesario —informó Patrick—. Puedes probarlo, no lleva wasabi.

—¿Seguro? —Archie alzó una ceja.

—Segurísimo. —Patrick le dio una palmadita, una pequeña licencia que no debería tomarse estando en la cocina, y que a pesar de todo decidió hacer.

Archie no parecía convencido, aunque finalmente tomó un bocado de cada uno y puso cara de alivio al ver que no solo era comestible, sino que estaba realmente bueno.

—Buen principio —se limitó a decir, sin tenerlas todas consigo.

—El primer plato será la ensalada de pollo, aguacate y piña. —Brooke la señaló.

—¿Cómo habéis decidido qué platos escoger?

—En equipo —respondió Patrick, guiñándole un ojo a la chica.

—Es un alivio saberlo. —Archie pinchó un poco de ensalada y al momento notó la diferencia con aquella cosa que se había tenido que tragar en la prueba de menú—. Es perfecta, muy ligera.

—Como segundo plato, ofreceremos las dos opciones para que los clientes puedan escoger —comentó Patrick—. Tanto las costillas como el ceviche de salmón tienen ingredientes que utilizamos a diario, así que no nos pillaremos los dedos con el pedido.

—Son ochenta invitados además de los novios, ¿verdad? —preguntó Brooke.

—Eso es —afirmó Archie, probando el salmón—. Sumad fotógrafo, el del video, el *kahuna* y demás gente extra que suele participar en una boda. Redondeamos a noventa si os parece.

—Sí, no hay problema, era más o menos lo que habíamos calculado para el pedido.

—¿Qué tal el ceviche? —quiso saber Patrick.

—Teniendo en cuenta que no soy un gran fan del salmón, está de diez —contestó Archie, y cuando cortó un trocito de costilla también tuvo una buena sensación, pues el cuchillo no se quedó clavado—. A ver esto qué tal.

Brooke se tensó y, sin darse cuenta, estiró la mano hacia la de Patrick. Las costillas eran su prueba de fuego, porque quería borrar el recuerdo del jefe de aquella cosa incomible que le había puesto delante días atrás.

—Increíbles. ¿Las has hecho tú, Brooke? —La miró.

—La verdad es que la receta es mía, aunque todo lo hemos cocinado a medias.

—¿En serio? —Archie se cruzó de brazos—. ¿Sois sinceros, o solo me estáis diciendo lo que quiero oír? Porque me jodería mucho irme de aquí contento y creyendo que por fin sabéis hacer equipo, y darme cuenta dentro de unos días que todo era un teatro.

Los dos lo miraron, con los ojos como platos y la sonrisa congelada. Joder, después de una disculpa y una comida esperaban un mínimo de credibilidad, una sonrisa, un algo y no esa…

Archie sonrió al ver sus caras, resoplando.

—Vale, vale, calma que bromeaba —dijo—. Joder, ¡qué caras!

Patrick estuvo a punto de pegar un bote al notar que Brooke le apretaba la mano como si quisiera arrancársela, y recordó que aún seguían unidos. Seguro que la chica le estaba haciendo lo que de verdad quería hacerle al director, que era retorcerle el pescuezo por bromear en un momento de tensión.

—Vale, vale. —Archie alzó las manos en un gesto de paz—. Venga, a ver el postre, y acordaos de ponerle por encima un poco de sentido del humor.

Brooke soltó el aire que llevaba retenido desde su entrada en la cocina y se aproximó para coger la copa. Finalmente, la opción ganadora había sido la propuesta de Patrick, porque debía reconocer que era mucho más apetecible que su crema.

—Copa especial —explicó—. En realidad, es un tiramisú de piña y kiwi con flores comestibles por encima. Rica y ligera.

Archie probó un poco y afirmó.

—¿No quieres más? —preguntó ella, confusa—. Si no metes la cuchara hasta el fondo, no notarás los diferentes matices de las frutas y el sabor del coco que…

Patrick alzó la ceja y la chica se calló.

—Sois los cocineros más pesados que he conocido en la vida —resopló Archie, y clavó la cuchara hasta que hizo sonar el cristal de la copa—. ¿Así está bien?

Brooke enrojeció y miró hacia el techo.

—Este menú sí es de boda —dijo Archie, una vez degustados todos los matices que preocupaban a Brooke—. Os agradezco la molestia de prepararlo y avisarme.

—Queremos que sepas que nos lo tomamos en serio y que la chiquillería del otro día… —dijo Patrick.

—Nos pudo la presión —añadió Brooke—. Los dos queremos el puesto. Claro que no hay excusa: la pelea siempre tiene que ser limpia.

—Bien, rectificar es de sabios —respondió Archie y le dio una palmadita a cada uno—. Decidme, por favor, que tenemos de todo para ofrecer este menú. Si es así, podré mandar imprimirlos ya mismo y una cosa menos.

Los dos asintieron.

—Claro, no te lo habríamos dado a probar de no ser así. Tenemos todo el género listo excepto las hortalizas, pero en eso no habrá problema, prometido.

—Perfecto, ¿me lo pasáis al correo electrónico?

—Claro, claro —se apresuró a decir Patrick—. Ahora mismo.

—Así que… —empezó Brooke, y después pareció pensarlo mejor.

—¿Qué?

—Me preguntaba si, en fin, esto elimina la horrible prueba del otro día.

No podía negar que llevaba preocupada desde ese mismo día, sobre todo después de hablar con Denise y que su amiga le corroborara que, en efecto, Archie llevaba un cabreo considerable encima. Ni siquiera supo explicar a la rubia qué se había apoderado de ella para actuar así, porque Brooke era una persona competitiva, pero no solía jugar sucio.

Y empezaba a temer que el puesto no le preocupara tanto como la posibilidad de que, una vez concedido a uno de los dos, se esfumara la opción de que siguieran viéndose.

Solo que esa idea era inquietante, y desagradable. Y no quería darle vueltas.

—Todo arreglado —confirmó Archie, con una sonrisa amable—. Puede que me excediera un poco yo también, así que lamento la bronca.

—Gracias, pero nos la merecíamos —dijo Patrick, sin dudar—. Hay otra cosa.

—¿Qué?

—¿Qué es una boda sin tarta?

Archie lo miró, sin entender. Lo cierto era que los novios no habían ni pedido una, ni especificado nada sobre el tema, y ahora acababa de creársele la duda: ¿esperarían una tarta, al menos para cortarla, como hacían en algunos sitios?

—Me acabo de quedar en *shock* —dijo—. Ni se me había ocurrido que los novios pudieran esperar una. No la han pedido ni nada.

—Aun así, estamos seguros de que les gustará —comentó Brooke—. Y más si corre a cuenta del hotel, como detalle. Imagina los comentarios.

Archie alzó la ceja por segunda vez y la señaló.

—Muy bien pensado —apuntó—. Un detalle del hotel. Perfecta para hacer las fotos y seguro que se la comen, si no en el momento, un rato después.

—Eso es —asintió la morena, orgullosa.

Fue hasta el frigorífico y lo abrió, regresando un segundo después con un

plato grande que contenía una tarta de tamaño pequeño. Era preciosa, de color blanco y cubierta por una combinación de flores comestibles y *macarons*, todo ello en tonos rosa claro y plata, los mismos de la boda.

—¿La habéis hecho vosotros? —preguntó Archie.

—Es una prueba, hemos pensado que, si te gusta, podemos preparar una para la boda. Nos llevará unas cuantas horas más, pero si trabajamos por la noche… Además, seremos más en la cocina ese día, o sea que lo veo factible. Y Patrick también.

Archie examinó a ambos, aún sorprendido. No era solo el hecho de pensar en la tarta, además de la idea de ofrecerla gratis a los novios, sino lo que implicaba: incrementaba las horas de trabajo de ambos de manera considerable, si ya estaban con los cálculos y preveían empezar la noche anterior…

—Tendréis qué hacer algún descanso —advirtió—. No quiero que ninguno trabaje un montón de horas seguidas sin parar. Sois los jefes de la cocina, organizad bien los horarios.

—Está hecho —dijo Patrick—. Haremos descansos cortos en ratos de cocción largos. Manny, Lilo y Kalani pueden manejar la cocina con los entrantes y ensaladas, por ejemplo. Tranquilo, no nos desmayaremos, prometido.

—Vale. Pues oficialmente, estoy impresionado —contestó Archie—. Gracias a los dos. Por las disculpas, por haber sabido arreglar vuestras diferencias para trabajar en equipo y por la idea de la tarta.

—¿Quieres probarla? —ofreció Brooke.

—Mejor aún, ¿qué os parece si la sacamos al salón de actos y la compartimos con el equipo? —preguntó—. Llevan cuatro días sin parar, como todos, se lo merecen.

Los dos asintieron, sonrientes. Brooke cogió la tarta y Patrick, con un gran sentido práctico, rebuscó hasta encontrar un paquete de platos desechables. Que querían mucho al equipo, pero lo de meter en el lavavajillas tropecientos platos no le apetecía lo más mínimo.

Tras un gran esfuerzo general por parte de todo el personal, llegó el día de la boda. Aunque el enlace se celebraba el sábado por la tarde, los invitados empezaron a llegar el viernes, de modo que el jaleo comenzó ese mismo día.

Por suerte para Kimo, lo de contratar personal extra no se había quedado en una mera promesa, y el hombre que servía para todo se encontró con tres ayudantes a los que poder dar órdenes a la hora de ir acomodando invitados.

Con un Archie bastante nervioso, Denise se dedicó a revisar todos y cada uno de los puntos de la boda, además del hotel, solo para asegurarse de que no

había fallos ni nada se quedaba en el tintero.

—Todas las habitaciones están listas, ¿verdad?

—Desde luego —respondió ella, con tono de voz sereno—. Las chicas han hecho un gran trabajo, ¿quieres ver otra vez las fotos?

—No, te creo. ¿Y la *suite*?

—Está perfecta, con la decoración que acordamos. Les hemos puesto los flamencos en las mesitas de noche, los pétalos, las flores, los bombones y el champán lo meterán en la nevera más tarde. De todos modos, los novios no llegan hasta mañana.

Denise lo miró de reojo, dejando momentáneamente de tachar cosas en la lista. Archie trabajaba bien bajo presión, aunque lo notaba preocupado. Comprendía todo lo que se jugaba: esa boda era el primer paso hacia el cambio, si salía mal sería un golpe… ¿Por qué tantas dudas? Había levantado cinco hoteles antes que ese, estaba más que claro que ese trabajo se le daba bien y que su intuición funcionaba.

Tampoco habían tenido tiempo de hablar ni de volver a estar a solas. El día del despacho no pudo regresar a su *bungalow* porque Delilah sufría una especie de berrinche y dejarla sola en esa situación resultaba demasiado insensible hasta para ella, de modo que decidió quedarse por pocas ganas que tuviera. Le mandó un mensaje para explicarle el motivo y él le contestó que lo comprendía.

La cosa era que Denise se había quedado con las ganas de saber qué diantres pensaba decirle él, al menos necesitaba una pista de hacia dónde se encaminaban. Porque ella no era como Brooke, lo de «sexo y ya» no funcionaba en su vida, siempre necesitaba sentir una conexión, por pequeña que fuera. Así que quería saber qué pasaba ahí.

Sin embargo, su intención de hablarlo se vio frustrada por la boda. Si esa noche no pudo ir ella por causa de Delilah, los días siguientes era Archie quien estaba demasiado ocupado.

Denise sabía de sobra que no eran excusas, ambos trabajaban mano a mano, y Archie el primero, algo que tenía asombrado al personal. Aparte de él, Denise dudaba de que hubieran visto nunca a un jefe con las mangas de la camisa subidas hasta los codos mientras movía mesas, sillas, arrastraba cables y pasaba horas con los de mantenimiento poniéndolo todo en su sitio.

Solo que, aunque estuviera justificado… le molestaba. Llegados a ese punto, se daba cuenta de que no podía ser tan quisquillosa, eran días de estrés y agobio, todos iban a tope y no era nada personal. Aunque de vez en cuando lo pillaba lanzándole alguna miradita poco apropiada y eso la mantenía expectante, como si en cualquier momento pudiera pasar algo.

Mierda de hombres, joder. Cuando no te liabas con ninguno, no andabas expectante, ni más ni menos. Era para volverse loca; al principio lo de tener sexo en cualquier sitio a lo loco le había parecido eso, una locura… y ahora ahí estaba, esperando que volviera a ocurrir. Dos veces se había acostado con él, dos, y ya estaba enganchada. Mierda de hombres.

—¿Estás conmigo? —lo oyó decir.

—¿Eh?

—No sé dónde has ido, pero vuelve, por favor. —Archie la miró—. ¿Qué toca ahora?

Ella lo miró, irritada. ¡Por Dios, si ambos se sabían la maldita lista de memoria! Por lo menos la habían repasado veinte veces, tantas que le daban ganas de arrugar el papel y tirárselo a la cabeza. Ahora comprendía por qué siempre tenía éxito en su trabajo, ¡por pesado!

—El cementerio de… perdón, el exótico laberinto de flamencos —murmuró, con una mezcla de burla y vergüenza, como siempre que recordaba ese lugar.

—¿Está preparado?

—Todo listo. Las sillas están colocadas, y el círculo de flores del suelo también… Tenemos los *leis* preparados allí mismo, solo será entregarlos a los novios y sus padrinos y madrinas cuando lleguen. Koa ha reforzado las luces y las ha puesto de colores.

—Y el *kahuna* ese…

—También. Ha contestado al *mail* recordatorio y ha dicho que dejemos de escribirle, por favor, que llegará a la hora.

Archie hizo un ruidito escéptico.

—El grupo de música… —empezó.

—Estarán aquí a las tres. Les daremos de comer y luego se irán colocando, hay tiempo de sobra, que la boda es de tarde —lo cortó Denise.

El chico entrecerró los ojos, como si percibiera la impaciencia en su tono.

—El comedor… —intentó de nuevo él.

—El comedor está perfecto —volvió a interrumpirlo Denise—. Todo colocado, manteles, platos, cubertería y la decoración en rosa y plata, tal cual.

—Vale, pero…

—El jardín trasero está listo. Koa lo ha llenado de guirnaldas de luz, la barra móvil la han montado esta mañana y por la tarde han llevado todo para poder preparar las bebidas y cócteles.

—¿Y el suelo está bien?

—Koa ha dado el visto bueno, así que imagino que nadie se caerá por algún otro motivo que no sea el alcohol. Para que el laberinto no sea problema, ha dejado luces como señal, así pueden encontrar el jardín si se pierden.

Denise tachó varias cosas seguidas.

—Respecto a la barra libre…

—En cuanto se termine el banquete y los invitados salgan al jardín, los camareros recogerán el comedor y empezarán a preparar el *candy* bar. No habrá cocina, solo canapés y dulces, que los hará Manny y el resto del equipo de cocina.

—Porque el personal…

—Hay personal de sobra.

—¿Me dejarás terminar alguna frase? —cortó él, con tono molesto.

—No. —Archie la miró—. Está todo controlado. No pienso seguir repasando esta lista una y otra vez solo porque tengas un ataque de pánico pre-evento. Lo siento, pero tengo más cosas que hacer.

—Oye, ¿al antiguo director le hablabas así?

—Él no era tan…

—Perfeccionista es la palabra que buscas —acabó Archie por ella.

Bien, Denise pensaba definirlo como pesado, pero aquello era una metáfora que también servía, básicamente significaba lo mismo y sonaba mejor.

—Sea lo que sea, hemos repasado esta lista veintiún veces y creo que ya es suficiente. Por lo general, un director no se mete tanto en la organización de eventos, eso es cosa del subdirector del hotel.

—Lo sé, pero tengo que estar al día de todo. ¿Y si te pones enferma?

—Cosa que no ha ocurrido ni una sola vez desde que estoy aquí.

—Mi trabajo es asegurarme de que haces bien tu trabajo, no puedo hacerlo sin saber cuál es.

—Ya tienes que sabértelo de memoria, has estado más tiempo conmigo en un mes de lo que estuvo Atkinson en año y medio.

Él afirmó, acariciándose la barbilla. Denise esperaba que todas sus respuestas hubieran ayudado a dejarlo tranquilo y convencido de que todo estaba bajo control, pero la expresión de su cara en aquel momento era inescrutable y no sabía qué le pasaba por la cabeza.

—¿Podemos repasarlo una última vez?

Brooke y Patrick empezaron de madrugada, tal y como le habían prometido a Archie. Hornearon las capas de bizcocho de una en una, con mimo, mientras Patrick preparaba la nata para el relleno y Brooke la crema de chocolate blanco y limón para la parte de fuera.

Respecto al banquete, había algunas cosas que se podían adelantar, y eso hicieron: cortar el salmón en dados y ponerlo a macerar en el limón, preparar las verduras para las guarniciones y cosas por el estilo, siempre sin descuidar la

tarta, por supuesto.

A ratos descansaba uno, después el otro. En cuanto la tarta estuvo lista, solo a falta de la decoración final, los dos se permitieron dormir unas horas antes de regresar a la cocina con el turno del mediodía. La verdad era que todo parecía estar bajo control, las manos extra se agradecían para cosas como cortar las chuletas, trocear el pollo, preparar las salsas y demás.

Por suerte, Brooke y Patrick habían trabajado en bodas antes y sabían cómo controlar al personal, además de organizar la cocina.

Cocinar para tanta gente no era tarea fácil y no podían dedicarle el mimo habitual, pero los dos sabían lo que había en juego, de modo que pusieron todo de su parte. Brooke veía muy claro que allí lo que funcionaba era el hecho de trabajar en equipo: en cuanto habían dejado de ser rivales para volverse aliados, el clima había cambiado. Y también el resultado… Si coincidían en querer la misma sartén y sus manos se rozaban, ambos se miraban al momento, ruborizados. En lugar de enfadarse por ello, Brooke pensaba en el después. Una vez preparado el banquete, con los postres camino al comedor, los dos podrían unirse a la fiesta, ya que el propio Manny y el resto del equipo se ocuparían de los canapés y el *candy* bar era algo muy sencillo que no requería de su presencia. Así que Brooke estaba deseando que llegara el momento de ir a toda prisa a su *bungalow* a cambiarse y así poder ir a tomar una copa de champán, charlar con Denise y, quizá, bailar con Patrick en algún momento de la noche.

Un momento, ¿bailar? Eso no estaba en la lista. No, bailar era algo típico de parejas y ellos no lo eran.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el ritmo de la cocina. Los cocineros comenzaban a cruzarse entre ellos, portando entrantes, cosas para decorar, salsas y demás.

Los platos comenzaron a colocarse en orden para ir poniendo encima los entrantes, mientras Brooke y Patrick controlaban que los hornos entraban en fase de precalentamiento.

Fuera, se aproximaba el momento de la ceremonia. Esta era a las seis, después los novios se harían las fotos en el hotel y alrededores, mientras los invitados disfrutaban de un cóctel hawaiano y, sobre las siete y media, los encaminarían al comedor.

Archie inspeccionó por última vez el laberinto de flamencos. Ya no podía hacer mucho más, los novios llegarían pronto, el *kahuna* andaba por allí tomándose un cóctel y los músicos tenían sus instrumentos colocados. Lo que tuviera que ser, sería.

Denise apareció junto a un hombre que no conocía y los dos se acercaron hasta él.

—Archie, este es Kale, nuestro proveedor de flores —dijo ella—. Acaba de traer el *haku lei*, tienes que firmar aquí.

El chico sabía que lo correcto era girarse hacia Kale, presentarse, estrechar su mano y firmar el papel, pero para eso tendría que dejar de mirar a Denise y eso costaba. Ese vestido negro escotado iba a hacer que se le rompiera el cuello durante la noche, ya lo veía venir… si ya la encontraba sexi con sus modelitos de Moneypenny y el pelo impecable, con ese aspecto aún la veía más deseable aún. No era que esos últimos días no hubiera pensado en ella, solo que al no haber hablado antes sobre el tema, no tenía muy claro qué quería la rubia.

—Archie —insistió ella.

—¿Sí?

—Tienes que firmar…

—Ah, sí. Perdona, es un placer. —Le estrechó la mano a Kale y firmó sin leer nada—. Listo.

—¿Sigues preocupado? —preguntó Denise, una vez Kale se hubo marchado —. No tienes por qué, todo va bien. Los novios llegan en diez minutos.

—Estoy tranquilo, estoy tranquilo.

—Voy a por el *kahuna*, ya se ha tomado dos cócteles de champán y quiero asegurarme de que está sobrio, no sea que entre de cabeza al círculo de flores.

Denise lo dejó allí para ir en busca del *kahuna*. Tras batallar cinco minutos para que soltara su tercera copa, una llamada de Vaitiare le informó de que los novios estaban a punto de bajar. A la novia la había visto llegar por la mañana, aunque después ya no; Denise suponía que se encontraba descansando antes de prepararse.

Comenzó a acomodar a los invitados que seguían llegando, haciéndose cargo de la situación al momento. Aunque en el Lanikai Beach era la primera boda que celebraban, Denise tenía mucha experiencia en eventos de su temporada en Los Ángeles.

Tras una pequeña escaramuza con tres señoras que querían ocupar las mismas sillas con vistas de primera hacia la ceremonia, Denise tuvo a todo el mundo sentado y regresó con Archie, que había seguido la escena con gesto de preocupación.

—Arreglado —comentó ella—. Todas las señoras son igualitas, les da lo mismo estar en una boda que en un palco o en un espectáculo: quieren buenas vistas.

—Ya pensé que la iban a liar.

—Bueno, no sería una boda si no hubiera alguna pequeña catástrofe, ¿no? —

bromeó la chica, y movió la cabeza al ver su cara—. No estés tan preocupado, por Dios.

—No sé si eres consciente de lo que nos jugamos…

—Sí que lo soy. —Lo miró—. Aquí tienen una expresión: «Sin lluvia no hay arcoíris».

Archie giró la cara en su dirección, perplejo.

—A veces, después de algo malo, viene la recompensa. Que conste que no es mi opinión, a mí me gusta la lluvia, pero ya entiendes lo que quiero decir.

El novio apareció en ese instante, acompañado de su padrino, así que Archie no tuvo que contestar nada, aunque tampoco hubiera sabido bien qué.

El *kahuna* se encontraba fuera del círculo de flores que había en el suelo y entonó el *mele* fielmente hasta que el novio llegó a ocupar su lugar.

Los músicos aguardaban la llegada de la novia, preparados para hacer sonar las caracolas, lo que no tardó en suceder. Cuando la chica apareció, se hizo el silencio en el lugar y, justo entonces, todas las lucecitas que Koa había colocado se encendieron con un tintineo.

Los invitados miraron hacia arriba con exclamaciones de admiración. Pese a que no estaba oscuro, no se podía dudar de la magia que despertaban las luces, además de iluminar la ya de por sí resplandeciente tez de la novia.

Esta llevaba un vestido blanco precioso con una cola poco prominente, y el cabello oscuro suelto. Atravesó el camino entre las sillas decoradas hasta llegar al círculo de flores, donde tuvo lugar el intercambio de *leis* entre novios y padrinos, y la novia recibió el *haku lei*.

La ceremonia dio comienzo.

Archie y Denise permanecían en un plano discreto, controlando que todo estuviera bien y, al mismo tiempo, absortos en la ceremonia que se desarrollaba ante sus ojos. Parecía increíble lo diferente y bonito que se veía el laberinto de flamencos, era hasta romántico.

Ella lo miró de reojo, pensando si decir algo… y volvió la vista hacia los novios, decidiendo que mejor se quedaba callada. Archie parecía muy concentrado, no quería añadir más presión.

Sonó el *Ke Kali Nei Au* y los novios comenzaron a decir sus votos, con algún lloro de fondo que provenía de un grupo de mujeres mayores. Archie las examinó para asegurarse de que no lloraban por nada que pudiera ser culpa suya y volvió su atención a la ceremonia, que, de manera sorprendente, le estaba pareciendo bonita. Muy diferente a las tradicionales en la iglesia de turno, que siempre le daban sueño.

Al ver a un anciano cabecear en la última fila, pensó en hacerle una broma

sobre ello a Denise y la miró de reojo, pero cambió de opinión al ver que ella no apartaba la mirada de los novios.

Lo de la lluvia y el arcoíris lo había dejado sin palabras y, aunque comprendía de sobra el sentido de la frase, estaba tentado de pedirle que le diera unas clasecitas para explicárselo mejor.

Y, de pronto, unos aplausos lo sacaron de sus pensamientos y se dio cuenta de que la ceremonia acababa de terminar. Los novios se besaron y la banda comenzó a tocar la tradicional música hawaiana que amenizaría parte del banquete y de la barra libre.

Denise se unió a los aplausos de los invitados.

—Una ceremonia preciosa —comentó—. He estado en montones, pero nunca había visto una hawaiana.

—Sí, ahora viene la parte más importante, el banquete.

—*Kakou*.

—¿Qué?

—Estamos en esto juntos, tranquilo —tradujo la chica—. Brooke y Patrick no van a decepcionar a nadie, ya lo verás.

Archie asintió, ajustándose la corbata, que ya empezaba a molestarle.

—Vamos a comprobar el comedor mientras los invitados se ponen finos de champán y nos pasamos por la cocina de paso.

Dejaron a los invitados desperdigados por el laberinto entre exclamaciones de placer para regresar al comedor. Denise entró la primera, aunque no había dado ni dos pasos cuando notó que Archie la agarraba por el brazo y tiraba de ella hacia él.

De pronto se vio atrapada entre sus brazos y vaya, sorpresa, ahí volvía el hormigueo.

—¿Tenemos un par de minutos para esto? —preguntó él, apretándola contra una pared cubierta por dos gruesas y pesadas cortinas—. Me he propuesto despeinarte.

La rubia abrió la boca para protestar, porque despeinarse antes de una boda… y no pudo decir mucho más, porque esa vez Archie no esperó a que lo besara ella, sino que le tomó la delantera y buscó su lengua con urgencia.

Denise suspiró al notar aquel calor que tan familiar había vuelto a recorrerla por completo. No sabía qué tenía que era capaz de excitarla en tan poco tiempo… Le devolvió el beso aun a sabiendas de que no era el momento ni el lugar. En breve empezarían a aparecer camareros para ir depositando bebidas, entrantes, y ellos no podían estar detrás de una cortina haciendo lo que más le apetecía hacer en aquel instante.

Notó cómo la acariciaba por encima del vestido y metió las manos por

debajo de la chaqueta del traje, para ver si desde allí podía sacarle la camisa del pantalón o algo parecido. Joder, ojalá pudieran mandar la boda a la porra e ir a cualquier otro sitio donde estar solos...

Abrió los ojos de golpe al notar que Archie intentaba subir el vestido y una visión de una futura cremallera rota la hizo reaccionar.

—Espera —logró decir entre beso y beso—. Estamos en el comedor.

—Ya sé —murmuró él, bajando los labios por su cuello.

—Esto se va a llenar de gente en cinco minutos…

—Eso es un reto de verdad —dijo Archie, alzando la cabeza.

—No, estate quieto. —La rubia lo apartó sin miramientos—. Como nos pillen aquí… todo el mundo se enteraría de esto.

Él suspiró y se apartó, metiéndose la camisa por dentro del pantalón, además de arreglarse la chaqueta del traje. Denise hizo lo propio, estirando del vestido hacia abajo hasta dejarlo donde debería estar, y carraspeó concentrada en buscar el espejo más cercano.

—Sigues peinada —sonrió Archie, adivinando sus pensamientos—. Ya lo solucionaré.

—Inspecciona el comedor y yo iré a ver qué tal van en la cocina, así no nos distraeremos.

—Vale.

—Vale.

Con más pena que alegría, Denise se apresuró a salir de aquel lío de cortinas y se marchó derecha a la cocina, murmurando palabras de calma destinadas a su cuerpo, que se sentía estafado ante aquel calentamiento sin éxito.

Entre tanto, Brooke y Patrick se encontraban en mitad de una batalla campal en la cocina. Las encimeras aparecían atestadas de entrantes, ensaladas listas para aliñar y costillas, una tras otra, recién pintadas y listas para entrar en el horno en bandejas repletas.

Por todas partes se batían cremas y natas para la copa especial de la isla, y Patrick no dejaba de controlar el reloj para calcular si iban bien o con retraso.

En aquel momento, las puertas se abrieron y la rubia cabeza de Denise se asomó.

—¿Qué tal todo? Menudo ambientazo tenéis aquí —se burló.

Tanto Brooke como Patrick se apresuraron a ir hacia ella, ambos tan ansiosos que no se fijaron en la expresión ruborizada de la chica.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la morena.

—La ceremonia ha terminado, una preciosidad. Es una pena que te la hayas perdido —explicó Denise.

—O sea, que tenemos unos cuarenta minutos —calculó él, y miró hacia la cocina para ver qué faltaba y de ese modo preocuparse o no—. La carne al horno, ¡ya!

Las dos se chicas se frotaron los oídos, molestas por su tono.

—En fin, Archie está en el comedor por si acaso una suave brisa ha movido la esquina de alguna servilleta, así que… solo quería ver qué tal estabais. —Miró a Brooke—. Te he dejado el vestido preparado en la cama de tu habitación con los zapatos en el suelo.

—Mil gracias. —Brooke la abrazó, nerviosa—. Será mejor que volvamos, aún nos queda decorar la tarta. Te veo luego.

—Mucha suerte a los dos —les dijo Denise, antes de desaparecer.

Brooke y Patrick se miraron: no necesitaban suerte, porque para eso estaban ellos dos ahí, para que el éxito del banquete no fuera cuestión del destino, sino de su talento.

Manos a la obra.

Capítulo 11

Denise se asomó a la cocina, donde el equipo recogía para comenzar a preparar el *candy* bar. Patrick y Brooke dejaron de frotar la encimera y la miraron, expectantes.

—¿Qué han dicho? —preguntó ella.

—¿Les ha gustado? —preguntó él.

La tarta había salido hacía un cuarto de hora. La llevaron juntos, arrastrando la mesa con ruedas como si caminaran sobre un campo de minas. Solo faltaba que se cayera por el camino o alguna parte se desmontara. En la parte superior habían colocado un par de flamencos con los cuellos curvados, unidos para formar un corazón, y delante una pareja de novios de porcelana. Al llegar, fueron recibidos por exclamaciones de sorpresa y aplausos, pero no habían vuelto a saber nada desde su regreso a la cocina.

Denise les sonrió y afirmó con la cabeza.

—¡Están encantados! Quieren que salgáis a saludar, como en el teatro.

Se rio y ellos se miraron. Aquello era la mejor señal que podían recibir, y no pudieron evitar abrazarse por la emoción. Claro que, al darse cuenta, se separaron al instante con un carraspeo.

—Genial, vamos —dijo Brooke.

Patrick la siguió de cerca y se colocaron junto a los restos de la tarta. Los novios se acercaron para darles unos abrazos y sacarse fotos con ellos, dándoles las gracias una y otra vez por el detalle de la tarta y el estupendo banquete que habían servido.

—Muchísimas gracias, a todos —dijo la novia de nuevo, girándose hacia Denise—. Ha sido una boda de ensueño, ahora nos alegramos de que tuvieran problemas en el otro hotel y nos cambiaran aquí.

—Seguro que no habría sido lo mismo —agregó el novio—. El laberinto de flamencos es lo más original que hemos visto nunca.

—Ha sido precioso.

—Me alegro mucho —dijo Denise, con una sonrisa—. Aún queda lo mejor, así que…

Junto a lo que quedaba de la tarta, Brooke y Patrick permanecieron de pie,

saludando a más gente que se acercaba para felicitarlos. En un momento que no pasaba nadie, Patrick alargó la mano para rozarle los dedos y ella lo miró, correspondiendo a la caricia con su meñique. Sin embargo, se separaron cuando llegaron los padres de los novios y tuvieron que ponerse a estrechar manos.

Por fin, todo el mundo regresó a sus mesas y Archie, que se había acercado por insistencia de los novios también, se aproximó a ellos y los miró con una sonrisa.

—Bien hecho, chicos —les felicitó—. Todo ha salido perfecto, los novios son felices y les ha encantado la tarta, así que… enhorabuena.

—Gracias —contestaron a la vez.

—Ya podéis relajaros, el resto irá rodado.

Regresaron a la cocina para terminar de recoger, comprobar que todo seguía en orden para la parte de la fiesta nocturna y, tras trasladar las felicitaciones al equipo, dirigirse a la zona de las viviendas de los trabajadores.

En cuanto perdieron de vista a la gente, Patrick cogió a Brooke del brazo y la escondió tras una palmera, atrapando sus labios sin darle tiempo a respirar. Ella lo abrazó con fuerza, y suspiró cuando Patrick le cogió la cara con las manos y se la movió a un lado para llegar al lóbulo de su oreja.

—No hagas eso… —murmuró.

—¿Por qué?

—Nos van a ver.

Él la miró, con ojos brillantes de excitación.

—Nuestros *bungalows* están ahí mismo.

Brooke miró hacia allí y luego a él, moviendo la cabeza.

—Luego. —Él elevó una ceja—. Necesito una ducha, y creo que tú también. Y no me digas que la compartamos, porque entonces no acabaríamos nunca y nos merecemos una copa de champán y un rato de fiesta, después de todo el trabajo, ¿no te parece?

A su pesar, él suspiró, porque justo iba a sugerir aquello. A regañadientes, se separó de ella.

—Vale, ¿quedamos aquí?

—No, tardaré un rato más que tú, seguro. Nos vemos en la fiesta.

Se miraron, ambos recordando la fiesta de fin de año, y Patrick le cogió la mano para besar sus nudillos.

—Como lleves el mismo vestido que en Nochevieja… no respondo de mí.

Brooke sonrió y le guiñó un ojo.

—Tendrás que esperar para saberlo.

Se soltó de su mano con una risita y se alejó a toda prisa, antes de que la hiciera cambiar de opinión y acabara metiéndose en la ducha con él. Estaba cansada, después de todas aquellas horas de trabajo, pero también eufórica porque todo hubiera salido bien y suponía que era la adrenalina la que la mantenía en aquel estado. Ya tendría tiempo de dormir, porque al día siguiente todo el equipo tenía libre por las horas extras dedicadas, así que lo que quería era disfrutar un rato, al menos el que los tacones la dejaran o hasta que el cansancio por fin se impusiera sobre lo demás.

En el comedor, Denise permanecía en un lateral sin quitar ojo de los invitados ni a su hermana, que estaba en aquel momento pasando de mesa en mesa con una jarra de café en una mano y una de leche en la otra.

Aunque le había prometido no estar encima de ella, obviamente no había podido evitar echarle más de un ojo durante todo el servicio. No era que no se fiara… o quizá sí, pero también era la primera vez que su hermana iba a trabajar tantas horas seguidas y en un evento tan importante, donde cada detalle contaba.

Y no sería la primera vez que un camarero estropeaba algo tirando algún plato encima de un invitado, por ejemplo.

Sin embargo, Delilah no había dado ningún problema, sin parar ni un segundo de entrar y salir de la cocina, según lo que se necesitara. Tampoco recibió quejas de ella, ni había cometido ningún error, o al menos eso parecía.

Los invitados ya estaban terminando los postres, así que pronto saldrían de allí para ir a la zona destinada al baile.

Vio que Delilah se acercaba hacia donde estaba con los termos, aparentemente ya vacíos, y le hizo un gesto.

Su hermana hizo una mueca y se acercó.

—¿Qué pasa? —le dijo—. Tengo todos los botones de la camisa atados y la pajarita en su sitio, como me la vuelvas a recolocar me ahogaré.

Denise se la había arreglado unas cuantas veces mientras se vestía en el *bungalow* hasta asegurarse de que estaba perfecta, ignorando sus continuas quejas. También la había ayudado a ponerse mil horquillas, porque a diferencia de ella, Delilah sí que se despeinaba y con mucha facilidad, pero el moño también seguía en su sitio.

—No pasa nada, desconfiada —contestó.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Joder, que solo quería preguntarte qué tal, si te dolían los pies o la espalda.

—Ah. —La miró, sorprendida—. Un poco, ¿por?

—No, por nada, como ya se acaba el servicio, pues podrás ir a descansar.

Delilah entrecerró los ojos, sospechando al momento.

—Un segundo, ¿no hay fiesta ahora y los novios dijeron que podían participar los empleados?

—Sí, pero acabas de decir que te duelen los pies y la espalda.

—¡Lo sabía! ¡Era una trampa! Me haces irme cuando empieza lo mejor, ya te vale.

—Que no, mujer, pero eres menor y tampoco podrías ir, que hay mucho alcohol y podríamos meternos en un lío. Así descansas.

—Eres insufrible.

Se alejó con los termos y se metió en la cocina refunfuñando. Denise la siguió con la mirada, algo arrepentida. Seguro que se lo pasaría bien en la fiesta, pero no quería tener que estar vigilando a una adolescente. Aunque los de la barra libre sabían que no podían servir a menores, alguno había en la boda y se suponía que se iban a retirar, pero nunca se sabía y también estaría ojo avizor. Si Delilah se quedaba podía pasar cualquier cosa, que seguro que se las apañaría para conseguir alguna copa. No, mejor que todo siguiera su cauce y se fuera a descansar. Seguro que más tarde se lo agradecería, sobre todo cuando recibiera el primer cheque.

Echó otro vistazo al comedor y decidió ir a ver cómo iba la zona destinada para el baile. El *candy* bar ya estaba montado, así como la zona de barra libre, y todos los camareros listos con bandejas redondas con copas, aún vacías para que no se fuera el gas del champán.

El grupo de música ya estaba colocado en el escenario y, hablando con el cantante, estaba Archie. Moviendo la cabeza, Denise se acercó al ver que el chico sostenía el micrófono como si en realidad quisiera estrangular a alguien, y ella ya se imaginaba a quién.

—Hola —saludó, tocando a Archie en el hombro—. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, estaba revisando con el grupo la *playlist* —contestó él.

—Por tercera vez —añadió el cantante, con un tono que dejaba claro lo harto que estaba—. Ha cambiado el orden las tres veces, y le estaba diciendo que, aparte de la primera canción, las demás da igual en qué orden salgan.

—Y yo le estaba explicando que eso no es así, porque la música debe tener un orden, un *tempo*, un…

—Seguro que lo tienen controlado. —Denise pasó de tocarle a agarrarle el brazo, directamente—. Ven, que te necesito en otro lado.

Tiró de él y Archie puso cara de susto, temiendo que hubiera pasado algo en otra zona.

—¿Qué pasa? ¿Qué se ha roto?

—Nada, solo quería alejarte de ahí.

Archie se detuvo y ella se rio al ver su ceño fruncido.

—Vamos a ver, Archie, tenías al pobre chico aburrido ya. Habrías acabado tragándote el micrófono, seguro.

—Pero…

—Da igual el orden que decidas tú o el que decida él, en las bodas la gente pide las canciones según le da, así que olvídate.

Archie consideró aquello y suspiró, moviendo la cabeza.

—Supongo que tienes razón. —Miró hacia el restaurante, a través de cuyas ventanas se percibía movimiento—. ¿Salen ya?

—Sí, enseguida. —Le arregló la corbata y tiró del nudo para que se inclinara y poder susurrarle en el oído—. La pena es que las cortinas no quedarán libres mucho tiempo, los de limpieza entrarán enseguida.

Aquello distrajo a Archie al momento, que olvidó la *playlist*, el baile y hasta los invitados que comenzaban a salir. Sin pensar, llevó la mano a la curva de su trasero, y la tuvo que retirar cuando ella le dio una palmada, enrojeciendo.

—¡Archie!

—Perdón, ya no sé ni dónde tengo la cabeza…

—La cabeza no sé, la sangre ya sé a dónde te ha bajado.

—La culpa es tuya por hablarme de cortinas.

Denise no lo negó, porque su objetivo de distraerlo había funcionado. Lo malo era que ella también estaba pensando en las cortinas, o en el despacho, o lo que fuera, y aún quedaba un buen rato de trabajo y no podían escaquearse a ningún lado.

—Paciencia —le dijo, retrocediendo un paso.

Los invitados se estaban colocando cerca del escenario, dejando un hueco en el centro para que lo ocuparan los novios. Estos esperaban dentro del restaurante a que se quedara vacío, y Denise fue hasta allí para ocuparse de ello. Comprobó que todo el mundo estaba listo, hizo una señal al grupo y, cuando comenzaron a tocar, abrió la puerta para los novios.

Ellos eran todo sonrisas, la viva imagen de la felicidad mientras avanzaban por el pasillo que había formado la gente y llegaban al centro del círculo, donde, cogidos de las manos, empezaron a bailar.

La gente aplaudió y se escucharon varios «¡Que vivan los novios!» hasta que la canción terminó.

Denise se acercó a la barra, aunque ellos ya estaban preparados con las bandejas y las copas llenas para repartirse entre la gente.

Uno de ellos solo portaba dos copas, que llevó hasta los novios justo cuando pararon de bailar. Ellos las cogieron y las elevaron en el aire.

—Muchas gracias a todos por venir —dijo el chico—. Ha sido algo muy especial para nosotros compartir un momento así, nunca lo olvidaremos.

—¡A disfrutar de la barra libre y a bailar todos! —exclamó la chica.

Chocaron sus copas antes de dar un trago y, después, los novios se separaron para ir a buscar a los padrinos. Pronto la gente se fue uniendo al baile, algunos con más fortuna que otros, y Denise se preguntó cuánto tardaría en aparecer el típico invitado con una corbata en la cabeza subiéndose a una mesa.

La rubia escaneó el lugar con la vista, satisfecha al ver que la gente se divertía, la bebida fluía y la música sonaba perfecta, sin ecos ni nada parecido. Localizó a Archie en un lateral, hablando con las madres de los novios, y reprimió una sonrisa al ver su cara de agobio. Una tiraba de su brazo y la otra señalaba a la pista de forma insistente. Se quedó observando hasta que vio cómo el chico se resignaba y se dejaba arrastrar hasta la gente, donde la mujer lo envolvió en un abrazo de oso y la otra se quedaba en un lado, como esperando su turno. Seguro que agradecería ser rescatado, pero ella estaba disfrutando de verlo en aquella situación y se dijo que ya le compensaría después… lo cual la llevó a girarse hacia la barra y pedir un refresco. Le apetecía más un buen combinado, aunque eso sería un poco más tarde, cuando ya no tuviera que estar tan alerta a todo. Según la gente se marchara, su trabajo se reduciría de igual modo. Por de pronto, ya no tenía que preocuparse de la cocina y del restaurante, que se encontraban en fase de limpieza. El *candy bar* estaría una hora más, y después solo la barra libre hasta la madrugada.

—Qué animado está esto.

Denise se giró con el vaso a medio beber. Patrick tenía los ojos en la pista, buscando con la mirada. Se había cambiado de ropa e iba con un traje parecido al de Nochevieja, aunque sin corbata.

—Brooke todavía no ha venido —informó ella.

—Ah, no estaba… —La miró, viendo que no la engañaba por la mirada que le lanzó—. Bueno, ejem, me dijo que tardaría un poco.

—La tarta ha estado genial, por cierto. Brooke me había dicho que tenía algún curso de pastelería, pero no sabía que tú también. Y menos, a ese nivel.

—Nunca habíamos hecho ninguno de los dos nada tan complicado, pero teníamos que arriesgar. Después de la bronca de Archie, necesitábamos sorprenderle.

—Y lo está, seguro que ya no tiene en cuenta aquello. Lo único que tenéis que hacer es seguir así hasta que se decida por uno.

—Ya.

La expresión del chico se ensombreció un segundo, lo cual la extrañó, pero cuando iba a preguntarle, él se alejó para ir a revisar el *candy* bar. Todo estaba según lo indicado, y probó un par de cosas al azar, por si acaso.

—Hemos tenido que reponer los *cupcakes* de chocolate blanco y nubes dos veces —le informó Manny—. Menos mal que hicimos de sobra.

—Genial.

Brooke seguro que se alegraría, ya que habían sido obra suya. Pensar en eso le hizo fruncir el ceño, porque nunca hasta entonces se había preocupado de si a ella le iban bien las cosas o no, y allí estaba, feliz más por ella que por sí mismo. ¿Cuándo había cambiado eso?

—Ah, por ahí viene Brooke —dijo Manny—. Casi no la reconozco, igual que me pasó en Nochevieja.

Patrick se giró y tragó saliva. Joder, ¿por qué le hacía eso? Cuando le había comentado lo del vestido, no esperaba que se pusiera uno parecido. Pensaba que no se dejaría el pelo suelto, siquiera, que simplemente se arreglaría un poco y ya.

Pero no: llevaba los mismos zapatos de aquella noche, un vestido del estilo, aunque encima, más corto aún, y con tirantes que sujetaban un escote con forma de corazón. Al menos llevaría sujetador, pensó, intentado tranquilizar así a su corazón, que se había puesto a latir a toda prisa. Se metió las manos en los bolsillos, porque esa sangre estaba siendo derivada a una zona que no debía, al menos no aún, y se obligó a quedarse quieto mientras se acercaba.

—Vaya, jefa, estás… —empezó Manny—. Bueno, muy bien.

Patrick le había lanzado una mirada que lo dejó clavado en el sitio, y prefirió no decir nada más, porque allí pasaba algo. Siempre existía tensión entre ellos, pero el ambiente era diferente, los notaba más raros de lo habitual. Y no podía echarle la culpa al fracaso de la primera prueba de comida, porque ya había notado algo antes.

Quizá eran imaginaciones suyas, pero nunca se sabía, así que…

—¿Qué tal va la mesa? —preguntó ella, tras saludar.

—Genial, tus *cupcakes* son un éxito —le contestó—. Y también las galletas de flamenco, casi no quedan.

Brooke miró a Patrick con una sonrisa, ya que las galletas habían sido cosa suya, y si a la gente le gustaban, era buena señal. Le había costado mucho conseguir el tono de rosa para la cobertura de las galletas, hasta el punto de casi dejarlo por imposible.

Él carraspeó, quieto en el sitio, aunque estaba deseando llevarla a alguna parte y besar aquella sonrisa.

—Parece que no va a sobrar mucho —comentó.

—Archie se pondrá contento, otra cosa que ha ido bien.

—Otro punto para nosotros.

—Lo va a tener complicado —dijo Manny, sirviendo un dónut a una invitada —. Que lo pase bien, señora.

—¿Complicado? —repitió Patrick.

—Ya sabes, para ver quién será el nuevo *Marshall*.

Ellos se miraron, y Brooke fue la primera en apartar la vista para recolocar unos platos. Al hacerlo se cayó un *macaron* sobre la mesa, y lo cogió al vuelo.

Se acercaban más invitados, y tocó a Patrick en el brazo.

—Vamos a dejarlo trabajar tranquilo.

Patrick la siguió, sin saber muy bien a dónde iban, y casi chocó con ella cuando se metió detrás de una columna.

—¿Qué haces?

Brooke miró a todos lados, vio que no había nadie y se acercó el *macaron* en la boca, elevando las cejas.

—Pruébalo —le pidió.

Se lo colocó entre los labios. Al momento, los ojos de Patrick se oscurecieron y no tardó ni un segundo en inclinarse y morder la mitad, rozando sus labios. Lo tragó con rapidez, ansioso por lamer los restos de azúcar de su boca. Colocó las manos en su cintura, abriendo los dedos para cubrir sus costados y rozar con los pulgares la parte baja de sus senos, cuya piel casi le pareció notar a través de la tela. Se separó un poco para mirarla, y ella le sonrió de forma pícara.

—No llevo sujetador —reveló—. Tenía uno que valía para este vestido, pero quería hacer un homenaje a Nochevieja.

—Joder, Brooke, me vas a matar…

Le rozó el pezón por encima de la tela y, justo entonces, escucharon voces acercándose, así que tuvieron que separarse a toda prisa. Varios invitados charlaban al lado con copas en la mano, y Patrick se pasó la mano por el pelo.

—Creo que necesito una de esas —comentó.

—Sí, a mí tampoco me vendría mal.

Por suerte, era consciente de que el vestido tenía forro por la zona del corpiño y así no se transparentaba ni se notaba cómo se le habían puesto los pezones, que los notaba tirantes contra la tela.

Interceptaron a un camarero que llevaba una bandeja con copas y cogieron una cada uno para dar un buen trago. Después, Patrick la cogió de la mano y la

hizo girar, sorprendiéndola.

—¿Bailamos? —le preguntó.

Ella afirmó, terminándose la copa y él hizo lo propio antes de dejarlas en una de las mesas y salir a bailar, mezclándose con la gente.

Según ellos entraban, Archie por fin conseguía salir y localizar a Denise, que revisaba las existencias en la barra.

—Vaya, ¿te han liberado? —bromeó.

—Ja, qué graciosa. ¿Todo bien por aquí?

—Perfectamente, ahora van a buscar un par de botellas de licor de coco, es lo que más está pidiendo la gente.

Archie echó un vistazo a su alrededor. Los camareros se movían de un lado a otro con sus bandejas, la gente bailaba o charlaba en grupos, el grupo tocaba una canción tras otras…

—Es todo un éxito, Archie, no hace falta que saques tu lista para revisar —rio Denise.

—Vale, vale, creo que tienes razón. —La miró y vio que los camareros del bar estaban cerca y podían escuchar—. ¿Y el laberinto?

—¿Qué le pasa?

—A lo mejor habría que ir a ver si se ha perdido alguien.

—No creo que… —Él carraspeó—. Oh. Ah, pues… —Miró de reojo a los camareros—. Sí, vamos. —Se dirigió a los empleados—. Buen trabajo, chicos.

Se puso seria y siguió a Archie, aunque estaba segura de que se podía ver en su cara lo que estaba pensando. Al menos, nadie los miraba y llegaron al laberinto sin cruzar palabra con ninguna persona más.

Las luces seguían encendidas, y se metieron por uno de los laterales donde no había, esperando así no encontrarse con gente. Lo de perderse era lo último en lo que pensaban, y en cuanto giraron un par de veces, Archie la cogió de la mano y la apoyó contra una de las vallas de madera.

—Llevo toda la noche pensando en…

—¡Es la última vez que os saco de aquí! —escucharon de pronto.

Se apartaron al reconocer la voz de Kimo —o Koa—, y al momento vieron la luz de una linterna y al chico aparecer con una pareja detrás. Se sorprendió al verlos, y enfocó tras ellos.

—¿Se ha perdido alguien? —preguntó—. Porque es la tercera vez que vengo a por estos, qué manía de ignorar las luces.

—No, ejem, estábamos… —empezó Archie.

—Echando un vistazo, por si acaso —terminó Denise, afirmando enérgicamente con la cabeza.

—No os preocupéis, estoy yo por aquí para que no se despiste nadie. Podéis

volver a la fiesta.

—Qué bien —replicó Archie, con la sonrisa congelada en el rostro—. Estupendo. Pues nos vamos entonces. Buen trabajo, Ko… Ki…

—Buen trabajo, sí.

Volvieron por donde habían ido hasta llegar a la salida del laberinto, con la pareja de invitados detrás y el trabajador alumbrando con la linterna. Como siguió apuntando con la luz hacia el camino, no les quedó otra que seguir la dirección para regresar a la fiesta.

—¿Por qué es tan eficiente? —refunfuñó Archie.

—Porque es lo que has exigido —sonrió ella—. Y se preocupa de que nadie estropee el laberinto, que parece que va a ser la atracción del hotel.

—Estupendo.

—¿Estás bien?

—Pues no sé qué decirte, porque tengo un dolor de… —La madre del novio se acercó con una enorme sonrisa—. Dolor de pies, de tanto bailar. —Hizo una mueca—. Uf.

—Vaya, ¿en serio, joven? —preguntó ella, moviendo la cabeza—. Qué poco aguante. Yo que le estaba buscando para la siguiente canción… He pedido una de esas de Elvis lentas, que me dijo que le gustaban.

—¿Eso dije?

Recordaba haberle seguido la conversación, pero igual que en ese momento, tenía la cabeza en otra parte, como era coger a Denise y llevársela a algún sitio donde pudieran estar a solas. La misión parecía imposible, visto lo visto.

Notó que la chica le daba un pequeño empujón, con una sonrisa divertida.

—Vamos, que un baile no te hará daño —le dijo.

—Ya te pillaré luego —susurró.

—Eso espero —contestó ella en el mismo tono.

Archie suspiró resignado y le ofreció el brazo a la señora, que se lo cogió sin perder tiempo y se lo llevó de nuevo a la pista.

Denise lo observó marcharse entre divertida y frustrada, porque tanta interrupción… Pero, bueno, había que pensar en positivo y seguro que en cuanto acabara la fiesta, podrían escabullirse donde fuera sin más sorpresas.

Algo que, suponía, Brooke y Patrick no tardarían en hacer. Los dos estaban en la pista, bailando a cierta distancia, y cuando comenzó la canción lenta, vio cómo intentaban no arrimarse demasiado. Para cualquiera de alrededor era algo normal, pero ella que sabía lo que había, podía notar la tensión entre ellos. O quizá era la suya propia, que le daba la sensación de estar en celo.

—¿Champán?

Denise se llevó la mano al corazón, y miró al camarero que esperaba con la

bandeja de copas a su lado.

—No, no, estoy bien, gracias —le contestó.

Un poco más, y ya tomaría algo, que le hacía falta. Miró el reloj y cogió una copa con rapidez antes de que el camarero, sorprendido, se alejara.

—He cambiado de idea —dijo.

Dio un sorbito y miró hacia la gente, hasta localizar a Archie bailando con la mujer, con una sonrisa resignada. Cuando levantó la vista, ella alzó la copa para saludarlo y él puso los ojos en blanco, aunque al momento tuvo que contestar a algo que le preguntaba la señora, y Denise los perdió de vista entre la gente. Tampoco veía a los dos cocineros, así que decidió darse otra vuelta de relaciones públicas saludando a la gente y rezar por que el tiempo corriera rápido.

Por su parte, Brooke y Patrick habían ido arrimándose cada vez más con la canción lenta de Elvis y, antes de darse cuenta, ya estaban abrazados y no fue hasta que chocaron con Archie y la madre del novio que se dieron cuenta de lo que estaban haciendo.

Manteniendo las distancias, se fueron hasta un lateral de la pista y cogieron otro par de copas.

—¿Si nos vamos ya se notará mucho? —preguntó Patrick, y ella rio—. O sea, si te apetece… No porque no me guste bailar contigo, pero…

Brooke se mordió el labio, porque estaba pensando exactamente lo mismo. Solo quería tirarse encima de él, por mucho que estuviera disfrutando del baile.

—Vámonos —le susurró.

Para disimular, pasaron primero por el *candy* bar, que ya estaba en las últimas, y después se fueron discretamente hacia la zona de los empleados.

El *bungalow* de Brooke era el que estaba más cerca, así que fue a donde se dirigieron a toda prisa. Ella tuvo dificultades para abrir la puerta, porque Patrick ya estaba cogiéndola por detrás, abarcando sus pechos con las manos y pasando los dientes por su cuello expuesto. Por fin, Brooke consiguió abrir la puerta y casi cayeron al interior por el impulso. Riendo, cerró de una patada y le cogió de la camisa para besarlo.

—¿Es la misma de Nochevieja? —le preguntó, pasando las manos por los botones—. Creo recordar que perdiste unos cuantos de estos.

—Sí, tuve que ir a comprar. Mi madre se emperró en enseñarme a coser botones… Creo que no han quedado tan mal. —Le cogió las manos, por si acaso—. Pero no los pongas a prueba, que bastante ciego me quedé haciéndolo.

Obediente, Brooke rebajó la tensión en las manos y desabrochó el primer botón, despacio y con cuidado, y depositó un beso en la piel expuesta. Continuó con el siguiente y repitió el proceso. Cuando estaba haciendo lo

mismo en el tercero, Patrick suspiró y tiró de la tela para sacársela del pantalón.

—A la porra todo —dijo.

Los botones que quedaban se soltaron y salieron despedidos mientras Brooke reía. Patrick tiró la camisa un lado y miró hacia el sofá, ocupado por un cesto de ropa que impedía que pudiera tirar encima a la chica. Sus ojos se dirigieron a la puerta abierta de la habitación, territorio inexplorado hasta entonces, y Brooke le cogió la mano para tirar de él hacia allí.

—Acabo de doblar eso, paso de que me lo desordenes —bromeó.

No se paró a pensar en que los dormitorios y las camas habían sido excluidos de forma silenciosa del acuerdo al que habían llegado, pero sí notó que algo cambiaba según traspasaron el umbral.

Patrick la besó despacio, empujándola lentamente hasta que sus piernas tropezaron con la cama, y la cogió antes de que cayera hacia atrás. Poco a poco, la fue tumbando y dejó un reguero de besos desde sus labios hasta el escote del vestido. Estaba muy bien atado, así que subió de nuevo para bajar un tirante, besar el hombro y, a continuación, hacer lo mismo con el otro. El condenado vestido seguía inmóvil, y ella rio al ver su cara de frustración.

—Ya sabes, cremallera —le dijo, con un guiño.

—¡Si la encuentro!

Sus manos habían recorrido sus laterales sin cesar, buscándola sin éxito. Brooke se dio la vuelta y se quedó bocabajo en la cama, mostrándole la espalda.

—Detrás, tonto —comentó.

Efectivamente, oculta entre los dibujos, estaba la maldita cremallera, en el sitio más obvio, pero en el que Patrick no había pensado después de la experiencia de Nochevieja. Tiró de ella y sonrió al ver que bajaba con facilidad, descubriendo toda la espalda de Brooke y parte de su trasero, cubierto por unas bragas de encaje negras que le terminaron de nublar la vista. Apartó la tela hacia los lados y le acarició la piel con las puntas de los dedos, sonriendo al ver cómo se le erizaba. Después, tiró de la tela hacia abajo para quitarle el vestido y lo lanzó hacia un lado. Cubrió los glúteos con las manos, como en una especie de masaje, antes de enganchar el encaje con los dedos y bajárselo también. Se quedó a esa altura y la giró, colocándose las piernas en los hombros, para acariciarlas con los labios desde la parte interna del tobillo hasta la rodilla, deteniéndose en los muslos antes que quedarse entre ellos.

Brooke se arqueó y le cogió del pelo con un gemido. Enredó sus manos, dándole pequeños tirones sin querer al notar esa lengua en los puntos más

sensibles… cuando notó que el orgasmo llegaba, tiró de él para que parara, pero Patrick no se movió de donde estaba hasta que ella gritó y se agitó sin poder evitarlo.

Lo miró con los ojos entrecerrados mientras recuperaba el aliento, y él se quitó la ropa que le faltaba en unos segundos. Sin dar tiempo a que su cuerpo se recuperara, se colocó encima de ella y la penetró, besándola. Le cogió la cara entre las manos, recorriendo su boca con la lengua y moviéndose despacio, resistiéndose a los movimientos de ella, que lo rodeaba con las piernas y elevaba las caderas, instándole a ir más rápidos. Patrick se había propuesto tomarse su tiempo, y eso hizo, por mucho que sus músculos temblaran por el esfuerzo. Quería saborearla, alargar el momento todo lo posible, y durante un rato lo consiguió, hasta que su cuerpo le pidió más y se dejó llevar.

Exhausto, depositó un beso perezoso en la nariz de Brooke, que tenía las mejillas encendidas, y se movió hacia un lado, sin dejar de abrazarla.

—Estoy muerto —murmuró.

Ella ya tenía los ojos medio cerrados y se acurrucó contra su cuerpo. El día —o más bien, toda la semana—, había sido agotador. La celebración, aunque placentera, había acabado con las pocas reservas de energía que le quedaban. Fue mientras escuchaba la respiración acompasada de Patrick cuando se dio cuenta de que estaba dormido, ella a punto… y que no cambiaría estar ahí por ningún otro sitio en el mundo, aunque supusiera traspasar la línea que habían trazado.

Ya se preocuparía al día siguiente de eso.

En la fiesta, el grupo anunció la última canción por tercera vez. Muchos invitados se habían ido retirando, pero quedaban unos cuantos irreductibles que no hacían más que pedir bises y que los novios se besaran. Ellos obedecían, aunque ya se les veía en las caras que estaban cansados y con ganas de marcharse. El *candy* bar había desaparecido y Archie se acercó a Denise, después de bailar de nuevo con la madre del novio.

—Me ha cogido cariño la señora.

—No sé cómo vamos a sacarla de ahí —dijo ella, con una sonrisa—. Es incombustible.

Por suerte, el grupo cumplió su palabra cuando terminó la canción: se despidieron y empezaron a recoger los instrumentos, ignorando algunos abucheos.

Poco a poco, los novios y los invitados que quedaban, incluyendo a la madre del novio, decidieron marcharse, algunos cogiendo una última bebida del bar.

Archie miró a Denise y le rozó un brazo con el dedo.

—Bueno, parece que ya no hay gente, ni luces y… —De pronto, se encendieron unos focos y resopló—. ¡Venga ya! ¿Es broma?

Denise le cogió del brazo con una risita.

—Tienen que limpiar y desmontar el escenario. Necesitan luz para eso, Archie.

Él miró hacia la zona de los empleados, pero uno de los focos iluminaba el camino y había varios de los camareros allí charlando. Aquello parecía una conspiración del universo para evitar que pudiera quedarse a solas con Denise, joder.

Entonces, miró hacia la piscina del hotel. Estaba cerrada desde hacía algunas horas, completamente a oscuras … Y los clientes no podían utilizarla, estaba acordonada, así que seguro que encontraban algún lugar.

Sin detenerse a pensarlo, la cogió del mano y se la llevó hacia allí con rapidez, antes de que los viera nadie.

—¿Qué haces? —preguntó Denise, divertida.

—Buscar, cruza los dedos.

Pronto estaban detrás del escenario, entre palmeras, y, por si acaso, Archie avanzó un poco más. Tuvieron que pasar por encima de uno de los cordones que prohibían el paso a la piscina, y allí él miró a un lado y al otro. Lo bueno era que estaban solos. Lo malo, que no veía un pimiento y temió que acabaran cayendo al agua. Quizá aquello no había sido tan buena idea, después de todo.

—Aquí —indicó Denise.

Archie forzó la vista en la oscuridad y vio una puerta, aunque no supo identificarla.

—Es del socorrista —explicó ella—. Espera.

Archie apenas la veía, solo escuchaba ruidos y, al poco, la puerta se abrió.

—¿Tenías la llave? —preguntó, sorprendido.

—No, hombre, la guardan ahí en una piedra falsa.

Tiró de él para meterlo dentro, aunque no encendieron la luz. Tenía una pequeña ventana por la que entraba algo de luz de los focos, pero poca cosa, la justa para ver que había muchas hamacas de playa en varios montones. Denise aprovechó su desconcierto para empujarlo hacia ellas y el chico cayó sentado en uno de esos montones.

Archie abrió la boca para hablar, pero entonces notó que algo le caía sobre la cara y, por reflejo, lo cogió, encontrándose con que era el vestido de Denise. Llevaba toda la boda fantaseando sobre cómo quitárselo, pero qué demonios, no iba a quejarse. Ella se acercó, y aprovechó para coger su cintura en la oscuridad y atraerla hacia él. Bajó las manos a sus piernas y apretó sus muslos,

colocándoselos a los lados.

—No me vas a despeinar —bromeó Denise, desabrochándole la camisa.

—¿Es un desafío?

—Un recordatorio, mi pelo es perfecto. —Le bajó la prenda por los hombros hasta quitársela—. Es lo que hay. Al contrario que tú.

Le removió el pelo con la mano y se lo cogió para besarlo, aunque tentándole primero. Se quedó a unos milímetros unos segundos, casi rozándole; después le tocó con la punta de la lengua, como si le probara, hasta que Archie decidió que ya era suficiente y la cogió por la nuca para terminar de juntar sus labios, atrapando su lengua para tocarla con la suya. Denise se dio cuenta de que había caído en su propia trampa, porque quería provocarlo y sí, lo había conseguido… solo que ella estaba en el mismo estado de excitación que él y no podía quitar las manos de su cuerpo. Las pasaba por los brazos, el pecho, la espalda, mientras gemía por la intensidad del beso. Pensaba que, al llevar ella la iniciativa, controlaría esos arrebatos de pasión que parecían dominarla, pero estaba equivocada: su cuerpo era quien tenía el control y sus manos, vida propia.

Notó las de Archie encima de su sujetador, acariciando sus senos antes de desabrocharlo y liberarlos. Entonces sí, Archie dejó de besarla, aunque solo para torturarla al bajar la boca a uno de ellos y así juguetear con la lengua alrededor del pezón hasta que estuvo duro y tirante. Cambió al otro para darle el mismo trato, y Denise se movió sobre él, notando que la ropa le molestaba. La poca que le quedaba, más bien, y la que aún tenía él. Metió una mano para llegar a su pantalón. Lo desabrochó con rapidez, bajó la cremallera e investigó por dentro del calzoncillo para ver qué tal iban las cosas por allí.

Archie aspiró bruscamente, y se movió para facilitarle la tarea. Le bajó la tela de las bragas, y cuando se quedaron atascadas, Denise se apartó para quitárselas con rapidez. Sin perder tiempo, volvió a su postura anterior y se colocó con las rodillas a ambos lados de su cuerpo. Archie le sujetó las caderas y la colocó en posición para bajarla, aunque ella frenó con suavidad el movimiento para hacerlo más lento.

—Quieres que me dé un ataque, ¿no? —murmuró él, apretando los dientes mientras entraba en ella poco a poco.

—Mmmm. —Suspiró, terminando de bajar, y le pasó un dedo por la mandíbula—. Tienes que aprender a ser paciente.

—En otro momento.

Apretó los dedos y ella empezó a moverse, rodeándole el cuello con los brazos para tener otro apoyo. Archie enredó las manos en su pelo, buscando su boca otra vez. Apenas podía moverse y de vez en cuando, intentaba modificar

el ritmo con las manos, pero ella estaba al mando de la situación y lo sabía.

Denise empezó a moverse más rápido, entre gemidos, y Archie, que tenía los labios sobre su hombro desnudo, acabó mordiéndola sin poder evitarlo.

Con un estremecimiento, Denise se movió un par de veces más antes de quedarse quieta, con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro. Archie le acarició el pelo, que estaba tan sedoso y liso como siempre, y sonrió al notarlo.

—Mejor que las cortinas —bromeó ella, rompiendo el silencio.

En ese momento escucharon un chasquido. Antes de que pudieran moverse o reaccionar, notaron que la superficie se hundía bajo ellos y que caían unos centímetros. Archie la sujetó, y se miraron, riendo tras unos segundos de sorpresa.

—Madre mía, Koa nos va a matar —dijo Denise, moviendo la cabeza—. Primero la cabeza del flamenco, ahora esto…

—Que no se diga que Mantenimiento se aburre —bromeó él.

Con cuidado, se movió para que pudieran levantarse los dos. Fue complicado buscar la ropa y vestirse, porque no querían que se viera luz desde fuera y ni siquiera encendieron uno de los móviles.

Por fin, salieron de allí, aunque Denise estaba segura de que llevaba las bragas del revés, pero aquello no tenía importancia en ese momento.

Al llegar a la zona de empleados, aún quedaba alguno por allí, así que los saludaron como si nada y llegaron al punto donde cada uno debía tomar una dirección.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó Archie.

—Sí, claro.

Él hizo ademán de besarla, pero justo se acercaba un chico y se apartó con un resoplido de fastidio.

—Algún día te despeinaré —le prometió, mientras se alejaba.

Denise se tocó el pelo, se dio cuenta de que tenía una sonrisa tonta y carraspeó para intentar ponerse seria mientras caminaba hacia su *bungalow*. Solo le faltaba que Delilah notara algo…

Capítulo 12

De pie en aquella rudimentaria construcción de madera mezclada con una barandilla en forma de caracol de metal, Patrick lanzó una mirada a su alrededor. Se sentía como si estuviera en la cima de una montaña, aunque sin el esfuerzo necesario para lograrlo.

Ante él, kilómetros y kilómetros de verde, tanto que parecía tragárselos. Apenas veía la otra caseta de apoyo, ni los puentes que había para pasar de una actividad a otra.

Cuando Archie le propuso la excursión, había contestado de manera afirmativa, aunque también era cierto que pensaba que olvidaría el tema. Pero no, allí estaban, en su supuesto día libre.

Aún cansado de la paliza anterior, abrió un ojo al sentir que su móvil vibraba y se encontró con que el jefe parecía estar recuperado. Y en plena forma, como dejaba ver su mensaje:

«Espero que hayas descansado, ¿nos vamos a hacer esa excursión de la que hablamos?»

Claro, si lo pensaba tenía su lógica. Los cocineros libraban días raros, entre semana, y Archie lo hacía sábados o domingos, de modo que ese domingo parecía ser la mejor opción en la que ambos fueran a coincidir.

Se frotó los ojos, apartándose un poco de Brooke, y se encaminó al lavabo para despejarse. Tras aquello, se sentó en la cama y volvió a leer el mensaje, comenzando a hacerse a la idea de que no iba a pasar el día vegetando entre la cama y el sofá con la morena… sino lanzándose en cuerda por algún lugar salvaje.

—¿Pasa algo? —murmuró ella.

—Es Archie. Quiere que nos vayamos por ahí, a probar posibles excursiones. Paquetes para amigos y gente joven o familias aventureras.

—¿Un domingo? A mí aún me duele todo de ayer…

—Lo sé, pero le prometí que iría con él, así que no voy a tener otro remedio.

Le dio un beso en la mejilla antes de responder a Archie que estaría listo en media hora, porque iba a necesitar una buena ducha.

De forma que estuvo quince minutos bajo el chorro del agua hasta que se

despejó por completo, y después recogió su ropa antes de marcharse tras dejar a Brooke nuevamente dormida, algo que le costó más de lo que pensaba. Antes de irse se quedó unos segundos mirándola, con la tentación de volver a tumbarse y quedarse abrazado a ella… Algo que no había esperado sentir, y se fue con un suspiro.

Ya en su *bungalow*, arrojó el traje de la noche anterior y abrió su armario para coger algo de ropa más apropiada, además de unas deportivas. Se vistió sin perder tiempo y aún le sobraron cinco minutos para tomarse un café.

Archie apareció por su puerta a la hora convenida, vestido tan informal como él.

—¿Me odias por haberte estropeado el domingo? —preguntó a bocajarro—. Es que tú y yo apenas coincidimos, excepto por la noche, y prefiero hacer esto con luz.

—No, tranquilo. —Patrick le quitó importancia con un gesto—. Estoy cansado, pero he dormido como un tronco, así que podré aguantar.

—Muy bien.

—¿Y tú? Porque cuando nos fuimos, aún seguías allí, ¿te quedaste hasta el final?

—Claro, quería asegurarme de que todo salía bien.

Patrick meneó la cabeza.

—¿Muy tarde?

—Madrugada, eso no importa. He alquilado un *jeep*, al menos para ir hasta la subida de la montaña.

Patrick lo siguió, levantando una ceja. ¿Subida de montaña? Eso no le apetecía mucho, que una cosa era haber descansado y otra tener que dejarse los pulmones con una cuesta. Y eso que iba al gimnasio…

En la recepción, Vaitiare le dio las llaves a Archie con uno de sus insistentes guiños y despidió a ambos con voz cantarina. Patrick subió al asiento del copiloto.

—¿Está muy lejos?

—No, un rato. Tranquilo, no te entretendré demasiado, podemos estar de vuelta para la hora de comer, si quieres.

—Genial. —Se recostó mientras lo escuchaba arrancar—. Bueno, ¿y qué tal tus impresiones sobre la boda? ¿Fue el éxito que esperabas?

—Tiene buena pinta. La semana que viene tendré noticias de los jefes.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, porque funciona así. Cuando vas a poner patas arriba un hotel, siempre hay algo, un evento, una fiesta, cualquier cosa que marca la casilla de

salida —explicó el chico—. Viene a ser la luz verde de un proyecto; hasta que no ven posibilidades reales, no pulsan esa luz para invertir en la reforma.

Patrick se tocó la barbilla, pensativo.

—Entonces sabremos algo cuando hagan números con la boda y vean su repercusión, ¿es eso?

—Exacto.

—Pero ¿qué posibilidades de que no quieran seguir hay?

—Pocas, muy pocas. El emplazamiento en Oahu es atractivo para la cadena y no quieren perderlo, así que hay buena disposición en general. —Archie le miró y sonrió—. Calma, el puesto de chef no peligra. La diferencia está en modernizar el hotel o dejar que siga siendo una residencia de ancianos.

Patrick soltó una carcajada.

—Cierto, los abuelos. La verdad es que esto parece el típico sitio donde van a jubilarse, como Miami… No tengo nada contra ellos, pero…

—Es economía simple, no gastan dinero. Y la cadena quiere gente que gaste dinero en sus hoteles, que se tome sus copas, contrate sus servicios, excursiones y demás. Necesitamos clientes que saquen la cartera con más facilidad.

—Creo que estás haciendo un buen trabajo, y seguro que la boda es esa luz verde que necesitamos en el Lanikai.

Archie cogió un desvío.

—Así que, ¿quieres quedarte aquí? —preguntó.

—Oh… no sé. Ni siquiera he pensado mucho en ello, la verdad, ya sabes que me gusta moverme.

—Sí, eso me dices siempre, aunque hasta ahora no sé si ya tienes nuevo destino en mente. ¿Has pensado algo?

—Todavía no.

Patrick no añadió más. No hacía falta y ambos lo sabían. La cadena no tardaría en empezar a preguntar a sus empleados si querían continuar la ronda de viajes y, de ser así, comunicar los destinos disponibles para que los solicitaran. No tener ninguno en mente era esclarecedor.

—¿Y tú qué? —preguntó, para evitar seguir por ese camino.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo funciona lo tuyo? ¿Vas de hotel en hotel sin más? ¿Acabarás aquí en unos meses y te mandarán a otro lugar?

—Sí, más o menos —respondió Archie.

—¿Cuánto llevas así?

—Unos tres años. La verdad es que tuve suerte, empecé en un hotel de la

cadena en Nueva York como consejero y ahí me quedé. Desde entonces no hago más que ir de un lado a otro arreglando entuertos. —Archie sonrió, deteniendo el vehículo.

Patrick se bajó, echando un ojo a su alrededor. Había algunos coches más y un hombre que suponía era el guía charlando con ellos. Este los saludó al verlos, haciendo una serie de gestos para que se acercaran.

—Estupendo, estaba explicando un poco la ruta —dijo—, El aparcamiento es gratis, por ese lado ningún problema. Ahora os entregaré el equipo a todos y permaneceré como guía todo el recorrido, ¿de acuerdo?

Por suerte, al ser domingo y temprano, la gente no montó follón. El guía les entregó un casco, un arnés y un par de guantes a cada uno, y todos los cogieron para colocárselos.

—Veréis que las vistas panorámicas del océano son impresionantes —siguió el guía—. Y no solo hay tirolinas, sino rápeles, puentes aéreos y paseos panorámicos. Soy Oke, por cierto, y nos vamos a divertir mucho.

Echó a andar hacia la zona por la cual debían internarse, compuesta sobre todo por mucha vegetación y plantas de todo tipo. Oke charlaba continuamente, dando datos aquí y allá a los turistas, aunque Patrick no prestaba atención. Llevaba siete meses allí, no era lo mismo que los que estaban de vacaciones.

—¿Y no te planteas establecerte en un sitio fijo? —preguntó, alcanzando a Archie.

—Claro, lo pienso cada vez que llego nuevo a un hotel —sonrió este.

—Lo digo en serio, ¿podrías hacerlo, si quisieras?

Archie no respondió al momento, pensando bien las palabras a decir. Respecto a ese tema no tenía queja, sus jefes no le exigían moverse de manera continua, era algo que él escogía. Le gustaba viajar, descubrir sitios nuevos y, sobre todo, devolver la vida a hoteles caídos en desgracia. Eso era una enorme satisfacción para él… pero también tenía treinta y cinco años y era consciente de que no podía seguir así mucho tiempo, en algún momento tendría que parar. Porque sí, ese ritmo de vida le gustaba, pero también era agotador. No solo cambiar de país, sino la energía que se dejaba en cada nuevo hotel que «arreglaba».

—Pues sí, podría —contestó.

—¿Aquí?

—Sí, también. Verás, mis jefes siempre me dan la opción de quedarme como director en los hoteles que levanto, siempre que funcionen.

—¿Y alguna vez has tenido uno que no lo hiciera?

—No. —Los dos se echaron a reír—. Y este no va a ser el primero, estoy seguro. Ya solo el entorno tiene un potencial enorme, es solo que lo llevaba un dinosaurio.

—¿Tanto potencial como para quedarte?

—Eres directo, ¿eh? —Archie pareció divertido—. A ver, no sé. Mentiría si dijera que no lo he pensado, en fin, estamos en Hawái. ¿Quién no querría vivir aquí?

—Alguien a quien le guste la ciudad, imagino, no sé. Aunque es fácil acostumbrarse a esto, ¿verdad?

Tan fácil como acostumbrarse a otra persona, desde luego.

—No llevo mucho aquí… —empezó Archie.

—Pero te has adaptado rápido. Le caes bien a todo el mundo.

—Es parte de mi trabajo, Patrick.

—Sí, pero no es un trabajo que pueda hacer cualquiera, hace falta tener don de gentes. Todo suma; cuando decidas quedarte, mejor en un sitio donde la gente te aprecie.

Archie nunca había encontrado un lugar donde no despertara simpatía, a excepción del cocinero vejestorio de los primeros días, pero entendía lo que decía Patrick. Cuando un negocio hacía aguas, el personal te recibía como a un salvavidas… aunque eso no significaba que lo apreciaran realmente, solo lo que podía hacer por ellos. En otros sitios, en cambio, podías percibir si era diferente.

Como Hawái, que lo era. Resultaba difícil que aquel lugar no conquistara corazones e hiciera que el más radical se planteara establecerse allí, la verdad. No llevaba mucho, pero ya se había dado cuenta de que tenía algo especial, y podía imaginarse viviendo en algún sitio cerca de la playa.

Miró a Patrick preguntándose si las dudas que le planteaba no serían un reflejo de las suyas propias. Ese baile con Brooke que había visto con sus propios ojos le hacía sospechar que podía haber algo entre ellos, de modo que no lo veía disparatado.

Aunque qué sabía él de esos temas…

—¡Puente! —anunció Oke.

Los puentes estaban cubiertos de redes y, pese a que se movían levemente de un lado a otro, no asustaban en absoluto. Los dos lo cruzaron, observando las vistas, y siguieron al guía hasta llegar a la estructura de madera de donde salían las tirolinas.

—Las tirolinas varían de los ciento cincuenta a los setecientos treinta metros. Las hay largas, altas y silenciosas, pero cualquiera de ellas es una

experiencia, ¿quién será el primero?

Hubo un breve silencio en el grupo, hasta que Archie dio un paso hacia adelante.

—Yo mismo —dijo, y miró a Patrick—. La suerte sonríe a los valientes, ¿no?

Patrick le dio una palmadita, sonriendo, y caminó con él hasta el borde. Oke comprobó que el arnés estuviera bien sujeto, al igual que los enganches de las cuerdas mientras Archie miraba hacia abajo, sopesando el tortazo que se daría de caer.

La vegetación era tan abundante e intensa que resultaba difícil valorar los daños y, de todos modos, no era una persona que se deleitara en ese tipo de pensamientos, así que asintió cuando estuvo preparado.

—¡Listo! —gritó Oke, y lo ayudó con un empujón. Se giró hacia el resto, sonriendo—. Esta es mi parte preferida.

Patrick lo siguió con la mirada, fascinado por la velocidad con la que se deslizaba y los gritos de júbilo que le llegaban. Lo cierto era que aquello parecía divertido, a menos que tuvieras miedo a las alturas, obvio.

—¿Serás el próximo? —le preguntó Oke, agitando la cuerda paralela a la que había usado Archie.

—Sí, sí. No quisiera perder a mi colega por ahí.

—Te aviso que esto crea adicción.

«Como todo por aquí», se dijo Patrick, confuso.

Antes de poder pensar en nada más, Oke le dio un empujón y lo lanzó cuerda abajo. Patrick soltó una exclamación, sorprendido por la velocidad que cogía aquella tirolina… y lo olvidó al momento al notar el aire en la cara y la maravillosa sensación de estar volando.

El paisaje era sencillamente magnífico, la adrenalina que corría por sus venas, increíble. Veía verde, el mar a lo lejos, todo ello a doble velocidad, y se sorprendió lanzando varios gritos de felicidad. Nunca había imaginado que aquello podía ser así, tan divertido y emocionante.

Casi le dio pena notar que llegaba al final del trayecto, la siguiente caseta de madera, donde tuvo que correr un poco para mantener el equilibrio.

Archie ya se había desenganchado y lo esperaba cruzado de brazos, con una sonrisa y el rostro encendido.

—¿Qué tal?

—¡Qué pasada! —Se acercó a él—. Ha sido increíble, ¡un chute! Tenemos que incluirlo en los paquetes del hotel, ¿cómo es que no se ha hecho antes?

—Cedric dice que nuestros clientes del Jurásico solo están interesados en visitar plantaciones y demás. La verdad es que tampoco los imagino aquí colgados.

Patrick se empezó a reír.

—Cuando tengamos más gente joven… en fin, van a adorar esto. Es una descarga de adrenalina tremenda, será una de las excursiones que más éxito tenga.

—Yo también lo creo, por eso quería venir.

—Pues me alegro de haberte acompañado. ¿Hay más?

Avanzo y Archie fue detrás, divertido. Vaya, su rostro resplandecía, al parecer ya no le importaba haber sido sacado de la cama…

Resultaba que en el circuito había más tirolinas y actividades que los tuvieron entretenidos una buena parte de la mañana. Después, Patrick quiso repetir, así que lo volvieron a hacer completo y para cuando se dieron cuenta, ya era la hora de comer.

—¿Y si comemos por ahí? —sugirió Patrick—. Así descansamos un rato, y luego podríamos repetir la ruta.

Archie no puso pegas, ya que Patrick parecía haber olvidado sus prisas por volver. Él esperaba ver a Denise esa noche, aunque en realidad no habían quedado, así que no podía saberlo.

Porque no podía obviar a esa rubia tan bien peinada que hacía que se planteara lo de quedarse ahí, solo que el asunto no era tan sencillo. Había implicaciones laborales en esa historia, y tampoco sabía si aquello iba hacia algún lado o solo era atracción física. Él no lo sentía así, porque cuando estuvieron de excursión pudo notar esa conexión entre ambos tan poco habitual. Y es que, en su situación, siempre viajando, encontrar a alguien que te hiciera sentir eso era raro, muy raro. Sin embargo, no podía mover ficha hasta no saber qué pensaba Denise. No se iba a tirar a la piscina sin comprobar hasta dónde llegaba el agua de su interior.

Cerca de la playa Lanikai consiguieron unos recipientes con arroz, pollo, tomate y una salsa marrón espesa, y se sentaron en una mesa para comer. Patrick se dio cuenta de que durante la mañana había olvidado el resto de los temas que le hacían dar vueltas a la cabeza, y aquello estaba bien, muy bien. Llevaba tanto tiempo viajando que casi había olvidado lo que era tener a alguien con quien llevarse bien y hacer cosas de amigos.

Bueno, tal vez fuera precipitado llamar a Archie amigo, sobre todo porque seguía siendo su jefe, aunque a veces se le olvidara. Pero tenía madera para serlo, lo veía claro. Su jefatura no se podía evitar, solo la dejaría a un lado cuando estuvieran de charla. Y esa mañana, lejos de la cocina, los menús y los continuos interrogantes respecto a su relación con Brooke le habían venido estupendamente para despejarse.

—Gracias por traerme —dijo, al acabar de comer.

—Bueno, no tenía muchas opciones —bromeó Archie—. No hay tanta gente joven donde elegir.

—Necesitaba esto, ¿sabes? Despejarme.

—Pues me alegro de que te haya servido de ayuda. Observo además que el guía tenía razón en eso de volverse adicto —sonrió Archie.

—Y que lo digas, pienso volver a menudo. Cuando sea una excursión oficial del hotel, ¿harás bonos o algo parecido?

Tras repetir la ruta por tercera vez, los dos regresaron al hotel. Eran más de las seis y ambos estaban cansados, despeinados y acalorados, de modo que se despidieron en la entrada a los *bungalows*.

Archie fue derecho a la ducha, pensativo. Él, que había pensado que volverían pronto al ver la expresión perezosa de Patrick, y al final de qué manera le había cogido el gusto a lanzarse en tirolina, que tuvo que llevárselo de allí casi en volandas.

Cuando salió de la ducha, miró el móvil y recibió la agradable sorpresa de encontrarse un mensaje de Denise.

«¿Qué tal la testosterona entre machitos?»

«Muy bien, Monypenny. Estoy cansado, pero para eso tengo el *jacuzzi*, para relajarme».

Aguardó un par de segundos, a ver si captaba el mensaje. Al ver que ella no escribía nada, su impaciencia le pudo y añadió:

«Aclaro que no era pretensión, sino invitación».

«¿Quiere usted una sirena en su *jacuzzi*, señor?»

«¿Conoces alguna? Si es así, dile que la llave de la puerta está en la maceta de la izquierda».

«Si lo deseas con fuerza a lo mejor se cumple tu deseo».

Archie leyó el mensaje, confuso, y lo volvió a leer. ¿Y aquello qué significaba? ¿Que iba a ir o que más le valía apañarse solo? Porque esas frases enigmáticas especialidad de Denise lo dejaban descolocado, que al final tenía la impresión de que le gustaba mucho jugar …

En fin, sería sorpresa. Fue hasta la terraza, donde se encontraba el *jacuzzi*, y meneó la cabeza al ver los cristales. En Hawái, ¿a quién se le ocurría la brillante idea de cerrar una terraza con el maravilloso clima que tenían?

Pues a Atkinson, al parecer. No sabía si al antiguo director le molestaba el ruido, los pájaros o cualquier otra estupidez, pero ahora la terraza estaba cerrada con cristal. Aunque tenía ventajas, claro, como usar ese *jacuzzi* con otra persona sin que los escucharan el resto del personal.

Pensándolo bien, no imaginaba a Atkinson haciendo algo semejante, la

verdad.

El *jacuzzi* era moderno, lo que le dejaba claro que su anterior propietario no había tenido nada que ver en la instalación. Buen tamaño tirando a grande y un montón de mandos en una esquina que garantizaban cualquier temperatura deseable, además de burbujas, chorros y gorgoritos, si se le antojaba.

Tocó los mandos hasta que reguló el agua y los chorros a su gusto, y después se recostó, notando cómo el cansancio del día desaparecía según su cuerpo se relajaba. El atardecer ayudaba, no igual que si fuera de noche, pero uno se adaptaba fácil a ver esos cielos entre rosas y naranjas; daban mucha paz…

Paz que se alteró de golpe cuando escuchó la puerta de la entrada cerrarse. Bien, Denise se había animado, o eso o acababa de entrar un ladrón para darle el susto del siglo.

Al escuchar sus característicos tacones recordó que, a diferencia de él, Denise no había tenido el día libre. Eso quería decir que seguramente se acababa de escabullir del trabajo, sino la había pillado en algún descanso.

La vio entrar en la terraza y la siguió con la mirada mientras se acercaba hasta el borde del *jacuzzi*. Lo malo de tanto llamarla Moneypenny era que, cada vez que la veía con su traje, lo único que quería era quitárselo.

—Hola —saludó—. ¿Estabas trabajando?

—Sssshhhh —dijo ella—. No se lo digas a mi jefe…

Archie alzó una ceja y Denise soltó una risita.

—Tranquilo, he terminado por hoy —informó—. El hotel está tranquilo y Cedric se ocupa, me avisará si surge algo importante.

—En ese caso, ¿a qué esperas para entrar aquí?

Denise le lanzó una mirada que él no supo interpretar del todo, y se quitó la chaqueta, dejándola en una pequeña mesa que había junto a la mini nevera. Sin apartar los ojos de él, se bajó la cremallera de la falda y dejó resbalar la prenda hasta el suelo.

—*Jacuzzi* y *striptease*, la cosa mejora —comentó él, con una sonrisa.

La rubia le devolvió la sonrisa, pero siguió callada. Se soltó la camisa blanca, cada botón de uno en uno, con una lentitud exasperante en opinión de Archie, y también la depositó encima de la chaqueta. Llevaba ropa interior de color rojo, más o menos como empezaba a estar la cabeza de Archie… Este estiró los brazos para apoyarse contra el *jacuzzi* mientras Denise se libraba de los tacones y se metía con cuidado dentro del agua después de dejar en el borde el último paquetito de plástico que le quedaba de los *packs* navideños.

Avanzó un poco en su dirección, y entonces se detuvo.

—Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Los ojos, ciérralos.

Él no entendía nada, pero imaginó que sería otro de sus jueguecitos, de modo que obedeció. La verdad era que no le molestaba; es más, resultaba excitante.

El ruido de las burbujas tampoco le dejaba oír demasiado… hasta que sintió algo sobre los ojos, una prenda, al parecer. Un reajuste, un nudo, y ya no veía nada, por mucho que lo intentara.

—¿Esto va en serio? —preguntó, divertido.

Tras unos segundos de silencio, le llegó la voz de la chica.

—Frío…

Archie se giró en dirección hacia el sonido que, si bien no sonaba justo a su lado, tampoco podía estar muy lejos dado que el *jacuzzi* no era una piscina precisamente.

Por desgracia, no veía, pequeño detalle que se le había olvidado. Aquello no era grande, pero igualmente no la encontraba.

—Frío… —Denise se estaba divirtiendo a su costa, estaba claro.

Se dio la vuelta, buscando el sonido de su voz para seguirlo, de nuevo sin éxito. Hizo la prueba de hacer el camino al revés, a ver si tenía suerte… pero era obvio que el juego se acabaría cuando ella quisiera, punto.

Se movió hacia la derecha y el agua serpenteó a su alrededor.

—Templado —escuchó, mucho más cerca que las otras veces.

Archie se dio la vuelta a toda prisa… para comprobar que no había nadie a su lado. El ruido de las burbujas lo ocupaba todo y no le permitía escuchar ni el más mínimo movimiento dentro del agua, así que bordeó uno de los costados de manera disimulada.

Permaneció unos segundos sin moverse, tratando de percibir algo.

—Caliente —la oyó susurrar junto a su cuello.

Él apagó los mandos, silenciando todo aquel ruido, y se volvió rápidamente al sentir que Denise estaba a su derecha. La atrapó sin mayor problema, casi con toda seguridad con el beneplácito de la rubia, que se echó a reír.

—Parece que he atrapado a la sirena —comentó Archie.

Ella le soltó la venda de los ojos, que no era otra cosa que su sostén.

—Alimentando el fetichismo con la ropa interior, ¿eh? —bromeó él.

—Es cara, hay que sacarle provecho.

El chico la empujó hasta que su espalda chocó contra la pared del *jacuzzi*.

—Bien, ya tengo a la sirena en mis manos. ¿Qué voy a hacer con ella?

Denise sonrió.

—¿Sabes? Los cuentos y películas han hecho mucho daño respecto a las sirenas… —murmuró con un jadeo al notar que la besaba en el cuello después

de apartar parte de su cabello mojado—. Si fuera una real, te arrancaría la cabeza ahora mismo.

—Una conversación de lo más apropiada en este momento, sí —dijo Archie, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Entonces será mejor que dejemos de hablar… —Ella tanteó por el borde del *jacuzzi*, buscando el preservativo que había tirado por allí un rato antes y entregándoselo a Archie, que no tardó ni dos segundos en rasgar el plástico.

Los dos se quedaron quietos un segundo, valorando qué hacer a continuación. Entonces fue como si sus cuerpos se pusieran en la misma sintonía: ella enroscó las piernas alrededor de su cintura, y Archie apoyó las manos en los bordes del *jacuzzi*, haciendo fuerza con las manos para tener apoyo. Denise le decía que tuviera paciencia iba a intentar no apresurarse, pero entonces notó que la chica se frotaba contra él y suspiró, fastidiado. ¿Acaso siempre tenía que llevarle la contraria? Le pedía paciencia cuando estaba embalado, y lo provocaba cuando decidía ir más despacio…

La rubia lo abrazó, apretándolo contra ella, y lo miró con esa expresión juguetona que se le ponía cuando estaban solos. Esa expresión que le hacía olvidarse de cualquier otra cosa que hubiera a su alrededor, que lo obligaba a centrarse en ella, en sus ojos, en esos labios que no podía dejar de mirar y que representaban una invitación muda.

La responsable del influjo era ella. No el calor del agua, ni las burbujas, ni el atardecer rosa que se veía con total claridad por la cristalera, no. Era ella.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Denise lo oyó perfectamente. Y también sabía a qué se refería, solo que no estaba preparada para tener esa conversación: era demasiado pronto para jugar, sobre todo sin tener todas las cartas en la mano.

Lo besó, silenciando de esa manera las dudas de ambos. Y ya no lo soltó, ni siquiera cuando notó que le quitaba el resto de la ropa interior de un tirón. El cuerpo de Archie siempre emanaba una calidez que la envolvía y le hacía querer quedarse hecha un ovillo junto a él.

Gimió contra su cuello al sentir que entraba en ella y lo abrazó con más fuerza mientras su cuerpo se adaptaba a su ritmo, moviéndose con él. Otra vez la tenía aprisionada por completo contra el borde del *jacuzzi*, únicamente podía sujetarse, aunque a su cuerpo eso parecía darle igual: se acoplaban tan bien que resultaba irreal. Denise sentía a cada segundo que iba a explotar, porque esa fricción era deliciosamente insoportable… hasta que ya no pudo más y contrajo los músculos al notar el orgasmo recorrerla de arriba abajo.

Archie la besó con fuerza al notar el suyo y, por un instante, los segundos se hicieron interminables para ambos. Después, sus cuerpos se calmaron poco a

poco y él apoyó la frente sobre la de la rubia, aún con la respiración entrecortada.

—Sexo acuático para terminar el día —susurró—. Multiaventuras al completo.

Denise soltó una risita.

—Es el único ejercicio que estoy dispuesta a hacer. —Se retiró un mechón de pelo de la cara—. No has parado hasta despeinarme, ¿eh?

—Sigues siendo *chic*, incluso empapada y sin bragas —se burló él, lo que le valió un manotazo en el brazo.

El sonido de un móvil hizo que Denise apartara la mirada en dirección a su bolso, que se encontraba sobre la mesa, con el resto de su ropa.

—Es el mío —dijo—. Será Cedric, que me necesita para algo. Genial.

Archie la liberó de su abrazo y la observó atravesar el *jacuzzi*. Echó un vistazo, buscando la ropa interior de la chica por el agua, y rescató las braguitas. Se las lanzó y ella las cogió con una mueca, porque lo de llevar la ropa interior empapada no era la mejor idea del mundo, aparte de la incomodidad.

Se las puso y fue a contestar la llamada. Cedric le pedía que se acercara para resolver un pequeño problema con los horarios de noche y ella suspiró, fastidiada.

—Tengo que irme —dijo, poniéndose la camisa.

—¿No quieres esto? —preguntó Archie, tras pescar el sujetador y alzarlo con expresión burlona.

—No, voy a pasar por mi piso para cambiarme, al menos la ropa interior.

—Bien, aquí se queda. Tendrás que volver si quieres recuperarlo. —Archie le guiñó un ojo.

—No tienes que chantajearme para eso. —Ella le devolvió el guiño, subiéndose la falda y cogiendo sus zapatos.

—No prometo nada. Si mañana encuentras una nota de rescate que te lleva hacia unas cortinas, tendrás que ir.

La rubia apretó los labios para que no se le notara la sonrisa tonta que tenía ganas de poner, y le hizo un gesto de despedida mientras agarraba la chaqueta y el bolso.

Atravesó el *bungalow* como una flecha y salió, pensando si no sería mejor cambiarse la ropa del todo y ya puestos, secarse el pelo. Porque menuda imagen iba a dar apareciendo con esa pinta en la recepción…

—¿Denise?

Ella se detuvo de golpe al escuchar la voz de Brooke a sus espaldas. Se dio la vuelta para encontrarse a su amiga, que se acercaba con una bolsa de basura entre las manos.

—¡Hola! —exclamó, usando su mejor tono de simpatía para ver si con eso camuflaba el hecho de que estaba allí sin ningún motivo.

—Hola —contestó esta, acercándose—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Iba al hotel, me acaban de llamar para un tema de horarios.

—Tu *bungalow* está en otra dirección, ¿de dónde vienes? ¿Y por qué estás mojada? —Entrecerró los ojos—. ¡Y despeinada! Jamás he visto un solo pelo tuyo fuera del sitio…

Brooke la miraba sin entender, del todo confusa. Denise hasta podía notar sus esfuerzos tratando de relacionarla con algo de lo que había dicho que, por supuesto, no tenía sentido.

—Iba a cambiarme, sí —respondió, ignorando la pregunta.

No se molestó en justificarse con una visita a la piscina. Iba con la ropa del trabajo y, además, la piscina estaba junto a sus *bungalows*.

Brooke estudió su expresión y entonces miró en dirección a la vivienda de Archie. Por fin, su cerebro pareció hacer la conexión y abrió la boca, aturullada.

—¡No me jodas! —exclamó—. ¿Estás liada con el jefe?

Y claro, empezaba a entender algunas cosas. Los entretenimientos nocturnos mencionados por Delilah, el hecho de que los viera juntos más a menudo de lo que le parecía normal…

Boquiabierta, Brooke se quedó sin saber qué decir. Era tan impropio de su amiga hacer eso, no recordaba que Denise hubiera tenido ninguna aventura con nadie desde que se conocían.

—Solo un poco —admitió la rubia, a regañadientes.

—¿Hace cuánto?

—Poco después de la primera excursión.

—Pero… ¿cómo?

—La culpa fue del laberinto de flamencos —se defendió Denise.

—Dios, no entiendo nada —farfulló Brooke, y dio cuatro pasos hasta llegar a los cubos de basura, donde arrojó su bolsa—. ¿Por qué no me lo has contado?

—Ni siquiera termino de asimilarlo yo, ¿qué querías que te dijera? «Eh, hola, me burlo de todos los clichés románticos andantes y, por cierto, me tiro al jefe». No podía, es un desastre, es… ¡es *laulima*!

Brooke cogió aire y lo expulsó con calma.

—De acuerdo, vamos a hacer una cosa —dijo—. Vas a la recepción, arreglas

el tema de los horarios y te vienes a mi *bungalow*. Voy a encargar algo para cenar y hablamos, ¿qué me dices? Porque veo que estás hecha un lío.

«Y no eres la única», se dijo, recordando lo mucho que le había costado dejar marchar a Patrick esa mañana.

Denise lanzó un suspiro tan sonoro que podría haber roto un cristal, y afirmó con la cabeza. Ya que la noche de chicas era inevitable, al menos que sacaran algo en claro las dos.

Capítulo 13

Desde la comodidad del sofá, Delilah vio a su hermana salir de la habitación cambiada de ropa por tercera vez aquel día. O más bien, la segunda, porque cuando Denise se levantó para ir a trabajar, apenas si había abierto un ojo.

Sí que la había visto una hora antes, cuando apareció con el pelo mojado y una explicación confusa sobre un incidente con agua en una habitación. Y en ese momento, salía con ropa cómoda y su perfecto cabello recogido en una coleta.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—He quedado con Brooke.

—Si no hemos cenado…

—Pues levantas el culo y vas a cenar tú sola, que ya te sabes el camino.

—No puedo ni moverme, ¿te recuerdo las horas que trabajé ayer?

—Sí, ¿te recuerdo que yo he tenido que madrugar a pesar de haber trabajado también? No te has movido de ahí en todo el día, ya tienes que estar recuperada del esfuerzo.

—Por favor, tráeme algo.

Le puso un puchero y Denise sacudió la cabeza, impasible.

—Lo siento, es lo que hay. Si quieres cenar, vas tú a buscarlo. —Delilah refunfuñó por lo bajo—. Chica, ni que tuvieras que cazar la comida… Bueno, tú misma, me voy. Ya llegaré.

La dejó protestando y salió del *bungalow* para dirigirse al de Brooke. Por el camino, escuchó ruido de agua en la piscina y al pasar vio que Archie y Patrick estaban dando brazadas.

—Hola, Denise —saludó el primero, apoyándose en el borde—. Cuánto tiempo.

Ella se tragó la respuesta al ver que Patrick había parado de nadar y la miraba.

—Hola —la saludó—. ¿Vas donde Brooke?

—Sí, cena de chicas, ejem.

—Divertíos —añadió Archie, con un guiño.

Le pareció que Patrick iba a decir algo, pero el chico desvió la mirada hacia

Archie y siguió con las brazadas, igual que ella continuó su camino. La madre que parió al director, encima con cachondeo.

Llegó a la puerta de su amiga y llamó con insistencia hasta que esta abrió.

—Que ya venía, ¿se quema algo?

—Nada, es que está… están, los dos, ahí, bañándose. —Hizo un gesto hacia la piscina—. Y no son horas.

—Ya sabes, ventajas de ser el director y el amigo suyo, supongo.

Echó un vistazo antes de cerrar la puerta y señaló el sofá.

—Siéntate, he pedido *pizza* y helado, de fuera del hotel, que preveo que necesitaremos calorías.

Denise ocupó el lado del sofá que solía coger cuando iba allí y aceptó la cerveza que Brooke le llevó. Después, la morena dejó una caja de *pizza* que olía estupendamente sobre la mesa, repartió un plato con un trozo y servilletas a cada una y se sentó también, cruzando las piernas.

—Desembucha —soltó, sin miramientos.

—Bueno, pensaba que primero hablarías tú…

—No, no, lo mío más o menos lo conoces, soy yo la que está aquí sin enterarse de nada. —La señaló con la *pizza*—. Que sepas que debería mosquearme, que yo te he contado todo, y tú ni mu, pero bueno, supongo que me darás alguna explicación más aparte de lo del cliché ese que me has soltado antes.

Denise suspiró, comió un trozo de *pizza* y dio un trago a la cerveza.

—No es cosa mía, la culpa es de mi subconsciente.

Brooke elevó una ceja, con la boca llena de *pizza*. Tragó y cogió el botellín.

—¿Tu subconsciente se tira al director? ¿Es sexo telepático o qué? Porque antes parecía más bien físico.

—No, joder, pero todo empezó porque soñé con él. Un sueño de esos que te despiertas del orgasmo, así de claro te lo digo.

Brooke ladeó la cabeza, haciendo memoria.

—Hace siglos que no me pasa eso. Y mira que he intentado esos métodos que dicen de concentrarse antes de dormir para soñar con alguien, y nada.

—¡A ver si te crees que es lo que estaba haciendo! —Brooke se encogió de hombros—. Que no, que fue sin explicación, pasó y ya. Y después no podía ni estar en el despacho con él, era súper raro.

—Ya, imagino que sí… No te lo has follado, pero tu cabeza piensa que sí y él no tiene ni idea. Ajá, sí, es una situación extraña.

—Y nada, pues un día fuimos al cem… laberinto y ahí empezamos un jueguecito de lo más absurdo y me empotró contra un flamenco de madera.

Brooke asimiló la información mientras terminaba el trozo y cogía otro.

—Primero, no pensaba yo que Archie era de esos, tan trajeado él, aunque cosas más raras se han visto. Y segundo, ahora entiendo lo que dijo Kimo… Koa, sobre el laberinto. ¡Fuisteis vosotros!

—¡Fue sin querer! —Sacudió la cabeza, con las mejillas ruborizadas—. Yo tampoco lo imaginaba así, hasta el sueño.

—¿Y después?

—Nada, durante unos días fue todo muy profesional… hasta que, en su despacho, pues hubo un…

—¿Otro empotramiento? ¡No me digas! ¿En su mesa? En plan, tiró todo y te puso encima y…

—No, no, que tenía el ordenador. Fue en el sofá.

—Ah, qué práctico.

—Ya ves. Y eso, pues ahora parece que es una adicción… Ayer en la boda hubo un par de intentos y al final acabamos en la caseta de la piscina, donde se guardan las hamacas.

—Pues he oído en la comida comentar a un socorrista algo sobre vandalismo… —Abrió mucho los ojos—. ¡También fuisteis vosotros!

—No sé, algo crujió, cierto…

—¡Os vais a cargar el hotel!

—Tampoco exageres, que han sido accidentes. —Carraspeó—. Y así llegamos a hoy en su *jacuzzi*.

—Eso sí me da envidia, mira, porque no tengo *jacuzzis* a mano.

—Será por sitios, que vosotros también habéis hecho buen recorrido. —Brooke le sacó la lengua—. Iba a contártelo, no sé cuándo, pero iba a hacerlo, de verdad. Es que es… no sé ni lo que es, Brooke. ¿Liada con mi jefe? ¡No es propio de mí!

—Hombre, si te hubieras liado con Atkinson me hubiera parecido increíble. Con Archie… bueno, es comprensible. Es muy mono.

—Es que encima me cae bien, joder, que cuando fuimos juntos a ver la costa norte, las playas, y las furgonetas de comida, ¡congeniamos!

—Huy, ¡qué horrible! —Brooke puso cara burlona—. Lo dices como si fuera algo malo.

—Pues sí, porque no puedo pensar en esto como en «sexo y ya», como haces tú, porque hay algo más, es… —Su amiga hizo una mueca—. ¿Qué?

—Nada, nada, sigue.

—No, en serio, ¿qué es esa cara?

—Pues lo de «sexo y ya», que no va como yo pensaba. —Suspiró—. Ayer durmió aquí.

—¿En el sofá?

—No, joder, ahí dentro, conmigo, en mi cama.

—Ah, pensaba que lo habías enviado al sofá porque estabas cabreada y… —La miró, comprendiendo entonces—. ¡Oh! Habéis cruzado una línea.

—Eso es. Pero esta mañana se ha ido tan feliz en cuanto Archie lo ha llamado, y prácticamente he tenido que hacerme la dormida para que no se diera cuenta de que quería que se quedara, ¿sabes? —Se pasó la mano por la cara—. No sé qué hacer, Denise.

—Bueno… no estoy yo como para dar consejos, aunque quizá hablar no sería mala idea.

—No quiero estropear lo que tenemos.

—Ya, pero si crees que te has enamorado de él…

—¡Yo no he dicho eso! —La miró, asustada—. ¿Crees que es eso? ¿Es eso? ¿No será lo de la cierva, que me ha causado adicción?

—Eh… no, no, bueno, no sé. ¡Si te estoy diciendo que yo también tengo un lío del copón! ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué hago yo, a ver?

—¿Tú? Disfrutar de ese *jacuzzi*, cabrona.

—Genial, eres de mucha ayuda, gracias.

—Lo mismo que me dijiste tú. El buen sexo no hace daño a nadie, más bien al contrario. Tenemos la piel estupenda, ¿no?

—Sí, y la cabeza fatal. Yo creo que me has pegado algo, porque en la vida me habría metido yo en un almacén de hamacas.

—Claro, yo me he metido en despensas día sí y día también, de siempre —replicó, con sarcasmo—. Mira, tú sabes que Archie se irá en cuanto esto remonte, al menos tienes el futuro claro.

—Sí, y me tranquiliza muchísimo esa información.

—Ya sabes a lo que me refiero… Tú eres práctica también, como él, y hasta donde sabemos, es lo que hará.

Denise suspiró y dudó si coger otro trozo, que su nivel de calorías ya estaba por las nubes. Pero tampoco iban a tirarlo, así que al final alargó la mano y atrapó otro triángulo.

—Sí, supongo, lo suyo sería que me lo tomara como algo temporal, ¿no? Es lo que me estás diciendo.

—Eso es. Y yo, pues tú me contarás. Pronto toca renovar destinos, si queremos. Tenemos pendiente ver quién será el chef, y no sé cuál de las dos cosas me tiene más intranquila. Porque si me quedo y él es mi jefe, ¿seguiremos igual? Si me dan el puesto a mí y se queda, ¿también? ¿Y si se va? ¡Me va a explotar la cabeza!

—En todas esas opciones, no has pensado en irte tú.

Brooke movió la cabeza.

—No quisiera. —Se mordió el labio—. Pero si tú tienes razón y estoy… bueno, eso, de él, no sé si podré seguir trabajando a su lado como si nada. Quizá lo mejor sería irme, como tenía pensado cuando llegué.

Denise le apretó una mano con gesto comprensivo. Pensar en que Brooke se marchara no era algo que quisiera en aquel momento, era su amiga y la echaría de menos, muchísimo. Ya se había hecho la idea que las dos se quedarían en Hawái, sería estupendo, pero si eso iba a causarle dolor…

—O eso, o concentrarme en la idea de «solo sexo».

Por su tono, ni ella se lo creía, y Denise dejó el plato a un lado.

—Voy a por el helado, que veo que empieza a hacer falta. ¿Cuánto te pongo?

—Tú trae la tarrina y dos cucharas, será lo mejor.

Denise no discutió eso, era de lo más razonable visto el estado anímico de ambas. Ella no estaba mucho mejor que Brooke, porque sí, claro que sabía que Archie se marcharía, y saberlo no ayudaba en nada. Solo le hacía preguntarse por qué demonios había empezado algo que ya tenía fecha de caducidad desde el principio.

Regresó al sofá con el helado y le dio una cuchara a Brooke, que tenía el móvil en la mano.

—Es Patrick —le dijo, mostrándole la pantalla.

—Si te ha enviado fotos guarras, no quiero verlas —bromeó.

—Que no, tonta, es que encima es… ¿por qué tiene que ponerme estas cosas?

Denise miró el móvil y leyó el mensaje de Patrick.

—«He visto a Denise y me ha dicho que iba a tu *bungalow*, así que imagino que estaréis con cosas de chicas. Pásalo bien, ¿nos vemos mañana?»

—Eh… no veo nada raro.

—¿Para qué me escribe? Si es solo sexo y sabe que no va a tener hoy, pues que no me mande mensajes. —Un nuevo pitido—. Ah, estupendo. «Mi cama también es muy cómoda» —leyó.

—Eso va con segundas. Sí, veo ahí que lo de cruzar la línea no le ha importado.

—¡Exacto! ¡Y a mí sí! —Tecleó—. Es que me dan ganas de darle con una sartén en la cabeza.

Denise se estiró y miró lo que la chica había escrito:

—«Eso espero, mañana la pruebo.» —Chasqueó la lengua—. Efectivamente, eso deja clara tu postura.

Brooke le dio con la cuchara en el hombro y después la hundió en el helado.

—No tengo remedio —resopló—. ¿Tú qué vas a hacer?

Denise imitó su gesto y miró la cuchara, como si allí pudiera encontrar una respuesta.

—No sé, no es como si pudiera entrar en su despacho y hacer como si nada. O decirle que se acabó, así, sin más. Supongo que perpetuaré el cliché a ver qué pasa, tampoco se va a ir en dos días.

—No, eso es verdad. Aprovecha todo el sexo que puedas.

Esa parte Denise la tenía clara, era la otra la que le preocupaba. La voz que le decía que ella no necesitaba el mismo recorrido que su amiga, ya estaba hecha un lío y emocionalmente implicada. Mal, así muy mal, iban a necesitar dos tarrinas por lo menos.

Patrick entró en la cocina abrochándose el uniforme. Brooke estaba cortando algo sobre la encimera e hizo ademán de acercarse, pero Manny salió de detrás de un mueble y se quedó a un metro.

—Buenos días, jefe —saludó el chico—. ¿Recuperado de la boda?

—Sí, eso creo.

Se colocó junto a Brooke y alargó la mano para coger la sartén que tenía al lado. Ella reaccionó con rapidez, cogiéndola a la vez, y se encontró sujetando sus dedos. Él sonrió y movió el pulgar para acariciar los suyos, mientras Manny pasaba por su lado y sacudía la cabeza.

—De verdad, ¡voy a tirar la sartén a la basura! ¡Cualquier día os hacéis daño! —Los dos lo miraron—. Con todo el respeto lo digo, jefes, ejem. Me voy a buscar cebollas.

Se fue hacia la despensa. Patrick inclinó la cabeza, pero tuvo que apartarse al segundo, sin llegar a tocarla, al escuchar que se abría la puerta.

—¡Buenos días! —saludó Archie, con entusiasmo—. ¿Os pillo muy liados?

—Estábamos a punto de empezar con el menú de hoy —contestó Patrick, justo cuando llegaban Lilo y Kalani.

—¿Podéis subir un momento a mi despacho? Quiero hablar con vosotros.

Ellos se miraron y Brooke afirmó con la cabeza.

—Sí, los ponemos en marcha y vamos.

—Genial

Archie sonreía, aunque ellos se quedaron intranquilos. La boda había salido bien, la tarta también, el *candy* bar… Al menos, que supieran, ¿y si algo había fallado en algún momento? Los novios podían haber estado contentos solo por la efervescencia propia de la boda, ¡quién sabía!

Con rapidez, repasaron con los tres ayudantes lo que debían preparar y salieron de la cocina.

—¿Te contó algo ayer? —preguntó Brooke, cuando avanzaban por el pasillo.

—No, nada, no hablamos de trabajo —contestó Patrick.

Obvió la conversación sobre cambiar de sitio, porque no venía al caso, y tampoco era algo de lo que quisiera hablar con ella en ese momento. No quería oír sus planes si no era chef, por si incluían que se fuera o… no, no era el momento.

—No parecía enfadado —aportó.

Le cogió la mano y ella se la apretó, aunque cuando llegaron al despacho, se soltaron y Patrick golpeó con los nudillos en el marco de la puerta, que estaba abierta.

—¡Pasad!—dijo Archie, desde dentro.

Los dos obedecieron. Brooke lanzó una mirada hacia la ventana que había y que daba al despacho de Denise, aunque no la vio. Al hacerlo se encontró con el sofá, y carraspeó dirigiendo su atención a Archie.

Archie, el director, no «el empotrador», en eso tenía que pensar y no en lo que hacía con su amiga del alma.

Archie estaba sentado tras su mesa y, al ver sus caras, se incorporó.

—¿Ha pasado algo? —preguntó.

—No, nada, ¿por qué? —replicó Patrick, carraspeando.

—Parecéis tensos. —Rodeó la mesa para ponerse frente a ellos y se apoyó en el borde—. Sentaos, por favor. —Cada uno ocupó una silla—. Si pensáis que os he llamado para echaros otra bronca, nada más lejos de la realidad.

Los dos suspiraron aliviados, y Brooke se acomodó de nuevo en la silla.

—Perdona —le dijo—. Es que con todo lo de la boda arrastramos tensión, y es difícil quitarla.

Patrick tosió y ella enrojeció sin poder evitarlo, porque recordaba bien cómo ambos habían eliminado tensiones aquella noche. Y cómo había sido dormir con ella, despertar a su lado, y…

—Tranquilos —continuó Archie, regresándola a la realidad—. Esto es todo lo contrario. Quiero felicitaros, a los dos, por el estupendo trabajo que habéis realizado. La boda fue todo un éxito, enhorabuena.

Ellos se miraron con una sonrisa. Brooke cruzó las manos sobre el regazo para evitar hacer ningún gesto que la delatara, mientras que él apoyó los brazos en los bordes de la silla.

—Esto ha hecho que mi decisión sea muy difícil, la verdad. —Movió la cabeza—. Aún no tengo nada decidido, estoy a la espera también de recibir confirmaciones de varios temas por parte de la central, así que no podré deciros nada en los próximos días. Quizá se alargue incluso semanas, no lo sé. Con esto no quiero estresaros, sé que no bajaréis el nivel solo porque os diga de quién es el puesto, sois los dos unos profesionales. Solo os informo de cómo

está la situación.

—Gracias, Archie —agradeció Patrick—. Hemos hecho lo mejor que sabíamos.

—Eso es, y como has dicho, no bajaremos el nivel.

—Pues eso era todo. Podéis volver al trabajo.

Ellos se levantaron y Archie los acompañó hasta la puerta, palmeando ambos hombros. No había mentido, la decisión era difícil y tenía planes que aún no sabía si saldrían bien, así que tenía que esperar, por mucho que odiara ver que los dos estaban nerviosos por ello. Esperaba que todo se solucionara pronto. Escuchó ruidos y levantó la vista, para ver a Denise entrar en su despacho. Le hizo un gesto para que fuera al ver que levantaba la mirada, y la chica no tardó en aparecer por la puerta.

—Iba a venir de todas formas —dijo, entregándole una hoja—. Presupuesto para las nuevas hamacas.

—Ah, estupendo. —Carraspeó—. Al menos no nos hemos cargado mi *jacuzzi*.

Le sonrió, alargando el brazo para coger su mano y tirar de ella para poder besarla. Ella le correspondió unos segundos, pero cuando notó que su mano bajaba por la espalda, le dio una palmadita y se separó, moviendo la cabeza.

—No me distraigas, que ahora tenemos una reunión, ¿recuerdas?

—¿En serio?

—O más bien, reuniones, con los diferentes centros de aventura y actividades para organizar las excursiones que queremos contratar con ellos.

—Cierto. —Con un suspiro resignado, bajó las manos—. Yo quería hablar contigo de otra cosa, serán un par de minutos. ¿Para eso hay tiempo?

Denise miró el reloj y afirmó.

—Dime.

—Sobre tu hermana, ¿qué quieres hacer?

—¿A qué te refieres?

—A que hay puestos de camarera libres, y en la boda lo hizo muy bien. Si quieres, podríamos ofrecerle un contrato, ahora que estamos cogiendo gente.

Denise se quedó pensativa. Si por ella fuera, estupendo; así la chica al menos haría algo útil, pero no estaba segura de que aceptara y, si lo hacía, si se cansaría en unos días. Una cosa era hacer un trabajo puntual, y otra firmar un contrato.

—Si quieres, hablo yo con ella —ofreció Archie—. Muchas veces los adolescentes escuchan mejor a alguien que no sea familia.

—Vale, le diré que venga a hablar contigo.

En eso tenía razón, era parte de la rebeldía adolescente. Tu madre podía decirte veinte veces que una camiseta te quedaba bien, pero hasta que no lo

escuchabas de una amiga, no te la ponías.

—Vamos entonces a esas reuniones.

Denise le entregó una carpeta con toda la información. Ya le había enviado los correspondientes correos, pero ahí tenía todo recopilado y en orden.

—Tenemos media hora para cada uno, de sobra para llegar a acuerdos.

—Genial.

—Y mañana reunión con las agencias de viajes con las que trabajamos, para presentárselos y que los añadan a sus ofertas, a ver si conseguimos vender unos cuantos paquetes y atraer ese público que necesitamos.

—Eres muy eficiente, ¿lo sabías? —Le pasó el dedo por el labio inferior—. Y ni siquiera se te ha estropeado el pintalabios.

—Obvio, a ver si te piensas que uso cualquier cosa. Esto no se borra en veinticuatro horas ni metiéndome en el agua. —Le atrapó el dedo y le dio un mordisquito—. Luego te lo demuestro.

Archie reprimió las ganas que tenía de probar de nuevo la resistencia de aquel pintalabios, y la siguió con la carpeta por delante, mientras recuperaba el control sobre su cuerpo. Era complicado cuando ella iba delante, moviendo las caderas al taconear, y tuvo que desviar la vista hacia las paredes.

La primera reunión la tenían con los encargados del parque de aventuras donde había estado con Patrick. Como ya conocía lo que ofrecían, no fue complicado determinar lo que necesitaban, tres tipos de excursiones diferentes: niveles sencillos para familias con niños, y otros dos medios y altos para adultos con diferentes gustos de aventura. La empresa se comprometió a bajar los precios según las cantidades: a más vendidas, menor precio. Al principio quizá costara, pero Denise esperaba que aumentara con los meses.

Después, llegó la empresa de excursiones por la isla que incluía el *snorkel*, la que habían hecho ellos dos. Ahí sí que tenían de todo para escoger, desde *trekking* por los volcanes hasta buceo con bombona. Con ellos prepararon también varias opciones y así poder ofertar, con flexibilidad para cambiar según vieran qué funcionaba y qué no.

A continuación, se juntaron con los que realizaban las excursiones tranquilas. No querían dejar de trabajar con ellos, porque llevaban años, pero sí que incluyeran opciones extra como visitas a playas para poder tener también algo más.

Y, por último, se reunieron con una empresa de autobuses para poder acordar con ellos el alquiler de minibuses con chófer, para la gente que iba y no quería alquilar coche, pero sí hacer alguna escapada a los mercados o a las furgonetas de comida. Con ellos pondrían horarios, pocos al principio hasta ver qué necesitaban más.

Cuando terminaron, los dos estaban bastante satisfechos con lo que habían logrado, y Denise recogió todos los papeles con una sonrisa.

—Vamos a comer y luego me voy a organizar todo esto para las reuniones de mañana —le dijo.

—¿Te ayudo?

—No, tranquilo, luego te envío la información. Mejor sigues con lo de los camareros… ¿Aviso a Delilah para que vaya en una hora?

—Vale, sin problema.

Se fueron al comedor y Denise llamó a su hermana desde allí, quien tardó en contestar.

—¿Dónde te metes? —le preguntó—. ¡No creo que del sofá a la mesa se tarde tanto en coger un teléfono!

—Es que estaba a punto de irme a la playa.

—Pues ya puedes ir olvidándolo. Date una ducha y estate en el despacho de Archie en una hora, ¿me oyes?

—¿Qué he hecho ahora?

—Tú hazme caso y punto.

Llevaba la bandeja para coger la comida en la mano y el móvil apoyado entre la cabeza y el hombro, con lo cual, casi se le cayó en la ensalada al hacer otro gesto hacia las bebidas.

Lo atrapó al vuelo, su bandeja se tambaleó y Archie, que iba detrás, se la sujetó con una sonrisa.

—¿Puedes intentar no hacer treinta cosas a la vez Moneypenny? —bromeó.

—No me llames así, ya te lo he dicho —le susurró.

—Vale, lo dejo para momentos *jacuzzi*, tranquila.

Denise miró a su alrededor por si alguien los había escuchado, pero nadie estaba lo bastante cerca. Terminó de coger la comida y se fue a una de las mesas, seguida por el director. Estaban todas bastante llenas, así que no hubo más indirectas y el tema de conversación general giró en torno a la boda y lo bien que había salido todo.

Después, cada uno se fue a su despacho. Archie vio que Denise prácticamente hundía la cabeza en el ordenador para preparar los informes, y él se sentó en su mesa para revisar el listado de camareros y los contratos que iban a ofrecer. Algunos los pasó a Recursos Humanos, no necesitaba hablar con todos y cada uno de ellos cuando había un departamento para eso, aunque sí que le gustaba entrevistar a los que no habían trabajado antes en ningún otro sitio, como Delilah, aparte de que tenía curiosidad por hablar con la chica que parecía tan diferente a Denise.

Con lo poco que se dejaba y lo mucho que se quejaba la rubia, le había

sorprendido que trabajara bien y no diera problemas, así que seguro que parte del problema era el mismo que le había dicho a Denise: una adolescente no se comportaba igual con la familia que fuera.

Poco después llamaron a la puerta, y la susodicha asomó la cabeza.

—Hola —saludó—. Denise me ha dicho que viniera.

—Sí, pasa. —Archie le hizo un gesto de invitación con la mano—. Siéntate.

Delilah desvió la mirada hacia la ventana, desde donde su hermana le lanzó una mirada desconfiada.

—Olvídate de Denise —comentó Archie, sacando un mando—. Estamos tú y yo solos.

Pulsó un botón y se cerró una cortina, impidiendo así la visión entre ambos despachos. Aquello pareció tranquilizar a Delilah, que se sentó con gesto más relajado.

—Solo quería hablar contigo para informarte de que hay varios puestos de camarera libres, y estamos muy contentos con tu trabajo en la boda. Así que, si quieres, me gustaría ofrecerte uno.

—¿En serio?

—Veinte horas a la semana, no es mucho, pero es un comienzo, y te dejará tiempo para… bueno, lo que quieras hacer.

Ella se mordió el labio, pasándose las manos por el pelo en un gesto nervioso.

—Es que no sé cuándo me enviará Denise a casa.

Archie parpadeó, porque de aquello sí que no había escuchado nada. Si Denise pensara hacer eso, le habría dicho que no se molestara en contratarla, ¿verdad?

—Bueno, eso tendrás que hablarlo con ella, no creo que su idea vaya por ahí —contestó—. De todas formas, eres menor, así que el contrato que te hagamos lo firmará ella contigo. Podemos hacerte uno de un mes y después ir ampliando según veamos.

—Es que mis padres… —Movió la cabeza—. ¿Esto lo has hablado con Denise?

—Está de acuerdo, si es lo que te preocupa.

—¿Seguro?

—Delilah, si no quieres el puesto, no es ninguna obligación. ¿Qué quieres hacer?

Ella abrió mucho los ojos y lo miró.

—Eres la primera persona que me pregunta eso.

Archie se quedó callado. Ahí había tema familiar en el que él no podía meterse, pero estaba claro que las dos hermanas necesitaban hablar, al menos

entre ellas.

—Lo de un mes e ir ampliando me parece bien —aceptó.

—Bien, pues le diré a Denise que te avise cuando esté preparado, y empiezas la semana que viene. ¿De acuerdo?

—Perfecto, gracias.

La sonrisa que le dedicó le recordó a Denise, y la observó marcharse tamborileando en la mesa con los dedos. Cogió el mando para abrir la cortina, y al momento vio que la rubia salía para ir a su despacho.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó, desde la puerta.

—Bien, pero creo que… A ver, no quiero meterme en temas personales porque es cosa vuestra, pero deberíais hablar.

—Como si fuera fácil —resopló.

—Solo digo que Delilah teme que la mandes a casa en cualquier momento, o que a vuestros padres esto no les parezca buena idea… No sé, me ha dado esa sensación.

—Es complicado. —Movió la cabeza—. Hablaré con ella.

—Le haré un contrato de veinte horas, como al resto, pero de un mes prorrogable. Es lo que hemos acordado.

—Vale. —Se giró para salir, y al poco se asomó de nuevo—. Gracias, Archie.

—De nada.

Denise cerró la puerta al salir y suspiró, sacando su móvil. Pensó en llamar a Delilah, después a sus padres, y al final no hizo ninguna de las dos cosas. Por lo menos, la chica no había salido disparada ante la idea de trabajar, lo que ya era más de lo que llevaba haciendo desde que llegara. Y probablemente a sus padres no les parecería que aquello fuera algo bueno, porque lo que querían era que estudiara, como ella le había dejado claro.

Quizá lo que tenía que hacer era sentarse con ella y escucharla, aunque era complicado si acababan siempre a gritos. Tendría que buscar el momento, a ver cuando acabaran con el lío de las excursiones y los cambios en el hotel, que estarían todos más tranquilos.

Regresó a su despacho para continuar con los informes, y así tener preparado todo para el día siguiente.

La cadena tenía su propia forma de trabajar, con reserva directa de habitaciones y excursiones en la web, así que eso lo envió aquella misma noche para que actualizaran la del hotel y poder tenerlo ya todo disponible. Y, por otro lado, trabajaban con dos grandes agencias, con cuyos representantes se reunirían al día siguiente, unos por vídeo llamada y los otros allí, ya que tenían una delegación en Honolulu.

Los hawaianos fueron los primeros con los que se reunieron, y escucharon

todo lo que Denise y Archie tenían para contar antes de hablar ellos.

—Es un gran cambio —comentó uno de los agentes.

—Lo sé, Akoniia, pero creemos que es a mejor —contestó ella.

—Llevamos años trabajando con vosotros y ofreciendo otras cosas, no sé si la clientela lo aceptará.

—Queremos ampliar el espectro —agregó Archie—. Más rango de edades.

—Sí, eso me ha quedado claro, pero ya tenemos una buena base de gente mayor de sesenta y cinco, no queremos perderla.

—Ni nosotros, solo ampliar —aseguró Denise, acercándole los papeles, que aún no habían tocado—. Echad un vistazo y haced una prueba, un mes, por ejemplo. Si solo conseguís reservas como las habituales, no hay problema, pero pensad en el porcentaje extra que os llevaréis por cada nueva excursión. Son mucho más caras que las de ahora.

Akoniia miró a su compañero, que se encogió de hombros, y recogió los papeles.

—De acuerdo, probaremos a ver.

Realmente no perdían nada, así que firmaron el nuevo acuerdo y salieron de la sala.

—No los veo muy convencidos —comentó Archie, algo descorazonado.

—Tranquilo, es como todo, lo nuevo asusta. Verás que en una semana me llaman.

Le guiñó un ojo y salieron de la sala para seguir trabajando. Con el cambio horario, no podían tener la vídeo llamada con la otra agencia hasta la tarde, ya que estaba en Los Ángeles.

También aquello era una ventaja, porque eran más abiertos y estaban dispuestos a ampliar su oferta, como habían dejado claro desde el principio. Incluso, llegaron a admitir que era algo que llevaban tiempo deseando que ocurriera, porque los beneficios que obtenían por los paquetes de excursiones eran muy bajos.

Por todo ello, Archie salió mucho más contento de aquella reunión y su sonrisa se amplió cuando Denise le pidió que fuera a su despacho.

—No hay sofá ahí —observó, con tono pícaro.

—Vete a la porra, que esto te va a gustar.

—¿Más que subirte esa falda?

Denise ladeó la cabeza y acabó negando, con una risita.

—No, pero casi.

Lo empujó al interior de su despacho y le dio unas hojas que había imprimido una hora antes, previo a la reunión.

—¿Qué es eso? —Miró el encabezado—. ¿Informes de ventas?

—Ayer colgaron las nuevas ofertas en la web —sonrió ella—. Agradece las ventas a la diferencia de horas, que mientras dormimos, otros están despiertos.

Archie miró las hojas, a ella, y después a las hojas.

—Hay ventas nuevas y cambios en reservas ya hechas —explicó Denise—. Porque a todas las reservas futuras se les envió la información con una oferta especial de descuento si reservan en las próximas veinticuatro horas. Así que espero que esos números aumenten hoy.

Archie movió la cabeza, sonriendo cada vez más, y la abrazó para elevarla en el aire.

—Eres la bomba, Moneypenny…

La besó y ella empujó la puerta con el pie para cerrarla. Abrazándolo, le giró para apoyarlo en ella y mover la mano hasta encontrar el cerrojo. Cierto, su despacho era más pequeño y no tenía sofás ni sillones, pero sí la mesa. Volvió a empujar a Archie hacia allí y apartó los papeles que había encima hacia un lado, sin tirarlos al suelo, eso sí. Terminó de empujarlos con el culo al sentarse encima, y Archie no tardó en ayudarla a subir su falda hasta la cintura. Metió los dedos por la tela de las bragas, y entonces llamaron a la puerta.

—Joder —murmuró ella, a la vez que gemía—. ¡¿Quién es?!

—Soy Koa, han llegado las hamacas.

—Genial. —Apretó los labios, mientras Archie no dejaba de mover sus dedos con una risita—. Voy enseguida.

—Vale, te espero aquí.

—No, ¡no! —Le dio una palmada a Archie en el hombro para que se apartara y él la besó en el cuello—. ¡Vete, no tardo!

Apenas si escuchó los pasos del chico alejarse, cogió a Archie del pelo para mirarlo.

—Eres…

No terminó de hablar, porque, en cambio, tiró de él para besarlo. Le daban ganas de matarlo, sí, pero también… Joder, si se apartaba en ese momento sí que le tiraba por la ventana.

Capítulo 14

—Los números son muy buenos, Archie. Mejor de lo que esperábamos.

El director sonrió a la pantalla, donde estaba reunido de forma virtual con Andrew y Malcolm para hablar sobre la marcha del hotel. Ya había pasado una semana desde que Denise comenzara con la venta de paquetes, y las ventas no podían ir mejor.

—Sí, como podéis ver, hemos recibido varias reservas para bodas —confirmó él—. Así que los próximos seis meses, al menos, van a ser movidos.

—Excelente —contestó Malcolm.

—¿Habéis revisado los presupuestos para las reformas que quiero hacer?

—Sí, las hemos pasado a contabilidad esta mañana —contestó Andrew—. Tienes luz verde, se pondrán en contacto contigo para los plazos de los pagos.

—Genial.

—Es un proyecto ambicioso, pero es lo que el hotel necesita.

—Y necesitará un nuevo director —agregó Malcolm.

—Ya, sobre eso… —Archie dudó.

Los dos directivos se miraron, y Andrew se inclinó para acercarse un poco más a la cámara.

—¿Hay algún problema? —preguntó—. Recursos Humanos nos ha dicho que tiene varios candidatos internos que querrían postular.

—Me lo imagino, este destino es un caramelo —replicó Archie, con un carraspeo.

—Aún queda tiempo para eso, entre que se acaban las obras y se inaugura… Por cierto, acudiremos los dos.

—Organizarás una buena fiesta de reinauguración, ¿no?

Archie afirmó con la cabeza, tomando nota en su agenda para tenerlo en cuenta.

—Sí, os avisaré.

—Es una pena que no quieras quedarte tú en ninguno de los hoteles que reformas —continuó Andrew—. Lo harías muy bien.

—Bueno, ahora que lo mencionas… Es algo que me he planteado.

—¿Te gustaría quedarte en el Lanikai? —preguntó Malcolm, sin rodeos.

—Quizá. ¿Sería posible?

—Por supuesto —aseguró Andrew—. Como te acabo de decir, serías un buen director en cualquier hotel que quieras. Podemos proponerlo al consejo, si lo deseas.

Archie volvió a mostrar una expresión de duda. Lo había pensado, porque la isla le gustaba, y más desde que Denise formaba parte de ecuación. Por no hablar del hotel en sí, que le había cogido cariño, además de poner todo su empeño en los planes para las reformas.

—Aún necesitas pensarlo, por lo que veo —consideró Malcolm—. No te preocupes, lo plantearemos y si te lo conceden, será cosa tuya aceptar o pasar al siguiente proyecto. De esos ya sabes que no faltan.

Con los centenares de hoteles que tenía la cadena por todo el mundo, era normal que siempre hubiera alguno que necesitara una ayuda. O cuando adquirían nuevos y necesitaban adaptarse a los estándares del resto, por ejemplo. Así que Archie sabía que ahí tenía trabajo fijo, no tenía que preocuparse de que le enviaran al paro.

—Y en otro orden de cosas —dijo Andrew, sacándole de sus pensamientos—. ¿Has hablado con la subdirectora?

—Eh… Bueno, ya habéis visto que las ventas de paquetes y los nuevos acuerdos son cosa suya, está haciendo un excelente trabajo.

—Del que habrás tomado buena nota, suponemos.

—Sí, claro.

—Ese era uno de tus objetivos, así que bien hecho —añadió Malcolm—. ¿Cómo se lo ha tomado ella?

—¿Denise?

—Sí, la señorita Koreander. Supongo que le habrá sentado mal que vayas a despedirla, ¿no?

—Realmente…

Andrew se apartó de la pantalla para coger una llamada en su móvil y Malcolm miró los papeles que tenía frente a él.

—Eso era todo, ¿no? —dijo—. Tenemos otra reunión en dos minutos.

—Sí, os avisaré para la fiesta.

—Genial. Buen trabajo, Archie.

Desde el fondo, Andrew elevó un pulgar y cortaron la llamada. Archie bajó la tapa del portátil con un suspiro y se quedó mirándolo, como si ahí pudiera encontrar la respuesta a sus problemas.

Tenía que hablar con Denise, claro, pero no encontraba el maldito momento para hacerlo, aparte de que no sabía ni por dónde empezar a explicárselo. Sabía que, lo hiciera como lo hiciera, ella se mosquearía, y con razón.

Se animó diciéndose que aún tenía tiempo, no era algo que fuera a suceder de inmediato, así que podía pensarlo bien.

Como si la hubiera conjurado con su mente, ella le hizo un gesto desde su despacho a través de la ventana y, un minuto después, se asomaba por la puerta.

—¿Qué tal la reunión? —le preguntó.

Archie le había contado que iba a presentar los presupuestos para las reformas, así que estaba deseando saber el resultado.

—Bien, luz verde.

Ella sonrió y lo observó, extrañada, porque no parecía muy contento.

—¿Y no te alegra? —le preguntó.

—Sí, claro, es… otra cosa. —Se recostó en la silla, mirándola—. Están muy contentos con los avances, las ventas de los paquetes y las nuevas reservas.

—Genial. Y cuando vean el siguiente informe, seguro que más.

—Claro, no te quepa duda de que estás haciendo un gran trabajo, Denise.

—Gracias, señor director. —Elevó una ceja, burlona—. ¿Eso me da derecho a otro uso del *jacuzzi*?

—Denise…

—Ya, ya, mejor no saco el tema que nos dispersamos, y venía a decirte que tengo que salir un rato.

—¿Alguna emergencia?

—No, me refería a fuera del hotel. Tengo una reunión con los del centro de buceo, para ver los días que enviarán a alguien a hacer bautizos submarinos en la piscina.

—Ah, vale. Te acompaño.

Se levantó, pensando que quizá entonces encontraría el momento que estaba buscando. Cuando llegó a su altura, Denise cerró la puerta y tiró de su camisa para que se inclinara y poder besarlo.

—Creo que te vendrá bien el aire —le dijo—. Cada vez que te reúnes con los jefazos, se te pone cara seria.

Volvió a abrir la puerta antes de que él pudiera decir nada, y salió detrás. Al menos con aquello se le despejaría un poco la cabeza; si no hablaba con ella ese día, seguro que en los próximos podría, solo tenía que pensar en las palabras adecuadas.

El centro de buceo estaba solo a un par de calles del hotel, así que caminaron hasta allí. La reunión no duró más de cinco minutos, porque los del centro ya tenían los horarios preparados y, realmente, era algo que podían haber acordado por teléfono, pero a Denise le gustaba hablar cara a cara para

establecer una conexión y una confianza que, a distancia, era mucho más complicada.

Cuando salieron de allí, Archie vio que se quedaba mirando un edificio de apartamentos cercano.

—¿Pasa algo? —preguntó él, siguiendo la dirección de su mirada.

—Es que… —titubeó—. Bueno, quizá tú puedas ayudarme.

—¿Con qué?

—¿Te acuerdas de que esta mañana he estado fuera un rato?

—Sí.

—Quería mirar apartamentos.

Archie parpadeó, sorprendido.

—¿Te vas del hotel? —preguntó.

Si así fuera, su problema estaría resulto, aunque también sintió una punzada de desilusión porque no le hubiera avisado. Al momento, se reprendió por ello, puesto que el primero en tener secretos, era él mismo.

—No, qué va. —Rio—. Pero ya llevo demasiado en ese *bungalow*. Quiero quedarme aquí, así que creo que lo mejor es buscarme un apartamento fuera del hotel. Es la única forma de desconectar y, además, de tener un piso propio.

—Ya…

—Tengo las llaves de dos, me las han dejado para que los vuelva a visitar mañana tranquilamente y así decidir, pero ya que estamos aquí… ¿Me acompañas?

Archie quería negarse, aquello le parecía algo surrealista. Él tenía que decirle que iba a despedirla, no animarla a comprarse un apartamento cuando iba a estar en la calle pronto… Joder, joder, menudo lío. Debía buscar la manera que darle la noticia de forma que impactara menos, o recomendarla en algún otro puesto, o…

—Genial, pues vamos.

Estúpidamente, se dio cuenta de que había afirmado y Denise le cogió la mano para guiarle. Se dejó llevar, sin decir nada, hasta el edificio que ella había mirado. Como todos los de alrededor, era blanco, con balcones de barrotes negros.

—Es un quinto —informó.

Con las llaves que le habían dado, abrió el portal y subieron al ascensor. El interior estaba muy nuevo y limpio, y esa fue su primera impresión también cuando abrió la puerta del piso.

—Tiene dos habitaciones —dijo ella—. Por si… bueno, tengo visitas o si Delilah alarga su estancia. Un solo baño, la cocina, el salón y ahí el balcón.

Archie la siguió por el recorrido del piso, observando los acabados y escuchando lo que ella le contaba sobre los costes, el aire acondicionado… Era como si lo viera desde fuera, y no podía ignorar que ella parecía entusiasmada por la idea de estar dispuesta a dar ese paso.

—¿Qué te parece? —le preguntó, mientras se asomaban al balcón y contemplaban las vistas.

—Está muy bien.

—No se lo he dicho ni a Brooke aún, ¿puedes creerlo? —Suspiró, pasando las manos por la barandilla—. Creo que temo que me diga que es una locura.

—No lo es, si te gusta y has decidido quedarte… Es normal que busques un sitio más definitivo que un alojamiento para empleados.

Ella movió la cabeza, porque en realidad, lo que temía era que su amiga se fuera, si todo salía mal con el puesto de chef y con Patrick, aunque eso no podía contárselo porque era cosa de Brooke.

—El otro está a tres calles, tiene la piscina más grande pero menos vistas, hay otro edificio delante —explicó.

Con aquello, se dio cuenta de que verbalizaba lo que de verdad quería, y era ese algo que se dio cuenta también al volver a pasar las manos por la barandilla antes de irse, como si dijera «hasta luego».

Aun así, no perdía nada por echar otro vistazo, quizá volver a verlo le hiciera sentir algo diferente, pero cuando llegaron a él, no notó nada. Era cierto que las instalaciones eran mejores, pero no se imaginaba en aquel balcón, también más pequeño, sentada tomando un café.

—Te gusta más el otro, ¿verdad? —le preguntó Archie, cuando terminaron el recorrido.

—Eso creo, ¿tanto se nota?

—No has hablado de este con tanto entusiasmo.

—Es un poco más caro —comentó, con un suspiro.

Archie apretó los labios, porque no estaba en disposición de hablar sobre hipotecas ni bancos ni ningún otro tema financiero, cuando el despido pendía sobre su cabeza como una espada de Damocles, y ella sin saberlo.

Quizá entre que buscaba la financiación y firmaba, podría arreglar aquel entuerto; sí, eso haría, porque si encima de soltarle la bomba, ella se quedaba sin la ilusión del piso… sería el remate.

Así que no le quedaba otra que encontrar una manera, la que fuera.

—Devolveré mañana las llaves de los dos —dijo ella, con una sonrisa—. Y pediré información sobre las ofertas que hay en el otro, a ver qué margen tengo.

—Genial, sí, haz eso. Ganas tiempo.

—Bueno, el tiempo no me preocupa. ¿Cenamos por aquí, ya que estamos?

Archie afirmó y salieron del piso para ir a uno de los restaurantes que había por las calles interiores, más alejados de la zona turística.

Delilah se colocó las gafas en la cabeza para sonreír al Momoa playero, que pasó por su lado rumbo a las olas.

—A lo mejor deberíamos cambiar de playa —murmuró Denise.

—¿Qué? ¿Por qué? A mí me gusta esta.

—Te distraes demasiado.

—A eso se viene a la playa, ¿no? Será que tú no le has mirado nunca, no te fastidia.

—Es diferente.

—Cualquier día de estos le pregunto el nombre. Brooke, ¿no es buena idea?

La aludida, acostumbrada a que la chica intentara ponerla de su parte, carraspeó al ver la cara de Denise, que negaba con la cabeza. Al final acababa ahí en el medio sin comerlo ni beberlo.

—No sé —contestó—. Quizá rompa la magia. ¿Y si es imbécil?

—Siempre saluda.

—Ya, eso dicen de muchos asesinos —resopló Denise.

—No exageres tú tampoco, que sois unas extremistas las dos —se rio la morena.

—¿Tú de parte de quién estás? —le susurró Denise.

—De ninguna, que queréis volverme loca y bastante tengo con lo mío.

Denise miró de reojo a su hermana, que tenía la vista en el mar, y bajó más la voz.

—¿Te pasa algo con… ya sabes?

—Nada y todo. —Suspiró—. Ya hablaremos.

—Vale.

Ella también quería contarle el tema del piso, pero con Delilah allí, no podía. No había firmado aún, por un lado, y por el otro no sabía cómo estaba la situación de su hermana con sus padres. No quería tomar ninguna decisión respecto a ella sin hablarlo antes, y últimamente era complicado coincidir con ellos. Entre el inminente comienzo de las obras, el aumento de clientela y los nuevos encargos para eventos, apenas tenía tiempo libre. Aquella mañana ya la habían llamado dos veces y temía tener que marcharse en cualquier momento, así que su poca vida social estaba reducida al mínimo. A ver si se alineaban los astros y podían tener un rato para ellas.

Para corroborar aquel pensamiento, su móvil sonó de nuevo y cogió con

gesto de fastidio.

—¿Sí? ¿Qué? No, habíamos quedado mañana. Joder, ¡vale! Voy enseguida, busca a Archie también y, mientras llegamos, pues que se tome un café.

Colgó, exasperada.

—Tengo que irme, el pintor ha venido con las muestras —explicó—. Se ha equivocado de día.

—¿Y por qué no le dices que venga cuando tiene la cita? —preguntó Delilah.

—Porque ya que está aquí, mejor aprovechar no vaya a ser que mañana no tenga hueco y se retrase todo, así que vámonos.

—Pero si es pronto…

—Me quedo yo con ella —dijo Brooke, con tono conciliador.

—No tengo diez años, puedo quedarme sola. —Las dos la miraron, Denise cruzándose de brazos—. Pero vale, sí, que se quede conmigo.

Entre eso y volverse, pues prefería la opción de Brooke, obvio.

Denise recogió sus cosas y se marchó a toda prisa. Brooke se dio la vuelta en la toalla y sacó una cerveza de la nevera que siempre llevaban.

—¿Quieres un refresco? —le ofreció.

—¿A ti te parece normal? —replicó ella—. ¡Bajo sola casi todos los días! ¡No necesito niñera!

—Se preocupa por ti.

Delilah resopló y Brooke se arrepintió de haberse ofrecido, no fuera a acabar siendo ella la perjudicada en todo aquello.

—Más bien quiere controlarme, como mis padres. Sigo sin móvil, ¿sabías?

—Sí, lo sé.

—Debo ser la única adolescente en todo el universo conocido sin móvil. ¡No es justo!

—Bueno…

—Y estoy trabajando bien, ¿a que sí? ¿Qué más quiere?

Brooke se incorporó para apretarle un hombro.

—Deberíais hablar —recomendó.

—Ya, pero no tiene tiempo.

En eso no iba a llevarle la contraria. Si ya antes era complicado quedar con Denise, desde los planes de renovación del hotel y los nuevos paquetes, aún más.

—Perdona por gritarte —dijo Delilah, mirándola—. Tú no tienes la culpa, y encima me caes muy bien.

—Tranquila, no pasa nada.

—¿Has traído sándwiches de los tuyos? Están mejor que los del bufé.

—Claro.

Brooke sacó los que había preparado, con una salsa especial que a Denise también le encantaba, y comieron en silencio mirando el mar y al chico que hacía surf.

Después, se tumbaron otro rato más antes de regresar al hotel. De camino a su *bungalow*, Brooke se detuvo en los buzones que había en la entrada y sacó las llaves para abrir el suyo, al ver que sobresalía un sobre blanco.

Al cogerlo, vio que tenía el membrete de la central. Suponía lo que era y, una vez sola en su *bungalow*, lo abrió.

Efectivamente, dentro tenía una carta de la organización del programa de intercambio de la empresa. Aunque aún le quedaba un tiempo en Oahu, tenía que contestar antes de ocho semanas si quería prorrogar su estancia allí, quedarse de forma definitiva o pedir el traslado al siguiente destino. Para la primera opción, serían seis meses más. Para la última, tenía un listado donde marcar las preferencias.

Con un suspiro, miró aquellos lugares preguntándose si quería ir a alguno de ellos. Realmente, ya no le llamaba moverse de un sitio a otro como antes. Ella quería quedarse allí, con el puesto de chef, pero claro, en la ecuación estaba Patrick.

O no lo estaba, porque lo suyo era solo sexo y seguro que, en cualquier momento, más pronto que tarde, aquello se acabaría. No quería pensar en ese momento y, al mismo tiempo, no podía dejar de darle vueltas. Quedarse allí como chef del restaurante sería lo ideal, solo que no tanto lo que eso implicaba: que Patrick no lo sería. Sabía que quería el puesto tanto como ella, y también se lo merecía.

Joder, qué lío tenía.

Volvió a leer la carta y la solicitud, por si ahí encontraba alguna respuesta oculta, claro que no había nada y acabó dejándolo en un cajón. Ya lo miraría más adelante, cuando tuviera la mente clara, si es que eso sucedía en algún momento, porque no ayudaba que Patrick le enviara mensajes como acababa de hacer para ver si se pasaba por la noche. Muchas veces pensaba en decir que no, o que sí, y echarlo en cuanto se acurrucaban en la cama, porque notaba que se estaba acostumbrando… Lo malo era precisamente eso, y contestó que sí, porque prefería aprovechar el tiempo con él, fuera el que fuera.

Según dejaba el móvil, escuchó que llamaban a la puerta, y fue a abrir con el ceño fruncido. Él no iba pasarse hasta un rato después.

—Tengo tiempo antes de que estalle alguna bomba —dijo Denise, en cuanto abrió—. Así que aprovéchame ahora.

Pasó sin esperar invitación y Brooke cerró la puerta tras ella. Mientras Denise se sentaba en el sofá, fue a buscar la carta y se sentó frente a ella.

—Mira —le dijo, entregándosela.

Denise la miró por encima y se la devolvió.

—Qué prisa se dan en enviar —comentó.

—Sí, ya ves. Si ya tenía lío mental antes, con esto…

Movió la cabeza y Denise le cogió una mano.

—¿Por Patrick? —Brooke afirmó—. ¿Lo de solo sexo ya no funciona?

—Va a ser que no. —Suspiró, fastidiada—. O al menos, no para mí. Si es que no hay noche que no duerma aquí o yo en su *bungalow*, y eso no puede ser.

—Pues dile que no venga y no vayas tú.

—Claro, ¡qué fácil!

—Eh… sí, es fácil. Ya que tenéis un acuerdo, pues lo volvéis a renegociar.

—Esto no es como escoger entre unas muestras de pintura, Denise. ¿Qué hago? ¿Me voy?

—¿No quieres el puesto?

—Sí, pero él también. Gane quien gane, eso hará que la situación cambie, fijo. No creo que pueda ser su jefa y tirármelo en la despensa como si nada, y no me veo acostándome con mi jefe. —La miró—. Bueno, ya me entiendes.

—Sí, está claro. Pero no creo que la solución sea irte… Sin entrar en que yo te echaría muchísimo de menos, que lo sabes, no creo que marcharte de un sitio que te gusta por un motivo como ese sea suficiente. ¿No crees que te arrepentirías?

—Es que no quiero sufrir, Denise, y es lo que va a pasar.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿De qué? ¿De los términos y condiciones del contrato? —Se mordió el labio inferior—. No, a lo mejor entonces decide que lo mejor es acabar y ya. Y tampoco quiero eso, prefiero disfrutar el tiempo que estemos juntos.

—Y engancharte más.

—Eso no sé si será posible, ya lo estoy del todo.

—Ay, Brooke… —La abrazó—. No sé ni qué decirte… Al menos tienes tiempo para pensarlo, y Archie seguro que no tarda en deciros algo. Le meteré prisa, si es necesario.

—No estaría mal, porque nos tiene en ascuas. En eso sí que Patrick está igual que yo, aunque ya no nos robemos la sartén ni nada, pero… el tema está ahí, ¿sabes? Y a veces se nota una tensión rara, aunque no queramos.

—Ya.

Vaya plan, y ella sin poder ayudarla, no veía cómo. Si es que no conocía

ningún caso en que el tema de solo sexo funcionara bien… y aquello le hizo pensar en lo suyo con Archie, que tenía la misma pinta o peor, con el puñetero cliché del jefe.

¿Verdad?

—¿Y tú tienes alguna novedad? —preguntó Brooke, metiendo de nuevo los papeles en el sobre.

—Sobre Archie, ninguna. Sobre mí, pues… he estado mirando pisos, para comprar uno.

Brooke abrió mucho los ojos, sorprendida. Sabía que su amiga consideraba el quedarse, pero si ya estaba en ese punto de buscar piso, significaba que lo tenía decidido.

—¿En serio?

—Sí, estoy calculando para hacer una oferta por uno. ¿Es una locura?

—No, qué va, tú sí tienes claras las cosas. No la cabeza llena de pájaros, como yo.

Denise dudaba de aquel punto en ese momento, pero no dijo nada.

—¿Y Delilah? —preguntó Brooke—. ¿Lo sabe?

—No, ese es otro tema que tengo pendiente también. Tengo que hablar con mis padres y con ella, a ver cuándo encuentro el momento. —Su móvil comenzó a sonar y puso los ojos en blanco—. Pues nada, otro día seguimos, a ver qué se ha roto ahora.

Le dio un abrazo rápido y salió contestando el teléfono. Por el camino se cruzó con Patrick, que miraba su buzón, y apenas si lo saludó con la cabeza.

El chico sacó el sobre y se fue a su *bungalow* para abrirlo, aunque ya suponía lo que era y no tenía muchas ganas.

Según leía la carta y veía las opciones, se dijo que, en realidad, ninguna. No quería irse, quería quedarse en el hotel como chef; para algo se estaba esforzando tanto.

El problema era que Brooke también quería lo mismo, tanto como él, y se lo merecía igual. Llevaba días dándole vueltas a aquello sin llegar a ninguna conclusión. No quería que las cosas cambiaran entre ellos, o más bien, que lo hicieran a mejor… pero con la competición rondando sobre sus cabezas, era imposible. Veía que lo suyo se acercaba a la fecha de caducidad, y no quería. Había pensado en decirle algo… pero no sabía cómo, ni quería estropear lo que tenían; era un riesgo que no podía correr.

Ver aquellos papeles le hizo pensar que tenía otra posibilidad, que era marcharse. A dónde, no lo tenía claro. Quizá lo mejor era poner tierra de por medio, la distancia era el olvido, ¿no? O eso decían.

Joder, con lo bien que había empezado todo con el tema del «solo sexo», ¿en

qué momento había cambiado?

Metió los papeles en un armario, al fin y al cabo, aún no sabían nada sobre la decisión de Archie y tenía tiempo antes rellenarlos, así que…

Por el momento, intentaría no pensar en eso y aprovechar el tiempo con Brooke, como entonces, que seguro lo aguardaba.

Así que, como ya era costumbre, se fue al armario para coger ropa y cambiarse por la mañana. Comprobaban que no había nadie antes de salir de los *bungalows* y también dejaban unos minutos entre uno y otro. Era incómodo, pero si en algo estaban de acuerdo era en que no querían que el resto del personal se enterara.

Miró por la ventana antes de salir y se fue con rapidez hasta el *bungalow* de Brooke, sin evitar una sonrisa a cada paso que daba.

Capítulo 15

—Bien —dijo Malcolm, al otro lado de la línea—. Hace un mes que apenas si recibo actualizaciones por tu parte. ¿Cómo van las obras del hotel?

Archie se encontraba en ese momento a punto de salir, ya que todos los días se daba una vuelta a media mañana para comprobar que los arreglos seguían su curso. Conocía de primera mano lo frustrantes que las obras podían ser, y la mejor opción era estar encima, así que eso hacía.

Pasó junto a la recepción, donde Vaitiare y Kailani empezaron a hacerle gestos para llamar su atención, las dos con unas enormes sonrisas. Archie apartó el teléfono y se acercó… Notaba algo distinto en ellas, aunque no sabía el qué.

—Buenos días, chicas —saludó, con una sonrisa—. ¿Todo bien?

—¿No vas a decir nada? ¿No te gusta?

Él las miró, sin tener la menor idea de a qué se referían. Su expresión confusa parecía divertir a las chicas, que se miraron sin dejar de sonreír.

—¡Los uniformes! —dijeron al mismo tiempo.

Archie al fin cayó, ¡los uniformes! Hacía tanto que los habían encargado que ya ni se acordaba de ese tema, aparte de que lo llevaba Denise.

—Vamos, vamos. —Les devolvió la sonrisa con un gesto para que salieran de detrás del mostrador y así corroborar si encajaban—. Dejad que os vea.

Por supuesto, las dos obedecieron encantadas de la vida. La verdad que no podía quejarse, siempre tenían una sonrisa en la cara, solo era cuestión de ignorar los coqueteos de más. Los uniformes nuevos consistían en una camisa de manga corta negra con detalles florales en azul turquesa y un *short* negro ligero del mismo color. Bastante más práctico que el anterior.

—¿Estáis más cómodas ahora? —preguntó.

Vaitiare dio varias vueltas sobre sí misma, para asegurarse de que la veía bien desde todos los ángulos, y se detuvo con una risita.

—Es fresquito —dijo—. Nos gusta.

—Sí —intervino Kailani—. Aunque el *short* podría ser un pelín más corto. ¿Qué tal por aquí? —Y levantó el pantalón hacia arriba sin miramientos.

Archie retrocedió.

—No querréis provocar un infarto a los clientes, ¿no, chicas? —bromeó.

Las dos se echaron a reír otra vez, regresando al interior del mostrador.

—Últimamente los propensos a sufrir eso vienen menos —apuntó Vaitiare, apoyándose con los codos.

—Bueno, me alegro de que os gusten los uniformes. —Archie señaló el teléfono para darles a entender que tenía una llamada—. Sed buenas, luego os veo.

Recuperó el teléfono mientras las dos lo miraban caminar hacia la puerta que daba paso a la sala de ocio y se quedaban cuchicheando entre sí.

—Perdona, Malcolm, parece que han llegado los uniformes nuevos del personal de recepción —le comentó, una vez fuera de la vista de las chicas—. Estoy justo en la zona de ocio.

—Mándame un par de fotos para ver cómo va todo.

Archie obedeció. No estaba terminado, aunque ya tenía forma, y muy buena pinta, la verdad. La zona de ocio para gente joven incluía un montón de espacios que irían separados por detalles típicos de la isla, y ya solo los colores y la decoración animada le daban otro aire. En otro lado, se preparaba la zona infantil, que tenía un poco más de trabajo.

—Buen ritmo —comentó Malcolm, tras recibir las fotos—. ¿Dónde has situado la zona para los de mediana edad?

—Aquí había una cadena de despropósitos que he tenido que arreglar, porque nadie guardaba nada en su sitio, pero he usado la zona junto a la piscina, en el otro bloque. Ha costado menos adaptarlo y ya tienen un sitio propio para las cartas, el bingo y esas cosas que hacen.

—¿Y el resto está en su sitio?

—Sí, todo arreglado. El vigilante vuelve a tener su espacio de primeros auxilios, ya no hay tantas colchonetas ni manguitos, y las hamacas vuelven a estar en el almacén donde tienen que estar.

—Vi además que habías pedido nuevas.

—Es que las que había estaban viejas, se rompían con facilidad —se apresuró a aclarar Archie, con un carraspeo—. Y, bueno, no es plan que se nos caiga la gente por un movimiento de nada.

—Sí, sí, perfecto. No pedía explicaciones, solo lo comentaba —aclaró Malcolm—. Sabes que tienes luz verde para invertir, sin problema.

Archie miró a su alrededor. Los flamencos ya no estaban, se encontraban reunidos en el famoso laberinto, y eso hacía que todo pareciera mucho más grande también.

La reorganización de los trastos no había resultado tan fácil como

resumírselo a Malcolm, porque los cambios siempre generaban malestar e incomodidad. Aunque debido a su trabajo, Archie estaba acostumbrado a batallar con ello, y también a gestionar a las personas, algo que controlaba a la perfección. No tardó en hacer ver al personal que todos ganarían espacio, como en efecto ocurrió. Además, que las zonas sin usar fueran acondicionadas hacía que el hotel fuera más luminoso, y a nadie le gustaban los lugares cerrados y llenos de trastos.

—¿Las zonas de baño?

—Ahí no había mucho que hacer, la piscina de olas ya funciona. Resulta que la clientela ha empezado a cambiar de forma sensible, y lo han pedido. Así que ha pasado una revisión y ahora se utiliza, por gente cuya edad va entre los quince y los treinta.

—Que era lo que queríamos.

—Exacto. Y lo siguiente serán las familias con niños —comentó Archie, atravesando la pasarela para acercarse hasta la zona de baño.

Aquello tenía buena pinta también. Había gente en el agua, un cambio notable desde el primer recorrido con Denise, donde la mayor parte de los clientes permanecían en sus hamacas como plantas secándose al sol. En ese momento, un grupo de adultos de unos treinta hacía largos y cambiaba de la piscina de olas a la normal. También adolescentes de ambos sexos, y parejas de amigas que recibían cócteles en sus mesitas.

Era perfecto, el primer paso. Solo había que multiplicar a esa gente.

—Todo eso sin terminar las obras —comentó Malcolm.

—La materia prima es buena. Esto es Hawái.

—Era Hawái hace unos meses… y un agujero financiero —respondió él—. Pero vaya, que es una felicitación. Estás haciendo un gran trabajo ahí, estoy seguro de que nos va a dar muchos ingresos.

—Yo no lo dudo.

—Que sepas que pasamos la petición para que te quedes y estamos en espera de respuesta, en cuanto me comenten hablamos. ¿Te sigue interesando?

—Pues… sí.

—Bien. ¿Para cuándo piensas en la reinauguración? Estoy con la agenda, aunque tenemos por delante unos meses malos. Muchas reuniones.

—Había pensado en el primer sábado de mayo. Imagino que en abril ya se terminarán todos los trabajos.

—Mmmm.

Archie guardó silencio mientras, al otro lado, podía imaginar a Malcolm con el dedo arriba y abajo en su móvil. Se aflojó la corbata, en espera de las palabras que quería oír.

—Difícil —contestó Malcolm.

—¿En serio? —contestó Archie, aliviado.

—Abril y mayo ya sabes cómo son, junio está algo más despejado, pero no puedes esperar tanto a inaugurar. En fin, organízala a lo grande, aunque no creo que podamos asistir.

—Bien —aceptó el chico—. O sea, es una pena, claro…

—Por nosotros no te preocupes, estamos hartos de asistir a fiestas por el estilo. —Malcolm pareció sonreír al otro lado—. Tú sigue con tu agenda tal y como habías pensado, si veo que podemos acudir te lo comento.

—Perfecto.

—¿Cómo lo lleva el personal?

—La gente está contenta. Al menos, esto ya no parece un lugar de retiro para la tercera edad.

—Sí, incluso he visto un artículo sobre ese laberinto de flamencos. Bien hecho, tener algo que nos distinga de otros hoteles es un acierto.

—No fue cosa mía, pero sí, atrae a gente.

—¿Qué hay de patrocinar algo? Tienes presupuesto y por ahí hay muchos campeonatos de surf, ¿qué tal si buscas algo para la semana que viene? Nos iría bien empezar a publicitarnos.

—Hecho. Seguro que Denise sabe mejor que yo.

—Eso sí que me maravilla, ¿ves? Hay que ser muy profesional para seguir colaborando de esa manera sabiendo que su puesto va a desaparecer.

—Por cierto, ya que sacas el tema… —empezó Archie.

—¿Sí?

—¿Seguro que su puesto tiene que desaparecer? Porque tiene un montón de trabajo, la verdad, más del que imaginamos.

—¿No crees que el director pueda asumirlo?

—Supongo que sí, pero…

—Son órdenes de arriba, Archie. No es nada personal, ese puesto va a ser suprimido en todos los hoteles de la cadena —explicó Malcolm.

Sí, Archie recordaba sus palabras. Su intención al mantener a Denise allí era egoísta, en primer lugar, aunque también era cierto que cubría muchísimo trabajo. No podía explicarle la parte personal, solo podía aludir a la laboral, y resultaba complicado.

—¿Y no podríamos reubicarla? —preguntó—. Me sabe mal despedirla, Malcolm, es muy eficiente.

—Eso depende de ella, trabajos hay, solo que los subdirectores rara vez se conforman con puestos por debajo de sus aptitudes.

Ahí tenía razón, claro.

—Puedes ofrecerle lo que consideres. Habéis hecho buenas migas, ¿verdad?

«Si tú supieras…», pensó él.

—No podría haber conseguido tanto sin su ayuda —dijo.

—Es una auténtica lástima. No debes preocuparte, encontrará trabajo en un abrir y cerrar de ojos, seguro… Puedes hacerle una carta de recomendación.

Que acabaría en la trituradora de papel cuando la rubia se enterara. Cada vez que trataba de encontrar un momento para decirle la verdad, se echaba hacia atrás. Estirar la situación no era lo más recomendable tampoco, con ese tic tac sobre sus hombros, pero…

—Creo que no me dejo nada —comentó Malcolm, segundos después.

—Te mandaré mejores fotos por correo electrónico —prometió Archie, antes de despedirse.

Se guardó el móvil, intranquilo. Llevaba días pensando en algún puesto que pudiera interesar a Denise y ofrecérselo; de ese modo paliaría un poco la mala noticia, solo que no tenía nada claro que fuera a aceptar ninguno. Por otro lado, era normal, si sus jefes le informaran de que su puesto desaparecía, pero podía ser camarero o animador de piscina, tampoco lo aceptaría. Y más cuando en cualquier otro lugar lo recibirían con los brazos abiertos.

Sin embargo, si no hacía algo pronto, el tema le explotaría en la cara. Y si ya estaban gestionando que se quedara ahí como director, lo último que quería era perder a Denise. Aún no habían hablado sobre su relación, aunque tenía claro que iba más allá del sexo… y eso que últimamente tenían poco tiempo para verse, dado el trabajo que tenían en el hotel.

Lo de patrocinar algo resultaba una buena idea, así que le mandó un mensaje a la rubia para ver si estaba enterada de algo y siguió su recorrido hasta el comedor, donde se tomó un café para ver si la cafeína lo ayudaba a centrarse.

Delilah se acercó en ese momento con un carrito lleno de tazas limpias para reponer junto a las máquinas de café y le sonrió.

—¡Hola!

—Ah, hola, Delilah. Turno de mañana, ¿eh?

—Sí, es el mejor —respondió ella—. Madrugar no me molesta, y salgo justo a la hora de comer, así me queda tiempo para ir un rato a la playa.

Vamos, Archie recordaba cuando apenas salía del *bungalow*; por lo visto ahora costaba hacer que entrara en él.

—¿Ya tienes amigos?

Que la muchacha no podía pasarse los días sola, necesitaría conocer a gente de su edad para divertirse un poco. No todo era trabajo, alguna vez se lo había

dejado caer a Denise, pero esta manejaba a su hermana con puño de hierro y él no quería meterse demasiado.

—Por ahora me dejo ver —resumió ella—. Como tengo horario de vuelta, no tengo mucha libertad, pero es lo que hay. Me conformo con recibir mi primer sueldo, así podré comprarme un móvil nuevo.

—¿Qué móvil? —preguntó Denise, apareciendo tras ella.

—No, nada —se apresuró a decir Delilah—. Si te parece bien, quería decir.

—Ya veremos.

Delilah les dio la espalda y empezó a colocar las tazas en su sitio. Denise cogió un café y siguió a Archie hasta mesa, mirándola con el ceño semi fruncido.

—Tiene dieciséis, no diez —comentó él—. No podrás tenerla sin teléfono siempre.

—Ya sé que piensas que soy un ogro, pero si la hubieras conocido los primeros días, entenderías por qué le tiré el móvil. No apartaba la mirada del dichoso trasto, era imposible hablar con ella, y encima soltaba cosas como «no me rayes».

—Claro, es una adolescente.

—Me da igual que esté normalizado en el resto del mundo. Si vive conmigo, tiene que adaptarse a mis reglas. Además, ni siquiera sabes por qué me la enviaron aquí.

Archie estudió a la adolescente, que acababa de reponer la vajilla y se paseaba por las mesas del comedor recogiendo lo que los clientes dejaban.

—Seguro que te parece de lo más angelical, con esa cara de pánfila que pone a veces, como si no hubiera roto un plato… Al parecer, según mis padres, se dedicaba a atormentar a una de sus compañeras de clase. Hasta subió un video a internet de ella ridiculizándola o algo así. La expulsaron del colegio y todo, con expediente disciplinario e imposibilidad de seguir en ningún otro instituto, así que todo este curso, perdido.

Él pareció sorprendido. Joder, pues sí que engañaban las apariencias, si eso era verdad comprendía mejor el tema de llevarla tan recta.

—Y tus padres pensaron que con la ogra de su hermana estaría mejor —terminó, divertido.

—Exacto. —Denise movió la cabeza, observando cómo esta desaparecía en la cocina—. Así que lo siento: si soy dura, es que le hace falta centrarse.

—¿Y qué piensas hacer con ella? ¿Sabes si quiere quedarse?

—Cuando llegó estaba loca por regresar.

—Quizá ahora no… Tiene trabajo, va a la playa y ya no pasa todo el día en el sofá, ¿no? Puede que, si le pones un horario más flexible, conozca gente de

su edad.

Denise le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Estás intercediendo por ella?

—Un poco. —Archie se encogió de hombros—. Si aflojas, a lo mejor te sorprende.

—Mis padres no quieren que deje los estudios, por mucho que ella prefiera trabajar. Es una decisión que no me corresponde a mí; yo solo me limito a atarla en corto para que no se meta en más líos, que es su especialidad.

Dicho aquello, sacó un montón de papeles que depositó sobre la mesa y Archie comprendió que la conversación sobre Delilah había terminado.

—Tema patrocinar —comentó ella—. Hay un montón de campeonatos de surf, este fin de semana mismo se celebran dos: uno en la playa Sunset y otro en Waymea Bay. ¿Quieres que me ponga en contacto con alguna para ofrecer el patrocinio?

Archie cogió los papeles.

—Lo haré yo. —Ella lo miró, sorprendida—. Ya tienes suficiente trabajo.

—Tú también.

—Para algo soy el director. Además, tendría que hablar con ellos antes o después, porque los temas de dinero sabes que tienen que pasar por mí.

Ella asintió.

—Sí, es verdad. Bien, pues tú decides cuál —replicó—. ¿Ya estamos mirando tema publicidad?

—Ha sido una sugerencia de los jefes —explicó Archie.

—Pues tendrás que estar presente para la foto, supongo que ya lo sabes.

—Estaremos presentes los dos.

Denise no contestó nada a eso, sabía que su presencia no era necesaria, pero si Archie quería que la acompañara, no iba a poner pegas. Hacer algo fuera del hotel o de los muchos sitios del hotel donde se acostaban sonaba a algo más que a sexo, y aunque ya lo habían hecho antes, no tenía el mismo significado que en ese momento.

Era inevitable cuando pasaban tanto tiempo juntos. Se sentía como los concursantes de los *realities* de televisión, que lo magnificaban todo porque se pasaban las veinticuatro horas del día pegados los unos a los otros. Estaba más horas con él que con su hermana, con Brooke o hasta con cualquier antiguo novio del instituto, al que solo vio los fines de semana.

El problema era que aún no habían hablado sobre el tema. Y Denise era una de esas personas que lo pedía todo por escrito, firmado y documentado.

Claro que existían esas parejas que empezaban sin saber bien cómo y terminaban en una capilla con un cura delante sin haber tenido ninguna

conversación sobre si salían juntos o no.

Lo estudió mientras él examinaba los papeles con la información. No le importaría formalizar lo que fuera que tuvieran, en absoluto. La mayoría de las veces, en su cabeza ya pensaba en Archie como novio, aunque no lo verbalizara por si acaso él no opinaba igual. Quizá el chico solo la viera como una especie de secretaria sexi con la que entretenerse entre turno y turno, quién sabía, de modo que mejor no adelantar acontecimientos.

Y ya puestos a recelar, Denise lo notaba un poco raro las últimas semanas, en concreto desde que la había acompañado a visitar los apartamentos.

Joder. ¿Se lo habría tomado como una indirecta? A ver si se pensaba que pretendía que se fuera a vivir con ella o alguna idiotez por el estilo, que algunos tíos se asustaban con nada.

También podía ser que se estuviera aburriendo de ella y no encontrara la forma de decírselo, por eso se distanciaba poco a poco. Leía un par de revistas de chicas y, al parecer, se denominaba *ghosting*… es decir, el tío desaparecía sin dar ninguna explicación. Vale que allí Archie no podía desaparecer sin más, pero ¿no era el distanciamiento el primer paso?

También existía otra opción: que simplemente tuviera mucho trabajo y ella estuviera comiéndose la cabeza de forma innecesaria. Sin embargo, aunque la primera parte era cierta, la segunda no iba con su manera de ser.

En fin, fuera lo que fuera, lo notaba distante, así que la idea de que la invitara a ir con él a lo del surf era buena señal, ¿no?

—Pues vamos, vemos el campeonato, nos hacemos la foto de rigor y después podemos comer en algún sitio —dijo Archie, dejando los papeles—. Invita a quien quieras.

—Lo que el jefe mande —respondió ella, con un guiño travieso.

Archie le sonrió, con ese brillo que se le ponía en los ojos cuando empezaba con sus jueguecitos, y dejó la taza de café.

—No me provoques, que aún no hemos probado esas cortinas Y no digo nada, pero tienen pinta de gruesas.

—Serías capaz de meterte ahí con toda esta gente aquí —murmuró la rubia.

—Sí, de hecho, tiene morbo… —Sonó su móvil—. Joder, otra vez los jefes. Voy a hablar con ellos, te paso la información del campeonato en cuanto la tenga.

Se levantó con un gesto de despedida y ella lo vio marchar, inquieta. Delilah se acercó por su derecha, empujando el carrito lleno de platos y vasos sucios por segunda vez. Recogió las tazas de la mesa y miró a su hermana, que tenía expresión ausente.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Ah, sí. Perdona, estaba pensando. —Observó su eficacia a la hora de recoger y se preguntó si Archie no tendría razón y era demasiado dura con su hermana—. Oye, es posible que este fin de semana vayamos a patrocinar un campeonato de surf. ¿Quieres venir?

Delilah la miró, sorprendida.

—¿De verdad?

—Claro, sí. Llevas bien el trabajo, así que…

—¿Y podré darme una vuelta sola o tendré que estar contigo todo el tiempo?

—A ratos. —Denise no quiso prometer nada.

—¿Y quién más irá? ¿Solo vosotros? —La miró con suspicacia—. Tampoco quiero molestar.

—Se trata de patrocinar un campeonato, eso es todo.

—Ah, menos mal. ¿Vas a invitar a Brooke?

—Por supuesto.

«Y a Patrick», se dijo. Quizá así, en un entorno fuera del hotel y con la playa cerca, encontraran el momento de hablar de su situación.

Le escribió a Brooke para comentarle si le apetecía el plan y después regresó al trabajo tras despedirse de Delilah.

Para su sorpresa, su agenda estaba bastante menos llena de lo habitual, lo que quería decir que sus tareas disminuían considerablemente. En fin, eso significaba que las cosas iban bien, ¿no?

Se acercó a la recepción para comprobar que los uniformes correspondían con los pedidos y luego charló un rato con Cedric, al que apenas veía desde el comienzo de las obras. Cuando terminó, Brooke le había contestado que se apuntaba y que le comentaría a Patrick a ver.

Una hora más tarde le llegó confirmación de Archie: el Lanikai sería uno de los generosos patrocinadores en el campeonato de sur de la playa Sunset, una de las favoritas para practicar ese deporte.

El sábado, Delilah estaba muy emocionada por romper la rutina diaria. Tenía menos tiempo libre desde que trabajaba, y se preguntó si vería a su surfista en el campeonato, porque por la tarde en la playa ya no lo veía. Lo cual era una pena… Sin embargo, pensar que tendría que estar junto a su querida hermana todo el tiempo no le hacía la misma ilusión.

Denise le metió prisa para no llegar tarde, y las dos fueron hasta el *bungalow* de Brooke para esperarla. Finalmente, su amiga había aceptado ir: también tenía ganas de airearse, que pasaba demasiadas horas en la cocina en la búsqueda de los platos perfectos que le consiguieran el puesto de chef. Sabía que, si lo lograba, sería una victoria agridulce, pero no por eso pensaba dejar

de intentarlo.

—¿Viene Patrick? —preguntó Denise, una vez se encontraron camino hacia la entrada del hotel.

—Dijo que sí.

—¿Sigue raro?

Brooke la miró, extrañada.

—Ah, perdón, que la que está rara eres tú. —Denise sacudió la cabeza, con una sonrisa.

—Qué graciosa.

—Más nos vale relativizar, ¿sabes por qué? —Brooke negó—. Porque ellos lo hacen. ¿De verdad crees que se están comiendo la cabeza como nosotras?

—Supongo que no —admitió Brooke—. Aunque a los hombres les cuesta más hablar de estas cosas.

—Un cliché, cuando quieren algo bien que lo dicen.

Brooke la siguió hasta el *jeep*, donde ya se encontraba montado Archie en el asiento del conductor. Quizá su amiga tuviera razón y se complicaban demasiado. Si viera en Patrick cualquier señal… A lo mejor ese era el día.

El susodicho apareció el último y se subió al asiento trasero, entre Brooke y Delilah. Nada más hacerlo, se dio cuenta de que el ambiente en el vehículo no era muy distendido, aunque desconocía el motivo. Brooke le preguntó si le apetecería ir, después Archie le confirmó que sería bienvenido, y ahí estaba, dispuesto a divertirse un poco hasta la hora de la cena, cuando debía volver al trabajo.

No tardaron en llegar a la playa Sunset, una de las favoritas para hacer surf y los campeonatos correspondientes. La playa era preciosa, perfecta para ese deporte por sus grandes olas y los inmensos tubos que se formaban, algo que los surfistas aprovechaban.

—Voy a hablar con la organización —comentó Archie.

Delilah paseó su mirada por la playa, recorriendo a los participantes que aguardaban con sus tablas, y pegó un salto.

—¡Ahí está! ¡Es el chico guapo! —exclamó, pellizcando a su hermana—. ¿Puedo ir a saludarlo y desearle suerte? Seguro que, si sabe que hay alguien conocido entre el público, entra en el agua con otros ánimos.

—Vete, anda.

Las dos la observaron corretear hasta la zona. Igual que en una película, vieron la sonrisa auténtica de Delilah, y cómo cambiaba el peso de un pie a otro, nerviosa, mientras intercambiaba sus primeras palabras con el joven. Este se frotó la cabeza y respondió con otra sonrisa tímida.

—Vaya —comentó Brooke—. Creo que estamos en primera línea de un amor

adolescente.

—La adolescente es ella, él tendrá al menos veinticinco —objetó Denise, como siempre atenta a todos los detalles—. Por encima de mi cadáver; es mayor.

—Mujer, no seas así —intervino Patrick—. ¿Qué importancia tiene la edad, si se gustan?

—Supongo que ninguna. En realidad, si te gusta alguien, ningún detalle importa, ¿no? —replicó ella.

Patrick quedó confundido, con aspecto de no haber comprendido bien la respuesta. Brooke, al contrario, la pilló al vuelo y le lanzó una mirada de pocos amigos a Denise. Comprendía que estaba de su parte, pero Patrick era su problema y deseaba solucionarlo ella sola.

Algo que no se le daba muy bien, por otro lado.

Denise sacudió la cabeza y cruzó la pasarela de madera para llegar hasta la playa. Archie hablaba con la organización, todo el tiempo con una sonrisa en el rostro, y permitió un par de fotos antes de que se escuchara que la competición iba a dar comienzo.

Patrick y Brooke se reunieron con ellos, dispuestos a presenciar el espectáculo. La morena temía aburrirse, pero se llevó una grata sorpresa: era emocionante ver cómo aquellos surfistas escalaban hasta la cima de la ola y después la recorrían sin volcar, aunque no todos lo lograban: cada vez que alguno era engullido por una ola gigante, le apretaba el brazo a Patrick con el temor de que no saliera a la superficie.

Delilah regresó tras despedirse de su Momoa particular, con una sonrisa tonta en la cara, y se colocó junto a Denise.

—Se llama Kai —informó—. Antes de que digas nada, tiene veintidós. Trabaja en un supermercado, vive en un piso de alquiler y hace surf en sus ratos libres.

—Has aprovechado el tiempo.

—Me ha invitado a conocer a su grupo de amigos, dice que después del campeonato van a comer en un sitio aquí al lado. ¿Puedo ir?

Denise abrió la boca para decir que no al instante… y se encontró con la mirada ilusionada de su hermana pequeña, una que hacía siglos que no veía. El rostro de Delilah resplandecía, no solo porque el sol le diera mejor color, sino porque parecía feliz de verdad.

Apretó los labios, con la duda de si permitirle ir y el miedo de no conocer a ese grupo.

—¿Qué sitio es? —preguntó Archie.

—Ese *food truck* de ahí. —Delilah señaló uno que había cerca de la playa, al

otro lado—. A ver, tienen empleos normales, no pueden ir a sitios caros. Y yo tampoco.

—Nosotros no estaremos lejos —comentó Archie, sin meterse más.

—Si tuviera móvil podría enviarte mensajes para que supieras que estoy bien… —comenzó Delilah, y se detuvo de golpe al ver que Archie negaba con la cabeza—. Solo una hora. Venga, nadie va a secuestrarme, Denise, ¡si lo vemos todos los días! Ya lo teníais fichado como Momoa antes de aparecer yo.

Archie y Patrick se miraron, levantando la ceja al mismo tiempo.

—Vale, vale —accedió Denise—. Puedes ir. Comes y vienes a buscarnos al restaurante, ¿entendido?

—¡Gracias!

Delilah le dio un abrazo que la dejó confundida y se marchó hacia la arena, dispuesta a contemplar a su nuevo objetivo más de cerca. Denise se cruzó de brazos, no del todo convencida de haberle permitido ese pequeño momento de libertad, aunque… en fin, Archie tenía razón y ya tenía quince años, era cuestión de tiempo que se rebelara contra sus normas. Su único as en la manga era la amenaza de devolverla a casa, nada más.

Cuando la competición terminó, la rubia observó cómo su hermana pequeña se reunía con el tal Kai y un grupo mixto de unos seis jóvenes. Hubo un ritual de saludos y después cruzaron la carretera hasta llegar al *food truck*, donde se pusieron a la cola.

—¿Nos vamos? —preguntó Archie, tirando de su brazo con suavidad.

Denise afirmó, y se marcharon los cuatro hacia el restaurante donde habían reservado. El sitio era bonito, con una terraza amplia al aire libre con buenas vistas, y la comida excelente, compuesta sobre todo por mariscos de la zona.

Patrick se dio cuenta de que algo no funcionaba. Aquello era una salida de *relax* y quería estar distendido con Brooke, solo que como lo llevaban en secreto, no se atrevía a hacer ninguna demostración de afecto hacia ella.

Sin embargo, percibía algo raro en el ambiente. Estaban allí como si fueran colegas, y sabía bien claro que él y Brooke no lo eran, de modo que, ¿quién le decía que Archie y Denise tampoco? Porque parecían llevarse demasiado bien para ser director y subdirectora…

Miró a uno y a otro, convencido de que acababa de dar en el clavo, pero sin atreverse a comentar nada.

—Qué sitio tan chulo —dijo, y miró su plato—. La comida es buena. Yo lo habría hecho mejor, las vieiras tienen otro punto de cocción, pero…

—¿Qué tal va la elección de chef, por cierto? —intervino Denise, mirando a Archie—. ¿Ya estás cerca de decidir algo?

Brooke miró su plato, incómoda.

—Aún es pronto —comentó el director.

Sobre todo, porque tenía una idea en mente. Solo necesitaba pulirla, presentarla, conseguir luz verde… muchos pasos pendientes antes de decir nada al respecto. Imaginaba que ambos cocineros estarían deseando saber la decisión, pero iban a tener que esperar un poco más.

—Claro, es pronto —asintió Brooke, con un amago de sonrisa para que no se sintiera presionado.

Lo que pasaba era que no era pronto, no. O al menos para ella, que debía tomar una decisión enseguida porque esa carta en el cajón de su mesita de noche ardía. Necesitaba la información antes de decidirse; sin ella le resultaba imposible.

—Sí, pronto —intervino Patrick, carraspeando.

Archie los examinó, estupefacto. Joder, de haber sabido que el puesto crearía ese ambiente, no habría dicho nada. Se habría limitado a escoger a uno de los dos un poco más adelante y listo, no quería cimentar esos rostros apagados. Tomó nota de hablar con Patrick en cuanto pudiera, a ver si allí sucedía algo más.

—¿Qué tal las obras? —preguntó Brooke.

Aquel era un tema seguro. No era muy interesante, y seguro que tanto Archie como Denise no tenían la menor gana de seguir hablando de obras en su tiempo libre, pero ella necesitaba entretener a su cerebro. Que este dejara de pensar y dar vueltas a lo mismo, una y otra vez.

Capítulo 16

—¿Los músicos han llegado?

Denise puso los ojos en blanco y señaló el escenario.

—¿No ves ahí sus instrumentos? —replicó.

—Sí, pero no a ellos.

—Están en la cocina, comiendo algo. Aún queda una hora, Archie, no tienes que ponerte nervioso.

Aquello le recordaba a la boda, las mil o dos mil veces que habían revisado la lista de cosas por hacer.

Las obras habían terminado hacía un par de días, justo a tiempo para poder limpiar a fondo y que todo estuviera impecable para la fiesta de inauguración. Entendía que Archie estuviera nervioso, ella también lo estaba, porque aquello era el punto de salida definitivo para la nueva era del hotel, y mucha gente importante iba a estar allí para comprobarlo. Para empezar, el alcalde de Honolulu había confirmado su asistencia y el gobernador de las islas enviaba un representante. Eso era algo a lo que Archie no estaba acostumbrado, porque en otros lugares, esa gente siempre era invitada a las inauguraciones, pero rara vez asistían, siempre tenían cosas más importantes que hacer. Cosa que en Hawái en general y en Oahu en particular, no era igual. El número de habitantes y el tamaño de las islas hacía que los cargos públicos se involucraran mucho más en el día a día de sus habitantes.

—Hablando de cocina, ¿dónde está la mesa dulce? —Miró hacia la esquina donde debía estar—. Solo veo un mantel.

Como si lo hubieran escuchado, Brooke y Patrick salieron de la cocina con varias bandejas de *cupcakes* y mini tartas.

—Los aperitivos también están listos —le aseguró Denise—. Los camareros los sacarán quince minutos después de tu discurso.

—Bien. —Sus ojos gravitaron hasta el otro extremo de la sala—. ¿Las bebidas?

—Todo lleno, y de sobra en el almacén. De verdad, Archie, está todo listo. Lo que tienes que hacer o, mejor dicho, tenemos que hacer, es ir a darnos una ducha y cambiarnos de ropa, porque a este paso, nos pillan sin preparar.

Brooke y Patrick se acercaron a ellos, antes de que Archie contestara nada.

—Todo el trabajo está repartido —informó ella.

—Faltan algunas cosas de la mesa dulce que sacarán en diez minutos —añadió Patrick—. Así que nos marchamos ya y nos vemos luego en la fiesta.

—Sí, sí, id tranquilos —dijo Denise, y cogió la lista que Archie sostenía.

Los dos se alejaron y él intentó recuperar su papel.

—Quedan… —empezó.

—Nada, no queda nada. Nos vamos y punto, Archie. Me lleva mucho rato alisarme el pelo y a este paso no me va a dar tiempo.

Él elevó una ceja, mirando su melena perfecta con gesto crítico.

—No estás despeinada —dijo.

—Eso lo dices tú.

—Lo digo yo y cualquiera que te vea. Pero si quieres te despeino.

Ella sacudió la cabeza, divertida.

—Aquí no hay ningún *jacuzzi*…

—No, pero siguen las cortinas.

La cogió de la mano para llevarla tras ellas. Las largas, pesadas y gruesas cortinas de los salones seguían allí, no las habían cambiado porque estaban en buen estado y no tenían colores estridentes ni flamencos decorados, así que iban a seguir utilizándose.

Rápidamente, se vieron envueltos en ellas y Archie la besó mientras movía sus manos por los laterales de su cuerpo hasta su falda, que subió sin miramientos.

—De verdad, qué manía tienes —murmuró ella.

El tono pretendía ser de protesta… no del todo real, porque le sacó la camiseta del pantalón al mismo tiempo. Metió las manos y le besó el cuello, sin dejar de vigilar por encima de su hombro. Aunque aún no había nadie, en cualquier momento aparecerían para terminar de colocar las cosas y ocupar sus puestos, aunque se dio cuenta de que las cortinas los rodeaban y no se veía nada: como haber sido tragados por un agujero negro. Lo malo era que, según se movían, se enredaban más en ellas, y hasta que no chocaron con algo que podía ser una pared o una columna, no tuvieron un punto de apoyo que utilizar.

En cuanto notó chocar su espalda contra algo duro, desabrochó los pantalones de Archie y buscó con la mano la cortina para agarrarse, mientras él la levantaba por las caderas. Las cortinas se movían, lo cual no ayudaba, y Denise le rodeó con las piernas. En cuanto estuvieron unidos y comenzaron a moverse, se dio cuenta de que su apoyo también lo hacía.

—Archie… —intentó decir.

Pero él la besó y Denise decidió que mientras no se volcara lo que fuera aquello, daba igual. Cogió la cortina con más fuerza, le rodeó el cuello con el otro brazo y gimió.

Archie la sujetaba y solo podía usar su boca para acariciarla, así que hundió la cabeza en la apertura de su blusa, en el cuello, y ella tuvo que morderse el labio para no gritar según notaba cómo se aproximaba el orgasmo. Si alguien los oía… A duras penas consiguió ahogar los sonidos que emitía, y notó que él se movía de una forma extraña.

Lo miró extrañada al darse cuenta de que lo que hacía era reírse.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tu pelo, por fin lo he conseguido.

—¿Qué?

Archie se separó despacio y se recolocó la ropa con una sonrisa, mientras ella sacaba su móvil a toda prisa para mirarse. Denise abrió y cerró la boca, sin creer lo que estaba viendo. Su pelo parecía electrificado, estirado por todas partes y disparado hacia arriba y los lados, como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

—La electricidad estática —dijo Archie, señalando las cortinas—. Cuidado con lo que toques después, te dará un buen calambre.

La rubia le sacó la lengua.

—Tú estás igual, listo.

Comprobó que su ropa estaba en orden y empezó a dar manotazos a las cortinas, hasta conseguir encontrar una abertura y pasar al otro lado. Entonces, vio que la «pared» donde había estado apoyada era en realidad la columna de altavoces del grupo, que justo llegaba.

Los miraron extrañados, y ella los saludó con cara de circunstancias. Al levantar la mano, rozó una barra de metal, y a cambio recibió un estupendo chispazo. Como Archie se echó a reír, le dio un empujón y él tocó por accidente un altavoz, con el mismo resultado.

Ya sin carga eléctrica, Denise pudo pasarse las manos por el pelo y lograr que se bajara del todo, antes de salir disparada hacia la salida. Archie iba a hacer lo mismo, cuando vio que Patrick los miraba desde la mesa de dulces.

—Ah, hola —carraspeó Archie—. ¿No te habías ido?

—Sí, pero Manny me ha pillado justo cuando me iba porque no recordaba dónde colocar los dónuts y me he quedado.

—Ya. —Se aclaró la garganta—. En fin, me voy a cambiar, que esto empieza enseguida.

Patrick afirmó, sin quitarle ojo, y cuando se hubo ido, terminó de colocar las

cosas, contrariado. ¿Qué había visto exactamente? Llevaba con la mosca detrás de la oreja desde el día del campeonato de surf, con aquella extraña tensión en el ambiente durante la comida. Había pensado que era cosa suya y de Brooke, pero ya no lo tenía tan claro.

Y sin quererlo, otra vez pensaba en la morena. Seguían con sus encuentros, dormían juntos y habían ido otra vez al mercado, pero le daba la sensación de que ocurría algo, y no estaba seguro de que fuera solo cosa suya, que seguía dando vueltas al tema de la carta y el puesto de chef. Brooke no le había dicho nada, así que suponía que era porque seguía pensando en ellos como algo temporal, y, por eso mismo, él tampoco hablaba.

Con un suspiro de fastidio, colocó el último bote de caramelos y pasó a la cocina para decir que se iba de nuevo, por si acaso. Aquella vez sí que no hubo ninguna duda y se fue a su *bungalow* para darse una ducha.

Archie no tardó ni quince minutos en prepararse y regresar a los salones. Ya había más movimiento de camareros y se acercó a revisar la mesa dulce y la barra libre. Después, vio que, en el escenario, los músicos movían unos altavoces de sitio, así que se acercó preocupado.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—La columna que hemos instalado antes no funciona —explicó uno de ellos —. Así que la vamos a cambiar, no sabemos qué ha podido ocurrir.

—Quizá se golpeó en el viaje —añadió otro—, aunque es raro. Por suerte, teníamos más.

Archie se concentró en no mostrar ninguna expresión al darse cuenta de a qué columna de altavoces se referían, ya que la cercanía con las cortinas no dejaba lugar a dudas.

—Bien, pues me avisáis para probar el micrófono.

Primero daría el discurso y después comenzaría la fiesta. Dejó que los músicos terminaran los preparativos y pasó por la cocina, donde el equipo trabajaba concentrado. Había unas cuantas bandejas preparadas y todo parecía en orden, así que regresó a los salones. Los altavoces estaban colocados y los músicos con las pruebas de sonido, por lo que subió a comprobar que el micrófono estuviera a su altura y todo funcionara de forma correcta.

Poco a poco, comenzaron a llegar los empleados del hotel. Habían contratado personal externo para hacerse cargo de la recepción y seguridad en aquel turno y que así todos pudieran disfrutar de la fiesta de inauguración.

Denise no tardó en aparecer… con un vestido que hizo que le secara la garganta al instante y el pelo tan perfecto que solo quería deslizar los dedos por él. El encuentro en las cortinas no hacía sino recordarle lo bien que estaban y

que aún tenía que hablar con ella, no podía postergarlo más; lo había intentado varias veces aquellos últimos días, pero siempre los interrumpía algo, ya fuera relacionado con la obra o con sus manos, que no podían estarse quietas.

Así que ahora que las obras habían finalizado, era el momento. Hablaría con ella durante la fiesta, o quizá después, de aquel día no pasaba.

No tenía claro aún cómo decírselo, por mucho que buscara una forma «suave», no existía: era un despido y punto. Lo sabía desde su llegada y lo había ocultado.

No, no iba a ser una conversación nada fácil.

La observó mientras se acercaba a él, pero entonces entró una pareja y ella le hizo un gesto, señalándose.

Vaya, también empezaban a llegar los invitados, así que se acabaron los temas personales por el momento. Se acomodó la chaqueta y se aproximó, la viva imagen de la profesionalidad.

Pasó los siguientes veinte minutos con Denise, ambos daban la bienvenida a los invitados y prometían a cada uno tomar algo después y charlar unos minutos, así que tendría que estar con refrescos y agua buena parte de la noche o acabaría sin saber ni dónde estaba.

Una vez el flujo de gente hubo cesado y cinco minutos después de la hora oficial de comienzo, se subió al escenario. Dio un par de golpecitos al micrófono para llamar la atención de los presentes y esperó mientras los murmullos y conversaciones cesaban.

—Buenas noches a todos —saludó—. Lo primero, muchas gracias por venir. Estamos encantados de poder por fin enseñar todos los cambios que ha experimentado el Lanikai y que, esperamos, os gusten. Hoy se inicia una nueva etapa para el hotel y desde aquí quería dar las gracias, principalmente, a todo el personal del hotel. No han sido unas semanas fáciles con todas las obras y los cambios no son siempre todo lo fluidos que uno quisiera, pero me siento orgulloso de dirigir a un gran equipo que siempre da lo mejor de sí y que, ahora, tiene un nuevo hotel a su altura. —Varios aplausos—. Disfrutad todos de la fiesta, os la merecéis. Y a nuestros invitados, muchísimas gracias por vuestro apoyo. ¡Que comience la fiesta!

Hizo un gesto al grupo mientas la gente aplaudía de nuevo, con muchas ganas, y se bajó del escenario con una sonrisa. El ambiente era festivo, se respiraba la felicidad en el ambiente y la gente salía a bailar, lo cual indicaba las ganas que todos tenían de fiesta.

Varios trabajadores se acercaron a saludarlo, habló un poco con ellos sin dejar de sonreír, y cuando por fin se aproximó a la barra para pedir algo y calmar la sed, se encontró con Patrick.

—¿Un combinado? —preguntó este.

—No, de momento todo sin. —Pidió un refresco y los dos se apartaron para dejar pasar a más gente—. Está lleno, no esperaba tanta gente.

—¿No has hecho tú la lista de invitados?

—Sí, con Denise, pero siempre pasa que un porcentaje alto de los que confirman, fallan después.

—Esto es Hawái, la gente se apunta a todo.

—Lo veo, lo veo.

—Y ya que sacas el tema… —dudó.

—¿Qué tema?

—El de hacer cosas con Denise.

Archie casi se atragantó con la bebida. Se recompuso como pudo y carraspeó.

—Trabajamos juntos —dijo, al fin.

—¿Me vas a negar entonces lo que he visto?

El director puso cara de susto. No podía ser, solo los había visto salir de las cortinas, ¿verdad? No entre ellas. Era imposible, con lo grandes y espesas que eran.

—Con esa cara me lo dices todo —sonrió Patrick.

—A ver, no es algo que pueda ser *vox populi* —susurró—. No estamos… O sea, sí estamos, pero no como te imaginas. O sí. —Lo miró—. ¿Qué te imaginas, exactamente?

Patrick movió la cabeza. Era como verse a sí mismo reflejado.

—Pues imagino que os estáis acostando aquí y allá, desde hace algún tiempo, y que por cómo reaccionas, no tenéis muy claro qué relación es. Al menos tú.

Archie lo estudió, asombrado. No creía ser tan transparente… o Patrick tan intuitivo.

—Tranquilo —continuó el cocinero—. Que no tenía ni idea hasta hoy, solo me parecía que pasaba algo desde el día del surf, aunque pensaba que quizá era por lo mío.

—Lo tuyo.

—No soy un experto, tampoco te creas, es que me has recordado a mí con… —Carraspeó—. Con Brooke. —Archie parpadeó—. No estaba seguro de si sabías algo, por tu cara veo que no.

—No, ni idea. —Se frotó la frente, pensativo, al recordar ciertos momentos y comentarios que ahora cobraban sentido—. Entonces, que me quede claro… los dos queréis el puesto.

—Ajá.

—Y mientras tanto, os veis.

—Solo sexo —replicó Patrick, con una mueca—. Eso se supone que es.

—¿Desde cuándo pasa esto?

—Oh, ya había pasado cuando viniste. ¿Recuerdas cuando Denise te enseñaba las cocinas y no te dejó entrar en la despensa?

Archie afirmó, y al ver que Patrick no respondía, movió la cabeza de forma desaprobadora. Claro que, entonces, recordó los flamencos, las hamacas… Al menos aquellos dos no habían destrozado cosas por el hotel, que él supiera, así que no podía recriminarle nada.

—Ahora entiendo el ambiente raro del día de surf —comentó.

—Sí, exacto, igual que yo. —Miró su vaso, lleno de dudas—. El tema es… bueno, nosotros seguimos con eso de «solo sexo», pero no sé si me convence.

—¿Y ella qué dice?

—No lo sé, no le he preguntado. Por si acaso, ya sabes.

De nuevo, Archie no dijo nada, porque no era precisamente un ejemplo en lo que a comunicación se trataba. Patrick tenía un buen lío mental con todo aquello, pero él no se quedaba atrás.

Vaya par, normal que hubieran congeniado. No estaba ninguno para dar consejos al otro.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—No lo sé, depende mucho de tu decisión. —Lo miró, con cara culpable—. Perdona, no quiero decir que tú seas el malo en todo esto ni nada. Si me lo das a mí, no sé si ella se cabreará y todo cambiará por trabajar bajo mis órdenes. Y si ella gana… quizá entonces decida finiquitar lo nuestro por no liarse con un subordinado. —Carraspeó—. Que no digo que eso sea malo, cada uno es como es.

—No, tranquilo, si no me lo tomo a mal. No es algo que haya hecho nunca, esto también te digo. Y sobre el puesto…

—No, no —le interrumpió—. No me digas nada, no quiero saberlo ni tener ventaja sobre ella. Ya veré lo que hago.

Archie le dio una palmadita en la espalda, con una sonrisa comprensiva, y antes de que pudiera hacerle ningún comentario, vio que se acercaba uno de los dueños de una agencia de turismo.

—Tengo que dejarte —le dijo—. El deber me llama, ¿hablamos luego?

—Claro.

Se apartó para que Archie se dedicara a su labor de director y recorrió el lugar con la vista. No había hablado con Brooke sobre si se verían después, y verla con otro de aquellos vestidos con los que, seguro, no usaba sujetador, le

hizo terminarse la bebida de golpe. Hablaba con Denise y no lo miraba, así que dejaría el acercamiento para un rato más tarde, a ver si quería bailar.

Mientras tanto, se fue a buscar otra bebida.

Brooke se recolocó el vestido, molesta.

—¿Qué te pasa? —Denise la observó—. ¿Demasiado ajustado? ¿La tela pica?

—No, es el maldito sujetador. Había olvidado lo incómodos que son con los vestidos de fiesta.

¿Y por qué se lo había puesto?

Después de la catastrófica comida en la playa, notaba que las cosas habían cambiado. Y por mucho que Patrick y ella siguieran a lo suyo, tenía la impresión de que una brecha se había abierto entre los dos. Solo que no entendía el motivo. No recordaba ninguna discusión, nada que pudiera ser la causa… De cualquier forma, por alguna razón preveía que esa noche no sería como las anteriores. Y quizá no fuera malo, sentía que necesitaba pensar hasta llegar a una decisión. Estaba harta de esperar a ver si Patrick veía la luz o le comentaba si tenía sentimientos más allá de unos cuantos revolcones.

—Quítatelo —comentó su amiga, mientras hacía un gesto al camarero—. Tienes dos opciones: o vas al lavabo y lo haces tú misma, o le dices a tu ligue que te ayude.

Brooke cogió la copa de champán que apareció junto a ellas y se bebió la mitad de un trago.

—Alguien va a volver a su *bungalow* a gatas…

—No estoy bien.

—¿Quieres que salgamos a hablar fuera? —Denise la miró, preocupada.

—No, prefiero quedarme junto al alcohol.

—Buena idea, sí.

—Es que necesito tomar decisiones, ¿me entiendes? Y no puedo hacerlo sin saber en qué situación me encuentro.

—No vas a saber nada hasta que no te sientes a hablar con Patrick. Lo siento —se justificó la rubia, al ver su cara contrariada—. ¡No es culpa mía! Y tampoco tiene por qué ser tan complicado… Mira, esta noche puedes hacerlo.

La morena se tragó la otra media copa de champán.

—¿Cómo lo hago?

—Antes de irte de la fiesta, lo buscas y os marcháis a tu *bungalow*.

—¿Por qué al mío?

—Porque la gente se siente más segura en su terreno.

—Ah.

—En lugar de acostaros, te sientas en el sofá y le dices que quieres hablar con él. ¿Ves? Fácil.

—Ja, ja, ja.

—¡Solo es Patrick! Habéis charlado otras veces y os lleváis bien, joder, no debería ser tan difícil poder hablar de vuestra relación. Lleváis meses así… Lo lógico es formalizarlo, no creo que le pille por sorpresa.

Brooke procesó todo aquello al mismo tiempo que hacía otro gesto al camarero para reponer las copas de champán. Sí, cuando lo escuchaba de boca de Denise sonaba de lo más razonable… ¿no sería mejor comportarse como una adulta y encarar el problema de frente que esconder la cabeza bajo la arena solo por tenerlo unas semanas más?

—¿Y si dice que no?

—Entonces es un imbécil al que debes dar puerta.

—Tengo que pensarlo bien. No estoy lista para tener esa charla esta noche, creo.

Le pasó la segunda copa a Denise, que ya se veía en el papel de amiga controladora de alcohol para evitar que Brooke se desmadrara demasiado. Que la entendía, a la pobre, pasaba por un mal momento debido a la incertidumbre en varios frentes, pero hasta ella se daba cuenta de que Patrick no se comportaba como el típico mujeriego que solo se interesaba por el sexo.

Siempre estaba pendiente de ella, solo que el muchacho no era muy hablador… algo que no tenía remedio.

—Debería mezclarme con los invitados —murmuró—. Ven conmigo.

—No, estoy muy bien aquí en la barra.

—No, te vienes conmigo. Aunque no lo creas, te estoy haciendo un favor.

—Ya soy mayorcita, no pasa nada si bebo unas copas. Es más, puede que sea lo mejor, así podré bailar y divertirme sin comerme la cabeza, ¿no?

Con aquella verdad incuestionable, Brooke se encogió de hombros. Entrecerró los ojos al ver que un par de hombres con trajes caros se encaminaban hacia ellas con aspecto decidido, y sonrió. Le resultaban familiares, pese a que no lograba ubicarlos, aunque no importaba.

—Creo que dos tíos con buena pinta van a intentar ligar con nosotras —susurró a Denise—. A las doce en punto.

Denise se giró en la dirección indicada, sin ver a nadie.

—¿Dónde?

—Por ahí.

—Eso no son las doce en punto, tonta… y no son tíos que vienen a ligar, son los jefazos.

—¿De verdad? —Brooke abrió mucho los ojos—. ¿Qué hago? ¿Me marcho?

Su cerebro reconectó y recordó la primera reunión, cuando acudieron para presentar al nuevo director y el plan para el Lanikai. Menos mal que solo se

había tomado dos copas, lo último que necesitaba era hacer el ridículo ante los super jefes.

—Buenas noches —escuchó decir a uno de los dos.

—Hola —se apresuró a contestar Denise—. Señor Hart, señor Miller, menuda sorpresa.

—Por favor, llámame Malcolm —dijo este—. Cada vez que oigo lo de señor Hart me giro a buscar a mi padre.

—Lo mismo digo —intervino Andrew—. Es un placer verte, Denise.

—Gracias —contestó ella—. Esta es Brooke, una de las mejores chefs del Lanikai.

Los dos le estrecharon la mano a la susodicha, que puso su mejor sonrisa y dejó la copa vacía sobre la barra con disimulo, no fueran a pensar que tenía un problema con el alcohol.

—Es un placer, Brooke —dijo Andrew, con una sonrisa—. Hemos oído hablar muy bien sobre la cocina del Lanikai.

—Podéis probar algo, la cocina no dejará de sacar bandejas —ofreció ella.

—Perdón por lo que voy a decir —intervino Denise—. No esperábamos que vinieran a la fiesta, Archie me dijo que tenían el mes completo con reuniones y visitas.

Los dos se miraron, sonriendo.

—Es cierto, teníamos las agendas completas. Pero nos han movido las fechas de dos eventos, y como teníamos que venir en tres semanas al Waikiki del centro de Honolulu, hemos decidido adelantar esa visita y de paso pasarnos por aquí.

Denise asentía a cada palabra que escuchaba.

—Qué buen trabajo —observó Brooke, y su amiga le pellizcó la cadera—. O sea, ¿han podido ver el hotel? Está precioso.

—Hemos buscado a Archie, aunque hay tanta gente…

—Lo tendrá secuestrado alguna personalidad importante —bromeó la rubia —. Yo puedo enseñarles el hotel, si quieren.

—¿No hemos dicho que nada de usted? —Malcolm alzó la ceja—. Nos gusta el trato cercano con todo el mundo, eso de «usted» solo aleja a las personas. Es nuestra política ser accesibles.

Denise sonrió al reconocer en ellos las mismas estrategias que utilizaba Archie. Recorrió el salón con la mirada para ver si lo veía y poder encasquetarle a los jefes; prefería hacer caso a su amiga, que estaba claro que la necesitaba más. Sin embargo, no lo vio.

No le extrañaba, el salón de actos no era suficiente para dar cabida a todos los invitados, además de los trabajadores del hotel, así que casi todo el hotel estaba adecentado y la fiesta se desarrollaba también por la planta principal. Archie podía estar en cualquier lugar, incluido el laberinto de flamencos.

Recordar eso la hizo sonreír.

—Debo decirte, Denise, que me pareces una persona admirable —comentó Andrew.

Ella regresó a la realidad y lo miró, estupefacta.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Tu manera de trabajar ha sido ejemplar. Ya imaginarás que Archie nos mantiene informados y sabemos que has puesto todo de tu parte para ayudar.

—Sí, desde luego. Es mi trabajo.

Malcolm y Andrew se miraron, los dos con gesto de pesar.

—Te estamos muy agradecidos por tu dedicación —dijo el primero.

—Sí, esa manera de compartir todos tus conocimientos con Archie… —Andrew meneó la cabeza, pensativo—. Es una verdadera lástima que la dirección haya tomado la decisión de suprimir los puestos de subdirector en los hoteles de la cadena.

—Una decisión que no compartimos —se apresuró a aclarar Malcolm.

—En absoluto —apoyó Andrew.

—No es nada personal, claro. A primeros de año se tomó la decisión: Dirección considera que el propio director del hotel puede ocuparse, ya que se trata sobre todo de burocracia.

Denise miró a uno y otro, con expresión confusa.

—Un momento, un momento —dijo—. ¿Qué?

Malcolm y Andrew dejaron de hablar al momento.

—¿Qué? —dijo el primero, con cara despistada.

Brooke buscó la mano de su amiga y se la apretó. Pues menos mal que no le había dado por seguir tragando champán, se veía que la noche no iba a terminar bien.

—Bueno… —empezó Malcolm, y carraspeó—. Yo… ¿Archie no te ha comentado esto?

La rubia asimiló las frases que acababa de escuchar y los miró.

—¿Es un despido?

—Yo no lo llamaría así —dijo Andrew—. Un despido es algo desagradable, por norma asociado a un mal desempeño del trabajo, que no es tu caso en absoluto. De hecho, repito que nos parece admirable lo que…

—Es un despido —cortó ella.

—Es una reestructuración, Denise —comentó Malcolm con tono amable—.

Sé que te parecerá lo mismo, aunque no lo es. Has hecho un trabajo excelente.

—¿De verdad Archie no ha hablado contigo sobre esto? —Andrew se giró hacia Malcolm, con una expresión difícil de definir.

—Es extraño, sí —asintió Malcolm.

A Denise no le parecía extraño, no… Le parecía una cabronada, más bien. ¿Se dedicaba a sacarle información y, de paso, acostarse con ella sin comentarle algo semejante?

«Cuenta hasta tres, Denise», se dijo, cogiendo aire.

Ella no era de las que montaban escenas, y menos en público: su orgullo se lo impedía.

Eso sí, le costaba un esfuerzo inmenso mantener la cara de póquer cuando por dentro tenía un montón de sentimientos revueltos.

—Lamento que hayamos sido nosotros los portadores de malas noticias. —Andrew se acarició la barbilla con gesto compungido.

—No, no —logró decir la rubia al fin—. Mejor saberlo ahora. Gracias.

Los hombres no parecían muy convencidos, y se encontraban incómodos tras esa metida de pata, de forma que extendieron las manos a modo de despedida.

—Igualmente ha sido un placer conocerte —dijo Malcolm—. Todo lo que nos ha llegado sobre ti ha sido bueno, si te sirve de consuelo. Y tienes un mes para buscar algo, que no dudo que encontrarás.

—Vayamos en busca de Archie —tosió Andrew.

Los dos desaparecieron a toda velocidad, con prisa por mezclarse con el resto de los invitados. Brooke agarró a Denise de las muñecas y la miró.

—¿De qué iba eso? ¿No tenías ni idea? —La rubia frunció el ceño—. Vale, vale, no he dicho nada, es que estoy… en *shock*.

—Pues imagínate yo. ¡Será cabrón! ¿Cómo ha podido estar todos estos meses sin decírmelo? ¡Lo sabe desde el principio!

—Tal vez no encontraba la manera… —aventuró Brooke, y se ganó otra mirada fulminante por parte de Denise—. Sí, lo sé, no hay excusa. Es algo que hay que decir.

—Trae eso. —Denise le arrebató la copa y se la bebió de un trago.

La depositó sobre la barra y agarró su bolso de fiesta. Alarmada, Brooke la sujetó por el brazo.

—¿Dónde vas?

—A dar una vuelta. Necesito asimilar esto. —La miró con cara de disculpa —. Perdona, ahora no estoy para muchas fiestas. ¿Te importa?

—No, no. Lo entiendo. —Brooke le dio una palmadita cariñosa—. Alternaré con Manny y el resto, y estaré atenta a la cocina. Vete y si necesitas hablar, sabes dónde buscarme.

Denise asintió y Brooke la vio marchar, apenada. Joder, si ya Denise se tenía que ir… empezaban a quedarle pocos motivos para seguir allí, la verdad. Su amiga se planteaba vivir en Hawái, pero, después de aquello, lo mismo regresaba a Los Ángeles, o a saber, y si eso sucedía, la iba a echar muchísimo de menos.

Denise se metió en el lavabo. Necesitaba unos minutos para tranquilizarse y no ponerse a pegar gritos, no le gustaba perder la calma en público y, además, no deseaba estropear la fiesta. Sus compañeros no tenían la culpa de las políticas del hotel.

Se miró en el espejo, concentrada en dejar salir todas esas emociones negativas que se notaba dentro. Perder el trabajo era una faena… Sin embargo, era lo que menos le importaba. Lo que le dolía era Archie, y la manera en que la había engañado desde el principio. ¿Cómo podía mirarla a la cara todos los días con esa información entre manos?

Y ella enamorándose como una gilipollas.

Recordaba su conversación sobre las sirenas que atraían a los marineros con su belleza. Pues aquello era lo mismo, solo que al revés: se había dejado engañar por su simpatía, atractivo y accesibilidad, y todo eso era una fachada.

Tras unos minutos en los cuales se limitó a coger aire y expulsarlo, Denise se retocó el pelo, comprobó que su maquillaje estaba bien, su expresión serena, y salió del lavabo.

Merodeó por todas las zonas, aquí y allá, hasta que vio a Archie charlando con un grupo de hombres trajeados. Ni rastro de Malcolm o Andrew, seguro que aún no habían sido capaces de localizarlo.

Al verla, Archie le hizo un gesto para que se acercara y le alargó una copa de la bandeja que tenía en la mesa de al lado. La rubia la aceptó y le dio un sorbo.

—¿Qué tal todo por la otra zona? —preguntó él.

—Interesante. Algunas caras conocidas.

—¿Sí? —Él alzó la ceja al ver que se bebía la copa de un trago—. Eh, no tan deprisa.

—Tranquilo, no te preocupes. —Le devolvió la copa vacía—. No voy a emborracharme, era la copa de despedida. Me marcho al *bungalow*.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Te encuentras mal? —La miró, preocupado.

Cabrón…

—Ah, no, no. Estoy bien —contestó—. Es que tengo mucho que hacer.

Por su expresión, estaba claro que Archie no tenía la menor idea de a qué se

refería.

—¿A qué te refieres?

—Sí. —Denise puso cara pensativa—. Verás, entre otras cosas tengo que empezar a preparar la mudanza.

Archie parpadeó. ¿Se refería al piso? Quizá ya lo había comprado, aunque le parecía raro que no le hubiera comentado nada.

—Ah, y el trabajo. ¿Sabes? Parece ser que tengo que buscarme otro.

Él cerró la boca al oírla. Ahora comprendía ese tono frío con el que le hablaba, que apenas la reconocía. ¿Cómo se había enterado?

—Supongo que un mes es tiempo suficiente para ver si consigo algo por aquí o me vuelvo a Los Ángeles, no sé. ¿Tú qué opinas?

Miró al grupo de gente que, demasiado próximos a ellos, la protegían de algún modo del discurso de excusas baratas que seguramente Archie pretendía darle. Por eso se había metido allí, en cierto modo, para quitarle la opción.

—Vaya. —Ella suspiró—. Menos mal que no llegué a dar la entrada para el piso… ¡salvada!

—Oye, ¿podemos hablar en otro sitio? —le preguntó Archie, antes de que siguiera.

—No, no, tranquilo. —Denise le dio unas palmaditas en el hombro con tono comprensivo—. Tú no te preocupes, tienes que atender a tus invitados. Es tu trabajo y eso es lo más importante, ¿verdad?

Él abrió la boca para contestar, y entonces vislumbró a Andrew y Malcolm entre el personal. Vaya, ahora entendía lo sucedido. Sus dos jefes habían aparecido —sin avisar— y le habían soltado la noticia a Denise. Mierda.

—Ah, sí —dijo ella, al seguir su mirada—. Tus jefes están aquí, es verdad. Ya he charlado un rato con ellos, muy amables. Bueno, si quitamos la parte del despido, pero, vamos, son simpáticos. Me han hecho la pelota un rato.

Ambos empezaron a hacerle señas para dejar claro que lo habían visto y esperaban que se uniera a ellos. Archie los miró y después a ella, sin saber qué decir.

—No te vayas —le pidió—. Hablo con ellos y vuelvo. Quiero explicártelo. ¿Vale?

La rubia le lanzó una mirada desprovista de emoción.

—¿Sabes? Creo que no. Mejor si no hablamos más —repuso—. Diviértete.

Capítulo 17

Brooke se despertó y, con un bostezo, se giró en la cama. A su lado estaba Patrick, y se quedó mirándolo. Estaba bocabajo, con un brazo encima de su cintura, y dormido profundamente. Eso era algo a lo que se había acostumbrado, el chico era como un tronco y podía moverse o levantarse sin que se enteraba. Solo se despertaba cuando sonaba el despertador o el móvil, ahí sí que tenía algún sexto sentido. Con un suspiro, le pasó los dedos por el brazo, dándose cuenta de lo que había pensado.

Se había acostumbrado.

Y en lugar de hablar con él la noche anterior, como había sugerido Denise, acabaron quitándose la ropa.

Cuando se encontraron en la pista ella aún estaba en *shock* por lo de su amiga, y él enseguida percibió que le ocurría algo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, es que… —Lo cogió del brazo y lo apartó un poco de la gente—. Ha pasado algo que no vas a creer.

—¿No va bien la fiesta? Está a tope.

—Sí, es sobre Denise. ¿Ves aquellos dos?

Señaló a los hombres trajeados, y Patrick afirmó con la cabeza.

—Me suena… ¿no eran unos directivos de la cadena?

—Sí. Resulta que han aparecido para la inauguración y de paso, han informado a Denise de que está despedida.

—¿Estás de broma?

—No, ¡ojalá!

—¿Lo sabe Archie? —Al momento, lo buscó entre la gente—. Seguro que puede hacer algo, es el director.

Brooke suspiró, en cierto modo aliviada, porque se le había pasado por la cabeza que él lo supiera por ser su amigo, o lo que fuera, y también lo había ocultado. Pero su tono era de sorpresa total.

—Eso es lo peor. —Patrick la miró, sorprendido—. No solo lo sabía, sino que ha estado todo este tiempo aprendiendo sus tareas para ocuparse de ellas.

El chico movió la cabeza, incrédulo. No podía ser. Archie no le parecía una

persona de doble cara, en absoluto, aquello no le cuadraba con él.

—¿No se habrá enterado él también hoy? —aventuró.

—Estaba delante cuando se lo dijeron a Denise. Créeme: lo sabía. —Le frotó un brazo—. Sé que te cae bien… Nos caía bien a todos, pero esto es…

Él movió la cabeza, intentando asimilar que aquella misma tarde, unas horas antes, se había enterado de que estaba acostándose con Denise. ¿En serio se había liado con ella consciente de que iba a despedirla? Volvió a buscarlo con la mirada, y lo encontró hablando con un grupo de personas. Aquella noche estaría ocupado, pero hablaría con él en cuanto pudiera. Seguro que tenía una explicación… aunque no se le ocurría ninguna.

—Necesito otra copa —murmuró Brooke—. ¿Quieres?

—Sí, yo también.

Y así fueron juntos a la barra, después bailaron y, para terminar, se marcharon al *bungalow* de Brooke. Al menos en esa parte sí hizo caso, estaban en su terreno, solo que no lo usaron para hablar, precisamente.

Su mirada se desvió al cajón donde tenía guardada la carta y la solicitud. Ahí, con su cuerpo desnudo al lado, se dio cuenta de que quería más que eso. No podría seguir trabajando en el hotel si no era así, por lo que lo mejor sería marcharse. Así, él podría tener el puesto que tanto quería y ella seguro que, con la distancia, podría olvidarlo.

Sí, eso haría.

Entonces, sonó el despertados del móvil de Patrick, que levantó la cabeza, somnoliento, y lo cogió para apagarlo con un suspiro.

—No me vendrían mal un par de horas más —murmuró.

Dejó el móvil y se giró para besarla.

—Voy a cambiarme, nos vemos luego en la cocina.

—Vale.

Le devolvió el beso con una sonrisa triste que él no vio, y lo observó mientras se vestía y salía de su dormitorio.

Una vez fuera del *bungalow*, Patrick se quedó unos segundos apoyado en la puerta cerrada, a punto de llamar para volver a entrar. La noche anterior había querido hablar con ella, pero no encontró el momento y, al sonar el despertador, se levantó en modo automático, como siempre hacía. No fue hasta que llegó al exterior que su cerebro despertó del todo y se dio cuenta de que su plan de hablar seguía por cumplir.

Sin embargo, se quedó quieto, sin llegar a llamar. Rememoró la noche anterior, no recordaba ningún comentario ni nada que le hiciera pensar que ella quería tener esa conversación. Después de la bomba de Archie, había hecho

algún otro comentario sobre él, pero solo en lo referente a Denise. Nada sobre el puesto de chef, a cómo les afectaba, ni nada parecido.

Despacio, se separó de la puerta, siguió el camino hacia su *bungalow*, y en cuanto entró, su mirada se clavó en el mueble donde había guardado la carta. Se fue directo ahí y sacó los papeles para releerlos, aunque sabía de memoria lo que decían.

A pesar de que quería el puesto de chef tanto como Brooke, no podía seguir así, veía que no iban a llegar a ninguna parte, y quizá lo mejor era quitarse del medio. Ella sería feliz con el puesto, y él…, bueno, seguro que, si se iba a la otra punta del mundo, acabaría por olvidarse de ella. Tenía una vocecita que le decía que aquello no iba ser tan fácil como pensaba, pero la ignoró mientras rellenaba los documentos.

Después, se duchó y cambió de ropa antes de dirigirse al despacho de Archie. Llamó a la puerta y antes del tercer toque, el director abrió, aunque pareció decepcionado al verlo.

—Ah, eres tú —le dijo.

—Buenos días a ti también.

—Perdona, no va contigo. —Se hizo a un lado mientras miraba de reojo la ventana del despacho de Denise, que tenía el estor abajo—. Esperaba… bueno, a otra persona.

Con el sobre entre sus manos, Patrick lo siguió hasta la zona donde estaba su escritorio, aunque ninguno se sentó.

—Brooke me lo ha contado —comentó, a lo que Archie lo miró—. Lo de Denise.

—Ya. No es lo que parece, Patrick.

—Lo que parece es chungo de cojones, eso te lo tengo que decir, aunque seas el director y puedas echarme también.

—No es cosa mía, es de la central.

—¿Lo sabías cuando viniste? —El chico afirmó lentamente—. No te hace quedar muy bien, siento decirlo.

—Ya lo sé. —Se dejó caer en su silla y lo miró, fijándose entonces en el sobre que llevaba en las manos—. ¿Vienes a echarme la bronca sobre Denise o por algo más?

—A darte esto. —Le pasó el sobre, colocando las manos a la espalda—. Necesito que lo firmes y me des una de las copias.

Mosqueado, Archie abrió el sobre y miró los papeles. Alzó la vista, elevando una ceja.

—¿Esto es en serio?

—Sí, ya sabes que estoy en el grupo de traspasos y…

—Pero y el puesto de chef aquí… ¿ya no lo quieres?

—Sí, es que… —Se sentó, pasándose las manos por el pelo—. Brooke también.

—Eso ya lo sabías.

—Dáselo a ella.

Archie parpadeó, sorprendido.

—¿Qué?

—Se lo merece. Y no me digas que yo también, porque… porque da igual. No sé a quién se lo ibas a dar, y no quiero saberlo. Me retiro y punto.

—Pero…

—No, es mi decisión final. Tampoco quiero que ella lo sepa.

—Si me escuchas un segundo…

—Archie, no vas a hacerme cambiar de idea. Quiero que sea feliz, y sé que lo será cuando tenga ese puesto, ¿entiendes?

Archie lo observó unos segundos, preguntándose si el que no entendía nada era el propio Patrick, porque aquella frase era muy reveladora.

—Así que no intentes convencerme para que me quede ni nada. Estaré las semanas que quedan hasta que confirmen dónde me envían y punto.

El director cogió un bolígrafo y firmó los papeles. Guardó una copia en una carpeta y le dio la otra a él.

—No le digas nada —repitió Patrick.

—Tranquilo, aunque lo sabrá cuando te vayas, ¿no? ¿Cuándo se lo vas a decir? —Patrick carraspeó, mirando hacia el despacho de Denise—. Ya, no soy un buen ejemplo.

—Exacto.

—Patrick, no soy un cabrón, en serio.

—No he dicho eso… aunque nos has engañado a todos.

—No, no soy… —Suspiró—. No he fingido ninguna amistad. Oculté el tema de la subdirección, nada más. No quisiera que afectara a cómo nos llevamos tú y yo.

—Ya, bueno, da igual, porque me iré, así que… —Se levantó—. No tengo problema en tirarme en parapente contigo, si eso te preocupa, pero en lo personal… no sé qué pensar, la verdad.

Archie afirmó. No podía culparlo, aunque no le afectara directamente, enterarse de algo así hacía que la confianza se viera resentida. Ojalá quisiera escucharle, porque tenía planes que lo involucraban, pero la cara de determinación de Patrick mientras se marchaba le dejaba claro que, al menos en aquel momento, no quería hablar más.

Cogió la carpeta con los papeles y revisó las fechas de entrega, asegurándose de que tenía tiempo suficiente antes de enviarlos.

Acababa de guardarlos cuando llamaron a la puerta. Rápido y veloz, corrió a abrir, y no pudo evitar poner la misma cara que poco antes al encontrarse a Brooke al otro lado.

—¿Tienes un minuto? —preguntó la chica—. No vengo a hablar de Denise —agregó, con rapidez—. Aunque ya te vale, desde luego. —Carraspeó—. Pero no vengo por ella.

—Pasa.

Antes de cerrar la puerta, miró al pasillo, por si acaso, pero nada, ni rastro de Denise, de su perfume ni de su perfecto pelo. Se fue hasta su mesa, enfrente de la cual ya se había sentado Brooke. La vio meter la mano en el bolsillo y sacar un sobre, que desdobló con cuidado.

—Traigo esto —dijo la chica, dejándolo sobre la mesa.

Archie lo cogió con una sensación familiar y casi ni se sorprendió al ver el interior.

—La solicitud de traslado —comentó.

—Sí. Me tocaba decidir y… bueno, pues eso, he marcado opciones.

Se aclaró la garganta y esperó, sin entender muy bien a qué venía aquella expresión del chico.

—¿Estás segura? —preguntó él, al fin.

—Sí. Si lo preguntas por el puesto de chef, he estado pensando y quiero que se lo des a Patrick.

—Que se lo dé a Patrick —repitió, sintiendo un *déjà vu* total.

—Sí. Es lo que quiere… y no sé a quién pensabas escoger, y me da igual. Él se lo merece, lleva mucho tiempo trabajando para ello.

—Tú también.

—Sí, pero sé que eso le hará feliz y es lo que quiero.

Archie se pasó la mano por la cara. ¿Qué demonios pasaba en aquella isla, que nadie hablaba con quien tenía que hablar y cuando debía hacerlo? Empezando por él mismo, claro.

—Brooke, escucha…

—No. —Sacudió la cabeza enérgicamente—. No voy a cambiar de idea, Archie. Me quedaré hasta que me confirmen el destino. Firma, por favor, y dame mi copia.

Vaya par de cabezotas, pensó, mientras cogía otra vez el bolígrafo. De nuevo, comprobó las fechas y le pasó su copia.

—Hay una cosa que… —empezó.

—Gracias, Archie. —Se levantó—. Y que sepas que lo que le has hecho a

Denise no tiene nombre.

—Pensaba que no ibas a hablar de eso.

—No, pero no puedo evitarlo, porque es mi amiga y tú un… —Se calló, porque aún era el director y podía fastidiarle el traslado si quería—. Ya te lo imaginas.

Archie no contestó, mientras la chica se iba y cerraba la puerta con más fuerza de la necesaria.

Bueno, parecía que nadie le iba a dejar hablar… Así era complicado poder ofrecer alguna explicación, por mala que fuera. No tenía mucho donde justificarse, cierto. No le pareció correcto soltarle a Denise de buenas a primeras que su puesto iba a desaparecer, y después surgió lo suyo y ya no tuvo ánimos. Era simple: no sabía cómo. Y tenía claro que, en cuanto se lo contara, ella se apartaría de su lado. Daba igual que no fuera su decisión; el mensajero siempre recibía la peor parte, lo veía a menudo.

Sabía que era erróneo estirar el momento de decir la verdad por aprovechar el tiempo con ella, pero no podía ignorar que su relación había surgido contra todo pronóstico.

Regresó al ordenador para trabajar un rato, a ver si así se distraía, aunque no tuvo demasiado éxito. No hacía más que dar vueltas a cuál hubiera sido la mejor forma de encarar la situación, y todas las veces llegaba a la misma conclusión: no había forma buena de notificar un despido.

Descolgó el teléfono y marcó el número de su despacho. Tras un par de llamadas, la chica contestó.

—¿Sí?

—En algún momento tendrás que salir de ahí.

—Para nada. Como bien me recordaron el otro día, mi trabajo es básicamente burocracia, así que eso hago.

—Tenemos que hablar.

—No es necesario, para cualquier tema del trabajo mándame un correo.

Y le colgó sin miramientos. Archie suspiró mientras colgaba a su vez, ¿si entraba en su despacho conseguiría algo? Suponía que no, quizá lo mejor era esperar unos días para que la tensión disminuyera un poco.

En ese momento, el número seis del teléfono se iluminó, de la recepción, así que contestó.

—¿Sí?

—Hay dos caballeros que van hacia tu despacho, dicen que son directivos de la cadena —informó Vaitiare, tan solícita como de costumbre.

—Gracias.

Estupendo, otra visita. ¿Por qué no se largaban de una vez a arreglar los

asuntos del otro hotel y lo dejaban tranquilo? Porque esa manera de aparecer, por sorpresa, había resultado nefasta. Sabía que no había mala intención, pero tampoco entendía a qué venía meterse en sus asuntos con el personal, era raro que los directivos charlaran con los empleados, y menos de semejantes temas.

Se aproximó hasta la puerta y la abrió cuando escuchó los pasos acercarse. En efecto, ahí tenía otra vez a Malcolm y Andrew, igual de arreglados que la otra noche.

—Hola, Archie. Esperamos no molestar —dijo el primero—. Salimos ya hacia el centro y después de regreso a casa, y queríamos hablar contigo antes.

—Claro. —El chico se hizo a un lado para permitirles el paso a su despacho.

—Has dejado esto genial —comentó Andrew, sin dejar de examinarlo todo con ojo crítico—. Mucho más despejado y moderno que como lo tenía Atkinson.

Se sentó en una de las sillas frente a su mesa, y Malcolm lo imitó. A Archie no le gustaba demasiado ocupar su lugar como director, pero en ese momento no tenía otra opción, de forma que se sentó también.

—La fiesta fue un éxito —comentó Malcolm—. Ha salido en el periódico y todo.

—Sí, muy buen trabajo —apoyó Andrew—. El hotel ha dado un cambio impresionante. De hecho, hay varias propuestas de alguna revista para hacer un reportaje.

—Los números acompañan —siguió Malcolm—. Reservas, clientes, excursiones… todo en crecimiento acelerado. Esto pinta bien.

Archie los oía hablar como si estuviera tras una puerta, sus voces sonaban amortiguadas, vacías… Se suponía que aquello era lo que más deseaba uno escuchar, que su dedicación se había saldado con éxito. Y, sin embargo, no parecía importar mucho.

—Así que tienes luz verde —acabó Andrew, y lo miró, extrañado—. ¿Archie? ¿Estás aquí?

—Claro que estoy —se apresuró a responder él—. Es genial.

—No pareces alegrarte mucho —comentó Malcolm, siempre un poco más perspicaz que Andrew—. ¿Hay algo que quieras comentar?

Archie no era el tipo de hombre que funcionara por impulsos… aunque se sentía tan desconectado en ese instante que casi le daba igual.

—Pues mira, sí —dijo.

Los dos se cruzaron de brazos, expectantes y sorprendidos a partes iguales.

—Ya sabéis que el hotel tiene dos alas —comentó—. Las dos son lo bastante grandes para tener entidad propia. Ya he trabajado en eso, una es más familiar y la otra más adulta, y aunque comparten ciertos espacios públicos como la

zona de baño, creo que un restaurante en cada una no estaría mal.

Andrew se giró hacia Malcolm, que se tocó la barbilla.

—No podemos obviar que cada vez hay más parejas sin hijos, y a muchas de ellas les gusta estar tranquilos durante las comidas.

—¿Y qué pasaría con el bufé? ¿Quieres eliminarlo?

—No eliminaría un comedor central más de batalla, aunque creo que debemos proponer un menú en lugar del bufé. Sé que en otros sitios sale rentable, aquí no es el caso.

—Es cierto, conocemos los números.

—Entonces, ¿la idea es un comedor con comida más estándar, digamos, y dos restaurantes de carta?

Archie asintió.

—Pero montar otro restaurante… —comenzó Andrew, dudoso.

—No hay que montar nada, todo se cocina en el mismo sitio, como ahora. Solo sería trasportar la comida, y tenemos un montacargas.

Malcolm abrió la boca, y volvió a cerrarla al ver que no había terminado.

—Tengo dos chefs muy buenos, pueden llevar un restaurante cada uno. Hace tiempo que la idea me rondaba la cabeza, solo que no quería sugerirlo hasta que los números fueran positivos.

Ambos hombres cruzaron una mirada, como si valoraran la propuesta, y al final, Malcolm se encogió de hombros.

—Bien, Archie, tú mandas —aceptó—. Eres quien controla el hotel y sus posibilidades, no habríamos llegado a esos números sin ti, como siempre. Así que… adelante.

—¿En serio?

—Por completo —apoyó Andrew—. Luz verde significa luz verde, puedes hacer y deshacer lo que consideres, te aprobaremos los proyectos.

—Gracias.

—A ti, por tu trabajo. —Malcolm le estrechó la mano—. No nos veremos en un tiempo largo, no creo que tengamos que volver por aquí.

—Una pena. —Andrew también estiró el brazo—. Me encanta Hawái. Ojalá pudiera quedarme aquí a vivir, sería un privilegio.

—Te informaremos cuando sepamos algo sobre eso —se comprometió Malcolm—. Cualquier cosa no dudes en llamarnos, Archie.

Este los acompañó hasta la puerta y los despidió con una sonrisa ligeramente forzada. En fin, al menos tenía los restaurantes: era la idea a la que daba vueltas hacía tiempo, desde que descubriera lo buenos que eran Patrick y Brooke en la cocina. Al saber de antemano lo difícil que iba a ser escoger solo a

uno, se planteó lo de tener dos restaurantes de carta. Y la información sobre parejas sin hijos no era ninguna mentira, se basaba en estadísticas y números, así que la idea de tener espacios para todo el mundo tenía mucho sentido.

Podían compartir cocina y sartén, pero cada uno manejaría su propia carta, tendrían un equipo distinto y cocinarían para clientes opuestos. Sobre todo, no tendrían que separarse, a menos que quisieran.

Ahora a ver cómo se lo explicaba, ya que ninguno de los dos apenas lo había dejado hablar… por de pronto, no tenía la menor intención de cursar las cartas de traslado entregadas por ambos, no sin darles la opción de poder quedarse.

Escuchó el ruido de una puerta abrirse y, después, el golpe al cerrarse. Consideró hacer otro intento para hablar con Denise, pero se obligó a permanecer sentado en su mesa y hacer lo que él mismo se había propuesto: dejar pasar un par de días. Sería lo mejor para todos.

Denise bajó hasta la planta principal para encaminarse al comedor. Ya apenas recordaba lo que era irse a comer al *bungalow* al mediodía, acostumbrada como estaba a un bocado rápido para seguir con el trabajo, pero quería desaparecer un rato.

Además, ¿qué sentido tenía meter más horas de las necesarias? Ni hablar, de hecho, su intención era justo la contraria, hacer lo menos posible. Y no se declaraba en huelga del todo porque había temas que involucraban a sus compañeros y no quería perjudicarlos, nada más.

Sin embargo, haría sus horas, listo. Incluso pensaba salir antes, total, ¿qué iban a hacer, despedirla?

Cuando esperaba a que le colocaran la comida en los recipientes de plástico, vio salir a Delilah vestida con su ropa y el uniforme en una mochila.

—¿Ya sales? —preguntó.

—Sí, como todos los días. Es mi horario. —La miró—. ¿Vas a comer a casa?

Denise asintió.

—Pues comemos juntas, si quieres —aventuró Delilah.

La rubia lanzó una mirada recelosa a su hermana menor, sin saber a qué venía esa amabilidad. Se encogió de hombros y le hizo una señal a la chica que servía la comida para que le sirviera otra ración. Agarró la bolsa una vez estuvo lista y cruzó el comedor para salir a la pasarela que llevaba a las viviendas, con su hermana detrás.

—Todavía me alucina esta pasarela —comentó Delilah—. Apenas sabía que existía, como antes casi no salía del *bungalow*…

—Pues te queda un mes para dejar de verla.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos vamos a mudar.

—¿Qué? ¿Por qué?

Delilah incrementó el ritmo para alcanzar a Denise, tarea imposible al parecer, no comprendía cómo su hermana podía correr más que ella con esos tacones. Se apoyó en la puerta con un jadeo y recuperó la respiración.

—¿Quieres explicarte?

—¿Qué parte no entiendes de «nos vamos a mudar»?

—Sé que fuiste a ver un par de pisos, pero creía que no habías comprado nada, ¿cómo no me lo has dicho?

—No, no he comprado nada.

Denise cerró tras ella y fue a la cocina a dejar la bolsa. No podía ocultar la información a su hermana, tarde o temprano se iba a enterar… Le entregó su recipiente de comida y fue al sofá a sentarse. Delilah, confusa, la siguió y se puso a su lado.

—Me voy a quedar sin trabajo —resumió Denise.

—¿Qué?

La adolescente permaneció con expresión incrédula en el rostro. ¿En qué mundo enfermizo ella conservaba su empleo y su hermana la perfecta se iba a la calle? ¡No podía ser!

—No, no es posible, ¡con todo lo que trabajas!

—Son políticas de empresa, no tiene que ver con mi trabajo. La directiva ha decidido suprimir el puesto, ya está.

Metió el tenedor en la comida, que ni siquiera sabía lo que era, pero en lugar de llevárselo a la boca se limitó a removerlo una y otra vez, hasta que se convirtió en una pasta incomible. Delilah se lo quitó de las manos con amabilidad y lo dejó sobre la mesa del salón.

—Lo siento mucho, Denise.

—Ya, bueno. Son cosas que pasan en los reajustes. —La rubia se recostó contra el sofá.

—¿Y por qué no hablas con Archie? Seguro que puede contratarte en otro puesto, si es muy majo…

—Ni le menciones —la cortó Denise.

—Pero…

—Ahora lo que importa es que encuentre otro trabajo y un sitio donde vivir. Ya tengo una lista de hoteles por los que pasarme, y otra de pisos de alquiler.

Delilah asintió según ella hablaba, la notaba estresada y no deseaba añadir más con sus preguntas o comentarios. No entendía su reacción al mencionar a Archie; con lo bien que se había portado con ella misma, estaba segura de que

ayudaría a su hermana si esta no fuera tan orgullosa.

—¿Iré a vivir contigo?

Denise se frotó la cara, sin saber bien cómo afrontar esa conversación. No debería haberla dejado pendiente tanto tiempo, y no tenía el mejor estado de ánimo en ese momento, pero…

—Delilah, no sé. Mi vida es un desastre en este momento, no sé si es lo mejor para ti estar conmigo con esta inestabilidad.

—Sé que no estás bien, llevas unos días furiosa. Si necesitas hablar de algo…

—Lo que necesito es un trabajo y un apartamento. En cuanto tenga esas dos cosas, todo volverá a su sitio.

Se sentía mejor si focalizaba sus esfuerzos y pensamientos en aquello, así evitaba pensar en Archie y en cómo le había tomado el pelo. No le preocupaba el dinero en realidad, tenía ahorros con los que subsistir un tiempo, solo que ella era muy activa y odiaba estar desocupada.

—¿Piensas quedarte aquí? —preguntó Delilah con cautela—. ¿O volverás a Los Ángeles?

La segunda opción seguía presente entre sus posibilidades, aunque cada vez que lo pensaba, le entraba cierta angustia. La verdad era que no tenía muchas ganas de volver.

—No me apetece mucho volver a casa —murmuró—. Allí siempre estaba estresada y angustiada. Aquí se lleva de otra forma.

—Se lleva mucho mejor —asintió Delilah—. Y yo… ¿no podría quedarme contigo?

Denise la observó, atónita. ¿Qué? ¿Pretendía quedarse de manera definitiva?

—Eso no es decisión mía, sino de mamá y papá, ya lo sabes.

—Ellos me enviaron aquí por algo.

—Sí, porque te expulsaron del colegio. Lo único que pretendían era que se calmara el ambiente, a ver si así se olvidaba el tema. —Denise suspiró—. Y quizá ver si a mí me hacías caso.

—Y te lo hago, ¡si hasta voy a trabajar todos los días! —Delilah le cogió la mano—. Por favor, no me mandes de vuelta a casa. No quiero ir, prefiero vivir contigo.

—Es que yo no creo ser la más indicada para criar a una adolescente… —empezó Denise, anonadada por escuchar decir a su hermana que prefería vivir con ella—. Y menos a una difícil.

—No soy difícil.

—Tu historial no dice lo mismo. —Denise hizo una mueca.

—Pero tú ni siquiera sabes lo que ocurrió de verdad…

—¿No grabaste un video privado de una compañera y lo subiste a internet?

—Sí —admitió ella, con cara culpable—. ¡Tenía mis razones! Es gracioso que me acusaran de *bullying* cuando… en fin, tenía mis razones.

Denise se cruzó de brazos.

—¿Qué razones?

—¡Mary Rawlings es una arpía! Desde que llegó al colegio la tomó conmigo, no hace más que hacerme la vida imposible —refunfuñó la adolescente—. Una vez me quitaron la ropa cuando estaba en la ducha después de gimnasia. Me meten cosas en la taquilla…

—¿Cosas?

—Ratones muertos, babosas. Cosas así.

La rubia parpadeó, con cara de asco. Pues menudo sentido de las bromas tenían las adolescentes; si a ella le hicieran eso vamos, ardía Troya… y el bicho de turno acababa en la boca de la culpable, por descontado.

—Es una tras otra… me ponen motes, se burlan en las clases, en las redes sociales…

—¿Por qué?

—Yo qué sé. Quizá sea el *piercing*, o que no me visto igual que ellas, ¿quién sabe? Que conste que yo paso bastante del tema, aunque, a ver, es agotador. Y deprimente.

Claro, a Denise no le extrañaba que no se concentrara en las clases.

—¿Y papá y mamá no pudieron hacer nada?

—No, ellos no lo saben.

—¿Por qué no se lo has contado?

—Pensé que no podrían ayudarme, por mucho protocolo *anti-bullying* que haya, nunca da realmente resultado, así que, ¿para qué angustiarlos con algo que no tiene remedio?

Denise se inclinó hacia ella.

—A ver, por molesto que sea, hay que seguir la burocracia.

—En estos casos no sirve de nada. Es muy ambiguo y, como somos menores, la única solución que ofrecen es cambiarte de centro… a ti, no al acosador. No es que me encante el colegio, a decir verdad, pero no estaba dispuesta a que una cabrona me echara.

Denise asintió de manera involuntaria. Qué demonios, era normal. Las maneras habían sido un error, pero podía comprender qué la había llevado hasta ese punto. Al menos decidió hacerle frente y no terminar con un bote de pastillas entre las manos, como muchos otros.

—¿Y por eso la grabaste?

—Exacto. Sabía que un video de contenido sexual, encima en una escuela católica, crearía mucho revuelo y le caería la bronca del siglo, así que lo hice.

¿Y sabes qué? No siento el menor remordimiento por ello. Espero que haya aprendido que la gente le puede devolver los golpes y no se lo haga a nadie más… Además, sé que sus padres la han castigado hasta después del verano y le han quitado el coche. Que se joda.

Denise a duras penas logró controlar una sonrisa. No quería que pensara que aprobaba su comportamiento ni mucho menos, porque no era así. Aunque tampoco le daba la menor pena la tal Mary esa: se lo había ganado a pulso.

—Por mucho que vista de negro y lleve *piercings*, no voy a crear problemas —insistió con vehemencia—. Seguiré con este trabajo, aportaré para los gastos.

—No es solo eso, Delilah, la decisión no depende de mí.

—Nuestros padres te escuchan y lo sabes. Tú eres la hija seria, si me apoyas…

La chica estudió el rostro de su hermana en un intento por adivinar qué se le pasaba por la cabeza. No era tan complicado comprender el motivo de querer quedarse allí: el buen clima, la belleza de los paisajes, la paz que se respiraba, su pequeña independencia, nuevos amigos y Kai, por qué no decirlo. Sí, era un cambio total, justo lo que le hacía falta. Estaba convencida de que podía ser feliz, y, aunque al principio había discutido mucho con Denise, últimamente lo llevaban mejor. Y con todas las horas que trabajaba su hermana, tampoco iban a coincidir demasiado.

Lo de robarle la independencia prefería no mencionarlo, si no lo hacía ella.

—Déjame pensarlo —respondió Denise.

—¿De verdad?

—Sí, dame algo de tiempo. No es el mejor momento ahora, tengo la cabeza del revés.

Delilah cogió su recipiente de comida, aún comestible, y se apoyó en el respaldo del sofá, satisfecha por los avances conseguidos. No era una victoria, pero al menos no se había negado de manera tajante...

Capítulo 18

En la sala de reuniones, Cedric, Vaitiare y Kailani esperaban a que llegara Denise. La chica les había enviado una convocatoria el día anterior para reunirse a primera hora, antes de que comenzaran a trabajar, con el asunto «cambio de organigrama», así que suponían que era algo relacionado con los cambios del hotel. No había rumores, aunque como los grandes jefes habían estado en la fiesta de inauguración, quizá era por eso. Seguro que solo era para comunicar el nuevo director o algo parecido.

La subdirectora entró taconeando como siempre y se sentó en la cabecera de la mesa.

—Seré breve, chicos —dijo—. No quiero que comencéis tarde. Como habéis visto en mi correo, os tengo que comunicar un cambio organizativo.

—Por favor, dinos que no va a venir otro vejestorio a dirigirnos —pidió Cedric, a lo que las chicas emitieron unas risitas.

—No, de eso no sé nada. Supongo que ya os informarán al respecto, porque no estaré aquí para verlo.

—¿Perdona?

Las chicas se miraron, también extrañadas por aquella última frase.

—La central ha decidido eliminar los puestos de subdirección en todos los hoteles de la cadena —explicó Denise, con tono neutro y sin andarse por las ramas—. Así que, en unas semanas, dejaré el Paradise.

Cedric abrió la boca, sin saber qué decir ante aquello.

—Pero… —Vaitiare titubeó—. No lo entiendo.

—Yo tampoco —dijo su compañera, moviendo la cabeza.

—O sea, ¿te vas? —preguntó Cedric.

—Eso es.

—Pero… pero… si aquí eres indispensable, SubD.

Denise le sonrió con cariño, y le apretó una mano.

—Gracias, aunque nadie lo es —contestó—. Todas mis tareas pasarán a Archie, ya habéis visto lo eficiente que es.

No tenía ni idea de cómo había logrado mantener el tono neutro también al

decir aquello, cuando lo que quería era estrangularlo muy lentamente. Pero ella era una profesional, ante todo, y así seguiría hasta el último minuto en aquella empresa.

—Ha sido un placer trabajar con vosotros, y… bueno, eso es todo lo que quería deciros. Iré informando al resto de turnos durante el día de hoy. —Sonrió—. Y estad tranquilos, esto no es el comienzo de más cambios ni recortes ni nada, ¿vale? Lo demás seguirá igual.

—Qué pena, Denise. —Cedric se levantó, reaccionando al fin, y la abrazó—. Te voy a echar de menos.

—Yo también a vosotros.

—Seguro que encuentras algo rápido, eres la mejor.

—Eso, seguro.

Vaitiare y Keilani se unieron al abrazo, que Denise también les devolvió. Al final, había que quererlas.

—Venga, al trabajo, que me vais a emocionar, tontas.

Les dio unas palmaditas y suspiró mientras los veía marcharse. Sí, los iba a echar de menos.

En el pasillo, Cedric tomó la dirección contraria a las chicas, que lo miraron extrañadas.

—Vas al revés —dijo Vaitiare.

—No, voy al despacho de Archie.

—¿Por? —preguntó Keilani, abriendo los ojos—. ¿Crees que puede hacer algo?

—No sé, por intentarlo…

—Pues vamos contigo.

Cogió del brazo a Vaitiare y siguieron a Cedric hasta el despacho. El chico llamó y no tardaron en escuchar la voz de Archie desde el interior.

Entraron casi a la vez, y el director los miró sorprendido desde detrás de su mesa. Se levantó y señaló las sillas.

—¿Pasa algo? —preguntó, preocupado por si algún cliente había tenido un accidente.

—Venimos por Denise.

Se acercaron, sin llegar a sentarse, y Archie salió de detrás de la mesa para apoyarse delante. Sabía que ella se iba a reunir con el equipo para comunicar los cambios, pero no que lo había hecho ya ni la manera de explicarlo.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Vaitiare.

—Nos ha dicho que era cosa de la central —añadió Keilani.

—¿Es definitivo? —preguntó Cedric—. ¿No se puede convencer a los de

arriba de que se quede, aunque sea en otro puesto?

—Lo he intentado —contestó Archie—, pero es imposible.

Y aquello añadía sal a su herida. Denise seguía trabajando como la profesional que era, y de la misma manera lo había comunicado al equipo. Sin culparlo, ni volverlos en su contra, ni nada por el estilo.

Joder, si solo lo dejara hablar… Ya estaba aburrido de los correos electrónicos.

—Qué pena —suspiró Cedric—. En fin, la cadena se lo pierde, porque es una *crack*.

—Sí, estoy de acuerdo.

Los acompañó hasta la puerta y miró hacia el despacho de Denise, que tenía la puerta cerrada para no variar. Tampoco estaba seguro de que estuviera, porque como la cortina seguía corrida, no sabía cuándo entraba y salía.

Con un suspiro, cerró la suya y regresó a su mesa a comprobar los correos. Ya que era su única forma de comunicación, refrescaba la pantalla cada poco por si acaso. Se daba cuenta de que era un gesto desesperado, pero por el momento no tenía otra forma de saber de ella.

Brooke se asomó por la puerta de la despensa, confirmó que no había nadie a la vista y salió acomodándose la ropa. Dentro, Patrick se abrochó el uniforme mientras esperaba un poco para que no los vieran salir juntos, y entonces su vista tropezó con un papel en el suelo. Lo cogió pensando que sería alguna lista de la compra o factura, pero no fue así. Reconoció al momento el formato de la solicitud de traslado, solo que él no la llevaba encima, así que no podía ser la suya, su copia estaba en su *bungalow*, encima de mesa del salón. Y la única persona que había estado allí con él era Brooke, así que… Por si acaso, leyó el contenido. Sí, era de Brooke. Su nombre estaba escrito con claridad, incluso reconocía su letra.

Se apoyó en una balda pensativo, con el ceño fruncido.

¿Por qué demonios había pedido Brooke el traslado? ¡No tenía ningún sentido! Lo único que se le ocurría era que fuera por lo sucedido con Denise, y que la rubia se marchara también. Pero, ¿por qué no se lo había dicho?

Claro que él tampoco había comentado nada, aunque sus motivos eran diferentes. Pensativo, se guardó el papel en el uniforme y salió de la despensa. Ya había llegado casi todo el equipo, así que se puso a trabajar sin dirigirle la mirada. Notaba el papel en el bolsillo como si cada vez pesara más, y aunque intentaba no pensar en ello, no podía evitarlo.

Una cosa era que mantuvieran las conversaciones personales al mínimo, siempre controlando lo que hablaban, pero ocultarle eso… Joder, que sabía que

él quería el puesto. O lo había querido hasta unos días atrás, para el caso daba lo mismo. No importaba que él hubiera hecho lo mismo, porque la diferencia era que lo había hecho por ella. Ahora se daba cuenta de que todo había sido para nada, la chica se iba a marchar y, si se descuidaba, ni le diría adiós. Él preocupándose por ella, y Brooke en cambio…

Bajó el ablandador de carne con fuerza y tuvo que apartar la mano con rapidez, puesto que casi se la aplastó.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Todo bien? —le preguntó Lilo, que trabajaba a su lado.

—Sí, toma. —Le pasó el instrumento—. Sigue tú con esto, voy a hacer las ensaladas.

Normalmente ella se encargaba de eso; sin embargo, el chef parecía enfurruñado y la chica decidió no decir nada, solo obedecer.

Brooke miró de reojo a Patrick mientras Manny se acercaba a ella, preguntándose por qué estaría tan serio de pronto. De hecho, llevaba unos días en los que lo veía menos hablador de lo normal… Aunque ella tampoco era la alegría de la fiesta, todo había que decirlo. Y no era que no disfrutara de sus encuentros, eso no había cambiado, aunque sí cómo se sentía después. Le daba la sensación de que esos momentos se agotaban, y notaba una especie de vacío en su interior que no le gustaba nada.

—¿No había que cortar en juliana? —le preguntó Manny.

Brooke miró las verduras, que había cortado en tacos, y carraspeó.

—Sí, bueno, mitad y mitad.

Las pasó a un bol y cogió más para seguir cortando, obligándose a concentrarse en lo que tenía que hacer o veía que a ese paso añadía algún dedo a la mezcla.

A su pesar, no dejó de lanzar miradas furtivas hacia Patrick durante todo el servicio, pero ni una sola vez sus ojos se encontraron. Aquello ya era una señal inequívoca de que algo extraño ocurría, desde luego, y no le cuadraba en absoluto con el revolcón que acababa de ocurrir en la despensa.

Cuando terminaron, le tocaba quedarse a limpiar con Manny, así que vio que Patrick se marchaba sin ni siquiera despedirse, por si necesitaba alguna señal más.

Fastidiada, frotó la encimera con más fuerza de la necesaria y, después de cambiarse, decidió pasarse por el *bungalow* de Patrick a ver qué pasaba.

Llamó a la puerta y él tardó un poco en abrir. Cuando por fin lo hizo, apareció mojado y con solo una toalla.

Mal, así mal, pensó Brooke. Tuvo que esforzarse en mantener la vista levantada y las manos atrás, para no hacer ninguna tontería, como pasarle la

mano por el pelo mojado o lamer las gotas que le caían por el pecho.

Mierda. ¿Por qué siempre le provocaba esas sensaciones? Sus hormonas no tenían ningún control, algo tenía que hacer al respecto.

—Ah, eres tú —dijo él—. Me estaba duchando.

—Ya veo.

Otro día, se hubiera ofrecido a meterse con él, sin dudarlo, pero no lo hizo en ese momento. El ambiente estaba raro, podía notarlo, sobre todo porque él tampoco hizo ningún gesto hacia ella, sino que pareció dudar antes de volver a hablar.

—Pasa si quieres —invitó, al fin.

Brooke dio un paso hacia el interior, y él, a su vez, retrocedió.

—Ahora vengo —dijo.

Se dio la vuelta y desapareció en el cuarto de baño, desde donde Brooke escuchó el sonido del agua corriendo a los pocos segundos.

Con los brazos cruzados, Brooke miró hacia el sofá, dudando entre sentarse o no, y entonces vio un papel sobre la mesa, un papel muy familiar.

Mosqueada, lo cogió y frunció el ceño al instante. La misma solicitud de traslado que le había llegado a ella, solo que a nombre de Patrick y firmada por Archie.

Abrió mucho los ojos, sintiendo que se le encendían las mejillas. El muy… ¡había pedido el traslado! ¡Y sin decir nada! La madre que lo parió, trabajaba a su lado sin disimulo, como si aún compitiera con ella por el puesto, ¡y llevaba días con el traslado pedido!

Que sí, que ella también, pero el malo de la película era él y ella, la imbécil ciega que había renunciado al puesto por él. ¡Como si significara algo! Ahora veía que no, que nada en absoluto, puesto que Patrick tenía planificado largarse y seguro que, si podía, sin despedirse ni nada. Se suponía que sabía que quería el puesto, qué menos que decirle que se iba y quitarle esa preocupación, ¿no? Le daban ganas de estrangularlo... Claro, normal que se llevara tan bien con Archie. El uno era tan cabrón como el otro.

Furiosa, dejó el papel donde estaba, sobre la mesa, y se dirigió a la puerta, justo cuando el agua dejaba de caer y Patrick salía de la ducha.

—¿Te vas? —preguntó él, sorprendido.

—Sí. —Se giró, con gesto hosco—. Creo que no pinto nada aquí.

—¿Perdona? Si has venido tú…

—Ya, pues ahora he decidido irme.

La cara de Patrick dejaba claro que no entendía nada de lo que estaba pasando, y ella tuvo ganas de estamparle algo, pero se contuvo, cogiendo en

cambio el pomo de la puerta con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Para no volver —añadió, por si acaso.

Patrick se cruzó de brazos, mosqueado. Vaya, ¿escogía precisamente ese momento para contarle lo del traslado? ¿Después de la despensa? ¿Qué había sido eso, entonces? ¿Una especie de despedida?

—Parece que lo tienes decidido —dijo.

—Y tú también, ¿no? —replicó Brooke, molesta.

—¿Yo?

—Mira, paso. Esto tenía que acabar, así que… pues se acabó. Suerte con el puesto.

No pudo evitar añadirlo, a ver qué cara de idiota se le quedaba, aunque tampoco se quedó para verlo.

Se fue dando un portazo que lo dejó aún más estupefacto de lo que ya estaba. Bien, si antes creía que no entendía a las mujeres, después de aquello, no tenía ninguna duda, porque ella ni siquiera había comentado nada del traslado.

Entonces, la realidad de sus palabras le caló del todo.

Se había acabado.

Notó un escalofrío, aunque sabía que no era por la falta de ropa, sino por la sensación extraña que tenía en el pecho. Se fue a vestir con movimientos lentos. Intentaba recordar si era su culpa, pese a que ella no le había dado la oportunidad de hablar.

Y claro, al saber lo del traslado, estaba claro por qué. Ella no se lo había dicho, pese a tener la oportunidad. Ni al acabar su historia había sido sincera.

Sacudió la cabeza y su mirada pasó del sofá al dormitorio, lo que hizo que su mente se llenara de imágenes de ellos dos juntos que no quería tener en aquel momento. Así que salió del *bungalow* sin rumbo fijo y, en el camino hacia el hotel, se encontró con Archie, que tampoco tenía muy buena cara.

—¿No ha acabado el turno ya? —preguntó el director.

—Sí, voy a… no sé. Al bar, supongo. Hoy no me apetece ir a nadar.

Archie parpadeó, y entonces se fijó en la cara que llevaba.

—¿Te puedo acompañar? —inquirió.

Patrick se encogió de hombros y los dos se dirigieron al bar principal. Había bastantes clientes aquí y allá, así que cogieron un combinado cada uno y se fueron a una mesa apartada.

—Lo mío con Brooke se ha terminado —soltó el cocinero, tras dar un trago.

—Oh. —Archie ladeó la cabeza, carraspeando—. ¿Le has contado lo del

traslado?

—No, no, es… —Lo miró, porque claro, él había firmado el de Brooke—. Es absurdo todo, si tú ya lo sabes.

—Bueno…

—¿Cuándo entregó su solicitud? ¿Antes o después que yo? —Archie apretó los labios—. Mira, me da igual. No quiero saberlo, se acabó y punto. —Dio otro trago—. Mejor cuéntame qué te pasa a ti, que tienes cara de funeral.

Archie lo observó unos segundos, hasta llegar a la conclusión de que no tenía ni la menor idea de cómo mediar entre él y Brooke. Tenía el tema de los dos restaurantes, claro, pero no le parecía justo decírselo solo a él. En cuanto tuviera los permisos para la obra, reuniría a los dos y se lo contaría, a ver si así se arreglaban.

—¿Es por Denise? —aventuró Patrick.

—Lleva ignorándome desde la fiesta. —Movió su vaso, con expresión melancólica—. Lo único que he conseguido que me diga es que le envíe correos. Vamos, que me comunique con ella así, como si no estuviera en un despacho pared con pared con el mío, sino en otro edificio. Y no abre la puerta, ni tampoco la cortina.

—Tienes que admitir que ha sido una putada lo que le has hecho, Archie. —Carraspeó—. Normal que esté así.

—¡Es que no me deja explicarme!

—¿Tienes alguna excusa?

—No, bueno, excusa no. Joder, al principio no la conocía y luego… Pensaba que podría conseguir que se mantuviera el puesto, ¡hay trabajo de sobra! Pero nada, la maldita central va a su bola y no tiene en cuenta nada más que los números. Han decidido eliminar ese puesto en todos los hoteles y punto.

—Ya.

—Podría ofrecerle otra cosa, si hubiera algo a su altura, que no lo hay. —Se pasó la mano por el pelo—. No creo que quisiera ponerse al nivel de Cedric, por ejemplo.

—No creo, no.

—Y en los otros hoteles de Hawái pasa lo mismo, su puesto ya no está y no hay ningún otro que le pueda valer. —Lo miró—. He llamado a todos, sí, necesito por arreglarlo de alguna forma.

—Lo tienes complicado.

—Gracias por el apoyo. —Su tono sarcástico era evidente—. He pensado en hablar con hoteles de la competencia, ya le hecho una carta de recomendación también. Eso es lo mínimo que puedo hacer… y estoy a ver si se me ocurre algo más.

—Complicado —repitió—. Es muy cabezota y no creo que te deje explicarte.

—Ya. He pensado en enviarle algún flamenco…

—¿Un flamenco? —Patrick elevó una ceja—. ¿No decidiste tú eliminarlos?

—Sí, por eso empezó todo, y en el laberinto… —Suspiró—. Yo qué sé, empiezo a estar desesperado.

—Pues no se te ocurra robar uno del zoo. —Archie se quedó pensativo—. Era broma.

—Ya, ya.

—Quizá se calme en unos días.

—Sí, eso también lo he pensado, pero como tú bien has dicho, es cabezota. Y tiene su genio. —Suspiró—. ¿Y si se va a Los Ángeles? Su familia está allá, Delilah supongo que tendrá que volver pronto también. No es una posibilidad descabellada.

—Podrías pedir que te mandaran allí.

—Es que ya he pedido quedarme.

Patrick dejó el vaso, sorprendido, y observó su cara compungida.

—¿Has solicitado el puesto de director? —inquirió.

—Eso es. Me gusta Hawái, y me gusta ella. Mucho. Pensé… yo qué sé lo que pensé, pero me gustaría quedarme. Solo que con el tema así con Denise… Joder, ella era uno de los motivos.

—Y eso tampoco se lo has dicho.

—¡No he podido!

Patrick movió la cabeza, recuperando la bebida. Vaya, otro como él. Y tenían a dos buenas cabezotas delante, solo que, para él, el tema de Archie era más sencillo. Tenía que pedir perdón, obviamente, y quizá arrastrarse, incluso, pero tenía solución, ¿no? Archie sabía lo que había hecho mal, para empezar. Y él no. O más bien, como lo suyo había sido solo sexo, en teoría, tampoco tenía que hacer nada mal ni bien. El sexo tenía una fecha de caducidad, y la suya había llegado, por mucho que le fastidiara.

Joder, ¿en qué momento pensó que aquello podría salir bien? Al final acababa con el corazón roto, solo y en otra parte del mundo, a la que no tenía ni ganas de ir. Ni siquiera recordaba bien qué países había marcado, si se paraba a pensarlo. No podía ser más tonto. Con la suerte que tenía, acabaría en algún hotel en medio de Siberia.

—Creo que me hace falta otro —comentó, al ver su vaso vacío.

—Que sean dos.

Archie se terminó el suyo y Patrick fue a pedir para los dos. Al menos, ahogarían las penas juntos.

Unos días después, Denise se balanceaba en la silla de su despacho, sin dejar de contemplar el techo. Se tomaba la burocracia con calma porque no veía motivos para correr, aún le quedaban dos semanas allí y la mayor parte de su trabajo estaba hecho, así que podía permitirse alguna distracción.

La pantalla de su ordenador se iluminó, con ese sobrecito que tan bien había llegado a conocer desde la aciaga noche de la reinauguración.

Al decirle a Archie que cualquier cosa se la dijera por *mail* pensó que lo disuadiría de más intentos de comunicación, pero nada. Él seguía, y a pesar de que solo contestaba cuando el tema estaba relacionado con el trabajo, cada intento suyo le afectaba.

Al principio, el enfado lo llenaba todo. Cada momento del día se sentía furiosa, por el engaño, la pérdida de su trabajo… estaba rabiosa.

Sin embargo, una vez empezó a asimilarlo, vino otra parte, una peor: su corazón. Estaba troceado y, por mucho que las neuronas de su cabeza trataran de pegarlo con recordatorios continuos de lo mala gente que era Archie, él no se dejaba. Hacía intentos y cogía un pedacito aquí y allá, pero sin mucha gana de unirlos.

El dolor no era solo por la mentira, sino porque también había una ruptura: quería a ese cabrón.

Y recibir correos no ayudaba, era como un pequeño pinchazo bajo la uña.

Suspiró al pulsar, aunque al ver el encabezado se inclinó hacia delante.

Asunto: «Trabajo».

Lo abrió con rapidez, y comprobó que lo enviaba alguien llamado Mariel Young. Descendió por la pantalla para leer.

«Hola, Denise. Tengo una oferta de trabajo para ti, llámame».

Debajo había escrito su número de teléfono, de modo que Denise, intrigada, descolgó el suyo y lo marcó. Tres timbrazos después, una voz jovial respondió.

—¡*Aloha*! ¿Con quién hablo?

—*Aloha*, soy Denise Koreander. He recibido un *mail* y…

—¡Ah, *ae*! ¿Qué tal estás, Denise? Soy Mariel.

— *Maika'i, mahalo*. ¿Es un buen momento para llamar?

—Perfecto —respondió Mariel—. Soy la directora del Hilton Hawaian Village, en la playa Waikiki. No sé si alguna vez lo has visto.

—Sí, claro. Un sitio precioso.

—Lo es, una de las mejores playas. Y el hotel también. —La mujer carraspeó —. Iré al grano, me he enterado de que tu cadena va a suprimir la subdirección y he pensado que quizá estarías interesada en venir a trabajar con nosotros.

Denise parpadeó, anonadada. ¿De verdad? Porque el Hilton era muy, muy

lujoso, y en una situación inmejorable.

—¿En serio?

—Totalmente. Tengo un buen subdirector, pero necesito alguien que se haga cargo de los eventos y sea a la vez relaciones públicas. ¿Te gustaría venir y discutir las condiciones?

—¡Claro! ¿Cuándo?

—¿Qué tal hoy? ¿Celebramos una comida de negocios?

La rubia consultó la hora. Tenía que ir a cambiarse, y tardaría unos cuarenta minutos en llegar… un poco justo, pero si se daba prisa llegaría sin problema. Se trataba de su futuro, de modo que pisaría el acelerador si hacía falta.

—Salgo para allá.

—Estupendo, Denise. Nos vemos en una hora aproximadamente, si te va bien.

—Allí estaré.

Cortó la llamada y apagó el ordenador, con una pequeña sonrisa en el rostro. Que la llamaran de otro hotel para trabajar era una buenísima señal, no tenía la menor idea de cómo se enteraban de los temas internos de otros hoteles, aunque le daba igual. Por su propio bien, iba a tener que desligarse sentimentalmente del Lanikai.

Agarró su bolso y se acercó con sigilo a la puerta, por si escuchaba ruidos fuera. No quería que Archie la cazara al salir, hasta ahora llevaba bastante bien el tema de esquivarlo, pero como siempre tenía la puerta abierta…

Entreabrió la suya y sintió alivio al ver el pasillo despejado. Echó un vistazo y, sí, como de costumbre él tenía todo abierto de par en par, aunque no se le veía. La rubia se apresuró a desaparecer y bajó a la planta principal, donde cruzó la pasarela hasta llegar a su *bungalow*. Por suerte, Delilah aún no había terminado su turno y no le daría la paliza, así que fue directa a cambiarse de ropa, revisar que su pelo y maquillaje estuvieran bien, y dar un toque a Vaitiare para pedir un coche.

Quince minutos después, abandonaba su hotel para incorporarse a la HI-61S. No encontró mucho tráfico y llegó más o menos como había calculado. Honolulu era una de las zonas favoritas de los turistas y estaba más masificada; aun así, la playa Waikiki era larga y preciosa, y el hotel de diez, siempre salía entre los diez mejores de Hawái.

La chica dejó el coche en el aparcamiento del hotel y entró a la recepción, donde preguntó por Mariel.

—*Ae* —respondió la chica tras el mostrador—. La espera en el Bali Steak.

Denise le dio las gracias y fue hacia allí sin perder más tiempo. El Hilton

tenía varios restaurantes integrados, además de un asador que elaboraba comida hawaiana, de modo que buscó con atención hasta localizar el nombrado por la chica de la recepción. No tardó en encontrarlo, ni a Mariel sentada en la barra: fue como verse a sí misma, en unos veinte años.

Era una mujer madura y elegante, que vestía un impecable traje oscuro veraniego y que llevaba el cabello recogido con pulcritud en un moño. El maquillaje y los pendientes eran discretos, y clamaban a gritos su puesto.

—*Aloha*, querida —saludó, con una sonrisa—. Es un placer conocerte.

—*Aloha* —contestó Denise, y se sentó a su lado tras estrecharle la mano.

—Vamos, tenemos una mesa a nuestro nombre. —La señaló con la cabeza.

Se levantó y la rubia la siguió, sin dejar de examinar todo. Ya conocía el hotel, al final los que trabajaban en ese mundillo sabían los unos de los otros, y más con uno tan popular: su famosa piscina Paradise tenía mil quinientos metros y el tobogán más largo de Waikiki, además de vistas a la laguna Duke Kahanamoku. Bellos jardines, animales exóticos, *spa*… en fin, un auténtico paraíso con olor a caro.

Pidieron la comida y Mariel sonrió con amabilidad.

—Me alegra mucho que hayas venido. Quería escribirte la primera, porque estoy segura de que vas a recibir más ofertas.

—¿Y cómo te has enterado? —preguntó Denise—. Perdón, ¿puedo tutearte?

—Desde luego, sí. Bueno, ya sabes cómo es esto, los gerentes de los hoteles hablan y al final todo se sabe… y más una decisión de una cadena a nivel mundial. Pensé que mi oferta de trabajo te podría interesar.

—Claro que me interesa —afirmó Denise—. Aunque debo decir que las relaciones públicas no son mi especialidad. Organizar eventos sí, ya lo hacía en Los Ángeles, durante años.

—Estoy segura de que no habrá problema —contestó Mariel—. Creo que nuestro hotel te puede ofrecer buenas condiciones y un sueldo al nivel. ¿Tienes vivienda en Hawái?

—No. Hasta ahora vivía en los *bungalows* para el personal —contestó la rubia—. Supongo que tendré que buscar algo para alquilar.

—Eso no es problema, conozco a muchos agentes inmobiliarios que te buscarán un apartamento precioso con vistas a la playa.

Mariel abrió su bolso y sacó unos papeles doblados por la mitad, que le tendió a Denise.

—Es un contrato estándar ya adaptado a tu trabajo —explicó—. Ahí viene todo, sueldo incluido. ¿Por qué no lo revisas con calma cuando regreses a Lanikai y me llamas, digamos, dentro de un par de días?

Denise lo miró por encima, sin encontrar nada raro. El sueldo estaba muy

bien, de hecho, así que lo único que tendría que hacer era revisar la letra pequeña para evitar sorpresas, aunque pintaba de maravilla.

—¿Qué disponibilidad tienes?

—Me quedan quince días —contestó ella, y se quedó pensativa—. Claro que me deben días de vacaciones, así que podría estar libre antes, si es necesario.

—Estupendo.

La camarera apareció con unas bandejas que contenían diversos pescados y mariscos, y la directora le dio las gracias.

—Bien, ahora que ya tienes el contrato, podemos disfrutar de la comida y charlar con tranquilidad, si te parece… No pensemos más en mi oferta, de momento. Luego te enseñaré el hotel para que lo conozcas mejor.

Cuando Denise montó en el coche, unas tres horas después, se sentía exhausta y feliz al mismo tiempo. No había observado nada extraño en Mariel, que era una persona educada y cálida, y su oferta era bastante generosa. La releyó antes de arrancar el motor, porque una parte de ella esperaba encontrar alguna pega, pero no la había, excepto la distancia que existiría entre Brooke y ella si aceptaba el trabajo. Claro que ni siquiera sabía dónde iba a acabar su amiga…

Se pasó todo el trayecto de vuelta con cálculos e hipótesis, aunque en realidad, tampoco era necesario pensarlo tanto. Ella no tenía trabajo y acababan de ponerle uno en bandeja, de modo que…

—¿De dónde vienes? —preguntó Delilah, desde el sofá.

—¿Por qué no estás en la playa con tus amigos? —Denise respondió con otra pregunta, extrañada.

—Ya los veré mañana, quería esperarte para ver si estabas bien. Brooke me dijo que no sabía a dónde habías ido y yo qué sé, me preocupé, pero como no tengo móvil…

Denise se deshizo de los zapatos y el bolso para sentarse a su lado en el sofá.

—Entrevista de trabajo —informó.

—¿De verdad? ¿Dónde? ¿Algún hotel por aquí?

—No, el Hilton Hawaian Village Waikiki.

—¿En Honolulu? ¿Sabías que necesitaban a alguien?

—No, esa es la mejor parte, que me han llamado ellos a mí. Bueno, ella, que la directora es una mujer —explicó Denise—. Muy profesional y amable, por cierto. Necesita a alguien responsable de los eventos y relaciones públicas.

—Lo primero lo tienes dominado —asintió Delilah—. ¿Y qué vas a hacer?

—Aceptar, Delilah, ¿qué voy a hacer?

—Ya.

—Además creo que quiere que me incorpore lo antes posible, o sea que lo mismo me marcho de aquí antes del plazo.

Delilah puso cara de funeral.

—¿Qué pasa?

—Has dicho «me marcho», sin incluirme. ¿Eso significa que has pensado en lo que hablamos y tu decisión es enviarme de vuelta a casa?

La rubia estudió su expresión compungida. No mentiría al decir que Delilah suponía una carga para ella, que coartaba su libertad y que no era una situación que hubiera elegido por su propia voluntad, pero… tampoco quería dejarla en la estacada. Si de verdad en Los Ángeles no era feliz, Denise sabía que allí podía serlo. Ella era la prueba.

—A ver —dijo con cautela—, si te quedas…

—¿Sí? —Delilah se incorporó de golpe.

—Si te quedas, es con ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Lo primero, que papá y mamá estén de acuerdo; y lo segundo, que tienes que seguir tus estudios. —La joven arrugó el morro—. Si tanto quieres trabajar, pues lo harás en tu tiempo libre. Pero lo de los estudios no es negociable.

La muchacha quedó pensativa unos segundos, seguramente mientras calculaba las horas que tenía el día y si sería capaz de hacer todo.

—¡Está bien! —resopló.

—Y me ayudarás con los gastos —añadió Denise.

—Eso pensaba hacerlo, aunque si lo hago, tendré derecho a decidir qué cosas llegan a la nevera, ¿entendido? No podrás traer *poke* todos los días.

—Por eso tranquila —dijo Denise—. Mi idea es que te ocupes tú de ir al supermercado.

Delilah la miró, ceñuda, hasta que vio un amago de sonrisa burlona que indicaba que le tomaba el pelo. Después de tantos días triste y enfadada, aquello resultaba un alivio.

—¿Cómo me apañaré para ver a Kai? Tendré que sacarme el carné… Antes de que digas que no, prometo ser responsable… ¿llamamos ya a papá y mamá?

Denise se recostó en el sofá y cogió su bolso para sacar el móvil.

—Gracias por dejar que me quede contigo, Denise —murmuró Delilah.

—*He mea iki.*

—Eso significa «de nada», ¿verdad? —Denise pareció sorprendida y Delilah sonrió, orgullosa—. Kai me enseña expresiones. Dentro de poco lo hablaré mejor que tú.

Denise no lo dudó ni por un segundo.

Capítulo 19

El servicio de comidas llegaba al final. Como en los últimos días, Brooke y Patrick apenas se dirigían la palabra. El ambiente entre ellos era tenso, tan palpable para el resto del equipo que lo atribuían al hecho de que se acercara la fecha de escoger chef. Ninguno había escuchado realmente nada al respecto, pero era lo que suponían. Manny incluso vigilaba más la sartén y el cuchillo por los que solían pegarse, pero no habían tocado ninguna de las dos cosas esos días.

Lilo entregó el último postre al camarero y Patrick revisó los pedidos, por si acaso.

—Todo listo —confirmó—. Podemos empezar a recoger.

Según lo decía se abrió la puerta, y todos se giraron al momento, alertas, por si era algún camarero con un pedido nuevo. Sin embargo, fue Archie el que entró.

—Hola, chicos —saludó—. El servicio ha terminado, ¿verdad?

—Sí —confirmó Brooke.

—Bien, pues os quiero a ti y a Patrick en mi despacho en cuanto podáis. Os espero allí.

Salió sin decir nada más. Ellos se miraron, y Manny carraspeó poniéndose entre los dos.

—Suerte —dijo, estrechando la mano de uno y después del otro—. Sea quien sea el chef, los dos os lo merecéis.

El resto del equipo no tardó en imitarlo, y ni Brooke ni Patrick hicieron ningún comentario. Como habían pedido los traslados, seguro que Archie los llamaba para informarles sobre aquello, o porque ya tenía algún chef externo.

Después de los buenos deseos, todos se fueron menos Manny, que le tocaba limpiar con Patrick, y Brooke, que fue a completar la lista de la compra para el día siguiente. Cuando terminó, fue al vestuario a cambiarse y subió al despacho sin esperar a Patrick.

Se quedó esperando en el pasillo, donde Denise la encontró al dirigirse hacia su despacho.

—Vaya, hola —saludó—. ¿Qué haces por aquí? ¿Me buscabas?

—No, Archie nos ha llamado a Patrick y a mí al despacho.

Denise miró hacia la puerta con curiosidad.

—¿Él ya está dentro?

—No, subirá enseguida, está limpiando. ¿Sabes para qué nos ha llamado?

—No, no me ha comentado nada. Mejor dicho, no me ha enviado ningún correo, que es la única forma en que le permito comunicarse conmigo.

—¿Sigues igual?

—Para lo que me queda… —Se encogió de hombros—. Las conversaciones cara a cara no son necesarias, principalmente porque a lo mejor se la cruzo si se la veo. —Patrick llegó al pasillo—. Te dejo, luego hablamos.

El chico llegó a la altura de Brooke, aunque mantuvo un metro de distancia entre ambos.

—¿Entramos? —preguntó.

Ella afirmó y Patrick llamó a la puerta. Cuando la abrió, Archie se levantó de su asiento como siempre hacía.

—Hola, chicos, sentaos.

Brooke cogió una de las sillas, la alejó un poco de la otra y se sentó con los brazos cruzados. Patrick ocupó la otra, con gesto tenso.

El director pasó la mirada de uno a otro, veía que la expresión de «cortar la tensión con un cuchillo» era literal en aquel momento.

—Tengo noticias para vosotros —dijo.

Ninguno habló, solo acentuaron sus gestos mosqueados. Archie sacó un plano del hotel de entre los papeles.

—Estas son las nuevas reformas —explicó, y levantó una mano para que no hablaran—. Ningún comentario hasta que acabe, por favor. —Esperó, y ellos afirmaron—. Bien, esto de aquí va a ser un nuevo restaurante. —Señaló la zona —. De carta.

—¿El hotel va a tener dos restaurantes a la carta? —preguntó Patrick, por si no había entendido bien.

—Eso es.

—¿Cuándo se ha decidido eso? —preguntó Brooke.

—Tenía la idea rondando hace tiempo en la cabeza, pero no quería comentarla con vosotros mientras no tuviera la aprobación de arriba. Y ya la tengo, así como los permisos de obra, por lo que comenzaremos en unos días. —Dejó el plano a un lado—. Os lo quería haber contado cuando estuvisteis en mi despacho la última vez, cada uno por vuestra cuenta, solo que ninguno de los dos me dejó hablar.

Ambos tuvieron la decencia de parecer ligeramente avergonzados al

recordar que, en efecto, Archie intentó hablar sin demasiado éxito, cuando cada uno por su lado entregó la carta de traslado.

—Esto quiere decir que no hay un puesto de chef para cubrir, sino dos, que os ofrezco a ambos —continuó Archie—. Francamente, era complicado escoger entre vosotros desde el principio. Los dos sois muy buenos e hicisteis un trabajo estupendo en la boda… después de los primeros deslices, por llamarlos de alguna manera. Así que la idea surgió de forma natural y será algo bueno para el hotel, eso seguro. —Los miró alternativamente—. Si decidís aceptar, claro.

Esperó unos segundos, sin dejar de pasar la mirada de uno al otro. Los dos seguían con gesto enfadado, sin relajarse en absoluto, ¡y él que pensaba que les iba a dar una buena noticia! ¿Por qué no se alegraban?

—Bueno, como él ha decidido marcharse… —comenzó Brooke.

Al momento, Patrick giró la cabeza, atónito. ¿Qué?

—¿Perdona? —replicó—. ¡Eres tú la que se quiere ir!

—¿Me vas a negar que has pedido el traslado?

—¿Y tú? —contraatacó él, y miró a Archie—. ¿Se lo has dicho tú?

—No, no, a mí no me metáis —se apresuró a contestar él, levantando las manos—. Yo no he dicho nada a nadie.

—¿Me espías o qué? —espetó Brooke.

Patrick rebuscó en sus bolsillos, sacó el papel que llevaba días pasando de un pantalón a otro y se lo lanzó.

—Se te cayó en la despensa —contestó.

Brooke atrapó el papel mientras enrojecía, y no necesitó desdoblarlo para saber lo que era.

—¿Y tú a mí? —replicó él.

—Yo, ¿qué?

—¿Me espías?

—No. —Tragó saliva—. Lo vi en tu mesa cuando… mientras estabas en la ducha, ese día. —Miró a Archie—. ¿Sabes algo de las solicitudes, también? ¿Por eso nos has llamado?

—Eh… no exactamente. —Carraspeó y revolvió los papeles que tenía sobre la mesa—. En realidad, las tengo aquí, aún no las he presentado.

—¿Cuánto plazo queda? —preguntó Brooke.

—De sobra, aunque os recuerdo que la noticia que os he dado es otra.

—Pues sí que tienes prisa, ¿temes quedarte sin destino? —dijo Patrick, mirando a la chica.

—¿Temes que te quite tu favorito o qué? —replicó ella.

—Chicos… —intentó Archie.

—Espera, espera —intervino Brooke, moviendo la cabeza—. ¿Por qué no las has presentado?

Archie miró al techo, suspirando.

—Os lo acabo de decir, por los restaurantes. Quería ofreceros los puestos, de haber tenido el destino aprobado, no podríais quedaros. Así que decidí esperar a ver si podía hacer los dos restaurantes. Si de todos modos os queréis ir, pues pasaré las solicitudes y buscaré a otros para cubrir el puesto.

—Por lo que parece, ella tiene muchas ganas de salir corriendo —replicó Patrick.

—Habla por ti.

—¿Yo? —Se giró hacia ella—. ¡Fuiste tú la que terminó lo nuestro!

—¡Porque vi tu petición de traslado!

Se levantó, fastidiada, y Patrick hizo lo mismo para enfrentarla. Archie, que se sentía como en un partido de tenis, carraspeó, sin que ninguno se diera cuenta.

—Tú también habías presentado la tuya —masculló Patrick—. ¿Por qué me acusas de algo que tú misma has hecho?

—Porque tú… porque yo… —Sacudió la cabeza—. ¡Porque tú solo querías perderme de vista, por eso!

—¿Qué? ¿Qué te hizo pensar eso?

—¿En serio? Patrick, repito: ¡pediste el traslado!

—¡Y tú también! ¿No serías tú la que quería perderme de vista?

—Eh… chicos… —volvió a intentar Archie, acercándose—. Creo que…

—¡Esto es una conversación de besugos! —suspiró Brooke, alzando los brazos para dejarlos caer—. Tú querías el puñetero puesto, ¡pues cógelo!

—Y tú también, joder. ¡Por eso pedí el traslado, para que lo tuvieras! Le dije a Archie que te lo diera, lo único que quería era que fueras feliz, ¿es tan difícil de entender?

Se pasó la mano por el pelo, mientras Brooke lo observaba boquiabierta. Tragó saliva, parpadeando mientras asimilaba aquellas palabras.

—Tú… —consiguió decir—. Tú… ¿quieres que yo sea feliz?

—¿No es obvio?

—No, no lo es.

—Bueno, yo si eso ya… —murmuró Archie, avanzando por el despacho.

—Brooke, sé que para ti… —Cogió aire—. Solo fue sexo, pero para mí no, y no podía… joder, no podía ser tu jefe si eso significaba quitarte el puesto. Y si lo conseguías tú, no habrías querido seguir con lo nuestro, así que pensé que lo mejor era irme.

—Patrick…

—Y tenía razón, porque no te costó nada romper conmigo.

—Lo hice porque pensaba que querías perderme de vista, de verdad. —Se acercó, compungida. Él la miraba con tanta tristeza que solo quería abrazarlo —. Patrick, lo siento.

—Al pedir el traslado… no necesito muchas más señales de que quieres que cada uno vayamos por nuestro lado.

—No, no es eso, de verdad.

—Me voy y ya me contaréis… —comentó Archie, ya en la puerta.

—No tienes que sentirlo —suspiró Patrick—. La gente se enamora todos los días sin ser correspondida, no voy a ser el primero, ni el último y… —Brooke le cogió las manos, y la miró—. Brooke…

—Cállate.

—¿Qué?

—Y bésame.

Patrick se quedó quieto, sorprendido, y al mirarla se dio cuenta de que sus ojos se habían humedecido. La puerta del despacho se abrió y se cerró, aunque ninguno escuchó el sonido.

—Pedí el traslado por lo mismo que tú —murmuró ella.

Patrick le acarició las mejillas con los pulgares, se inclinó y la besó con suavidad, casi como si temiera que fuera a desaparecer. Se separó para mirarla, y los dos sonrieron.

—Vaya par de tontos —bromeó ella.

—Creo que debemos trabajar en la comunicación a partir de ahora. —Le pasó el pulgar por el labio inferior—. Me pido la sartén para mi nuevo restaurante.

—Oh, eso lo veremos —replicó Brooke con una risita—. Tendrás que ganártela, yo la quiero para el mío.

Mientras lo decía, le metió las manos por debajo de la camiseta, y Patrick bajó las suyas para cubrir su trasero y besarla, pegando su cuerpo al de ella. Brooke remoloneó un poco, dándose cuenta entonces de dónde estaban y de que Archie había desaparecido. Entonces notó la lengua de Patrick lamiendo el lóbulo de la oreja, y le desabrochó el pantalón, sin tener en cuenta los pensamientos racionales. ¿Que estaban en el despacho del director? Bueno, ¡qué más daba! Notó que su espalda se daba contra la mesa y, sin perder un segundo, el chico la levantó por las caderas y tiró de sus pantalones para bajárselos con rapidez. Solo se entretuvo en quitarle un zapato, mientras los pantalones quedaban enganchados en el otro, y colocó las piernas alrededor de su cintura con rapidez.

—Te he echado de menos… —murmuró, contra sus labios.

Brooke lo cogió por la nuca para besarlo, sin discutir aquello. Aunque solo habían sido unos días, ella también se había sentido igual. Más de lo que había querido admitir, pero ya se lo diría después; solo de recordar lo que acababa de confesarle se estremecía, y gimió abrazándolo para que la penetrara.

Dios, sí, cómo le había extrañado… y qué tonta había sido. Bueno, los dos, porque de haber hablado habrían evitado muchos malentendidos.

Se sujetó con una mano a la mesa para moverse contra él, con las piernas bien enlazadas en su cintura, y al hacerlo tiró unos cuantos papeles que había. Seguro que los traslados de marras estaban por allí, y le dio igual.

Con cada empujón de Patrick, que cada vez eran más fuertes y rápidos, algo caía de la mesa, y con él último, escucharon rodar un bote de bolígrafos, que ambos lo ignoraron.

Con la respiración entrecortada, Patrick la besó de forma lenta y perezosa por toda la cara, recorriendo toda la línea de sus labios.

—¿Me he ganado la sartén? —bromeó.

Brooke fingió pensárselo y lo besó, negando con la cabeza.

—No, es mía.

—Podemos seguir discutiéndolo, ¿qué te parece en mi *bungalow*?

—Buena idea.

Le dio otro beso y Patrick la sujetó para que bajara sin tropezar. Con la ropa enredada en el zapato y el otro perdido entre las sillas, tardó un poco en conseguir colocárselo todo, y salieron cogidos de la mano a toda prisa para ir corriendo a la zona de *bungalows*, sin mirar con quién se cruzaban por el camino.

Y así fue cómo Archie los vio pasar desde el puente que unía la zona de piscina, donde comprobaba con el socorrista las nuevas hamacas.

¿Le habrían dejado alguna nota? Porque contentos parecían, pero al menos podrían confirmarle si querían los puestos o no… Decidió no ir tras ellos, que bastante lo habían ignorado en el despacho, y tras terminar la revisión, regresó al edificio principal. Vio que Denise iba hacia su oficina, así que se apresuró a seguirla a ver si conseguía hablar con ella.

Claro que aquellos tacones que llevaba la chica eran muy engañosos, porque en lugar de hacer que fueran más despacio, parecían acelerarla.

Casi sin aliento, llegó al pasillo justo para verla cerrar la puerta. Decidido, porque la chica se marchaba al día siguiente, llamó a la puerta de forma enérgica.

—¿Denise? ¿Puedo hablar contigo un segundo? —preguntó.

—Mándame un correo —le llegó la respuesta desde dentro.

—No pienso moverme de aquí hasta que abras.

Esperó, cruzándose de brazos, y al cabo de unos segundos la rubia abrió, con cara de pocos amigos.

—Estoy recogiendo mis cosas —informó—. Sea lo que sea que necesites, pásame un correo y se lo reenviaré a mi sucesor. —Se tocó la frente, como si hubiera tenido una idea—. Anda, si eres tú. Reenvíatelo a ti mismo.

Le guiñó un ojo que no contenía ninguna simpatía ni flirteo, y él suspiró.

—Si me dejaras explicarte… —empezó.

—¿El qué? —Regresó a la mesa, donde tenía una caja de cartón con sus cosas personales—. ¿Hay alguna información nueva que desconozca?

—No, solo que…

—Entonces está todo claro. Cuando viniste y nos conocimos, ya sabías que ibas a despedirme. Y bien que me interrogaste, porque he pensado mucho en eso, ¿sabes?

—Denise.

—Sí, como el día que fuimos de excursión. Qué bien te informaste de lo que hacía y dejaba de hacer, y yo contestando todo. —Miró un flamenco, recuerdo de la boda, y lo lanzó a la papelera en lugar de a la caja. Se apoyó en ella, encogiéndose de hombros—. No veo qué me quieres explicar.

—No pensaba que…

—Sí, eso lo tengo claro, lo de que no piensas mucho. A tus neuronas no les llegaba sangre, estaba toda en otra parte, ¿verdad?

Él resopló, fastidiado. Menudo día, ¿acaso nadie iba a dejarle hablar? No conseguía terminar una puñetera frase.

—Eso es un golpe bajo —murmuró.

Denise miró su entrepierna, y luego a él.

—No me des ideas.

—Denise, solo quiero… ¿no puedo compensarte? Tengo una carta de recomendación preparada, puedo dártela y…

Denise, que había cogido la caja, la dejó de golpe sobre la mesa, furibunda.

—¿En serio? —le espetó—. ¿Una puñetera carta de recomendación? ¡Si ya tengo trabajo!

—Lo sé, bueno, pero… nunca está de más…

—¿Eso me ofreces? ¿Esa es tu forma de compensarme por mentirme? ¿Una puta carta?

Ay, Dios, si las miradas mataran, Archie ya se imaginaba aplastado como una cucaracha.

—¿Y qué más? ¿Una taza de recuerdo del hotel? ¿Tienes preparado algún diploma de «que te vaya bien, gracias por tus servicios»?

—No, yo…

Retrocedió, al ver que ella se acercaba con gesto amenazador.

—Mira, ¿sabes lo que te digo? ¡Que te jodan!

Regresó junto a la caja y empezó a tirar cosas por el despacho.

—No quiero nada de esto, como si te lo comes con patatas. —Bolígrafos, calendarios, cuadernos… empezaron a volar—. Me llevo esto.

Cogió una foto enmarcada de su familia y empujó la caja, que cayó al suelo.

—¿Sabes dónde te puedes meter la carta de recomendación?

—No hace falta que me lo digas, me lo imagino.

—No, mira, casi mejor que te la comas. A cachitos, muy pequeños, y que te revuelva el estómago, porque la conciencia, como no tienes, ¡se quedará tan tranquila!

Archie chocó con la pared al retroceder de nuevo. La cara de la chica echaba chispas, y no se fiaba de que no le estampara el marco de fotos en la cabeza.

—Iba a quedarme hasta mañana, pero creo que paso. Ahí te las apañes, señor director. ¡Hasta nunca!

Pegó un portazo al salir, que hizo retumbar los cristales, y Archie escuchó un golpe en su despacho, como si algo hubiera caído. Hizo ademán de seguirla, pero Denise se giró con una mirada que lo dejó en el sitio, y se quedó donde estaba. Pensaba que con los días se había tranquilizado, pero, sin embargo, había ido a peor.

Solo le quedaba la esperanza de que, desde la distancia, la chica lo viera de otra forma. Dejaría pasar unos días y volvería a intentar hablar con ella. Seguro que en terreno neutral sería más fácil, iría a buscarla donde viviera o a su nuevo trabajo… que no sabía dónde estaba su nuevo apartamento, aunque ya lo averiguaría.

Entró en su despacho con gesto derrotado y se quedó paralizado al ver la mesa. Todo estaba revuelto, había papeles y objetos por todas partes… y su preciado, adorado y perfecto portátil, caído en el suelo. Aquello era lo que había oído.

Durante un segundo pensó que la chica se había vengado bien, hasta que se dio cuenta de que ella no entrado allí: había llegado a la vez que él. Así que solo quedaban Patrick y Brooke. Al momento, cerró la puerta y llamó al servicio de limpieza, nada dispuesto a acercarse a aquella mesa si no la desinfectaban antes.

—Joder —murmuró Brooke, apoyada en la barandilla de la terraza desde donde recibía una vista privilegiada de la playa Waikiki—. ¡Menudo piso!

Denise se acercó a ella y observó el paisaje.

—Una pasada, ¿eh? Pues todo gracias a mi nueva jefa —contestó—. Me mandó directa a una agente inmobiliaria de la zona y ella me consiguió este sitio. Solo tiene dos habitaciones, aunque para nosotras es suficiente.

—¿Y tendrás opción a comprarlo, si quieres?

—Creo que sí. Por ahora no me preocupa, antes quiero asentarme en mi nuevo puesto. Cuando lleve un año, me pensaré si comprar.

—¿Dónde va esto, Denise?

La voz de Patrick les llegó desde alguna parte del interior del piso, así que ambas abandonaron la espaciosa terraza y regresaron al comedor, donde Patrick permanecía en pie con una caja de cartón entre las manos.

—Eso es ropa, al dormitorio —le indicó la rubia con un gesto de cabeza.

—Tienes mucho morro, te has quedado con el grande que tiene baño —refunfuñó Delilah, que metía bultos en otro cuarto.

—Es lo justo, soy la mayor y la que paga todo.

—Voy a necesitar un escritorio si tengo que volver a estudiar, te recuerdo —insistió la pequeña, obstinada.

—Hay sitio de sobra en tu cuarto —contestó Denise, inflexible.

Delilah soltó un resoplido exasperado y se metió en su nueva habitación, para acto seguido poner la música un poco más alta de lo deseable.

Brooke se sentó en el sofá nuevo de su amiga, sin dejar de recorrer aquel lugar. Debía de ser una maravilla tener un piso así, soleado, espacioso, nuevo… y tuyo. Ella siempre se había sentido a gusto en el *bungalow*, solo que, al contemplar la nueva vivienda de Denise, no podía evitar pensar en tener algo parecido para ella y Patrick.

Bueno, era pronto para sacar el tema, tan solo hacía un par de semanas que estaban juntos de manera oficial. Debía ser paciente y hacer como Denise respecto a la compra de piso: esperar a ver cómo se asentaba su relación antes de dar pasos más serios.

—¿Cómo lo tomaron tus padres? —preguntó—. Lo de Delilah.

—¿Tienes cerveza en la nevera? —quiso saber Patrick.

—Claro, coge la que quieras. —La rubia le guiñó un ojo—. Con lo que me has ayudado en la mudanza, no puedo decirte que no. No sé qué habríamos hecho sin esos bíceps.

Patrick le sonrió y fue a la cocina para coger tres botellines de cerveza, a los que quitó el tapón antes de regresar al salón. Las dejó sobre los posavasos de la mesa de comedor y se sentó junto a Brooke en el sofá.

—Al principio se quedaron en *shock* —relató Denise—. Ellos contaban con que Delilah quisiera regresar a casa, así que les dije que aquí se portaba bastante bien y dijeron que podía quedarse un año de prueba.

—¡No volveré! —la oyeron decir, desde el interior de su cuarto—. ¡Aquí estoy muy feliz!

Denise se encogió de hombros y miró a su amiga.

—Así es Hawái, ¿no? O te enamoras o te enamoras.

—Eso parece —asintió la morena, mientras daba un sorbo a su botella.

—Y en el hotel nuevo, ¿qué tal? —preguntó Patrick.

—La verdad que muy bien. Mariel es muy razonable y justa… además, me gusta que tenga a muchas mujeres en puestos de jefatura. El ambiente es muy distinto del Lanikai, la verdad; allí era todo familiar y aquí es más profesional, pero estoy contenta. ¿Qué tal os van las cosas por allá?

Brooke suspiró.

—Estamos felices por los dos restaurantes, la verdad. Ya hemos decidido que yo me quedaré en el de siempre y Patrick irá al de «solo adultos».

—¿Y eso?

—Tengo menos paciencia con las familias numerosas —dijo él, con una carcajada—. Aunque por ahora seguimos juntos, que el otro está de obras. No sé lo que tardará, me dedico a crear la carta mientras tanto.

—Bah, dudo que tengas ningún problema, siempre y cuando no os saboteéis el uno al otro.

Ambos se miraron, divertidos.

—¿Qué tal es la comida del Hilton? Porque he oído que tiene varios restaurantes, ¿no?

—Tiene de todo, si os apetece luego os lo enseño. Y si queréis comer allí lo mismo, llamo y reservo donde queráis. Aprovechaos de vuestra amiga, para eso estoy, para conseguiros mesa en un buen sitio.

—¿No echas de menos el Lanikai? ¿Ni siquiera un poquito? —quiso saber Brooke.

—Os echo de menos, eso sí.

—No a todos, ¿no? —Patrick le guiñó un ojo.

Denise recibió la broma regular. Sabía que él pretendía aligerar el ambiente, lo que pasaba era que el tema aún le dolía como para tomárselo a risa. Y que Archie hubiera intentado hablar con ella un par de veces más no ayudaba: ella lo que quería era olvidarse de él lo antes posible. Incluso había aceptado una cita con un camarero del *Bali steak* para ver si se distraía.

Un fracaso, por otro lado, pero eso no pensaba comentarlo. Y es que cuando estaba sola pensaba en él, y una especie de niebla se ponía por delante del enfado. Las proporciones habían cambiado, y ahora el cabreo ocupaba un treinta por ciento, y echarlo de menos el resto. Lo cual era un asco, porque no podía llamarlo y tenía miedo de escuchar sus disculpas. Por mucho que le

quisiera, la había engañado.

—¿Qué tal está? —preguntó.

Brooke y Patrick se miraron. Era la primera vez en más de un mes que Denise no utilizaba exabruptos para referirse a Archie.

—Bien —dijo Patrick con cautela.

Denise murmuró algo que ninguno atinó a descifrar, y asintió.

—En fin, si quieres hablar con él, yo podría… —empezó Patrick.

—No quiero hablar con él.

Brooke le apretó el hombro al ver que se había puesto tensa.

—A ver, es normal que lo eches de menos a pesar del enfado —dijo, con el mismo tono de voz con que le hablaría a un niño pequeño—. Es lo que pasa cuando se rompe una relación.

—Nosotros no teníamos una relación —corrigió la rubia.

—Yo diría que sí —comentó Patrick—. Y creo que Archie también se lo tomaba así.

—Nunca llegamos a hablar sobre ello —replicó Denise.

—Nosotros tampoco. —Brooke apretó la mano de Patrick—. Y aquí estamos, enamorados.

Denise negaba con la cabeza, como si su ejemplo no sirviera. Con sinceridad, a ella no le valía porque la historia de Brooke y Patrick estaba sembrada de malentendidos y falta de comunicación; su caso lo veía distinto por completo.

—¿No podrías darle otra oportunidad? —preguntó Patrick.

Brooke le dio un pellizco suave en el muslo y él pegó un bote. Vale, quizá era demasiado directo, pero después de dos semanas estaba convencido de que podían arreglarlo. Archie continuaba con cara de funeral, y no había más que ver a Denise para saber que ella también lo pasaba mal.

Denise tardó en responder.

—Me mintió —dijo, como si tratara de convencerse a sí misma.

—Joder, Denise… sí, lo hizo, pero piensa que no debía ser nada sencillo comunicar algo así —comentó Patrick.

—Tú misma me dijiste que habíais conectado desde el principio —añadió Brooke.

—¿Ahora os ponéis de su lado? —preguntó la rubia, a la defensiva.

—No es eso —dijo el chico en tono sereno—. Solo digo que seguro que tampoco fue sencillo para él. Las mujeres tenéis más facilidad para hablar de todo, nosotros somos distintos.

Patrick se incorporó.

—Bien, ya he hablado suficiente —dijo—. Bajaré al *jeep* a por las cajas que

faltan y después salimos a comer, ¿os parece bien?

Brooke asintió con una sonrisa, y Patrick salió dispuesto a continuar la mudanza.

—No te enfades con él —le dijo la morena a Denise—. Es que ahora lo ve todo luminoso, ya sabes… Venga, vamos a sacar la ropa de las cajas y a meterla en los armarios. Aprovéchate de tus amigos, que para esto están, para ayudar en movidas como las mudanzas.

Le dio un trago a la cerveza con una sonrisa y también se levantó. Denise la siguió sin dejar de dar vueltas a la cabeza. Notaba que sus fuerzas flaqueaban y eso no decía nada en su favor, porque siempre que pensaba en ello, sacaba una conclusión distinta.

Por un lado, uno no mentía a quien quería. Por otro, si no tuviera ningún sentimiento, no insistiría en hablar con ella, ¿no?

Tenía tantas emociones revueltas que no sabía a cuál hacer caso, y a veces terminaba con dolor de cabeza de tanto pensarlo.

—Tú piensas que Patrick tiene razón, ¿no? —preguntó.

Se apoyó en la puerta de su nuevo dormitorio, donde Brooke tenía el armario abierto de par en par con las perchas vacías encima de la cama. Dejó la caja con vestidos que acababa de abrir y ladeó la cabeza.

—Yo solo quiero que estés bien —contestó.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Bueno, comprendo tu enfado, si es lo que quieres saber. —La morena se sentó en la cama y empezó a plegar camisetas—. Sé que Patrick ve más allá… En fin, nadie mejor que él comprende lo que es un error de comunicación.

—Y que es su amigo —añadió Denise.

—No sé, supongo que lo ve como un error perdonable. —Le pasó el montón de ropa para que lo metiera en el armario.

Durante unos minutos, las dos siguieron con la tarea sin decir nada más. Al final, Brooke se cansó del silencio de su amiga y le frotó el brazo.

—¿Por qué no quedas otra vez con el tipo del otro día? —aventuró, y al ver la mueca en su cara decidió recular—. Vale, vale, no he dicho nada.

Denise abrió la boca para decir algo y, justo en ese instante, Delilah apareció en la puerta del cuarto, cruzada de brazos.

—¿Es que aquí no se come o qué? ¡Me muero de hambre!

—Tienes razón. —La rubia se levantó de la cama—. Vamos, que llegaremos tarde y la mesa está reservada.

Brooke se levantó para ir detrás, intrigada por lo que su amiga pensaba decir. Pensó que después podría volver a hablar con ella, pero tras una excelente comida en el hotel, Denise les enseñó el mismo entero y después

fueron a tomarse algo a uno de los muchos sitios que había en la línea de la playa Waikiki. Tras eso, Brooke y Patrick debían volver a su hotel para el turno de cenas, de forma que se despidieron de las dos con un abrazo, y Brooke no pudo volver a sacar el tema.

Capítulo 20

—Las cifras son excelentes y las previsiones de cara a la temporada alta no pueden ser mejores —decía Malcolm—. Buen trabajo, Archie.

Él se limitó a mover un poco la cabeza sin decir nada, con cuidado de no salirse del ángulo de la cámara de su nuevo portátil. Ya sabía de sobra que los números eran estupendos y que todo iba como la seda, y era gracias a la ayuda inestimable de Denise, que había puesto todo en marcha. Como daba igual que lo recordara, porque llevaba fuera unas semanas y su puesto ya no existía, no perdió el tiempo en decirlo.

Joder, cómo la echaba de menos. No solo a nivel personal, que ya era lo suficientemente duro, sino también a nivel profesional. Quien fuera que hubiera tomado aquella decisión, se había cargado a una excelente empleada. Y seguro que en otros hoteles sucedía lo mismo, pero así eran las multinacionales: injustas en ocasiones cuando solo se fijaban en las cifras globales y no en las personas que había detrás.

—Y tenemos noticias sobre lo otro —añadió Andrew, que lo miraba fijamente.

Archie elevó una ceja, porque no sabía a qué se refería. Echó un ojo a la agenda de la reunión, y comprobó que todos los puntos estaban tratados.

—¿Lo otro? —preguntó.

—Lo del puesto de director —aclaró Andrew.

—Ah, eso. —Carraspeó—. Ya.

—Sí, hemos recibido el visto bueno desde arriba —dijo Malcolm—. Si lo quieres, es tuyo.

Los dos se quedaron mirándolo, como si esperaran alguna explosión de entusiasmo, una emoción que Archie estaba lejos de sentir. Volvía a pensar en la subdirectora, no podía evitarlo, y el problema principal era que no sabía nada de Denise desde que se marchó, ni siquiera tenía la menor idea de dónde vivía. En un alarde de optimismo, había ido a los dos pisos que visitara con ella, pero nada, ni rastro.

Y al Hilton no podía llamar, claro. Probablemente sabrían dónde vivía, pero era un dato confidencial que lógicamente no iban a darle. Mariel había tenido

la amabilidad de llamar para informarle de su nueva adquisición, la había conocido en la fiesta de reinauguración del Lanikai, al igual que otros directores, y no era raro hablar entre ellos de empleados que se movían de un lado a otro. Archie prefirió no explicar de dónde había salido esa oferta: él había enviado la información a prácticamente todos los hoteles de la isla, a ver si alguno tenía un puesto libre acorde para ella, y por suerte había funcionado. Seguro que algún otro la había llamado también, pero desde luego que el Hilton era muy buen hotel.

—¿Te enviamos el cambio de contrato con las nuevas condiciones, Archie? —preguntó Malcolm, al ver que no decía nada.

El chico se frotó la frente, sin saber muy bien qué contestar a eso. Quería quedarse… solo que con Denise fuera de la ecuación, no se sentía tan a gusto allí. Tarde o temprano se encontrarían en algún evento, en algún mercado o lo que fuera, la isla era pequeña. Y al final, si seguían así, sin hablarse y con ella odiándole por haberle mentido, sus trabajos podían verse afectados.

—Os digo algo en unos días —contestó.

Intentaría encontrarla y hablar con ella antes de dar un «sí» definitivo.

—No tardes —lo avisó Andrew—. Tenemos otro hotel necesitado de cambios, y si no vas a ir tú, hay que buscar a alguien que te sustituya.

—Lo sé, lo sé.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —insistió Malcolm.

—Una semana.

De nuevo, era un alarde de optimismo, porque si en un mes no había averiguado nada, ¿qué le hacía pensar que en siete días lo lograría?

—Bien, una semana entonces —repitió Andrew—. Hablamos en la próxima reunión sobre este tema, lo anotaremos en la agenda.

—Genial.

Pulsó el botón de colgar sin despedirse y se reclinó en la silla, pensativo. La isla no era tan grande, pero sí lo suficiente como para que fuera complicado encontrar algo. No era como si pudiera ir de piso en piso buscando, en plan acosador.

Delilah aun trabajaba en el restaurante y, aunque la veía de vez en cuando, no había querido molestarla. Quizá podría hacer un intento, así que comprobó la hora en el reloj. Faltaban quince minutos para que comenzara el servicio, por lo que la chica estaría preparando las mesas para la comida.

Bajó al comedor y, efectivamente, allí estaba ella con su uniforme. Acarreaba una bandeja con cubiertos, que colocaba con cuidado sobre los manteles blancos impolutos.

—Hola, Delilah —la saludó.

Ella lo miró, aunque sin llegar a sonreír.

—Hola.

—¿Ocupada?

La chica miró la bandeja, la mesa y después a él, con una expresión irónica que le recordó a Denise.

—Un poco —contestó.

—Sí, ya veo, ya. —Carraspeó—. No te molestaré mucho… ¿qué tal todo?

—Bien.

—¿Y en el nuevo piso? ¿Echas de menos el *bungalow*?

Delilah terminó una mesa y pasó a la siguiente.

—No mucho —contestó.

Vaya, no parecía tener muchas ganas de hablar…

—¿Sigues yendo a la playa? —volvió a intentar.

Delilah apoyó la bandeja y lo miró. Como decía Denise, tenía cara de buena, aunque con aquella chispa en los ojos… casi le dio miedo.

—Sí, voy a la playa —contestó—. Pero si lo que quieres es saber si me pilla igual de cerca que antes, mala suerte.

—Esto…

—De verdad, qué poca vergüenza tienes. Intentar sacar información de una menor, ¿te parece normal?

—Solo estaba…

—Denise está muy cabreada contigo, y con razón. Tanto follar por el hotel y luego resulta que la tenías engañada.

Él parpadeó, sin saber qué contestar. ¿Le había contado Denise todo?

—Mira, lo que sí echo de menos son las vistas a la piscina. —De nuevo, Archie no supo qué decir ante aquello, y ella se cruzó de brazos—. No me mires así, que Denise no me ha contado nada o casi nada, pero, vamos, que tengo ojos. Lo que no sé es cómo no se enteró el resto del personal, porque en fin… os faltó tiraros uno encima del otro en algún pasillo. —Alzó la mano, al ver que Archie abría la boca—. No, no me cuentes nada, que prefiero no saberlo. Entre vosotros y los otros dos, he tenido mejor entretenimiento que con las telenovelas.

Archie no necesitó preguntarle a quiénes se refería. Pues vaya con la discreción… la que no salía de su habitación se enteraba de todo.

—Si me dejas explicarte… —intentó.

—A mí no, eso sería a Denise, solo que ella no quiere saber nada. —Se encogió de hombros—. Así que lo siento, mis labios están sellados.

Volvió a coger la bandeja y continuó con su tarea sin mirarlo, por lo que Archie decidió dejar de insistir. Por ahí no iba a conseguir nada, así que miró hacia la puerta que daba a las cocinas. No había querido molestar a Patrick con aquello, por si interfería en su recién estrenada relación con todas las letras. Brooke era amiga de Denise, y ya se sabía que, entre chicas, se protegían. Si Patrick se metía, a saber qué podía pasar. Y aunque habían salido un par de veces los dos solos a hacer actividades y tomar algo, Archie prefirió no sacar el tema.

Sin embargo, estaba desesperado por completo, así que… no le quedaba otra. Entró en la cocina y miró a todas partes.

—¿Buscas a los jefes? —preguntó Lilo.

—Están en la despensa —informó Manny.

Archie miró hacia el pasillo que llevaba a ella, aunque no llegó a acercarse, por si acaso.

—Voy a avisarlos —dijo Lilo.

—No, tranquila, espero aquí si eso…

Entonces, escucharon el ruido de una puerta, unas risas y la pareja apareció poco después, cada uno con varios alimentos en los brazos.

—Ah, Archie, hola —saludó Patrick.

—¿Tienes un minuto?

—Claro.

El chico lo siguió extrañado al pasillo, donde Archie se pasó las manos por el pelo, en un gesto nervioso.

—¿Tú sabes dónde vive?

Patrick no necesitó preguntar por quién preguntaba. Afirmó con la cabeza, con gesto comprensivo.

—Sí, las ayudé con la mudanza. —El director lo miró, esperanzado—. Intenté interceder por ti, pero no sé si Denise está muy por la labor.

—Ya.

—No puedo decirte dónde vive sin preguntarle a Brooke qué le parece, lo siento.

Archie sacudió la cabeza. No le sorprendía la respuesta, la verdad.

—Habéis pasado de no comunicaros a contaros todo —refunfuñó, a su pesar.

—Algo así. Habla con ella, porque también te digo que creo que no está tan en contra de ti como parece… —Titubeó—. Es decir, apoya a Denise, claro, pero cuando hemos hablado, también te entiende a ti.

—Vale, pues voy a hablar con ella.

Ya no perdía nada, así que regresaron a la cocina y le hizo un gesto a Brooke, que salió tras él tras intercambiar una mirada de curiosidad con

Patrick, que solo le puso cara inocente.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella, cuando estuvieron solos.

Le extrañaba que no los llamara al despacho si fuera así, pero quizá había ocurrido alguna emergencia.

—No, tranquila, no es nada vuestro, todo va bien. —Tragó saliva—. Es mío… Yo, necesito algo. Un favor.

—¿Un favor?

—Denise no contesta mis correos y tiene mi número bloqueado.

—Cierto. —Al momento, se cruzó de brazos igual que había hecho Delilah y lo miró, seria—. Es que está cabreada.

—Lo sé. Solo quiero la oportunidad de explicarme, de pedirle perdón…

—No sé si querrá escucharte. Puedo decírselo, pero no te garantizo nada.

—¿No me darías su dirección? —La miró, suplicante—. Ella no va a venir a mí, así que necesito ir yo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Arrastrarte de rodillas?

—Si es necesario…

Brooke sacudió la cabeza. Por un lado, entendía a Denise. Vaya si la entendía, ella también estaría cabreada en su lugar, mucho. Pero también veía que la situación de Archie no había sido fácil desde el principio, y encima ahí estaba, mirándola con aquellos ojitos de cachorrito perdido que…

Suspiró, fastidiada, y sacó su móvil.

—¡Está bien! —cedió—. Pero quita esa cara y no le digas que he sido yo, ¿vale?

Tecleó y Archie escuchó que le llegaba un mensaje a su móvil.

—Ni mu —repitió ella—, porque como se cabree conmigo, te crujo.

—Vale. —La abrazó—. ¡Muchas gracias!

—Sí, lo que tú digas. —Lo apartó, reprimiendo una sonrisa—. Guárdate las muestras de afecto para ella, que te harán falta muchas. —Le dio unas palmaditas en la mejilla—. Suerte, porque la vas a necesitar.

Se alejó para regresar a la cocina mientras Archie miraba la dirección en el mensaje. Entonces, también le calaron las palabras de Brooke y se dio cuenta de que no tenía ningún gran plan.

Si se presentaba allí sin más, Denise podía simplemente no abrirle la puerta y dejarlo en la calle horas. O llamaría a la seguridad del edificio, si había, que la conocía y era capaz.

No, tenía que pensar un plan, algo para conseguir su atención y que lo escuchara. Así que la emoción inicial dejó paso a la preocupación.

¿Qué iba a hacer?

Denise se había levantado tarde, algo raro en ella, pero en su nuevo trabajo el estrés ya no formaba parte de su vida como en el Lanikai. En el Hilton, las horas de trabajo de su puesto estaban bastante controladas y sus días libres, como aquel, eran sagrados. Probablemente no le ocurría lo mismo al subdirector; ella, como gestora de eventos y relaciones públicas, no era tan multitarea como antes. A veces echaba de menos el continuo trajín, luego se tumbaba en el balcón de su piso alquilado o bajaba a la piscina y el hecho de no estar pendiente del móvil y lograr relajarse de verdad le hacía desechar aquella añoranza enseguida.

La que le costaba más olvidar era la referente a Archie. Porque no se engañaba, aunque lo había intentado, y mucho, echaba de menos sus encuentros por todo el hotel, romper cosas por accidente, la forma en que la miraba, cómo se paseaba por el despacho cuando hablaba por teléfono… En el Hilton ella tenía uno —otra ventaja con relación a sus meses anteriores en el Lanikai—, pequeño y situado junto a la recepción, así que sus vistas eran a los jardines si miraba por la ventana, y a los clientes, si dejaba la puerta abierta. Y ninguna de las dos cosas le provocaba ninguna emoción.

Con un suspiro de fastidio por ver el rumbo que tomaban sus pensamientos, fue a la cocina a prepararse un zumo de naranja y un bol de cereales para desayunar mientras se tumbaba en el balcón. Tenía unas vistas estupendas a la playa y al mar; cuando madrugaba podía ver los amaneceres desde ahí, y se había convertido en su rincón favorito.

Solo que, cuando se asomó al balcón, por primera vez desde que vivía en Hawái, vio nubes en el cielo. No nubes blancas y algodonosas de las que aparecían de vez en cuando y, de igual forma, se iban. No, aquellas eran más bien en tonos grises y cubrían parcialmente el sol, que apenas brillaba.

Mosqueada, decidió pasar su momento de relajación al salón, y entonces llamaron al timbre del portal.

Dejó el zumo y el bol y fue a abrir, preguntándose quién sería, porque no esperaba a nadie. Probablemente, publicidad o alguien que iba a otro piso y se había equivocado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un paquete para Money —contestó una voz masculina—. Moneypenny.

—Aquí no… —Se calló, cayendo entonces en lo que había dicho, así que solo podía venir de parte de una persona. Dudando, enredó el cable del telefonillo en su dedo índice—. ¿Un paquete, dice?

—Sí, eso es.

—¿No son flores?

—No, no, es una caja. No pesa mucho.

Denise volvió a dudar. Odiaba cuando alguien enviaba flores en plan «perdona» o «lo siento», cuando no lo habían hecho antes como un regalo. Así que no tenía esa excusa para rechazarlas.

Y qué demonios, le picaba la curiosidad de qué le podía haber enviado Archie. Refunfuñó para sí misma por ser una blanda y volvió al telefonillo.

—Vale, suba.

Pulsó el botón y fue a la puerta a esperar al mensajero. Mientras tanto, Delilah salió de su habitación y Denise la escuchó en la cocina, abriendo y cerrando armarios.

El chico con uniforme de mensajero llegó a la puerta a los pocos minutos con una caja bastante grande, pero que, efectivamente, no debía pesar mucho puesto que la sostenía con una sola mano.

La dejó en el suelo frente a ella y sacó un albarán para que firmara. Se quedó con una copia y se despidió, dejando a Denise con la vista fija en la caja marrón.

—¿Qué es eso? —preguntó Delilah, apareciendo a su lado con una tostada untada con mantequilla en la boca.

—Una caja.

La cogió y la metió dentro de casa, sorprendida por lo ligera que era. Solo faltaba que estuviera vacía, vamos. O fuera una caja dentro de otra, y de otra, en plan muñeca rusa, para llegar a una nota o algo así.

—Eso ya lo veo. —Delilah puso los ojos en blanco—. ¿No la vas a abrir?

—No sé.

—¿De quién es?

—De Archie.

—Jo, hazlo, que me tengo que ir. —Miró el reloj y dio otro mordisco a la tostada—. Venga, que llego tarde y no quiero, ábrela.

Denise buscó unas tijeras, cortó la cinta adhesiva que unía la tapa superior y abrió las solapas. Al momento, dio un bote atrás al ver que salían un montón de globos del interior. Blancos, negros, rojos… Había de casi todos los colores, y Delilah se echó a reír al coger uno de ellos y echarle un vistazo.

—Anda, qué tío. No se puede decir que no es original.

Denise cogió uno y miró las letras que tenía impresas: «Soy gilipollas». No pudo evitar sonreír, y atrapó otro: «Soy imbécil».

—Que conste que yo no he sido —se excusó Delilah, mientras cogía su bolso.

—¿El qué?

—No le he dicho dónde vivimos, me lo preguntó el otro día. Digo, por si te mosqueas. ¡Hasta luego!

Aquello hizo que Denise se quedara pensativa unos segundos, preguntándose de dónde habría sacado Archie su dirección. Si había llegado a preguntárselo a Delilah, seguro que lo había hecho con Brooke, o Patrick. ¿Habría sido su mejor amigo?

Delilah se fue con un portazo, una costumbre que Denise luchaba por quitarle, sin éxito; y menos de un minuto después, llamaron a la puerta.

Vaya, seguro que su despistada hermana se había dejado las llaves, era la quinta vez esa semana.

—Cabeza de chorlito… —murmuró.

Abrió la puerta, y se quedó paralizada al encontrar a Archie al otro lado. Abrió la boca para hablar, pero el sonido de un trueno retumbando en el edificio la dejó sin habla.

—Hola —saludó él.

Denise recordó que, a pesar de los globos, estaba aún enfadada, así que se cruzó de brazos y lo miró, con gesto hosco.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Pues…

Entonces, el chico notó cómo caía una gota de agua en su frente. Al poco, otras en las manos, y miró a la caja que tenía a los pies, donde comenzaron a marcarse las gotas que caían sobre el cartón. Increíble, la mala suerte lo perseguía.

—Tenía un plan y… —empezó.

Denise retrocedió un poco hacia el interior del apartamento para que no le cayera agua encima, y le hizo un gesto para que continuara.

—Adelante, te escucho —dijo.

—Es que no sé si ahora que llueve…

Ella levantó una ceja. Tampoco era que el chico fuera a pillar una pulmonía, porque la temperatura era buena, a pesar del agua, y esperó, sin ninguna culpabilidad.

Con un suspiro, Archie se agachó y abrió la caja. Las gotas intermitentes ya se habían convertido en una lluvia continua, y llevaba camino de transformarse en aguacero.

—Traigo esto —dijo.

Denise miró el interior de la caja. Había un montón de bolas de plástico junto a una nota que decía «Lánzame esto y desahógate», y levantó la vista sin entender.

Archie cogió una y extendió el brazo hacia ella.

—Son globos de agua —explicó—. Para que me los lances y te desahogues. Lo conseguí por internet, en la página de idiotas que meten la pata.

Denise parpadeó, entre asombrada y divertida, sobre todo porque Archie ya estaba empapado de la cabeza a los pies. El agua le goteaba por el pelo, hacía que la camiseta y los vaqueros se le pegaran al cuerpo, y ella se mordió el labio, apretando más los brazos cruzados para no alargar las manos hacia él.

—Los mensajes de los otros van en serio —continuó él—. Fui un imbécil, tenía que haber sido claro contigo desde el principio.

—En eso te doy la razón.

La lluvia, tan rápido como había llegado, desapareció. El sol salió de detrás de las nubes, brillante, y al momento Denise vio formarse un arcoíris frente a ella, sobre el mar. Cogió el globo que Archie le tendía y lo vio poner cara de dolor de antemano.

—Por favor, si esto no hace daño —le dijo—. Y tú los has traído. ¿Qué pensabas, que no te los iba a tirar?

—No, si ya, pero…

No pudo terminar: el globo le impactó en todo el pecho y se quedó quieto, en espera del segundo impacto. Había cerrado los ojos y abrió uno para ver cómo Denise cogía otro globo y se lo pasaba de una mano a otra, con media sonrisa.

—No tiene tanta gracia si no miras —bromeó ella.

Archie abrió los ojos, pendiente del globo, al que esperaba ver volar hacia él en cualquier momento. En lugar de eso, Denise se acercó y le apartó el pelo mojado de la frente.

—Has sido un imbécil —comentó—. Y un gilipollas.

Al menos hablaba en pasado, pensó Archie, afirmando, aun con un ojo puesto en el globo.

—Pero los hawaianos tienen razón —continuó ella—. Sin lluvia, no hay arcoíris.

Señaló con la cabeza tras él, y Archie se giró para ver el arco de colores a su espalda. Denise le tocó en la mejilla para que volviera a mirarla.

—Así que, mientras lo que haya a partir de ahora sean arcoíris, me vale.

Hizo ademán de besarlo, pero en lugar de eso, se escabulló de sus brazos, cogió otro globo y le lanzó ambos antes de meterse corriendo en el apartamento.

Esquivando a duras penas los proyectiles, Archie pensó en devolverle el gesto… Hasta que vio que Denise estaba en medio del salón, desabrochándose el vestido playero. A través de la ventana, llena de gotas de lluvia, se filtraban los rayos de sol, que creaban reflejos de colores por la piel que ella descubría.

Archie se quedó unos segundos mirándola como si estuviera hipnotizado. Cómo la había echado de menos…

Denise se bajó los tirantes, movió las caderas para que el vestido cayera al suelo y le dio una patada para apartarlo. Movió el dedo índice indicándole que se acercara, y Archie no se hizo de rogar.

Sacándose la camiseta empapada del pantalón, Archie entró en el piso y cerró la puerta con el pie. Se la quitó por la cabeza y miró al suelo, donde se empezaba a formar un charco.

—Voy a mojarlo todo… —comentó.

—Eso espero.

Archie levantó la cabeza al segundo, como impulsado por un resorte, y vio que ella se movía hacia la habitación. Se quedó apoyada en el marco, y Archie se apresuró a dejar caer la camiseta al suelo. Se acercó soltándose el pantalón, pero cuando intentó bajárselo, se encontró con que se le había pegado y no era tan fácil como podía parecer.

Se lo dejó suelto y llegó hasta ella, que apoyó la espalda en el marco para mirarlo.

Archie apoyó un brazo en la madera y con la otra, delineó la curva de su barbilla.

—Te he echado mucho de menos —le dijo.

—Esperaba que siguieras llamándote cosas, pero bueno. —Se humedeció los labios—. Revisaré después esos globos, no me ha dado tiempo a leerlos todos.

Archie se inclinó para besarla, pero ella lo esquivó de nuevo, pasando por debajo de su brazo, y se sentó en la cama, apoyando los brazos atrás de forma que sus senos se marcaron contra el sujetador.

—Veo que hacerme sufrir va en el paquete —comentó él, sin poder evitar una sonrisa.

—Un poco. —Se movió para acomodarse en el colchón—. Te advierto una cosa: esta cama es nueva. Como se rompa, tendrás que comprarme una.

—¿Es un desafío?

—Quizá. Aunque visto que no te quitas los pantalones… —Hizo un mohín—. No sé si el mueble corre algún peligro.

Se incorporó para alargar la mano y tirar de la cinturilla del pantalón hacia ella. El bulto que había debajo le dejaba claro lo que lo estaba haciendo sufrir, y cuando tiró de los bordes, descubrió por qué él aún no se los había quitado. Vaya con el agua, le iba a poner las cosas difíciles.

Hizo fuerza había abajo, y como vio que Archie estaba a punto de perder el equilibrio, terminó por empujarlo hacia la cama. Con rapidez, se colocó encima de él y tiró de nuevo, consiguiendo así bajárselo por fin. Subió por su cuerpo

casi pegando el suyo, apenas rozándole, hasta dejar las piernas a ambos lados de sus caderas y los brazos junto a la cara.

—Sí que estás empapado, sí —sonrió, tocándole el pelo, que aún goteaba.

—Es lo que tienen las declaraciones bajo la lluvia.

Ella rio, con el recuerdo de lo que le había dicho a Brooke sobre el cliché de liarse con el jefe. Pues nada, otro para añadir a la lista, aunque…

—Bueno, realmente no te he oído declarar nada aparte de que has sido un imbécil. —Frotó su nariz con la suya—. ¿Algo que añadir?

—Sabes que me tienes enamorado hasta las trancas, ¿no? —Le cogió la cara, para controlar que no fuera a esquivarlo otra vez—. Te daré mil arcoíris, Denise, y muchos flamencos rosas.

—Madre mía, eso es lo más hortera que he oído en mi vida.

Archie le bajó la cabeza para besarla, deslizando la lengua dentro de su boca para acariciarla hasta que la hizo gemir, y cuando se separó, ella suspiró con una sonrisa.

—Compro los clichés y lo hortera.

Archie quiso preguntarle a qué se refería con eso de los clichés, pero como ella volvió a besarlo, lo dejó pasar. La abrazó para desatarle el sujetador, que le sacó por los brazos mientras Denise le acariciaba los costados, hasta llegar a los bóxers. Casi a la vez, se quitaron el resto de la ropa que les quedaba. La chica echó mano de un cajón, sacó un paquetito y, sin darle tiempo a que tomara el control, volvió a colocarse sobre él y bajó despacio, hasta que lo tuvo completamente dentro. Empezó a moverse con calma, hasta que Archie se sentó sujetándola y pegó sus cuerpos todo lo posible. Entonces, le rodeó el cuello con los brazos y aceleró el ritmo. Quizá fuera el tiempo que había pasado, o que pensaba que no volvería ocurrir, pero le parecía que todo era más intenso que antes. La piel mojada de Archie ya no lo estaba tanto, porque ella había absorbido parte del agua al frotarse con él, y ninguno notaba nada de frío por ello, más bien al contrario. Desprendían tanto calor que ya apenas si quedaba agua de lluvia —o de globos— en ellos.

Como si de una tormenta se tratara, Denise pasó de la agitación total a ver de pronto un montón de lucecitas que le recordaron a los arcoíris del exterior.

Exhausta, se relajó poco a poco sobre él, mientras Archie le acariciaba la espalda, dejándole besos por el hombro y el cuello.

—¿Cuántos globos quedan en la caja? —preguntó ella.

—Unos cuantos. —La besó—. Pero ya no te hacen falta, ¿no?

—Quizá, creo que guardaré también algunos de esos que tienen mensajes… Para recordártelo de vez en cuando.

Archie giró para tumbarla y colocarse sobre ella, pasándole los dedos por el

costado para hacerla reír.

—¿Tienes planeada una penitencia larga? —preguntó.

—Tanto como una tormenta, supongo. Lástima que los arcoíris salgan tan rápido… y que desaparezcan igual. Me gustan.

—Sí, a mí también.

Volvió a besarla mientras pensaba que el dicho hawaiano no podía tener más sentido, visto así.

Preveía muchos más arcoíris en su futuro. Y quizá, alguna guerra de globos como ella insinuaba, pero volvería a por ellos más tarde.

Tocaba disfrutar de su arcoíris particular.

Epílogo

—No me puedo creer que haya pasado un año —comentó Patrick, sin dejar de mirar a su alrededor.

Se encontraban en su restaurante, solo para adultos: una de las mejores decisiones que había tomado Archie. Era un completo éxito, la mayoría de los clientes que acudían sin hijos lo escogían como su lugar favorito para comidas y cenas. Por suerte, el que manejaba Brooke también funcionaba muy bien.

—Yo tampoco —contestó ella.

Se miraron con una sonrisa, porque las cosas no podían ir mejor. El Lanikai estaba a tope, lleno durante el año entero salvo alguna que otra excepción; las excursiones, completas, y el laberinto de flamencos, uno de los mayores reclamos que poseían como hotel.

Todos y cada uno de los cambios habían sido a mejor y, tras ese año, el hotel se consolidaba como uno de los de mayor éxito en Oahu.

Por supuesto, no era lo único bueno, también estaba su relación. Que, pese a haber comenzado de manera accidentada, iba tan disparada como el propio Lanikai.

De hecho, seis meses atrás habían solicitado un *bungalow* para dos, y de ese modo liberar uno de los individuales para otro trabajador que lo pudiera necesitar.

Ninguno se sentía seguro sobre esa decisión, aunque pronto se acostumbraron a vivir juntos y ahora parecía que siempre había sido de ese modo. Atrás habían quedado las dudas e inseguridades, y al menos ya no tenían que ocultarse en la despensa para desfogarse. Seguían teniendo esos momentos, por supuesto, acompañados de muchos otros como acomodarse en el sofá para ver cualquier cosa en la televisión, salir de compras o al famoso mercado en el que conectaron por primera vez de un modo real.

A Brooke le asustaba un poco reconocer en voz alta que lo que sentía era felicidad, porque ya se sabía, si uno presumía… tendía a gafarse.

Y aunque en sus planes estaba comprar un piso entre los dos, por ahora temía precipitarse y que Patrick se asustara. Un año quizá fuera poco para formalizar tanto la relación y no deseaba apresurarse tras todos los

malentendidos del pasado.

—Hola, pareja —saludó Delilah.

Ambos la miraron, sin ser conscientes de cuándo se había materializado a su lado. La joven, al ser caballito blanco, no tardó en solicitar trabajar en el restaurante de Patrick, bien lejos de los niños, y lo obtuvo sin el menor problema. De modo que ahora lucía un uniforme mucho más formal y ganaba mejor sueldo, gracias a lo cual había conseguido comprarse un coche de segunda mano. Falta le hacía, porque ir y venir todos los días desde Honolulu… Allí todos sabían que la joven solo esperaba ser mayor de edad para poder regresar a Lanikai, cerca del trabajo y de su novio, Kai. Lo bueno era que era joven y tenía energía de sobra: estudiaba por las mañanas, conducía casi dos horas a diario, trabajaba… y aún le quedaba tiempo para ir al supermercado a hacer la compra si no quería oír protestar a Denise.

—Hola, Delilah. —Patrick le sonrió.

Estaba contento con su rendimiento en el restaurante, la verdad, aunque al principio tuvo sus dudas por lo joven que era.

—¿Queréis pedir ya? —preguntó ella.

—No, aún no —respondió Brooke—. ¿Y si nos traes algo de beber?

Le guiñó un ojo y Delilah afirmó con una sonrisa. Los dos la observaron alejarse.

—Y pensar que cuando llegó no se levantaba del sofá —comentó Patrick—. ¿Quién dice que la gente no puede cambiar?

—Es el aire de Hawái —bromeó Brooke—. Algo tiene.

Patrick estiró las manos por encima de la mesa para atrapar las suyas, y le devolvió la sonrisa.

—Hay algo de lo que quería hablarte —comentó.

Ella se inclinó hacia él, ¿qué querría decirle? No se le ocurría ningún tema importante sobre el que tuvieran que hablar, ambos habían conseguido establecerse en el hotel de manera fija tras varias peticiones y un poco de ayuda por parte de Archie. Y, de cualquier modo, si en algún momento querían volver a entrar en los ciclos de traslado, tenían claro que lo harían juntos y con el mismo destino. Así que a Brooke no se le ocurría ningún tema para que Patrick pusiera una de sus caras de concentración.

—Vino blanco —dijo Delilah, que se situó a su lado otra vez cual fantasma.

Los dos se soltaron para que ella pudiera acceder bien a las copas. Delilah dejó la botella en la cubitera y, justo cuando Patrick abría la boca para seguir con el tema, apareció Archie como por arte de magia.

—Hola, pareja. —Se dejó caer en el asiento vacío junto a Patrick—. Lamento

el retraso, la burocracia me tiene frito. Necesito un becario o algo, en serio.

Brooke sonrió sin poder evitarlo. Archie refunfuñaba a menudo sobre el papeleo, la única parte de su trabajo que no le gustaba; por lo demás, era un director estupendo y todo el personal estaba de acuerdo. Y ella estaba convencida de que nunca lo dejarían «dimitir» como a Atkinson, porque se implicaba tanto que casi parecía uno más.

—¿Y Denise? —preguntó Patrick.

—Llega en diez minutos. Dice que pidamos ya.

—Ah, bien. —Brooke le hizo una seña a Delilah para que se acercara en cuanto pudiera—. Qué lista, así cuando llegue ya tiene la comida en la mesa.

Archie afirmó con una sonrisa. Pues sí, no podía negar que Denise era lista, cierto. Si no, no comprendía cómo había terminado viviendo en su piso, que la mayor parte de las veces las horas de coche se las comía él. No le molestaba demasiado; además, si en algún momento se le ocurría abrir la boca para poner alguna pega, la palabra «penitencia» aparecía de forma mágica y ahí acababa su conato de rebelión.

Pero le daba igual. Hacía meses que consideraba el apartamento de Denise como suyo, tanto que ya hacían trámites para comprarlo juntos. Así sería del todo oficial.

—¿Cómo va lo del piso? —quiso saber Patrick.

Algo de pena le daba, porque cuando Archie ya no viviera oficialmente allí lo vería menos… Por otro lado, tampoco era que lo viera mucho en la actualidad, pues su amigo se marchaba todos los días hasta Honolulu. Lo de compartir momentos en la piscina había desaparecido y Patrick nadaba solo, qué remedio.

—Bien —contestó Archie—. La semana que viene pagamos la señal. Todo lo que queda es papeleo del banco, poco más.

—Así que, ¿tu *bungalow* quedará libre? —quiso saber Brooke con una sonrisita—. Sería una auténtica pena que nadie lo usara, ese *jacuzzi* tiene que ser la bomba.

—Pregúntale a tu amiga a ver —se burló Archie, y ella le lanzó una servilleta.

—¿No lo echará de menos?

—Allí hay piscina, te recuerdo.

—Ya estoy aquí. —Delilah abrió el bloc de notas—. Venga, contadme.

Se tomaron unos minutos para pedir, aunque conocían el menú a conciencia después de que Patrick se lo hiciera probar mil veces a los dos en sus infinitas pruebas de dejarlo perfecto.

Además, la decoración era moderna, minimalista y maravillosa, y tenía una

pista de baile junto a la barra de bar, perfecta para tomarse una copa después de cenar. La música no cesaba en ningún momento, así que el ambiente que se generaba era de lo más agradable.

Tras pedir, Delilah desapareció con la comanda.

—Perdona que retome el tema de tu *bungalow* —insistió Brooke—. Pero ¿no habría algún modo de que pudiéramos trasladarnos allí?

Patrick alzó una ceja.

—Cariño —intervino—, es para el director.

—Bueno, se va a quedar vacío. ¿No será mejor que alguien lo ocupe y así se mantenga en buenas condiciones?

Archie la miró con una sonrisa burlona y se giró hacia Patrick.

—Cómprale a esta chica un *jacuzzi*, le interesa mucho.

—Ja, ja, ja. ¡Lo digo en serio!

—Ya veo, ya. —Archie se acarició la barbilla, pensativo—. Siempre lo puedo consultar…

Patrick le metió un codazo y él carraspeó.

—Aunque fijo que dicen que no —terminó.

—Pues menuda estupidez. Tener ese sitio tan guay cerrado. —Brooke sacudió la cabeza.

Iba a seguir con sus protestas, solo que vio a Denise entrar en el comedor y decidió dejarlo, no tenía sentido cuando además Archie ya le había dicho que casi seguro que no.

La rubia aparecía impecable como siempre, aunque un huracán la zarandeara de un sitio a otro no se le notaría en absoluto. Continuaba con sus eternos trajes de chaqueta fina y falda lápiz, y aunque llevaba el cabello más largo y ondulado, estaba perfecto y brillante, sin la menor señal de aquel encrespamiento que traía de cabeza a las chicas de pelo rizado.

Se apresuró a llegar a la mesa y se sentó junto a Archie, al que besó en la mejilla.

—Lamento el retraso —se disculpó—. Tengo un evento importante la semana que viene y estoy a tope, ¿habéis pedido?

Al trasladarse Denise, Brooke sugirió que acordaran verse un mínimo de tres veces por semana, de ese modo su amistad no se estropearía por una distancia de cuarenta y cinco minutos. No quería perder a su mejor amiga allí, aunque tampoco le parecía justo que fuera Denise la que siempre se acercara al Lanikai, de modo que alternaban. A veces iba con Patrick y salían por Honolulu, y otras era la rubia quien se desplazada.

Como fuera, las citas eran sagradas.

—Sí —contestó Brooke—. Enseguida vendrá Delilah.

A Denise no le gustaba mucho que Delilah hiciera turnos de cena, aunque entendía que no siempre podía librarse porque los horarios rotaban. Bastante hacían dejándola de tarde casi siempre, dado que por la mañana estudiaba… y sus padres, pese a protestar un poco al principio, parecían haberse hecho a la idea de que sus dos hijas se iban a quedar en Hawái.

—¿Qué han dicho tus padres de la oferta? —le preguntó Archie.

—Que buscarán una fecha.

—¿De qué hablas? —quiso saber Brooke.

—Nada, les he ofrecido que vengan a pasar unos días. Pretendo que se vuelva una costumbre anual, así pueden ver de primera mano que Delilah está bien y sería el primer paso para que la paz regrese a la familia. Y de paso los veo yo, que de cuando en cuando los echo de menos.

—Ah, pero ¿tienes tiempo? —preguntó Patrick en tono de broma—. Pensaba que este te tenía ocupada.

—La duda ofende —asintió Archie, sin parecer molesto.

—Uh, visita de los suegros —se rio Brooke—. ¿No te acojona un poco, Archie?

—En absoluto, los padres son mi especialidad.

Brooke no lo dudaba, no. Archie era especialista en caer bien a la gente, y los padres de Denise eran gente, de modo que sonaba a éxito asegurado. La idea era buena, un intento por parte de Denise de reconciliar lo que la distancia había separado.

Delilah regresó con una bandeja para repartir los entrantes y le dio un beso en la mejilla a su hermana mayor. Brooke apenas reconocía en ella a la muchacha hosca y antipática de antaño, pero se alegraba de que las cosas fueran bien.

—Vuelvo luego con vosotros —advirtió a Denise.

—Pesada, ¿no has traído tu coche?

—No, he venido con Archie. —Ella le sacó la lengua antes de desaparecer de nuevo.

Denise se cruzó de brazos y miró a Archie.

—Por favor, dime que no tendremos que vivir con mi hermana eternamente.

—No, solo le quedan… dos años para poder emanciparse —aclaró él.

—Dos años eternos —suspiró Denise.

—Pobre, si casi no para en casa —repuso Brooke.

Los dos se miraron. Brooke mejor que nadie debería entenderlo, a los dos les gustaba la libertad, ejem, y con una adolescente, aunque trabajara y estudiara, no podían tenerla por completo. Aunque se marchaban casi todos los fines de semana a distintas zonas y hoteles; de ese modo encontraban tiempo para ellos

sin una inquilina perpetua en la habitación de al lado.

Entre el primer y segundo plato, Denise se sopló el flequillo y se incorporó.

—Voy al baño un segundo —anunció.

Justo en ese momento, Delilah regresó con otra botella de vino y la depositó en mitad de la mesa, sin dejar de sonreír.

—Siempre igual —comentó—. Dios, espero que no sea así dentro de diez años.

Ambos la miraron sin entender, aunque entonces se percataron de que Archie había desaparecido tan discretamente que ninguno se había enterado. Patrick alzó la ceja, divertido.

—Hay cosas que no cambian —dijo, con una carcajada.

—Deberíamos hacer lo mismo. —Brooke soltó una risita—. No me gustaría que nos sacaran ventaja en eso de ser apasionados a pesar del tiempo.

—Imposible. —Patrick volvió a estirar las manos para agarrar las suyas—. Y ya que estamos solos, vuelvo a lo que quería decir antes.

—¿Y era…?

Vio que él se metía la mano en el bolsillo de la camisa y tragó saliva. Dios, esperaba que no sacara una cajita, porque le daría un síncope allí mismo. Casi sintió como si el tiempo se ralentizara a su alrededor… y Patrick sacó un sobre, que le tendió.

—¿Qué es?

—Mira a ver —invitó él, con una sonrisa.

Ella obedeció, intrigada. Despegó la lengüeta y sacó un montón de papelitos, que tuvo que agitar hasta comprobar que eran folletos. De viviendas, para ser más concretas, y allí mismo, en Oahu. Lo que era más, Patrick había marcado un par con una pequeña doblez en la esquina.

—¿Pisos?

—Eso es.

—¿Esto quiere decir…?

—Te pregunto si quieres que nos vayamos a vivir juntos, sí.

En realidad, era una mera formalidad. Ya vivían juntos, pero Brooke sentía que, de algún modo, era dar el paso definitivo en su relación. Porque allí podía ser por comodidad además de por ser pareja; de ese modo, quedaba claro todo: Patrick estaba dispuesto a formalizar su relación.

—¿En serio?

—Sí. He buscado mucho y, en fin, los marcados tienen un pequeño *jacuzzi* en el baño, ya que tanto te gusta.

Ella paseó su mirada de los folletos a Patrick, aún sin llegar a creerlo. Y hasta había buscado sitios con *jacuzzi*, si es que cómo no iba a derretirse…

Sonrió de tal manera que él se dio cuenta de que aquello era un sí enorme, y de ese modo soltó el aire retenido. Esperaba una respuesta afirmativa, pero nunca se sabía.

Patrick se estiró por encima de la mesa para besarla y Brooke le respondió, emocionada. Comprar un apartamento juntos, decorarlo, comenzar su vida desde cero en un sitio alejado del trabajo, todo a su lado… no se le ocurría que su vida pudiera ser mejor en ese momento. ¡Y ella con dudas de si no sería demasiado pronto!

—*Aloha maku no, aloha maí no* —lo oyó decir.

—¿Qué?

—Nada, es una horterada. Archie me dijo que te lo dijera si aceptabas, pero creo que soy incapaz de traducírtelo.

Era la primera vez que Brooke le escuchaba decir algo en hawaiano, a excepción de «*aloha*» o «*mahalo*», lo típico.

—Que sepas que pienso preguntarle qué significa —dijo, con tono de fingida seriedad.

—A lo mejor para cuando vuelvan ya se te ha olvidado. —Él sonrió.

—¿Os traigo el champán? —Los dos pegaron un bote al ver a Delilah—. Huy, perdón. Es que he aprendido a ser discreta, sobre todo en ciertos momentos. Pero ya le has dado el sobre de compromiso, así que, ¿puedo traer el champán?

—Pues claro —contestó Brooke, con una sonrisa brillante.

Entonces, Delilah se agachó y le susurró algo al oído a la morena, algo que hizo que aún sonriera más. Después, la chica se fue a buscar el champán.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Patrick.

—Me ha traducido la horterada —dijo Brooke—. Y yo siento lo mismo.

Él la observó, un poco incómodo porque las declaraciones de amor no eran su especialidad. Sin embargo, su sonrisa borraba cualquier cosa.

Su sonrisa y la promesa de que su horizonte se veía prometedor, tan rosa como los atardeceres que contemplaban desde su *bungalow*. Incluso cuando llovía se sentían felices, porque sabían que después verían aquellos famosos arcoíris que tan especiales eran para todos.

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 25
Capítulo 3 45
Capítulo 4 69
Capítulo 5 89
Capítulo 6 111
Capítulo 7 129
Capítulo 8 151
Capítulo 9 171
Capítulo 10 189
Capítulo 11 209
Capítulo 12 231
Capítulo 13 251
Capítulo 14 271
Capítulo 15 287
Capítulo 16 305
Capítulo 17 325
Capítulo 18 343
Capítulo 19 363
Capítulo 20 381

Epílogo 397